

eran muchos de los que acompañaban á nuestro aventurero genovés, Sin embargo, tenia este razon cuando deseaba españoles por compañeros, como si solo esta raza de hombres fuese capaz de desafiar con frente serena el furor de los elementos, sin reparar en la pequeñez de los medios.

A Colon se le debe reconocer un valor y un temple de alma pasmosos; pues en verdad, él era el único que podia calcular y prever la estension de los riesgos que arrostraba; pero iban con él los Pinzones, los hábiles pilotos Pedro Niño, Sancho Ruiz y Roldan, y algunos otros, que si bien no conocian todo el peligro de la expedicion, tampoco se hacian ilusiones, y marchaban confiados en su valor y pericia: la demás gente, no tanto concebía los verdaderos riesgos, como recelaba de los imaginarios de que estaba llena su fantasía; pero una vez resuelta, iba, como suele decirse, á la ventura de Dios, y procuraba ahogar sus presentimientos y temores, mostrando esa indiferencia propia de la tierra del *no importa*.

Sin embargo, habia una fraccion que, aunque poco numerosa, podia suscitar sérios entorpecimientos, y acaso arrastrar en pos de sí á todos los demás en un momento dado: eran unos veinte hombres, discolos por naturaleza, y que se consideraban á sí mismos como galeotes amarrados á los bancos de las carabelas por una fuerza superior: tenian secretas inteligencias con los armadores Rascon y Quintero, que iban á bordo de la *Pinta*, y algunos guardaban rencor por haber sido apaleados el día del banquete de Sancho.

Contra esta levadura de sedicion existia la buena voluntad de los jefes y pilotos, y sobre todo la energía de carácter de Colon, el cual pareció haberse transformado en otro hombre desde el momento de poner el pié sobre la cubierta de la *Santa María*. La dignidad nativa de su persona se habia realzado apenas ocupó el puesto correspondiente á su elevada mision; pudiendo decirse que lo que faltaba á la pequeña escuadra para ser digna del destino que iba á cumplir, lo recibía de la autoridad de su jefe.

Pensando únicamente en acabar los preparativos de la partida, Colon se retiró solo á su cámara, en la cual no se atrevió á entrar don Juan por no interrumpirle, aunque allí mismo tenia preparado su alojamiento, en calidad de secretario particular del Almirante.

La noche era hermosa, y nuestro jóven aventurero se puso á dar paseos por la cubierta, pensando, como era natural, en su amada Sol.

Arrimado ó la mura de babor y contemplando el mar con indiferencia estaba Sancho, á quien su amo se acercó al cabo de un rato y dijo:

—¿Qué haces ahí, perillan?

—Señor, respondió el escudero: estoy pensando que, si Dios nos da suerte, y llegamos con felicidad á las Indias, todavía puede ser que alguna princesa ó infanta, del Catay se aventure á darme su blanca mano; pues como por allá deben de saber poco de genealogías, y mi persona no es del todo despreciable...

—Calla y no desvaríes, repuso don Juan interrumpiéndole. Tu ambicion te volverá loco. Las princesas del Catay serán como las de todas partes, y no se cria la miel para la boca del asno.

—Convengo, señor, en que merezco una albarda, contestó Sancho. Pero vengamos á cuentas: yo, si expongo mi pellejo, por algo es; y no creais, aunque me hayais visto tan animoso, que no tengo tambien aquí dentro mi escorzorcillo de que me trague aquel señor Gloton de quien me hablásteis cierto dia.

—Pluton, dije, Sancho, y no Gloton; y para aspirante á un principado, sabes poco.

—Pues bien, sea Pluton ó Plaston; eso importa poco. Decia, que todos en este mundo, si exponemos uno, es para ganar dos; y la prueba salta á la vista: el señor Almirante, hablando con todo el respeto debido, va en busca de un vireinato; vueseñoría lleva en las mientes otra cosa, que vale un imperio...

—No pongas tu lengua en lo que ocupa mi pensamiento, si no quieres ir á ver á Pluton antes de tiempo.

—Bien está, señor; pero ello es así: los Pinzones habrán echado sus cuentas; muchos de los que yo he convertido ajustan las suyas tambien. ¿Por qué no he de echar yo las mias?—El señor Almirante ha dicho, no sé donde, que hay en esos países de allende el mar mas de siete mil islas floridas y hermosas: ¿quién gobernará tanta tierra desparramada? Claro está que se necesitan hombres para ello: los que aquí vamos no llegan á ciento treinta; y si rebajo los ciento por inútiles para eso de gobernar una isla, no voy descaminado. Hé-

me dicho, pues, á mí mismo, que siendo yo uno de los veinte ó treinta útiles, bien podré ser nombrado sota-virey de cualquier rincón; de lo cual, á emparentar con alguna princesa india no hay gran distancia. Solo sentiré que la novia sea negra.

—Descuida, Sancho, que te la buscaremos blanca, repuso don Juan alegremente distraído con las cuentas galanas de su escudero. Sin embargo, como de aquí á donde está la novia media mucha agua, valiera mas que pensases en Dios, ya que olvidas á tu amo.

—En todo pienso un poco, señor, replicó Sancho: y no creais que os olvido; pues si aspiro á grandezas, es por honraros. Qué, ¿no será un lauro para vuesañoría, cuando se diga en toda España:—El señor don Juan de la Torre ha premiado los servicios de su fiel escudero Sancho de la Barca, haciendo que le nombren gobernador de la isla de Chulipango, ó como se llame? ¿Pues qué será, cuando sepan las gentes que el gobernador de la tal isla se ha dignado tomar por esposa á la princesa Chulipamplona, la mas hermosa doncella del archipiélago indio-hispano? El honor seria para vos, señor, y para mí el provecho, si lo hubiere.

—Algo galanas son tus cuentas, Sancho; pero tal como tú piensas quisiera yo que pensasen todos: al menos tendríamos un viage alegre, y eso llevaríamos ganado, si otra cosa ha de perderse.

—Con efecto, señor; nuestra gente va poco animada, y temo que á lo mejor vamos á tener viento de proa. Por supuesto que, bien pensado, al diablo le doy yo la empresa del señor Colón.

—Sancho, no te conozco, dijo don Juan. ¿No eres tú el que me hizo entrar en deseos de conocer al genovés, el que siempre me ha hablado de sus futuros descubrimientos como de una cosa positiva, y el que amotinó á los marineros de Palos para hacerles ir á las Indias? Tú te has vendido á la parcialidad de Rascon y Quintero.

—Todo lo que habeis dicho, menos lo último, es verdad, contestó Sancho; pero eso no me impide conocer, ahora que medito á sangre fria, que nuestro viaje es una temeridad, digna sin embargo del señor don Juan de la Torre y de su humilde escudero. Esto es algo peor que lo del torneo de Córdoba y lo del laurel de la Zubia. Y por fin, señor, para mí no es tan malo como para otros lo peor que puede suceder; pues si me toca quedarme por allá, santas pas-

cuas: no tengo quien me llore, y esto es un consuelo; pero vos, que sois rico, jóven y tan querido... ¡Pardiez, que morir así es una cosa que espanta!

Traida la conversacion á este terreno, las distancias de clase y condicion entre el amo y el criado se acortaron mucho naturalmente; pues al mismo tiempo que Sancho evocaba los mas tiernos sentimientos del jóven noble, dejaba vislumbrar la generosidad de los suyos, y demostraba que sus aparentes cálculos ambiciosos no eran sino como la hojarasca del árbol, que á un tiempo alegra la vista y resguarda el fruto.

Don Juan no fué insensible al rasgo delicado de fidelidad y cariño con que su escudero acababa de espresar mas inquietud por él que por su propia vida; y así le dijo con tono de intimidad:

—Razon tienes, Sancho, que para arrostrar ciertos peligros, vale mas ser solo y pobre como tú, que no rico y amado, como yo creo serlo. Y aunque no cabe en mi pecho el temor, no sé qué tiene de pasmoso esta expedicion, que me hace pensar á cada momento en los que dejo detrás. Antes, cuando la consideraba lejana y hasta dudosa, llegué á desearla con ardor; mas ahora me infunde respeto, y á medida que se acerca el instante de partir, mas imponente me parece.

Nuestro jóven caballero acababa de espresar el sentimiento unánime de todos los expedicionarios, aun los mas animosos: porque, en efecto, si nos colocamos, siquiera sea mentalmente, en la situacion de aquellos hombres, no podremos menos de sentir una impresion semejante á la de aquel á quien vendasen los ojos para bajarle á un precipicio sin fondo. Ellos no podian ver nada al cabo de aquellos mares, que comparaban á lo infinito: sus ideas en este punto se limitaban á la noticia de algunos desastres de buques perdidos, desastres envueltos en el mas profundo misterio, y á errores engendrados por la mas crasa ignorancia. Veían, es cierto, la firme confianza de Colon; pero miraban á este, no de otro modo que los pueblos paganos consideraban al Destino: implacable, fatal, impeliéndoles hácia un porvenir funesto y rodeado de tinieblas.

Si en el ánimo de don Juan, naturalmente impetuoso y poco reflexivo, habian podido entrar consideraciones de esta especie, preci-

so era que tuvieran tambien cabida en el de Sancho, cuyo carácter, segun lo hemos podido apreciar, era mas prudente que arrojado. Mas, por esto mismo nuestro escudero sabia reducir á cálculo hasta las demostraciones de sus sentimientos, en lo cual aventajaba mucho á su amo.

—Señor, dijo á este: yo comprendo muy bien que os entristezca la idea de partir, dejando en España lo que vos dejais: comprendo tambien que este viaje tiene un misterio y una cosa, que—ya lo he dicho—infunde pavor al mas valiente. Pero no dudo que iremos y volveremos con toda felicidad; y la prueba es que no renuncio á mi gobierno, ni á mi princesa Chulipamplona.

—¡Dichoso tú, Sancho! respondió don Juan. Yo tengo fé en el señor Colon, y creo que hará lo que ningun otro marino seria capaz de hacer: pero al cabo es un hombre, y los hombres pueden enganarse. ¿Quién sabe si todos sus cálculos saldrán fallidos al querer tocar la realidad? ¡Quién es capaz de prever lo que ese mar inmenso nos tiene guardado en sus profundas soledades!... Sin embargo, allá vamos, y salga lo que saliere.

Al pronunciar el jóven estas palabras, echado de pecho: contra la mura, sintió que le ponian una mano en el hombro; y volviéndose con sorpresa, vió á Colon que estaba junto á él en actitud grave y severa.

—Es ya tarde, amigo mio, le dijo el Almirante. Venid, que es hora de retirarse á descansar.

Don Juan conoció por el tono de esta invitacion amistosa el resentimiento de un jefe, que daba una orden guardando las consideraciones del decoro, y siguió á Colon sin chistar. Este, apenas entraron los dos en la cámara, cerró la puerta y le dijo:

—Señor don Juan, creo que habeis navegado algunas veces: por consiguiente, ya sabreis que un buque á la vela es un pequeño reino, donde el capitán es el rey absoluto, á quien los demás, aunque sean principes, deben acatar y obedecer.

—No lo ignoro, señor Almirante, respondió el jóven, algo admirado de esta introduccion. Pero, ¿con qué objeto me lo recordais?

—Os lo recuerdo, porque todavía estais á tiempo de retroceder

si os falta decision ó confianza para marchar bajo mis órdenes. Mañana será tarde para arrepentiros, y habreis de consideraros como un hombre obligado á obedecerme hasta sin murmurar.

—Ese lenguaje, señor...

—Es el de un jefe que debe [precaverlo todo. Aunque hayais navegado, jóven, no teneis presente que, en los estrechos limites de un barco, hay siempre oidos que escuchan; y cuando acometo la expedicion mas arriesgada que hombre alguno emprendió, auxiliado por gente medrosa ó poco voluntaria, no puedo consentir que mis mas allegados sean los primeros á sembrar desconfianzas. ¿Qué le deciais á Sancho hace un momento?

—Señor Almirante, razon os sobra para reconvenirme, respondió don Juan. Pero lo que yo he dicho á Sancho no temo que pase de él.

—¿Qué sabeis? repuso Colon. Conforme os he oido yo, pudieran haberos oido otros. Somos amigos, y como tal os hablo: vale mas que me abandoneis antes de partir, que no que me sigais con vacilacion. No quiero que podais quejaros de mí, sino cuando os sobren motivos para ello; y Dios mediante, no espero que por mí llegue ese caso.

—He dado mi palabra de acompañaros, señor, respondió don Juan, y nunca he faltado á mis promesas. Ahora os la doy formal de no proferir una queja, ni enunciar una simple duda en adelante, sea cual fuere la suerte que Dios nos tenga reservada.

—Eso es menester, mas de lo que imaginas, hijo, contestó Colon con tono afectuoso. Por lo demás, no desconfies del resultado de nuestra empresa. No veo yo tan clara esa luz que nos alumbrá, como estoy viendo la tierra prometida al otro lado de ese Océano que á todos asombra. Tendremos acaso contratiempos, borrascas: sufriremos quizá los azares penosos que lleva consigo una larga navegacion; pero, si Dios nos salva de los peligros que son naturales en el mar, ninguna otra cosa es de temer: en dos meses llegaremos á las costas de Zipango ó del Catay.—Mira aquí nuestra ruta, añadió Colon, señalando con el dedo en un mapa, que tenia estendido sobre su mesa. Es sencilla, y no se puede perder, teniendo como tenemos el poderoso auxilio de la brújula y del astrolabio. No hay mas

que seguir en línea recta el rumbo de Occidente, sin declinar al Norte ni al Mediodía. Yo me admiro de que otros hombres no hayan pensado antes en ello, siendo la cosa mas natural.

Nuestro navegante continuó demostrando á su amigo la fácil ejecución de su proyecto, de una manera visible, por medio de aquel mapa, que era la suma de los conocimientos geográficos de su tiempo, al menos en la parte marítima: en él estaban trazadas las costas y los principales contornos de Europa con bastante exactitud; seguian luego hácia el Sur las partes conocidas de Africa, hasta Guinea, mas allá de la cual se perdía el trazado en una línea indefinida con la denominacion de *Terra incógnita*. Las islas Canarias y las Azores ocupaban su verdadera posicion; lo demás era mar incógnito, con algunas indicaciones aproximativas y puramente hipotéticas de los parajes que debió ocupar la Atlántida de Platon; y por último, al otro lado del Océano, y á una distancia ó longitud aproximada á la en que hoy está Washington, habia un trazado imaginario de las costas de la India ó el Catay, confinando con el Japon ó isla de Zipango, y un vasto archipiélago, ideado segun las indicaciones de Marco Polo y sus compañeros.

Fué, sin duda, una suerte que, en aquel tiempo, no se hubiese aun descubierto el cabo de Buena Esperanza, ni se tuviese idea de la estension meridional del Océano; pues á ser así, los geógrafos habrian reconocido un error grave acerca de las verdaderas dimensiones del globo; y entonces, acaso el mismo Colon hubiera considerado temeraria su empresa; pues á causa de aquel error, colocaba el Japon á unas dos mil leguas mas á nuestro Oriente de donde está situado; y bien se comprende que, no contando, como nadie contaba, con el interpuesto continente americano, la distancia real del país que se buscaba hubiera desanimado al genio mas emprendedor.

—Ya ves, hijo mio, continuó diciendo el Almirante,—y dispénsame la familiaridad con que te trato; pues creo que me la permiten mis años y el deudo que nos une:—ya ves que mi empresa, en cuanto al pensamiento que la dicta, es tan sencilla, que el no haberla concebido otros hombres, puede animarme á presumir que me ha sido inspirada por la bondad del Eterno; pues parece increíble que en una larga sucesion de siglos y de sabios profundos, solo al-

guno que otro haya indicado de una manera imaginaria lo que en un momento saltó á mis ojos con toda la brillantez de la evidencia, y lo que en si no ofrece mas dificultades que las de la ejecucion.

—Estas dificultades, respondió el jóven, pueden no ser grandes, si otras de naturaleza ignorada no sobrevienen. Yo he navegado hasta aquí,—añadió señalando las costas de Guinea,—tuvimos unos dias de buen viento; otros, calma; otros, la mar gruesa, y hubo algunos ratillos apurados; pero volvimos á Lisboa con toda felicidad. ¿Será lo mismo ahora? Yo espero que sí; pues nuestro viaje no será mucho mas largo que el que hice con los portugueses.

—No quiero que conserves ningun error, don Juan, si has de venir en mi compañía, repuso Colon: deseo que lo sepas todo, aunque hayas de abandonarme ahora, lo cual seria un augurio fatal para mi expedicion. Bien conoces las preocupaciones de la gente que llevo: no estaré seguro de tu fidelidad hasta que las costas de Europa hayan quedado muy lejos á nuestras espaldas; porque nada es mas fácil que el separarse de mí cualquiera de estos buques durante la noche y buscar un puerto ó una costa conocida. Por eso doy tanta importancia á tus recelos.

—Ya os he prometido callarlos.

—Sí; pero los tienes, y yo voy á decirte lo que acaso no sabes: los verdaderos motivos en que debes fundarlos. Eres un caballero, que ha dado pruebas de un valor nada comun, y de una prudente reserva; y creo poder revelarte á tí solo, sin temor de evocar en tu ánimo sentimientos indignos, lo que ni aun á los otros jefes de la expedicion he dicho: la distancia que vamos á recorrer espantaria á los marineros mas audaces, y alarmaria con fundamento á toda la tripulacion. El viaje que emprenderé mañana no tiene igual, ni por su longitud, ni por la soledad de la via.

—Y sin embargo, lo emprendeis con la firme confianza de llegar á puerto.

—Sí, don Juan: sin ella no partiria. Confio en Dios, que no me abandonará en este viaje, que emprendo para su mayor gloria; pero no me hago la ilusion de creer que sus riesgos son los ordinarios de toda navegacion. Si esto es lo que doy á entender generalmente,

es por disminuir esos mismos peligros; porque bien sabes que nada compromete el buen éxito de una acción tanto como el apocamiento del ánimo. Si los soldados, cuando pelean, pudiesen ver de una ojeada todos los estragos de la batalla, ninguna sería ganada, ni habría hombre valiente que no retrocediese ante los obstáculos que vencerá, sin duda, cuando se le presenten y le apremie la necesidad.

—¿Es decir, que encontraremos peligros inusitados? preguntó don Juan.

—Podemos encontrarlos, respondió Colon, que disten mucho de los conocidos en un viaje ordinario: en tan larga distancia, si la Providencia no nos depara alguna isla, no encontraremos á uno solo de nuestros semejantes; no tendremos, en caso de borrasca ó de averías, esperanza de auxilio humano fuera de nuestras propias fuerzas; y llevaremos con nosotros mismos el mayor riesgo, el mas difícil de conjurar, el de una sedición en medio de esas vastas soledades. Ya ves, hijo mio, que nada te disimulo. En cuanto á esos temores vulgares de subidas y bajadas, de llegar al cabo del mundo y desde allí caer despeñados en el espacio, ni yo puedo abrigarlos, ni creo que tu buen juicio los admita.

—No, en verdad, señor don Cristóbal. Yo no me figuro que vayamos á caer de cabeza en la luna: mis aprensiones,—que temor no lo tengo,—provienen únicamente de la oscuridad del porvenir. Ahora mismo, vuestra teoría de la redondez de la tierra no es mas que un problema, y lo de llegar al Oriente navegando hácia Occidente está por ver. Sin embargo, una cosa hay para mí segura, y es que si volvemos, por cualquier camino que sea, voy derecho á Sol de Guzman, que es mi Catay. Lo demás no me importa un bledo. Así, pues, tomad el rumbo que os acomode, y venga lo que viniere: Juan de la Torre no se apartará de vuestro lado.

—Pensadlo bien por última vez, dijo Colon. Yo quisiera que todos cuantos me acompañan lo hiciesen bien persuadidos de la verdad.

La noche estaba muy avanzada; por lo cual, y siendo necesario madrugar al día siguiente, Colon y don Juan se acostaron, y antes de transcurrir una hora dormían profundamente.

CAPÍTULO V.

A la mar.



L amanecer del viernes, tres de agosto, el Almirante se hallaba ya sobre cubierta dando las órdenes convenientes para zarpar: había mandado llamar á los jefes de las otras dos carabelas, y no tardaron en presentarse á bordo de la *Santa María* Martín Alonso y Vicente Yañez Pinzon, con quienes se retiró á la cámara para darles las últimas instrucciones.

—Aquí teneis, señores,—les dijo, entregando á cada uno un cuaderno,—las reglas que debeis seguir durante nuestro viaje: aunque es menester que las estudiéis cuidadosamente, os diré de palabra lo principal.—Habiendo buen tiempo, será indispensable que ninguno de los buques pierda jamás de vista á sus compañeros: de noche se colocarán faroles sobre los castillos de popa y en la punta del palo mayor. Si ocurriese á bordo alguna novedad, que deba serme comunicada, se me dará aviso inmediatamente. Para esto y todo

lo que pueda acontecer, además de las señales admitidas por regla general en la marina, encontrareis en ese cuaderno otras particulares, que me ha parecido oportuno establecer.—Procurareis por todos los medios que da la autoridad y aconseja la prudencia, conservar á todo trance la subordinacion.—Si el mal tiempo desviase los buques hasta no verse los unos á los otros, se dispararán cañonazos de socorro de media en media hora, ó con mas frecuencia, segun la gravedad del caso: cada cual cuidará de seguir por ahora el rumbo de las islas Canarias, y en saliendo de estas, el de Poniente, conservando siempre, en lo posible, la misma latitud.—Llevareis un registro de observaciones, y una apuntacion diaria del espacio que recorran las naves, indicando las desviaciones que sea forzoso hacer de la línea recta, para deducirlas de la distancia marcada en esta direccion: de tiempo en tiempo, esos diarios se confrontarán con el mio; y cuando se cuenten setecientas leguas desde la isla de Ferro, todas las noches se cargarán velas, y habrá constantemente un hombre en observacion; porque no podrá estar ya lejos la tierra.—Ea, compañeros: á levar anclas, y que Dios y su santa Madre sean con nosotros.

Con estas palabras despidió Colon á los dos jefes subalternos de la flota,—nombre pomposo que se daba á la escuadrilla insignificante de tres pequeñas carabelas,—y salió detrás de ellos para continuar dirigiendo las operaciones preliminares. Al echar una ojeada sobre la cubierta, vió á don Juan, que estaba entre los marineros, á quienes alentaba con su desembarazo y tranquilo continente.

La escena de la tarde anterior se reproducia en estos momentos alrededor de las carabelas: multitud de falúas y lanchas cargadas de gente acudian á despedir á los viajeros, y por todas partes resonaban gritos de dolor y desconsuelo: algunos marineros contestaban á estas manifestaciones con despego, que es la fanfarronería de la afliccion; pero otros bajaban la cabeza para ocultar las lágrimas, que corrian por sus tóstadas mejillas. Sin embargo, la costumbre de la obediencia mantenía á todos en el lugar correspondiente á sus respectivas faenas, y cuando se dió la voz de levar áncoras, todos acudieron á ejecutar con ardor esta pesada operacion.

Una voz de mujer sonó debajo de la *Santa María*, y esta voz, al contrario de las otras, no espresaba desaliento.

—Dios querrá que vuelvas con bien, amigo mio, decia la voz. Esta noche he soñado que la santa imágen de la Virgen, que va en la popa de la carabela, cubria con su manto á nuestros pobres hijos.

Colón se asomó á ver quién era la que así hablaba, y siguiendo luego la direccion de sus miradas, vió encaramado en una verga al bueno de Andrés Leal, que se ocupaba en desaferrar la gran vela cuadrada del buque.

—Dices bien, buena mujer: Dios no desampara á los que tienen fé en él, dijo el Almirante. Yo no dudo que tu marido volverá sano y salvo, despues de haber sido útil á su patria y á su Reina.

—¡Oh! Señor, yo así lo espero, respondió Paula. Pero, ¿cuándo será?

—Pronto, hija, pronto. Con marineros como tu marido,—y yo creo que ninguno de cuantos llevo querrá ser menos que él,—los viajes largos se acortan; porque mas hace un buen proceder y una buena voluntad que todas las fuerzas del mundo sin estos requisitos.

—Es verdad, señor Almirante, repuso la pobre mujer. Una buena voluntad es todo; y no penseis que, si yo siento alguna inquietud en estos momentos, es por mis pobres hijos, y porque al cabo soy la esposa de Andrés.

Colón, á pesar de su varonil entereza, no pudo menos de conmovirse, porque las sencillas palabras de Paula encontraban eco en su corazón de padre y esposo.

—Eso mismo acrecienta el mérito de tu noble abnegacion, Paula, respondió el Almirante. Pero no temas nada, y busca fuerzas en otras aflicciones mayores, que puedes encontrar, si miras á tu alrededor. Tus hijos quedan al abrigo de una buena madre, y si nos sucediese alguna desgracia, lo que Dios no permita, no serian abandonados por la Reina, lo mismo que mi querido Diego: pero este no tiene madre.

—¡Ay, señor Almirante, qué injusta he sido! respondió Paula. Quiera la Divina misericordia llevar y traerlos con bien, y perdonarme los malos juicios que he formado antes de conocerlos.

Y volviéndose hácia su marido, añadió:

¡Adios, Andrés!... ¡Adios! Cumple con el señor Almirante como su Escelencia se merece.

Paula no pudo decir mas, y la contestacion de Andrés apenas llegó á oirse entre el ruido de la gran vela, que caía á lo largo del palo mayor.

La pobre mujer se alejó en su lancha que ella misma conducia; y Colon, al volverse, vió en el semblante de algunos marineros, atentos á la conversacion, que sus palabras no habian sido perdidas.

El sol comenzaba á levantarse sobre las montañas de Andalucía, y un viento fresco y favorable hinchó las velas de la *Niña*, que libre ya de sus áncoras, rompió suavemente las aguas del Odiel; no tardó en seguirla la *Pinta*, y cinco minutos despues, la *Santa María* se deslizó hácia la barra de Saltes, que está á la embocadura del rio.

Un número considerable de lanchas continuó acompañando á las dos embarcaciones menores por espacio de una hora, hasta tanto que comenzó á sentirse el balanceo de las gruesas olas del Océano: entonces, arreciando el viento, comenzaron á retroceder, aunque con pena, unas despues de otras; al mismo tiempo que las naves desfilaban rápidamente sobre la superficie azulada del Atlántico. Muchos de los que en ellas iban contemplaban las montañas de su patria, como despidiéndose de ellas para siempre.

Colon, puesto en pié en lo mas alto del castillo de popa, miraba tambien hácia el promontorio, en cuya cumbre se distinguía el monasterio de la Rábida. Era que, al pasar la barra, habia visto inmóviles sobre aquel monte un religioso, una mujer y dos niños.

Don Juan estaba á su lado.



CAPÍTULO VI.

De como apareció en el buque almirante un viajero que no estaba en lista.



ERIAN las ocho de la mañana cuando las carabelas pasaron la barra de Saltes, y era ya muy entrado el día sin que nuestros navegantes hubiesen perdido de vista las alturas de Palos, ni los demás puntos culminantes de la costa. Llegó la tarde, y todavía las mas elevadas cumbres del reino de Sevilla se dibujaban en el horizonte, á modo de azuladas nubecillas descansando en la línea tersa del

mar.

Mientras aquellos vestigios de la madre tierra permanecieron visibles para los viajeros, un melancólico placer conservó en sus ánimos una especie de dulce confianza.

Las naves corrian viento en popa hácia el Sur, y ningun accidente siniestro turbaba su marcha: la mar se rizaba en sus costados, y un brisote fuerte y seguido empujaba las velas, haciendo gemir la arboladura. Sin embargo, cuando el disco brillante del sol co-

menzó á sumergirse y desaparecer detrás de las ondas, la espedicion solo llevaba andadas unas cincuenta millas inglesas; y aunque esto se consideraba entonces como el mayor esfuerzo de velocidad, de que un buen marino podia con razon envanecerse, no era mas de la mitad de la distancia que recorrería un buen buque de nuestros dias en el mismo tiempo y con todas las condiciones favorables para la navegacion.

Entre los marineros mal encarados de que se ha hecho mencion en otro capítulo, habia uno en la *Santa María*, que desde antes de zarpar llamó la atencion del Almirante por el interés que tomaba en todas las maniobras, y la grande inteligencia práctica que demostraba en ellas. Era un hombre de treinta y cinco á cuarenta años, fornido aunque pequeño, feo y socarron: una especie de lobo marino, como suelen llamar á ciertos hombres duros, que parecen espresamente nacidos para vivir en el agua y luchar con las tormentas.

Este individuo no habia mostrado inquietud ni sentimiento al alejarse de la tierra: veíasele tan pronto encaramado en la punta de un mástil, como atendiendo á izar ó aferrar una vela con oportunidad, apedas oida la voz de mando, ó bien deslizándose por las cuerdas con la soltura de una ardilla: en el momento de ponerse el sol, estaba sentado en la cruz de una verga, con las piernas colgando, y cantaba un romance, mientras parecia contemplar con gusto la rápida marcha de la carabela.

Colon y don Juan, que casi no habian abandonado en todo el dia la coronacion del castillo de popa, desde donde podian observar con sentimientos análogos la desaparicion lenta de la tierra, estaban en aquel lugar, y abarcaban con su mirada todo el buque.

—¿No es, en verdad, un espectáculo sublime el que tenemos á la vista? decia el Almirante á su jóven amigo. Estamos en plena mar, la Providencia parece favorecernos con un tiempo hermoso y una brisa pujante, la calma comienza á restablecerse poco á poco en los espíritus, y la confianza seria completa, si todos pudiesen comprender las pruebas irrefragables de mi verdad, que incesantemente se desarrollan en torno nuestro.

—¿De qué pruebas hablais, señor Almirante? preguntó don Juan.

Por las barbas del Rey Chico, que vuestros ojos deben de ser de otra materia que los míos: pues aunque los tengo bien claros, no veo más que los accidentes ordinarios de un viaje por mar.

—Os haceis poco favor, señor Pedro Gutierrez,—contestó Colon, dando este nombre á su amigo, porque habia cerca de ellos algunas personas que podian oírle.—Hay dos modos de ver: con los ojos de la cara, y los de la inteligencia; y os considero bastante sagaz para no poder negaros el don de esa segunda vista, mas importante que la primera. ¿No habeis observado como los montes mas altos han ido decreciendo á nuestra vista, á medida que nos alejamos, hasta perderse sus cumbres, como si se hundiesen debajo del agua?

—Ciertamente, señor.

—Pues ved ahí una prueba de la redondez de la tierra. En esta inmensa llanura líquida, ningun objeto impide ver las bases de los montes, y sin embargo, han desaparecido á un tiempo en toda su estension, y sus cúspides que sobresalen son lo último que ha dejado de percibirse, como el campanario de una iglesia es lo último que desaparece cuando se baja á un valle.

—Menester es que eso sea verdad, señor Almirante, dijo el piloto Sancho Ruiz, que atendiendo al timon, no habia dejado de oír con interés las palabras del gran navegante.—Menester es que sea verdad; porque de lo contrario, mal rumbo llevaremos para las Indias por donde pensamos ir.

Una gran parte de los individuos de la tripulacion se acercó á escuchar, aunque procurando permanecer á una respetuosa distancia. *El lobo marino* permanecia en la verga, cantando su romance.

—¡Oye tú, abejerro! le gritó desde abajo Andrés Leal; calla si puedes, ó canta mas bajo, que con tu música y el ruido de los aparejos no nos entendemos.

El *Lobo* echó una ojeada hácia el castillo, y conociendo el motivo de aquella interpelacion, calló de pronto, dió media vuelta, y echándose de bruces sobre una cuerda, se puso á escuchar como los demás.

Colon decia en aquel momento:

—La desaparicion gradual de los montes, así como el hecho bien sabido de ser los *sobres* de los navíos las primeras velas que apa-

recen en el mar, aunque son las mas pequeñas, demuestran claramente esa verdad. Pero, fuera de esto, ¿no os dice nada ese círculo perfecto que, donde quiera que nos hallemos, traza el Océano alrededor de nosotros? ¿Por qué siempre y en todos los parages encontramos la forma redonda?

—Eso consiste en que la distancia es igual por todas partes, murmuró un marinero; pero sin atreverse á espresar en voz alta su pensamiento.

Sin embargo, Colon entendió algo, y como deseaba por una parte hacerse amigos de sus casi forzados compañeros, y por otra llevar á sus ánimos la luz del convencimiento, dijo al murmurador :

—No tengas reparo alguno en decir lo que piensas, amigo: yo admito la discusion en todo aquello que no contrarie la disciplina y la obediencia.

El marinero repitió su objecion.

—Reflexionas con juicio, amigo, le contestó el Almirante. Pero tu argumento no prueba nada contra mi teoría; porque si la tierra fuese plana, la distancia que alcanzamos á ver no seria siempre igual: ahora mismo, no limitaria el mar nuestro horizonte por la parte de Oriente, sino que aquel alcanzaria á las cordilleras de montañas de Andalucía, ó tal vez á los Alpes, así como alcanzamos á ver la luna y las estrellas, que están infinitamente mas lejos.

—Eso no tiene réplica, Mateo Sanchez, dijo Andrés Leal: y para mí, la tierra es tan redonda como tu cabeza.

El marinero no replicó; pero hizo un movimiento como quien no se da por convencido.

Colon siguió hablando con don Juan.

—Desconociendo esta verdad, dijo, se viene á negar la sábia prevision de Dios, que no ha hecho inútilmente nada de cuanto admiramos en sus obras. Ese astro magnífico, que con su luz y su calor vivifica todo cuanto sustenta la tierra, ¿con qué objeto nos abandonaria en este momento, dejándonos sumidos en las tinieblas por espacio de algunas horas, si al otro lado del mundo no hubiese seres necesitados de su benéfica influencia? No es probable que un astro tan útil esté destinado á perder en vano sus fecundantes rayos; y es ya un hecho conocido, que el dia y la noche viajan de Oriente á

Occidente; de lo que infero, que el gran luminar prodiga incesantemente su claridad y su calor á los hombres, tocando en unos puntos de la tierra, á medida que se aleja de otros. El sol que acaba de desaparecer á nuestra vista, alumbrá todavía en las islas Azores; y una hora ó mas antes que volvamos á verle aparecerá en el horizonte de Grecia: esto es una cosa probada por medio de los relojes de máquina, comparados con el meridiano. La naturaleza no hace nada sin objeto; y yo creo que el Catay será iluminado por ese globo inmenso de fuego, mientras nosotros permanecemos en la oscuridad, para volver luego por su camino de Oriente, atravesando el continente de Asia, y mostrarnos de nuevo su luz consoladora. Eso mismo que el sol ejecuta en el cielo con una rapidez admirable, nosotros lo imitamos en nuestras humildes carabelas. Désenos tiempo, y tambien podremos rodear la tierra, y volver de nuestro viaje por el pais de los tártaros y de los persas.

Colon pronunció estas palabras con un entusiasmo tranquilo, que les comunicaba gran fuerza de conviccion y autoridad. Algunos marineros comenzaron á discutir en voz baja, unos declarándose convencidos, y otros emitiendo sus dudas; pero guardando todos el mas profundo respeto al hombre eminente, cuya superioridad no podian desconocer, aunque no fuesen capaces de comprenderle.

Colon siguió hablando algunos momentos mas con don Juan; pero siendo la hora de las oraciones, en que, segun costumbre establecida en todos los buques de la marina real, solia rezarse la Salutacion del Angel, y cantarse el himno *Salve á la Estrella del Mar*, dió aquel la órden conveniente, y acto continuo el toque de una campana convocó toda la tripulacion á las inmediaciones de la toldilla, donde un religioso dominico, que iba en el buque, entonó las alabanzas de la Madre de Dios.

Es un hecho reconocido por los mas escépticos, que todo corazon afligido ó necesitado de consuelo y esperanza, busca instintivamente y encuentra su alivio en los sentimientos religiosos. Así los rudos marineros y soldados de la *Santa María* oraron aquella tarde con extraordinario fervor, acordándose de sus familias, que en el mismo instante rogarian á Dios por ellos.

Faltaba, sin embargo, entre todos, uno de los viajeros; nuestro

conocido Sancho de la Barca: pero nadie echó menos su presencia, y si acaso alguno hubo que notase la falta, guardó silencio por respeto al acto que se ejecutaba.

Terminado habia ya el bello himno de los navegantes, y el sacerdote murmuraba la oracion de ofrecimiento, cuando sonó un grito agudo, que vino á perturbar el recogimiento solemne de todos los que oraban; y uno de ellos, el que hemos calificado de *lobo marino*, dió un salto y se lanzó por la escotilla, desapareciendo con la rapidez del relámpago.

Aquel grito habia sonado hácia la bodega del buque, donde se percibió en seguida el rumor de una disputa.

Colon, así como todos los demás, se levantó sorprendido por este incidente inesperado; y á una indicacion suya, don Juan y el inspector de la flota corrieron á enterarse de lo que pasaba.

Pocos momentos despues reaparecieron sobre cubierta: nuestro jóven aventurero, trayendo á Sancho cogido de una oreja, y el inspector, conduciendo delante de sí al lobo marino y á un hermoso jovencillo, que parecia estar muy asustado.

—¡Sancho! exclamó con vehemencia el Almirante. ¿Qué significa todo esto? ¿Dónde andábais mientras los demás elevaban sus preces al cielo? ¿Quién es ese niño que ahí me traen, y con qué motivo habeis turbado la paz del buque? Hablad, hablad pronto.

—Señor, contestó Sancho buscando una evasiva para escapar bien como siempre. No me riña vuestra Excelencia sin escucharme; porque así me aturullo, y no atinaré á responder á tantas preguntas.

—Soltadle, señor Gutierrez, dijo Colon á don Juan: soltadle para que hable con libertad.

El jóven le dejó, y Sancho prosiguió hablando así:

—Yo, señor, me intereso mucho, como bien sabeis, por el honor de la expedicion.

—Sí, no te lo niego; pero eso no es contestar.

—Voy al caso: movido por ese interés, observo, miro y brujuleo todo lo que pasa; y habiendo percibido no sé qué cosa por allá abajo, hácia la bodega...

—Sí, el olor del vino, bribón, dijo don Juan interrumpiéndole.

Sancho se mordió los labios; porque en efecto, su amo había atinado con el objeto de su principal interés en la bodega; pero contestó echándolo á broma:

—Ciertamente, señor, como buen cristiano que soy, tengo devoción al vino, y puede ser que el olor me haya llevado insensiblemente á donde convenia que yo fuese; porque habiendo sentido un rumor extraño por aquella parte, y temiendo que hubiese ratas, me puse á buscar, y encontré allí escondido á ese lindo mozo, que al verse descubierto, dió un grito como si le fuese en ello la vida. Yo quise averiguar por qué y para qué se hallaba oculto en tan respetable lugar; pero en esto llegó hecho una fiera este camarada (añadió señalando al *lobo*); pretendió mover camorra conmigo, y yo no tuve tiempo de saber lo que él acaso podrá explicar á vuestra Excelencia.

Colón se volvió hácia el hábil marinero, aludido por Sancho, y su mirada perspicaz observó al punto que aquel hombre sentia un vivo descontento de verse el blanco de la curiosidad general: notó también la turbación del muchacho, y le pareció que la sola circunstancia de hallarse en el buque sin conocimiento suyo no justificaba la zozobra de que daba muestras.

—Nada temáis, dijo con dulzura el Almirante: yo sentiria que la presencia de ese niño en este sitio fuese ocasionada por algun acto culpable; pues el solo hecho de venir con nosotros no es ningun delito, siempre que lo hayan consentido sus padres. Yo debo saber lo que hay en esto: decídmelo francamente, amigo... ¿Cómo es vuestro nombre?

—Tengo dos, señor, ó por mejor decir, tres, respondió el marinero; pero el uno está casi olvidado, y podeis llamarme por cualquiera de los otros dos: en tierra me dicen Diego el Terrible; y en mar Diego Borrasca.

—Grandes nombres són los dos. En fin, Diego, ¿sabrás decirme quién es ese jovencito?

—¿Quién ha de ser, señor? Es mi hijo único, y mi único pariente; pues no me queda nadie mas que él en el mundo.

—Y si es tu hijo, ¿por qué lo has ocultado?

—Señor, ya veis que es una criatura, respondió con desembarazo el marinero. Yo no tengo el honor de venir aquí como otros... Se me ha permitido esto como una gracia; y debiendo partir para un viaje, que nadie sabía cómo acabará, dije para mí: «no es cosa de dejar á mi pobre Ramiro sin padre: á donde vá el mar que vayan las arenas.»—Pero como es tan niño, temi que no me consintiesen traerlo, y pensé para mi colete:—«¡Vah! metámoslo por allí, en algun rincón, y estando en el golfo, se lo diremos todo al señor Almirante, y no creo que lo eche al agua como un trasto inútil.»—Ahí tiene vuestra Excelencia lo que pasa; ni punto mas, ni punto menos.

—Si me has dicho la verdad, contestó Colon, mirando fijamente al jovencillo, que permanecía inmóvil y con los ojos bajos, no me opongo á que Ramiro venga con nosotros; pero repruebo el disimulo con que has procedido, y si me hubieses engañado, te harias acreedor á mi castigo.—¡Ea! No se hable mas de esto.—Que se nombren los cuartos vigilantes, añadió dirigiéndose al piloto, y á ver cómo seguimos aprovechando este hermoso viento con que Dios nos favorece.

Despues de esto, dió algunas órdenes, y todos se retiraron, unos á sus puestos, otros á descansar, no descontentos de llevar en su compañía á la linda personita de Ramiro. Algunos se admiraban de que tan hermoso muchacho fuese hijo de un padre tan feo, y durante la velada formaron juicios extraños; porque el tal Diego Borrasca era hombre de largas aventuras.



CAPITULO VII.

Una avería



A vida del mar es monótona, y los accidentes pasajeros de la navegacion, aun aquellos que provienen del mal tiempo, cuando no son graves, sirven para dar al espíritu el movimiento que necesita en medio de un espectáculo siempre igual, ó poco variado.

En esta ocasion el inesperado lance que acabamos de referir no pudo producir un efecto semejante, porque todavía no era natural el cansancio en los ánimos; pero sí distrajo á los marineros de la *Santa María* de sus lúgubres presentimientos y apenados recuerdos; y en los dos dias siguientes, que fueron de los mejores durante la travesía de las Canarias, la tripulacion tuvo largo entretenimiento con el jóven aparecido, que á todos caia en gracia, como si poseyese un secreto influjo para ganar los corazones.

La poca edad aparente de Ramiro, que á juzgar por su talla, lo delicado de su voz y lo aniñado de su rostro, podia calcularse en calorce ó quince años; la madurez de su juicio y la seriedad que manifestaba siendo tan jóven; la gracia y agudeza de sus conceptos, y un airecillo de distincion algo amanerado, pero apacible en sus movimientos, hacian que todos se tomasen interés por él: sin embargo, nuestro aparecido, sin mostrarse indiferente á las consideraciones que merecia, usaba de cierta reserva en el trato, y no consentia demasiada intimidad con nadie. Un observador atento y perspicaz habria creido descubrir una mujer bajo el nombre y trage de Ramiro.

Sin embargo, nadie concibió por de pronto sospecha ninguna de esta naturaleza; hubiera parecido absurdo suponer que una jóven tuviese valor para arrostrar voluntariamente los peligros de un viaje, que hombres duros y habituados al mar no recordaban sin estremecerse. Mas, por esta misma consideracion, la presencia del bello adulto llegó á ser para Colon un motivo de aprecio hácia su padre, que llevándole consigo daba una prueba de confianza, y ofrecia un estímulo á los menos animosos.

El domingo, cinco de agosto, el Almirante iba contento, no solo de ver la buena disposicion de su gente, sino tambien por lo mucho que el tiempo le favorecia: las carabelas avanzaban rápidamente, en direccion á las Canarias, dejando atrás mas de ciento veinte millas en el espacio de aquellas veinte y cuatro horas. El tiempo continuó siendo favorable, y el lunes por la mañana conversaba Colon alegremente con don Juan y otros dos ó tres compañeros, que estaban en pié junto á él.

—Dios nos ayuda visiblemente, decia: con un tiempo como este, podríamos ver las playas de Zipango en poco mas de treinta dias; y viajes se han hecho desde el Mediterráneo á Inglaterra, que han costado mucho mas.

—¿Cuántos dias emplearemos, siguiendo este tiempo, desde Palos á las Canarias? preguntó el inspector Sanchez de Segovia.

—Nos faltan poco mas de dos dias para llegar á Tenerife, si no sobrevienen calmas ó algun accidente imprevisto: lo primero no es de temer, si no me engañan mis observaciones.

—No faltando el viento, lo segundo es muy eventual, dijo don

Juan. Ved con qué gracia marchan delante de nosotros la *Pinta* y la *Niña*.

Colon echó una mirada hácia aquellos buques, y al punto desapareció la sonrisa que vagaba en sus labios.

El marinero Diego Borrasca gritó al mismo tiempo desde la cofa del trinquete, donde hacia un rato estaba en observacion:

—Con vuestro permiso, señor Almirante: la *Pinta* no anda bien.

—Ya lo he notado, buen Diego, contestó Colon. ¡Gracias por tu cuidado!

—Mirad, señor, como carga velas de proa, y vira contra el viento, continuó el experto Lobo-marino. Por San Telmo, y ¡qué torpemente se mueve! No parece sino que le falta la quilla.

Colon se levantó, y dió rápidamente algunas órdenes con el objeto de encaminar la *Santa María* al pronto alcance de la *Pinta*, aprovechando todo el favor del viento.

—Dios nos ayuda,—murmuró luego, mientras el hábil Borrasca y Andrés Leal ejecutaban con admirable precision sus mandatos.—Dios nos ayuda; pero no tengo igual confianza en los hombres.

—¿Quereis decir que Martin Alonso falta á su deber? preguntó el inspector ó veedor Rodrigo de Segovia.

—No pienso nada de eso, respondió Colon; y seria temerario todo juicio aventurado en este momento. Pero Martin no va solo en la *Pinta*.

Este buque y el almirante tardaron poco en acercarse al alcance de la vocina.

—¿Qué ocurre, señor Martin Alonso? preguntó Colon. ¿De qué proviene esta detencion repentina?

—Es efecto de un percance inesperado, señor don Cristóbal, contestó Martin.

—¿Es averia grave? ¿Necesitais auxilio? gritó el Almirante.

—No será menester; no es mas, sino que se ha aflojado el timon de la buena carabela, y no podemos confiarnos al viento sin ajustarlo antes.

Las facciones del sabio navegante mostraron un profundo descontento.

Despues de dar á Martin Alonso algunas instrucciones para repa-

rar la avería, Colon se puso á recorrer el puente, paseando por espacio de algunos minutos: estaba visiblemente agitado; y conociendo todos por su exterior la importancia que daba al percance de la *Pinta*, se retiraron respetuosamente, dejándole solo con don Juan, el cual le dijo:

—Yo espero, señor Almirante, que la avería no será de mucha consideracion, y que eso no retrasará nuestro viaje. Martin Alonso es un marino inteligente, y no dudo que sabrá emplear los medios necesarios para que lleguemos con felicidad á las Canarias, donde será fácil reparar daños mayores.

—Teneis razon, amigo mio, le respondió Colon. Debemos contar con la inteligencia y fidelidad de Martin Alonso. Pero yo siento que la mar esté demasiado gruesa y no me permita ir á ver por mi mismo en qué consiste ese accidente, inesplicable en el órden natural de las cosas. Mi inquietud, sin embargo, tiene un origen que vos desconoceis: no tanto me alarma que el timon se haya desenclavado, como el pensar que esto puede haber sido de intento, á fin de infundir miedo á los marineros y á la demás gente. Bien sabeis que los propietarios de esa carabela no han perdonado artificio alguno para retardar nuestra salida del puerto: ellos van á bordo, y me parece que quieren continuar empleando sus malas mañas aqui, en pleno Océano.

—Si no es mas que eso, replicó don Juan, yo sé un remedio espeditivo para curar de su manía á los señores Rascon y Quintero. Dejadme saltar á la chalupa y hacer una visita á esos dos rebeldes: yo les diré que tengan mucha cuenta con su timon; porque si este se atreve á alojarse otra vez, ó si acontece otro lance por el estilo, mandaré hacer cuerdas de su pellejo y clavijas de sus huesos, para afianzar bien el susodicho timon.

—No es prudente apelar á medidas rigorosas, amigo don Juan, sino en un caso estremo y con perfecto conocimiento del crimen. Lleguemos á las Canarias como Dios sea servido; y una vez allí, buscaremos otra carabela; porque este accidente me hace ver que no estaremos libres de contratiempos, mientras esos propietarios vayan en nuestra compañía.

Colon alentó á la gente de la *Pinta* para que hiciese lo po-

sible, á fin de remediar el daño, y una hora ó dos despues, los tres buques navegaban á todo trapo hácia las Canarias.

A pesar de este retraso, la flotilla anduvo unas noventa millas entre el dia y la noche; pero á la mañana siguiente volvió á aflojarse el timon, y la avería, mas grave que la vez primera, fué mas difícil de reparar.

Estos accidentes reiterados eran para Colon otras tantas muestras de la antipatía de sus compañeros, y llenaban su espíritu de una viva inquietud. Aquel viaje tan felizmente comenzado, podia en efecto no acabar nunca, ó verse suspendido, sin que la expedicion llegase al término de su destino. ¿Quién persuadiria en este caso á las gentes, de que la empresa habia fracasado por la mala fé de algunos subalternos, y no por falta de pericia en el jefe? Si una vez fuese forzoso retroceder, ¿no podia Colon dar el último adiós á sus esperanzas?

El efecto de aquellas averías comenzaba á notarse entre la tripulacion. Aunque en voz baja, muchos murmuraban diciendo que, si tan graves inconvenientes se tocaban ya, con un tiempo magnífico y cerca de tierra, qué seria cuando aquellas frágiles carabelas estuviesen engolfadas en un mar sin límites, y donde no podia menos de ser espantosa la fuerza de las olas. Algunos mas ignorantes ó tímidos se aventuraban á suponer que podian ya considerarse perdidos, pues ni el Almirante mismo sabia dónde se hallaban.

Don Juan se enteró de estas hablillas por boca de Sancho, y las comunicó á Colon.

—Propio es de la ignorancia el temor de peligros imaginarios, le respondió el Almirante. Vereis cuán pronto desvanezco esas fantasmas ridículas.

Y como las otras carabelas se hallasen á la sazón á una corta distancia de la almiranta, Colon tomó la bocina y mandó á los pilotos maniobrar para venir á conferencia.

Luego que los tres buques se hallaron bastante cerca unos de otros para poder hablar, el Almirante pidió á los jefes de cada uno su parecer sobre el paraje y la distancia á que se encontraban.

Muy difícil era en aquel tiempo ejecutar con exacta precision los cálculos náuticos; pues ni los instrumentos tenian la perfeccion ne-

cesaria que despues han alcanzado, ni los marinos de entonces poseian la suma de conocimientos científicos indispensables hoy. Así fué que desde luego aparecieron notables diferencias entre los cómputos de Martin Alonso y Vicente Yañez, y mayor fué aun la que resultó al comparar los de estos con los de Colon.

Los marineros estaban suspensos, atendiendo á esta operacion, que tenia para ellos un interés inmenso; y cuando oyeron á nuestro genovés declarar con entera seguridad la distancia recorrida, unos se miraron entre sí con admiracion, y otros dieron señales de incredulidad.

—Muy en breve sabremos cual cálculo es el mejor, dijo Colon en voz alta, como era menester para que le oyesen desde los otros buques. Hoy, antes de medio día, veremos los picos de las islas; pero no podremos tomar puerto hasta mañana, porque el tiempo será variable á la caída del sol.

Este pronóstico se cumplió en todas sus partes; y no pudo emplearse un argumento mas fuerte para convencer á los espedicionarios de la gran capacidad y sabiduría del Almirante.



CAPITULO VIII.

Dias perdidos.



UEGO que las carabelas tomaron puerto en Tenerife, el día 9 de agosto, el primer cuidado de Colon fué visitar la *Pinta*, para reconocer su estado de servicio y el espíritu que animaba á su equipaje.

Doliale tener que deshacerse de aquella nave, la mas velera de las tres que la flota componia; pero su exámen le afirmó en el propósito anteriormente formado de reemplazarla por otra: vió que para emplearla con fruto en el largo derrotero de su viaje, necesitaba hacer en ella importantes reparos, y que aun así no podia estar seguro de su marcha constante hasta el término deseado; puesto que ni la autoridad, ni el celo de Martin Alonso, y de su hermano Francisco, que la gobernaban, habian podido impedir el contratiempo anterior, ni que dejase de cundir entre la tripulacion un descontento, hasta cierto punto justificable.

Llamó aparte, por lo tanto, el Almirante á Martin y Francisco, y les dijo:

—Desde este momento voy á ocuparme en buscar otra carabela que sustituya á la *Pinta*: si aquí no la encuentro, iré á otra parte, y haré cuanto se me alcance para conseguirlo: pero, por si acaso no puede ser, disponed que se hagan en este buque todos los reparos necesarios; porque en último extremo, cumplirá su destino, y quiero que lo cumpla bien. Si para ello fuere menester hacer algun cambio en el personal, á su tiempo me lo direis, y determinaré lo que mas convenga.

Martin Alonso contestó acorde con el Almirante, que seria bueno tomar otro buque, si lo hubiese; á pesar de que, añadió, la *Pinta* no era el mayor inconveniente para seguir con toda felicidad aquel viaje.

Estas palabras confirmaron las anteriores sospechas de Colon, el cual empezó á dar algunos pasos aquel mismo dia, para buscar algun barco en reemplazo del averiado; y no pudiendo encontrar allí ninguno á propósito, al tercer dia partió con la *Santa María* y la *Niña* á la isla de la Gomera, donde fueron igualmente inútiles sus gestiones; pues aunque hallase algun buque acomodado á su objeto, no pudo encontrar quien se lo confiase.

Los habitantes de aquellas islas, que oian hablar por primera vez de la expedicion al Ocaso, ellos que creian ocupar los linderos del mundo, y que contemplando diariamente aquel Océano que les rodeaba, no habian osado nunca traspasar los límites de su horizonte sensible, mal podian acomodarse repentinamente á la idea de un viaje, cuya resolucion habia costado años á la emprendedora corte de Castilla: causábales grande admiracion la novedad del intento, y mas incrédulos aun que los habitantes de Palos, á las demostraciones y racionios contestaban con un argumento afirmativo.

—Ciertamente, decian, algo hay allí; pero ese algo no queremos nosotros verlo muy de cerca. Desde aquí lo vemos todos los años: es la isla flotante de San Brandan, que huye de quien la busca, y solo aparece á nuestros ojos por espacio de algunos dias.

En vano pretendió Colon hacer comprender, aun á las personas mas entendidas de aquel país, que la supuesta isla de San Brandan

era una ilusion óptica; la aparicion de algunas nubes en estaciones determinadas del año, ó tal vez el reflejo de las mismas Canarias, producido por accidentes atmosféricos, no estudiados. Estas esplicaciones, sin dejar á nadie satisfecho, parecia como que acrecentaban el misterio escondido en aquellos mares.

Pero, si los canarios no se daban por convencidos, en cambio sus fantásticas historias de la isla flotante hacian mella en la imaginacion de los expedicionarios que bajaban á tierra. La supuesta aparicion y desaparicion de aquella isla era para ellos una cosa incomprendible, pero maravillosa; y todo lo maravilloso tiene mas elocuencia que lo convincente para sobreescitar los ánimos poco ó nada instruidos.

Colon no tardó en conocer que le convenia dejar cuanto antes la tierra del antiguo mundo, y evitar por de pronto, en lo posible, el roce de su gente con los isleños; en quienes, no obstante, halló las mayores deferencias y consideraciones de respeto hácia su persona. Dispuso mudar el aparejo de la *Niña*, que solo llevaba velas latinas, poniéndoselas cuadradas, para que mejor pudiese alternar con las otras carabelas, y dió la vuelta á la isla de Tenerife, donde ya la *Pinta* estaba lista para hacerse á la mar.

Pocos dias despues, los tres buques navegaban hácia la Gomera, punto definitivo de partida señalado por el Almirante. Allí pensaba refrescar los víveres, tomar agua y leña, y proveerse de todo lo necesario, teniendo en cuenta hasta las eventualidades mas improbables de la navegacion.

La noche que siguió al dia de la salida del puerto era clara y serena; soplabá un viento suave, y en aquella latitud era grato respirar el aire fresco y perfumado de las cercanas islas. Colon y sus allegados estaban, como de costumbre, sobre el castillo de popa, desde donde, y merced á lo apacible de la noche, pudieron oír una conversacion acalorada que sostenian siete ú ocho individuos agrupados al pié del palo mayor.

—Volvemos á lo de siempre, decia un marinero jóven; ni el mar me asusta, ni las tormentas me dan cuidado. Pero si alguno de vosotros hay que interiormente no recele de ir por donde no se sabe

que nadie haya ido jamás, en ese caso me declaro el mas cobarde del mundo.

—Aquí está el que dices, le contestó Diego Borrasca, golpeándose el pecho con la mano: ¡y por vida de San Dimas, que es mi patron en tierra!—si no fuésemos á ver lo que nadie ha visto, no vendría yo con vosotros en este momento.

—Yo, por mi parte, añadió Andrés Leal, tampoco tengo ya ningun recelo desde que sé con quien voy. El Almirante no es un marino cualquiera; lo que él sabe no lo saben todos; y á donde quiera que me lleve, le seguiré con tanta confianza como si nos llevase de Palos á Cádiz.

—Eso es hablar, dijo otro marinero. Cuando perdamos la tierra de vista, y sea imposible volver á ella, entonces me contarás si es lo mismo ir de Palos á Cádiz, que navegar sin tino por un mar que no tiene fin.

—Eres terco y majadero, Mateo Sanchez, repuso Andrés: yo creia que te habian convencido las razones del Almirante el otro dia.

—Para estas cosas no bastan razones, contestó Mateo: yo me atengo á los hechos: y es un hecho que nadie ha visto ninguna tierra mas allá de las islas Azores, como no sea la de San Brandan, que va y viene por esos mares como una balsa á flote. Yo digo lo que mi vecino Miguel de Osuna: que esa isla flotante es un indicio de los misterios que Dios guarda en el Océano, y que ha de costar la vida á los que pretendan descubrirlos.

—Vergüenza da oír hablar así á unos hombres que se llaman españoles, dijo Sancho de la Barca. Yo creo que todas las cosas quieren un principio; y á buen seguro que, si nuestros abuelos hubiesen pensado como tú, ni siquiera sabríamos hoy que existen estas islas Canarias, donde ahora estamos. ¿Cómo han descubierto los portugueses los Azores? ¿Cómo han ido hasta el golfo de Guinea? No creo que, antes de descubrir ellos estas tierras, las hubiese visto ninguno.

—Estoy conforme en eso, replicó Mateo. Pero hay mucha diferencia entre los descubrimientos de los portugueses y este viaje á Poniente. Ellos pueden ir á Guinea, ó mas allá si quieren, porque todo el mundo sabe que hay una tierra llamada África.

—Y todos sabemos que hay otra llamada India, respondió Diego Borrasca; y como nosotros somos marineros, vamos á buscarla por mar, á no ser que te parezca mejor llevar las carabelas por la Sierra Morena.

Esta salida hizo reir á los circunstantes. Sin embargo, el marinero jóven le contestó:

—Yo no sé si seria mas fácil llevarlas por la sierra que por ese mar desconocido. Lo cierto es, que hace ya muchos años que Dios crió el mundo, y á nadie le ha ocurrido hasta hoy meterse en tantas honduras.

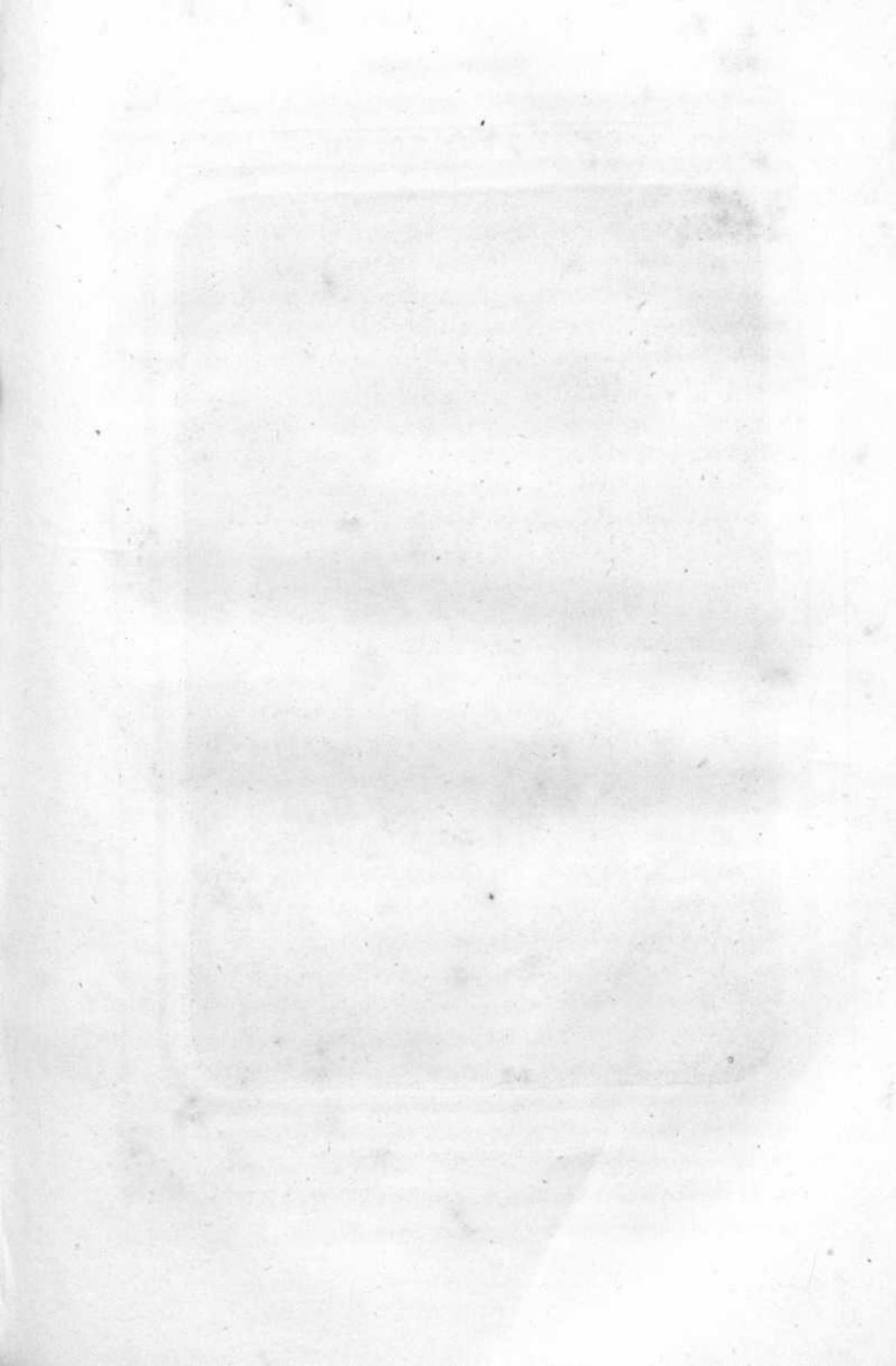
—Nos ocurre á nosotros, y esto basta, dijo Sancho. Por vida de mi madre, que á saber yo que tenias tanto miedo, Pepe, habria hecho lo posible para que te quedases en Palos.

—¡Aquí nadie tiene miedo, vive Dios! exclamó Pepe. Ábrase el abismo, cuando guste, y entonces veremos cuál de nosotros es el que se pone amarillo.

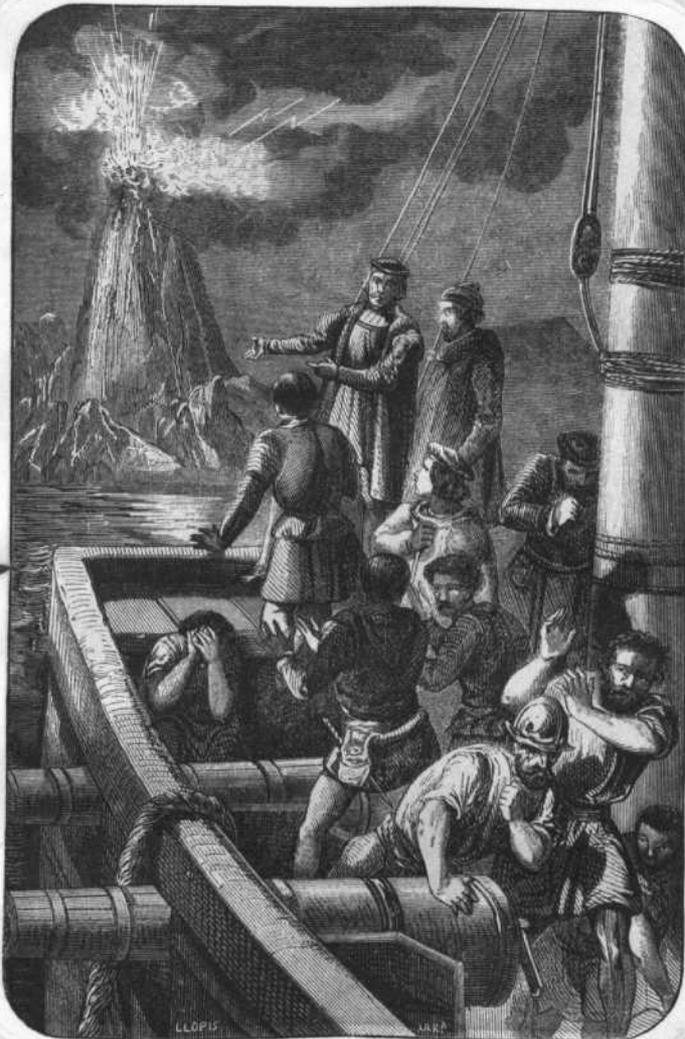
Acabando el marinero de pronunciar estas palabras, el cielo y el mar se iluminaron de repente con un resplandor extraño, que hizo aparecer lívidos los rostros de todos los interlocutores. Naturalmente volvieron estos la cabeza hácia donde brillaba aquella luz inesperada y siniestra, y su poca experiencia no les permitió conocer al pronto lo que aquello era. Vieron distintamente los picos negros de algunas montañas, y sobre ellos, aunque á larga distancia, uno mas elevado que arrojaba con fuerza un inmenso surtidor de fuego.

A un mismo tiempo fué visto este fenómeno desde todas las carabelas; casi á la vez sonaron gritos de asombro en ellas, y muchos marineros cayeron de rodillas, implorando la piedad del cielo, como si fuese llegado el fin del mundo: al rumor de aquella infundada alarma levantáronse los que dormian, y mas admirados que sus compañeros, puesto que su inteligencia embotada por el sueño no se prestaba á la reflexion, prorumpieron en quejas y lamentos.

Pocos eran los que habian presenciado en su vida un espectáculo semejante: muchos los que ignorando su naturaleza, estaban predisuestos á revestirlo con los colores sombríos de sus preocupaciones: así no es de estrañar que un fenómeno terrible en verdad, pero harto conocido, infundiese pavor á los mas esforzados.



CRISTOBAL COLON.



El terror embargó sus ánimos.

—No era aquello otra cosa que una erupcion del volcan de Tenerife; pero su mucha violencia y la obscuridad de la noche acrecentaban el horror natural que por sí mismo esperece un acontecimiento de este género. Las masas enormes de fuego y humo que se desprendian de la montaña veíanse distintamente, á pesar de la distancia no escasa, como si amenazasen abrasar las carabelas, y una ligera conmocion de la tierra, ocasionada por el esfuerzo de aquel incendio subterráneo, agitó las olas, imprimiéndoles un movimiento desigual y zozobroso.

Ambos fenómenos se produjeron casi instantáneamente, de suerte que no dieron tiempo á la reflexion de los que á ellos no estaban acostumbrados. El volcan vomitó con fuerza su ardiente lava, y el ronco ruido de la erupcion llegó en alas del viento á los oidos de los navegantes, como si fuese el eco lejano de la trompeta del juicio final: el terror embargó sus ánimos, y ya no les permitió gritar, sino solo decir con voz doliente, que aquello era un aviso y una amenaza del cielo.

Y aunque algunos se mostraban indiferentes y hasta se reian del pánico de sus compañeros, los que no podian comprender el origen de aquel accidente se precipitaron en tropel hácia el castillo de popa, donde Colon permanecia tranquilo con sus oficiales, no habiendo querido anticiparse á calmar la alarma del equipaje, porque no se creyese que daba alguna importancia á lo que para él no la tenia.

Mateo Sanchez tomó la palabra por sus compañeros, y dijo al Almirante:

—Señor, venimos á rogar á vuestra Excelencia que se digne ver lo que pasa. La isla cercana vomita fuego; el mar parece que hierve debajo de nosotros; nada de esto es natural, y sin duda es que Dios quiere advertirnos que somos débiles mortales y que no debemos traspasar sus leyes, empeñándonos en proseguir esta navegacion temeraria.

—¡Pardiez! dijo Sancho. Lo que Dios nos muestra, es un faro para que podamos evitar los escollos de estas islas.

—Cállate, Sancho, respondió Colon. No es caso de burlas este, aunque tampoco hallo motivo para que nadie se alarme.—Decidme,

añadió en alta voz dirigiéndose á todos los marineros: ¿no hay alguno de vosotros que haya estado en Sicilia?

—Yo, señor Almirante, respondió Diego Borrasca.

—Yo tambien, dijeron otros cuantos.

—Habreis visto, por consiguiente, prosiguió Colon, el monte Etna, que arroja llamas casi siempre, y sabreis que este fenómeno se produce en medio de un país, que parece especialmente favorecido por Dios: tal es su fertilidad y su hermosura.

—Claro está, respondió Andrés Leal: si es una cosa que estamos hartos de verla: confesad que sois hombres de poco espíritu, y no vengais á cada paso alborotando con cualquier pretexto.

—Si fuésemos cobardes, como das á entender, le respondió un marinero viejo, no estaríamos en este sitio, porque habríamos desertado antes de llegar á embarcarnos. Nosotros no tenemos miedo á nada que sea natural: tememos á Dios: y esto no es cobardía, sino prudencia.

—Paz, amigos, dijo Colon. Yo no tengo por cobarde á ninguno de mis compañeros, y comprendo muy bien la alarma que puede causar un volcan á los mas valientes, que lo ven por primera vez. Pero esa alarma y todo temor deben cesar desde el momento que sepais, que esas erupciones de fuego son debidas á causas naturales, y que sin ellas, acaso este mundo en que vivimos estaria sujeto á grandes convulsiones y trastornos.

Colon siguió explicando á los ignorantes marineros y soldados las causas de los volcanes, el modo de producirse y la naturaleza de los que en su tiempo eran conocidos, acudiendo de vez en cuando al testimonio de sus oficiales para confirmar la veracidad de sus asertos.

Don Juan y Rodrigo de Segovia se mezclaron luego con la tripulacion para acabar de persuadir y tranquilizar á los mas incrédulos; y cuando el nuevo sol vino á extinguir con su luz el resplandor siniestro del pico de Teide, todos se reian de su propio sobresalto.

El dia siguiente, 22 de agosto, las naves tomaban puerto en la isla de la Gomera.

CAPÍTULO IX.

De como no hay mal que por bien no venga.



ASARON doce dias antes que la flotilla estuviese provista de todo lo necesario para despedirse definitivamente del antiguo mundo. En este espacio de tiempo, Colon fué debidamente obsequiado por las personas principales de Gomera, y pudo acabar de conocer la fidelidad de algunos hombres de su tripulacion, á quienes dejó el cuidado de los quehaceres secundarios.

Sancho de la Barea, Andrés Leal y Diego Borrasca desempeñaron con celo todos los encargos relativos á la *Santa María*: un tal Juan Rodriguez Bermejo y otro marinero llamado Rodrigo de Triana se ocuparon en la provision de la *Pinta* en cuyo buque iban; y no faltaron en la *Niña* hombres decididos á no volver atrás la vista y que trabajasen con buena voluntad.

Nada faltaba ya para emprender el viaje á Occidente el dia cinco de setiembre. A la caida de la tarde, Colon y don Juan se diri-

gían á la playa, donde les aguardaba la chalupa que debía conducirles á bordo de la *Santa María*, cuando les salió al paso un marinero de la *Pinta*, á quien el grande hombre saludó afectuosamente, diciéndole:

—Buenas tardes, amigo: tú eres Rodrigo de Triana, si no es infiel mi memoria.

—Cierto, señor don Almirante, respondió el rudo marinero. Vuestra Excelencia tiene buena memoria, puesto que se acuerda de mi humilde persona.

—Yo no olvido nunca á los que saben cumplir con su deber, repuso Colon. Pero, ¿qué te trae á estas horas por aquí? ¿Cómo no estás ya en el buque?

—No es sin misterio, señor don Cristóbal, contestó Rodrigo: tengo que deciros cuatro palabras al oído sobre cosas que interesan á nuestra expedición, y necesitaba encontraros á solas para poder hablar en confianza.

—Supon que estamos solos y dime lo que quieres: este caballero es mi confidente y secretario. ¿Qué hay de nuevo?

—Es el caso, señor, dijo el marinero rascándose una oreja, que los portugueses saben mucho en esto de expediciones; y cuentan que su rey don Juan no se para en barras cuando cree que puede hacer un buen descubrimiento; y aunque sea menester impedir que los demás lo hagan, no por eso se detiene.

—¿Qué quieres decir? preguntó Colon, conociendo que Rodrigo tenía que hacerle alguna revelación importante. Yo no comprendo que el rey de Portugal tenga nada que ver con nuestro viaje: sé que es un príncipe sabio y emprendedor á quien deberías respetar.

—En efecto, señor: yo no niego que don Juan sabe mucho, y acaso mas de lo que nos conviniera en este momento.

—¡Pardiez! Acaba pronto, que es tarde, y no estamos para oír majaderías, dijo don Juan.

—No os impacientéis, amigo Pedro, dijo Colon. Dejad que este buen muchacho se explique á su manera; pues no dudo que desea comunicarme alguna noticia de importancia. Vamos, Rodrigo; ha-

bla libremente, que tus servicios serán debidamente recompensados.

—¡Ah! señor, respondió el marinero con aparente candidez y sobra de malicia: mi recompensa consiste en seros útil, aunque bien sé yo que ciertas noticias no se pagan con ningún dinero; y poco he de perder yo, si no soy quien os dé una que me valdrá bastante, según lo prometido por la Reina.

—¿Cuál es?

—La del descubrimiento de tierra, señor: tengo empeño en ganar el premio ofrecido al primero que la vea; y os aseguro que mis ojos no se cerrarán, ni de día ni de noche, cuando estemos cerca del Catay.

Don Juan se agitó, dando muestras de impaciencia. Colon dijo á Rodrigo:

—Celebro ese buen propósito, camarada: pero creo que ahora querías hablarme de otra cosa muy diferente. Dime lo que sea, y no dudes que tu recompensa será igual á tu franqueza.

—Pues señor, respondió el marinero, voy á contaros toda la historia, con la misma sinceridad que si estuviese á los pies del confesor. Hace ya muchos años que yo hice un viaje á Sicilia, en un buque de un tío materno del señor Alonso Pinzón, y tuve por compañero á cierto portugués llamado Antonio Maceira, mozo de provecho, solo que era un poco aficionado al vino de España, y creo que por eso había venido á nuestra tierra; pues por lo demás, tan amigo es él de los españoles, como yo de los portugueses: con todo, nos llevábamos muy bien; y en prueba de ello, que habiendo llegado á esta isla pocos días hace, apenas ha sabido que estoy aquí, ha venido á verme.

—Y en consecuencia, dijo D. Juan no pudiendo contenerse, habeis bebido los dos mas vino de España ó de Canarias del que podeis digerir; y por eso vienes á calentarle los oídos al señor Almirante con tu vieja historia, que nada nos importa.

—¡Oh! Perdonad, señor D. Juan de la Torre, contestó el marinero con tono socarrón. No he bebido; pero sin duda podré beber á vuestra salud con el doblon que me dareis cuando yo os diga...

—¿Cómo es eso? interrumpió D. Juan. ¿Tú me conoces?

—Bien puede un simple marinero conocer á un noble señor con quien ha viajado, respondió Rodrigo. Pero eso no es ningun delito.

—Ciertamente, dijo Colon. Mas dejemos eso y acaba tu historia: ibas á decirnos que ese tu amigo Antonio te ha revelado cosas que deben interesarnos seguramente. ¿No es verdad?

—¡Pardiez! señor Almirante; ahora sí juraré que nos llevais á las Indias sin tropezar en rama, y al Catay, y á la Luna, si tal es vuestro antojo; porque me habeis calado el pensamiento. Sí, señor: Antonio Maceira, figurándose que yo soy de esos que tienen miedo al viaje, me ha contado que su venida á la Gomera no es sin misterio: él y otros cuantos han llegado acompañando á un piloto, el cual trae el encargo de averiguar nuestros proyectos y los medios con que cuenta nuestra expedicion: segun he podido comprender, tienen tres fuertes carabelas en estas aguas, y son enviados por el rey D. Juan.

—¿Dónde has dejado á ese hombre? preguntó Colon con vivo interés.

—Cerca de aquí, señor: le tengo encerrado en una taberna, donde hemos pasado la tarde. Si quereis hablarle, venid conmigo: no dudo que cantará de plano, con tal que vea relucir alguna moneda.

—Tendrá lo que quiera, dijo D. Juan. Y tú, toma para que sigas portándote bien, añadió poniendo un doblon en la mano de Rodrigo.

—Gracias, noble señor, respondió el marinero: esta llave abre y cierra las bocas.

Conducido Colon á la casa donde estaba encerrado el portugués, supo que en efecto habían llegado á la isla de Ferro tres carabelas armadas con bastante número de soldados y cañones, los cuales tenían por objeto interceptar la marcha de la expedicion española, valiéndose de cualquier pretexto; y no pudiendo conseguirlo, el de marchar en pos de ella, y disputarle en su caso el mérito y el provecho al descubrimiento proyectado.

Colon dió algun dinero á aquel hombre, y le dejó libre, asegurándole que, si bien le agradecia el aviso, no temia sin embargo las consecuencias del paso dado por sus compatriotas; pues llevaba fuerzas bastantes para rechazar cualquier atentado, y esperaba que nadie osaria insultar el pabellon de la Reina de Castilla.

Pero luego que se retiró hácia la playa, no disimuló á D. Juan ni

al mismo Rodrigo de Triana la aprension que le daba aquel intento de los portugueses.

—Ningun accidente mas grave que este hemos tenido desde que salimos de Palos, dijo. Nuestras fuerzas de guerra son insignificantes, comparadas con las que traen esos traidores portugueses; y aunque sea muy respetable nuestro pabellon, pueden ellos detenernos ó seguir nuestras huellas: nos arrebatarán la gloria del descubrimiento, y usurparán, ó al menos compartirán los beneficios que vamos á conquistar á expensas de tantos afanes y riesgos.—Ya puedes, buen Rodrigo, contar á tus compañeros lo que has sabido: puedes decirles que, mientras ellos andan tan remisos y acobardados, hay quien pretende disputarnos la fortuna de poseer las Indias, y que esos mismos son los que en otro tiempo se burlaban de mis promesas.

—Perded cuidado, señor don Almirante, respondió el marinero: yo les diré lo que hace al acaso; y estad seguro que las carabelas portuguesas han de ser el aguijon que les empuje hácia delante.

—Así lo espero, y no debemos descuidarnos, dijo por último Colon: llégate de paso a la *Niña* y da la voz de alarma, y preven de mi orden á los señores Martin Alonso y Vicente Yañez, que estén prontos para darse á la vela al amanecer.

Colon y don Juan se retiraron á la *Santa María*, donde se procuró divulgar por medio de Sancho la noticia de lo que pasaba: en pocos momentos no quedó en los tres buques un solo individuo que no supiese la intencion de los portugueses, lo cual dió motivo á despertar sentimientos muy diversos en el ánimo de nuestros aventureros.

Reciente como estaba todavía el odio nacional producido por la última guerra de sucesion, y que entre el pueblo no habia podido extinguirse, á pesar de las alianzas contraidas entre las dos casas reinantes en Castilla y Portugal, la mayor parte de los marineros y soldados sintieron renacer el ardor patrio y la indignacion propia de los valientes. Su primer deseo fué llegar á las manos con los portugueses; pero la orden comunicada por el Almirante les hizo reflexionar que eran inferiores en fuerzas, y que no convenia exponer el pabellon nacional á una derrota. No faltaban algunos es-

píritus débiles que esperaban ser atacados y vencidos, considerando esta suerte preferible á la que, en su juicio, iban á sufrir emprendiendo aquel viaje; pero los mas, despues de haber meditado con seso, mostráronse impacientes por hacerse á la vela y sustraerse á la persecucion de sus enemigos.

Al amanecer, el espíritu público,—si podemos espresarnos así—de las tripulaciones en general era el mas favorable á los deseos de Colon. La inquietud de este era grande: pensando en la posibilidad de que le arrebatasen el triunfo por tantos años anhelado, no pudo pegar los ojos en toda la noche; y apenas el alba comenzó á clarear el horizonte, se le vió sobre cubierta dando las órdenes para partir.

Ya estaban levantadas las áncoras al salir el sol, y las dos embarcaciones menores tomaban el viento con rumbo á Occidente, cuando se vió venir de la playa una chalupa, la cual hacia señas, como si fuese portadora de algun mensaje.

Con efecto, la chalupa se acercó al costado de la *Santa María*, y un oficial del gobernador de Gomera se presentó á bordo con una carta de su jefe, en la cual este decia á Colon: que acababa de recibir un correo de la córte, y con él la agradable noticia de que la Reina se habia dignado nombrar al jóven Diego Colon paje del principe don Juan.

Este honor no se dispensaba sino á los hijos de los grandes de Castilla y de otras personas muy principales.

Colon encargó al oficial que diese las gracias al gobernador por su atencion, y pocos momentos despues la *Santa María* seguia el rumbo de las otras carabelas.



CAPÍTULO X.

La calma.



CONTECIA esto el día 6 de setiembre de 1492, fecha desde la cual debe contarse el tiempo transcurrido en el primer viaje desde el antiguo al nuevo mundo.

Las naves comenzaban á marchar con viento flojo; pero marchaban, aunque no con la rapidez que quisiera el Almirante: sus compañeros en general participaban de su impaciencia.

Cerca de medio día, las carabelas se cruzaron con otro buque de su misma especie, que habia estado á la vista algunas horas, y al parecer, venia de la isla de Ferro, la mas avanzada de todas las Canarias, al Sud-oeste: aproximóse tanto aquel buque á la *Santa María*, que Colon pudo hablar á su capitán.

—¿Venis de Ferro? preguntó Colon. ¿Sabeis algunas noticias de ese país?

—De Ferro vengo, contestó el capitán del buque desconocido. ¿Puedo saber si hablo á D. Cristóbal Colon, el genovés, á quien sus Altezas han confiado una mision importante? Si es asi, podré decir libremente lo que he visto y oido.

—Yo soy D. Cristóbal Colon, genovés de nacimiento; pero castellano por mis deberes y mi adhesión á la reina de Castilla.

—En ese caso, noble Almirante, sabed que los portugueses tienen tres carabelas en Ferro, y despliegan la mayor actividad para interceptar vuestra expedición.

—¿Cómo sabéis eso, amigo? ¿Puede creerse que los portugueses tengan el atrevimiento de atacar á unos hombres que navegan bajo el pabellon de la Reina Isabel?

—Señor, se habla mucho de esto en la isla; y los portugueses son capaces de todo, cuando ven su preponderancia en peligro. Yo he visto sus carabelas, y no puedo poner en duda las intenciones que se les atribuyen.

—¿Están armadas? ¿Sus jefes creen tener algun derecho para interrumpir nuestro viaje?

—No les importa el derecho: á nosotros nos han preguntado si teníamos á bordo, ó si habíamos visto al ilustre D. Cristóbal Colon, Almirante del mar Océano y virey del Oriente. Sus carabelas llevan cañones y mas soldados que hay de guarnición en Lisboa.

—¿Están á la vista de la tierra, ó se dirigen á la plena mar?

—Ayer estuvieron al Oeste de la isla, y al anocheecer se acercaron á la tierra. Creedme, D. Cristóbal; los *finchados* tienen malas intenciones.

Apenas pudieron percibirse estas últimas palabras, porque las dos carabelas se habian ya desviado mucho, y estaban casi fuera del alcance de la voz.

Rodrigo de Segovia, el veedor de la flota, se acercó á Colon, á quien impremeditadamente rodeaban D. Juan, Sancho, y casi todos los marineros libres de servicio, y le dijo:

—Por todos los santos del cielo, señor Almirante, seria menester que el nombre castellano estuviese arrastrado por los suelos, para que esos perros portugueses osáran cometer un desacato contra el pabellon de la Reina.

—Yo no temo la fuerza, sino la astucia de esos hombres, respondió Colon. Portugal tiene derechos inconteslables para disputar á otras naciones ciertos descubrimientos, y de aquí pueden tomar

pretexto para empeñarse en detenernos. Claro está que en este caso yo no me dejaría someter sino á la fuerza, y es lo sensible que carecemos de medios para rechazarlos con honor. Ved ahí de lo que provienen mis temores. No dudó que basta el nombre y el pabellon castellano para hacernos respetar; pero por otra parte, si no escapamos á las pesquisas de esta gente, Castilla puede tener mañana quien le dispute el fruto de nuestros afanes.

Acabando de pronunciar estas palabras, el Almirante levantó la cabeza y vió con profundo pesar que las velas de su nave caian lánguidas y sin movimiento á lo largo de los palos. El viento habia cesado gradualmente, de tal modo que las tres carabelas permanecian estacionadas, balanceándose en las aguas tranquilas, como si jamás hubiesen de salir del archipiélago canario.

Esta contrariedad de la naturaleza estimulaba la impaciencia de las tripulaciones, que en aquella ocasion solo pensaban en escapar al encuentro de los portugueses. Todos hacian grandes esfuerzos para marchar, y dirigian fervientes votos al cielo para alcanzar un soplo de brisa; y como si la Providencia les oyese, de vez en cuando venia una ráfaga de viento, y se hinchaban las velas; pero en seguida cesaba el viento, y las naves volvian á su penosa inmovilidad.

Durante estas alternativas, las miradas se fijaban con ansia en los puntos del horizonte por donde se podia presumir que llegasen las carabelas enemigas; y los vigilantes, comprendiendo la inquietud general, repetian de cuando en cuando:

—¡No hay novedad!

Al anoecer, un ligero viento empujó las velas, y durante algunas horas se sintió la rompiente de las olas en las proas de los bajeles. Pero á media noche se repitió la calma; de suerte que al despuntar del dia la flotilla se encontraba entre Gomera y Tenerife, cuyo inmenso pico proyectaba á lo lejos sobre el cielo su perfil anguloso, mientras que en la superficie del Océano, tersa como un espejo, se reflejaba su aguda y humeante cúspide.

Colon mandó cargar velas, toda vez que ningun servicio prestaban por la falta absoluta de viento, á fin de impedir que las carabelas fuesen vistas de lejos: pues como era probable que los portugueses tuviesen aviso á aquellas horas de su salida de Gomera,

podía suceder que destacasen algunas falúas para observar sus movimientos, ya que la calma les impidiese navegar con los buques armados.

En todo el día no fué posible adelantar una braza; hubiérase dicho, al ver tan contraria fortuna, que el destino de Colon era consumir la actividad de su alma en eterna lucha con la inercia de los hombres y de la naturaleza. Esta quietud forzosa en medio del mar y á la entrada del palacio de sus deseos debió recordarle mas de una vez sus seis años de pretensiones y de impaciencia en la afanada corte de Castilla.

Sin embargo, conociendo que en el mar no hay remedio alguno contra la calma, procuró distraerse aprovechando el tiempo; y al efecto hizo venir á los pilotos de las otras naves, para tratar con ellos de los mejores medios conducentes á hacer feliz la travesía. Todos los instrumentos náuticos fueron examinados y puestos en orden á la vista de los marineros, no solo para reconocer su estado, sino tambien para aumentar la confianza de aquellos y darles una alta idea de la ciencia de sus jefes. Repitió á estos el Almirante sus instrucciones, previniéndoles que fuesen apacibles y benignos en el trato con los inferiores; pero inflexibles contra el menor asomo de sedicion. Comió con ellos aquel día, que era el 7 de setiembre, y á la tarde les despidió con la esperanza de que al anochecer sobreviniese alguna brisa favorable.

Pero llegó la noche, y durante toda ella permanecieron los buques sobre las aguas, como si estuviesen anclados. La mañana siguiente continuó aquella calma desoladora: un sol ardiente reflejaba sus rayos en el mar, terso y brillante como plomo derretido. Sin embargo, habiendo participado los vigilantes que por ninguna parte se veía á los portugueses, Colon se tranquilizó algun tanto, no pudiendo ya dudar que la calma chicha les habia cogido á ellos al Oeste de Ferro.

Don Juan mostraba mas que nadie su impaciencia: inaccesible al miedo, lo mismo por lo tocante á los portugueses que por consideracion á los futuros peligros del viaje, pues habia desechado ya completamente sus recelos, no podía sufrir aquel reposo de tres días que demoraban el término ansiado de sus afanes.

A la hora de la siesta, nuestro jóven, cansado de esperar un cambio de tiempo mas favorable, y de ver aquel espectáculo uniforme que presentaban el mar y los picos de las islas, se echó en su hamaca, mientras Colon salió á consultar el cielo y las brumas con el anhelo de observar algun indicio de viento.

Hacia una hora que don Juan reposaba soñando medio despierto en el cedro de Generalife, cuando le pareció sentir que alguien andaba en la cámara, y que un cuerpo opaco le interceptaba la luz: abrió los ojos, y vió á Sancho, que estaba inclinado hácia él, observándole con atencion.

—¿Qué diablos quieres? le preguntó con mal humor. ¿Navegamos ó estamos quedos?

—Hasta la presente, señor, no hay novedad, respondió el escudero. No parece sino que los mismísimos que habeis nombrado se conjuran contra esta espedicion, y que han clavado aquí las carabelas para que sirvan de espantajo á las gaviotas.

—Entonces, ¿á qué has venido? ¿Por qué me estabas mirando?

—Quería saber si dormíais, señor.

—¿Y qué te importaba eso?

—Me importaba para no incomodaros; pero ya que estais despierto, os diré á lo que vengo.

—Habla, y me harás un favor, porque me fastidio horriblemente.

—Pues señor, habeis de saber que, si mi olfato no me engaña, tenemos faldas á bordo.

—¿Estás en tí, Sancho? dijo don Juan incorporándose.

—Como lo oís, señor.

—Vamos, ya caigo; hablas de las faldas del padre Fray Antonio de Castro.

—No por cierto, respondió Sancho. Pero ahora caigo, que he dicho mal: faldas no hay; pero hay el molde.

—Espíciate claro y sin ambages, ó te saco la lengua para que no hables de sobra. ¿Qué significa eso? Dí pronto.

—Pues bien, digo claro y pronto, que Ramirillo, el lindo chaval que yo encontré metido en la bodega, es tan mujer como la madre que me parió.

Don Juan se levantó de un salto. En seguida mirando á Sancho á la cara y poniéndole la mano en el hombro, le dijo :

—Sancho, tú has bebido.

—Mi racion, y nada más, señor, respondió el escudero con muestras de pesar.

—Cuéntame, Sancho, cuéntame: ¿cómo es eso?

—No hay nada mas sencillo, señor: Ramiro se llama Elvira; y Elvira lleva calzas como cualquiera de nosotros. ¡Pero, bruto de mí! ¡que no haya conocido antes el engaño! Es una cosa que salta á la vista: su voz melosa, su andar gracioso, su recato con los marineros, y sobre todo, ese no sé qué, atractivo ó como querais llamarle, que gana las voluntades, han debido decirnos desde un principio que era hembra y muy hembra.

—Pero, ¿estás cierto de lo que dices, Sancho?

—Creo no equivocarme, señor.

—Y ¿cómo lo has descubierto? porque supongo que ella...

—No, ella no se ha descubierto á mí : pero yo hago muchas veces como que duermo y no duermo: anoche, por ejemplo, estaba yo acostado, y no teniendo sueño, hilvanaba el discurso que pienso dirigir á mis súbditos de Chulipango, el dia de la toma de posesion de mi gobierno, cuando sentí allí cerca un rumorcillo de dos personas que hablaban bajo.

—Y esas personas...

—Esas personas eran el supuesto Ramiro y Martin Martinez.

—¿Martinez? ¿Quién es ese?

—Aquel soldado joven y bien plantado, que vino voluntario á servir en las carabelas, pocos dias despues de nuestra llegada á Palos. ¿No recordais? Uno morenito, gallardo, suelto de miembros, y muy callado, que se pasa los dias mirando al mar, y las noches mirando la luna ó las estrellas.

—Sí, ya sé quién es; ¿y qué decian?

—Se decian lo que podeis presumir: suspiraban como dos tortolillos; hablaban de cosas pasadas, que ellos sabrán; él nombraba á Ramiro Elvira mia, y Elvira ó Ramiro le suplicaba medio llorando que se retirase y fuese prudente, que se contentara con verla

y que no la comprometiese exponiéndola á ser descubierta, ni se expusiese él mismo á la enemistad de su padre.

—¡Por vida del gran Kan! Sancho, eso es toda una historia. ¿Y dónde estaba entre tanto el padre de la ninfa?

—Estaba de cuarto vigilante.

—Ya. Por eso aprovechaban la ocasion los tortolillos, como tú dices. Pero el negocio puede tener consecuencias, y aunque me pesa en el alma hacer mal tercio á esos pobres enamorados, no hay remedio: es preciso enterar al señor Almirante de lo que pasa.

—Tal es la idea que me ha ocurrido al momento, señor, respondió Sancho; y ved ahí por qué os he revelado el secreto.

—Has hecho bien, Sancho: déjame ahora, dijo don Juan. Vete, y no hables de eso á nadie una palabra.

El escudero salió de la cámara, y su jóven amo comenzó á pasearse en aquel estrecho espacio con cierta agitacion.

—¡Una mujer aquí! murmuraba. Y acaso ella misma ha tomado la resolucion de emprender este importante viaje solo por no apartarse del que ama. ¡Oh! todos son mas afortunados que yo. Ved ahí un Martin Martinez favorecido, como no merece serlo un don Juan de la Torre.

Pero en seguida nuestro caballero se sonrió tristemente, como avergonzado de este movimiento de envidia, muy natural en un amante; y dando otro curso á sus ideas, añadió:

—¡Pobres muchachos! En verdad que yo quisiera poder amparar sus amores, guardar su secreto. Pero la empresa es difícil: dice un adagio que amor, vino y dinero, no pueden estar callados. Esto llegará á saberse, y me portaria como desleal si no previniese al Almirante. Si, vale mas decírselo; quizá de este modo prestaré mejor un servicio á la enamorada Elvira que callando. El Almirante es reservado y tiene buen corazon.

Pensando así, don Juan salió de la cámara, y se dirigió lentamente hácia la proa, donde estaba Colon, hacia algunas horas, inmóvil como una estatua: el jóven flaqueaba en su resolucion; la idea de ser delator contrapesaba en su ánimo al deber de no ocultar al Almirante un secreto que no carecia de importancia.

—¿Qué hacemos, señor don Cristóbal? le dijo acercándose respetuosamente. ¿Vamos á estar siempre así?

—No lo querrá Dios, amigo mío, respondió Colon.

—Yo lo que veo, señor, es, que parece que se han conjurado todos los diablos contra nosotros. Si uno creyera en agüeros, diria que estamos condenados á no ver nunca el Catay. ¡Tres dias de esta manera! Ya es demasiado.

—No hay agüeros que valgan contra las leyes de la naturaleza, respondió gravemente Colon. Y si hemos de creer en presagios ciertos, ved allí uno, añadió estendiendo el brazo hácia un punto del horizonte. Aquella nubecilla nos promete viento de levante: antes de una hora cesará la calma, y el movimiento del buque os hará conocer que han reinado fuertes vendabales hácia Poniente.—A ver, maestre-pitoto, gritó dirigiéndose al que ejercia este cargo; mandad izar velas, y preparadlas para tomar la brisa, pues muy pronto vamos á tener viento Nord-este.

Esta novedad tan deseada retuvo á don Juan de hacer su penosa revelacion: el lugar no era tampoco acomodado, y nuestro jóven pensó en dejarla para mejor ocasion.

El viento no se hizo mucho esperar: las carabelas estaban ya dispuestas á recibirlo; pero su marcha comenzó á ser desde luego penosa y lenta, y fué menester que Colon y sus compañeros desplegasen toda su habilidad para evitar averías; las proas se hundian con violencia en el mar á cada ráfaga de viento, como si encontrasen un inmenso embarazo á su carrera; los huracanes de Poniente indicados por el Almirante habian engrosado la mar.

Solamente los marineros mas expertos podian observar el imperceptible movimiento, en virtud del cual la cumbre de Teide iba decreciendo por pulgadas. En aquellos instantes el temor de los portugueses habia cedido en gran parte; pues se les consideraba lejos y á sotavento de la flotilla; pero habiéndose desvanecido algun tanto aquel motivo de alarma, comenzó á renacer entre algunos la aprension de que la naturaleza se oponia á la marcha; y aunque en voz baja, volvieron á proferirse quejas, diciendo que la resistencia de los elementos era un aviso del cielo.

Pero estas quejas no llegaron á oídos del Almirante, y aunque hubiesen llegado, no hubieran sido atendidas. La noche sobrevino: los vigilantes repitieron la seguridad de no descubrirse los portugueses por ninguna parte, aunque las montañas de Ferro se veian claramente al Sur. El estado azaroso del mar y del viento no sufrió mudanza notable, y Colon no se retiró á descansar hasta despues de media noche.—Don Juan dormia profundamente.



Por estas cosas no dejaron á bordo del Almirante y sus hijos
 ninguno de los que no hubieran sido necesarios. La noche sobrevino:
 los vigilantes repitieron la seguridad de no descubrirse los portu-
 gueses por ninguna parte, aunque las montañas de Porto se veían
 claramente al sur. El estado azaroso del mar y del viento no sufrió
 mudanza notable, y Colon no se retiró á descansar hasta después
 de la media noche.—Don Juan.

CAPITULO XI.

La hija de las selvas.



olon estaba en pié al rayar el alba, y calculaba los progresos de la expedicion desde el punto en que se declaró el viento favorable. Don Juan despertó á poco, y notó que la actitud del gran navegante no era la de un hombre satisfecho: esta observacion le hizo aplazar de nuevo un deber que le era penoso.

—¿Qué sucede, señor Almirante? dijo:

Yo espero que todo marchará segun vuestros deseos.

—Todo marcha segun la voluntad de Dios, respondió Colon suspirando; y yo me resigno á ella. Pero, hijo mio, nada se alcanza en este mundo sin penas y trabajos.

—¿Quereis decir que han sobrevenido nuevos obstáculos?

—No; pero acércate y mira, repuso el Almirante señalando con el dedo en el mapa; mira dónde estábamos ayer de mañana, y mira lo que hemos andado en una tarde y en una noche: apenas se percibe la diferencia: y debemos atravesar todo este Océano inmenso, este desierto, para llegar al término de nuestro viaje. ¡A pesar de los mas vivos esfuerzos, solo hemos adelantado nueve leguas! Si Dios no envia

una buena brisa, temo que lleguen á faltarnos el agua y las provisiones.

—¡Bah! exclamó el animoso jóven. No hay que desmayar; en apretando la necesidad, se acorta la racion; y si nos falta la vianda, pescaremos aunque sean ballenas.

—Si todos mis compañeros fuesen como tú, D. Juan, ¡qué poco me inquietaria yo por nada de cuanto puede sobrevivir! Yo no desmayo por mí: al tomar esta empresa sobre mis hombros, he contado mi vida entre los riesgos eventuales; pero soy responsable ante Dios y los hombres del daño que pueda seguirse á los demás. Con todo, confio en que la Providencia divina no me negará su asistencia.

No eran estas palabras la espresion del desaliento, sino simplemente el reflejo de una fé pura, tan distante de la supersticion como de la hipocresía. En el alma de Colon no podia haber ninguno de estos sentimientos; su ilustracion avanzada rechazaba el uno, y su natural sinceridad el otro. No era bastante orgulloso ni insensato para creerse dispensado de necesitar la proteccion de un ser superior al hombre, aunque tampoco dejase de conocer lo que debia pedir al empleo de sus propias fuerzas.

Aquel sentimiento religioso tan natural en él, tan poco afectado y tan acorde además con el espíritu de su siglo, realizaba en gran manera el influjo de su autoridad. Don Juan mismo, á pesar de su carácter en cierto modo frívolo, no podia menos de bajar la cabeza penetrado de respeto, cada vez que el sábio marino parecia olvidar los recursos de su talento y de su ciencia para ponerse en manos de la Providencia, como esperándolo todo de ella.

Colon salió de la cámara y se dirigió al castillo de proa cuando el cielo presentaba el poético y nunca bien descrito espectáculo del amanecer en alta mar. Algunos pajarillos de las vecinas islas sorprendidos por la noche anterior en las vergas de la nave, saludaban con alegres gorjeos la venida del nuevo sol. El Almirante se arrodilló para elevar á Dios sus oraciones en aquel gran templo que tenia por base las olas intranquilas y por techumbre el firmamento sonrosado. Cuando se levantó, vió junto á sí á D. Juan que le imitaba, y no muy lejos á varios marineros que tambien oraban, y entre los cua-

les se distinguia por una dulce tinta de piedad el agraciado rostro de Ramiro.

Colón dirigió á todos una mirada complacida y el saludo de la mañana, y volviéndose luego á D. Juan, le dijo:

—¡Cuánto me place ver entre nosotros á ese tierno jóven! Paréceme que su presencia es el mayor reproche para los que se muestran apocados.

—Ciertamente, señor, respondió D. Juan. A mí me admira la serenidad que manifiesta, pero no lo extraño.

Y tal vez asomaba ya á sus lábios la revelacion del secreto de Ramiro; pero se contuvo escuchando á Colón que, vuelto hácia el Sud-este y mudando de conversacion, le decia:

—¿Veis aquella masa negra y sombría que se descubre allá entre dos aguas? Es la isla de Ferro. Acaso nos aguardan allí los portugueses, creyendo que no podríamos menos de acercarnos á esa tierra, por ser la mas avanzada. Si no están sus carabelas entre la isla y nosotros, podemos considerarnos ya enteramente libres de su alcance. ¿Descubristis alguna vela en el mar por esa parte?

—No se ve nada, señor, y hay ya luz de sobra para distinguir un buque, aunque estuviese á diez leguas.

—¡Loado sea Dios! exclamó Colón. Esa distancia puede haber de aquí á Ferro.—¡Una brisa señor! ¡Una brisa! añadió levantando los ojos y las manos al cielo.

Como si esta súplica hubiese sido instantáneamente oída, levantose á poco un hermoso viento Sud-este; y largando las velas, comenzó á navegar la flotilla hácia el Nord-oeste con bastante facilidad. Poco á poco se fué alejando en esta direccion, y de hora en hora disminuian las formas de la isla, hasta asemejarse á una nube perdida entre el horizonte y las ondas.

El observador mas indiferente habria podido notar los diversos sentimientos que á la sazón agitaban á los aventureros de la *Santa María*. Colón se habia retirado á lo mas alto del castillo de popa con sus oficiales, para mejor observar desde allí el estado del mar y del tiempo. Todos los demás individuos de la tripulacion estaban sobre cubierta, mirando como se disipaban á su vista los últimos vestigios de la tierra, y para muchos de la vida real. Sancho, Diego

y Andrés formaban grupo aparte; solo en el semblante del último se notaba cierto aire de melancolía. De los demás, unos hablaban bajo, y meneaban la cabeza, y otros permanecían sombriamente silenciosos. La distraccion general permitia al voluntario Martinez y al lindo Ramiro platicar en voz ténue y con aparente indiferencia en lugar apartado hácia la proa.

El fuero de historiadores nos permite ser mas esplicitos que Sancho y don Juan en lo concerniente á estos jóvenes misteriosos, repitiendo la esencia de su conversacion reservada:

—Nadie sospecha nuestras relaciones, querida Elvira, decia Martin. Puedes hablar conmigo públicamente, como lo harias con cualquiera otro.

—No temo á nadie, respondió la jóven disfrazada: únicamente me aterra el pensar que mi padre puede llegar á conocer tus intenciones. Tú no sabes cuán violento es su genio: le bastará comprender que posees nuestro secreto, para que alente contra tu vida. Esto es lo que me impone un terror invencible: por eso tiemblo cuando te acercas á mi, cuando me miras; pues se me figura que todos han de leer en tus ojos lo que piensas.

—¡Oh! ¡Suerte horrible la mia! exclamó el soldado alzando los ojos al cielo. Por mi amor abandono padres, hermanos, riquezas, bienestar, todo cuanto se aprecia en el mundo y hasta el mundo mismo acaso, y no me es dado siquiera mirar lo único que ambiciono. ¡En hora infausta ví tu hermosura, Elvira mia!

—¡Calla, calla! dijo la jóven con vehemencia concentrada. Infeliz de tí si no sabes disimular. Guarda en el fondo del alma tu passion y hasta tu nombre. Mil veces te lo he dicho, Diego; mientras viva mi padre, (¡y Dios conserve largos años su existencia!) un abismo de sangre nos separa.—Tú detestas la hora en que viste lo que llamas mi hermosura...

—¡Detestarla, no!

—La llamas infausta, enhorabuena. Yo, por el contrario, bendigo aquel dia en que la sencilla hija de las selvas, la hermana de las fieras vió por primera vez al hidalgo cazador Diego Mendez.

La jóven se volvió al eco de su propia voz, como temerosa de que alguien la hubiese oido pronunciar este nombre: pero vió que

todos, menos Sancho, estaban de espaldas á ella, mirando hácia la casi perdida isla de Ferro.

—Tú eres y serás siempre mi ángel custodio, dijo el soldado: por eso tienes sentimientos tan puros. Pero no creas que yo he olvidado aquel día: su recuerdo estará siempre grabado en mi corazón; y está tan vivo, que me parece verte ahora mismo, como entonces, salir de entre el espeso follaje, paralizar con el encanto de tu voz y detener con tus manos delicadas los lobos feroces que iban á devorarme. ¿Puede olvidarse esto, Elvira? ¿Cabe tamaña ingratitud en pecho humano?—Yo te ví, como si viese á un serafín bajado del cielo; pues nada menos podia parecerme la mujer sobrenatural, á quien las fieras obedecian como humildes perros. Yo te adoré, creyendo tener delante un sér divino, enviado por Dios al socorro del pobre cazador extraviado y próximo á morir. Si me quejo, ¡ay! no es porque deteste aquel día: es porque te idolatro, y no comprendo la causa que de tí me priva, que de tí me separa.

—No quieras comprenderla, Diego, repuso la jóven. Los lobos de Sierra Morena obedecieron sumisos á la voz de su hermana, de la que se habia criado con la leche de su misma madre: Diego *el Terrible* no se detendria á mis ruegos ni á mis lágrimas si oyese pronunciar el apellido de tu familia.

—Pero, ¿qué le ha hecho mi familia? Y por qué nunca has querido revelarme ese fatal arcano?

—Lo ignoro yo misma. Solo sé que el odio de mi padre á los de tu raza es mortal: que le basta oír vuestro nombre para enloquecer de ira... y sé tambien, Diego, que mi padre no ha sido siempre un bandido: antes de yo nacer, era un caballero.

—¡Su nombre... su verdadero nombre!... profirió con vivo interés el soldado.

—¡Silencio, imprudente! le respondió la jóven. Nos observan.

Con efecto, el curioso Sancho habia dejado á sus compañeros para observar de cerca al supuesto Ramiro y al enamorado Martín.

—Parece, dijo este disimulando al escudero, que nuestra gente va hoy algo desanimada.

—No os pasa á vos lo mismo, respondió Sancho. Veo que os divertís mirando correr las olas, como teneis de costumbre.

—¡Pardiez! dijo Ramiro con un tonillo jactancioso, que le sentaba á las mil maravillas.—Ó somos, ó no somos hombres.

Sancho se sonrió de un modo malicioso, que dió algo en que pensar al soldado.

—Y si bien se considera, continuó la jóven, ¿qué sucede hoy de particular para que la gente se alarme?

—Nada, mi doncel, respondió Sancho: que sopla el viento, y la tierra se pierde de vista.

—¡Pse! dijo el soldado. Tanto mejor si el viento sopla. ¿Pues qué otra cosa hemos deseado todos estos días? ¡Que la tierra se queda atrás! Eso ya sabíamos que habia de suceder: ¿ó pensaban esos hombres que habíamos de llevarnos las islas á remolque?

—Hablais como un valiente, amigo Martin, repuso el escudero: vos y mi hallazgo formais una escelente pareja. Bien sabeis que Ramiro es mi hallazgo.

El jóven miró á Sancho con ojos atravesados: pareciale descubrir en sus palabras la segunda intencion que tenian en realidad.

—¿No os sienta bien que os compare á Ramiro? añadió el astuto Sancho contestando á aquella mirada.—Pues por vida de Sanes, que yo quisiera que todos los de la tripulacion tuviesen los ánimos que esa criatura.—Mirad, si no, qué caras ponen algunos. ¡Voto al rey de copas! Hombre hay que llora como una mujercilla.

La observacion de nuestro escudero era exacta. Las últimas cumbres de Ferro acababan de desaparecer en el mar; y aunque la mayor parte de los aventureros conservaban la entereza de hombres duros, algunos sin embargo daban rienda suelta al sentimiento, y se torcian los brazos prorumpiendo en sollozos.

Formaba esta espresion de dolor notable contraste con lo que pasaba al mismo tiempo en la popa. Colón, á pesar de la gravedad que le imponia su elevado cargo, espresaba en su semblante una alegría irradiadora: los oficiales que le rodeaban, si no tan contentos como él, hacian ver que estaban identificados con su destino.

—¡Válgame San Pedro pescador! exclamó don Juan, llamando la atencion de Colón hácia los consternados marineros. ¿No veis aquello, señor Almirante? ¿Si esto es ahora, qué va á ser despues?

—No extraño el terror de esa pobre gente, respondió Colon. La ignorancia es un tirano que tarda mucho en soltar sus víctimas.

—Pero eso no es ignorancia: es miedo, repuso el jóven.

—No, amigo Pedro, contestó el Almirante. Ningun hombre de esos es cobarde: preguntadles por qué lloran, y os dirán que ha llegado para ellos el fin del mundo, y que este viento con que Dios nos favorece es el soplo de Satanás, que nos empuja hácia su imperio de tinieblas. Siempre temí que habia de luchar con este escollo; pero no hubiera creído que fuesen tan difíciles de vencer las aprensiones del error.

—En cambio, dijo Rodrigo de Segovia, señalando á Ramiro y Martin, ved aquel muchachuelo y el jóven soldado con quien habla: tan serenos están como si tomasen el sol en la alameda de Sevilla.

—¡Oh! respondió Colon. Ramiro es hijo de mi fiel Diego Borrasca, y sin duda participa de las ideas de su padre. No creo que Diego se altere por una isla que se va, ni por otra isla que venga. Él podrá ser un pájaro de cuenta; pero le tengo por uno de mis mejores marineros, y espero mucho de sus servicios.—¡Diego! gritó llamándole. Acercaos.

El Lobo marino dió algunos pasos hácia Colon con su gorra en la mano.

—¿Qué me mandais, señor? dijo.

—Haz que vengan todos aquí: todos, y especialmente esos que tanto se afligen: no te separes de ellos.

Diego transmitió al punto la órden del Almirante, y la tripulacion formó un semicírculo delante del castillo de popa. Sancho se colocó á retaguardia de los mas consternados, previendo que allí podia ser necesario su auxilio.

—«Compañeros, amigos, dijo Colon elevando la voz profundamente conmovida: Van transcurridos diez y ocho años desde que concebí la idea fecunda de unir el Oriente al Occidente por medio de una comunicacion rápida y fácil; y doce años há que lupo sin tregua ni descanso para realizar esta idea. ¿Podeis creer que mi perseverancia sea obstinacion? Razones poderosas han sido opuestas á mi teoría: los hombres mas sabios han empleado argumentos sin número para combatirme; mas al cabo la sabiduría y la razon

se han puesto de mi parte, y una reina ilustre por su prudencia, sus luces y su gran corazon no ha vacilado en honrarme con su confianza. El dia que S. A. se dignó nombrarme su almirante y virey de estos mares desconocidos, fué para mí el mas glorioso y feliz de mi vida; y el momento actual, tan penoso para algunos de nosotros, no me causa menos dulces emociones.

«La tierra antigua ha desaparecido á nuestra vista: un nuevo mundo es y debe ser ya el blanco exclusivo de nuestras miras. ¿Acaso vosotros, hombres de corazon, hijos de una grande y noble patria, no comprendéis lo glorioso de nuestro destino? Cuando las generaciones venideras vuelvan los ojos de la contemplacion hácia estas carabelas, ¿con cuánto respeto, con cuánto asombro no repetirán los nombres de los valientes que las condujeron por un mar nunca domado! ¿No os asalta la idea de que la admiracion del género humano llegue á considerarnos como instrumentos del Omnipotente? Pues nada menos que esto es lo que puede alcanzar vuestro valor. Si tenemos confianza en nosotros mismos y en el gran objeto que nos proponemos alcanzar, seremos superiores á todo peligro y á todo temor; los elementos, sometidos al poder de la inteligencia y de la constancia, nos conducirán al término feliz, donde nos aguardan las riquezas de un suelo fecundo, y, lo que vale mas, la gloria de enlazar esos países vastísimos á la corona de Castilla, y de atraer millones de séres á la fé del Redentor.

«Tan difícil es calcular los resultados magníficos de nuestra empresa, como ridículo seria volver atrás la vista, sin haber obtenido un triunfo completo de la naturaleza rebelde. ¿Qué mirais en torno vuestro? Un mar inmenso, pero tranquilo; blandas olas y bonancible viento, que nos llevan al descubrimiento de las cosas ocultas. ¿Podeis pensar, ni por asomo, que ese mar no tenga límites? Fuera esto contrario á la ley general impuesta por Dios mismo á sus obras perecederas. Todo tiene un término aquí abajo: ¿y la tierra y el mar, no lo tendrían? Todo se encierra en círculos, y donde la tierra acaba empieza el mar; y donde el mar acaba empieza la tierra. Esto mismo es necesario para mantener la ley del equilibrio. Si el Océano se precipitase en un abismo infinito, como algunos piensan, ¿de dónde tomaria la reparacion de sus aguas perdidas?

¿No estarían en seco desde hace muchos siglos los líquidos horizontes que rodean nuestras costas de Europa?

«Un día vendrá, y no está lejano, en que vosotros mismos recordareis vuestros temores con una despreciativa sonrisa: os asombrareis de haber dudado. Vereis surgir de entre las ondas la tierra feliz de Oriente, poblada de aromáticos bosques, enriquecida por la naturaleza con los mas codiciados metales; y entrando por ella, no como enemigos, sino como hermanos, las gentes de esas regiones, admiradas de ver á los intrépidos viajeros llegar desde tan lejos por un nuevo camino, les ofrecerán presentes capaces de indemnizar cien veces nuestros sacrificios y trabajos.

«Pero todo esto es nada comparado con el honor de nuestra empresa. Dios desde el cielo bendecirá al hombre que sacrifica sus intereses por llevar la cruz santa á un mundo pagano. ¡Dios está con nosotros: Dios nos guía!»

Al concluir su discurso, Colon se descubrió dejando flotar al viento su blanca cabellera. Sus palabras produjeron en el primer momento un efecto saludable, y los mas tímidos de la tripulación vieron desaparecer las nubes de la tierra con ménos pena que la tierra misma.

Cuando vino la noche, algunos soñaron en los ricos países de que Colon les habia hablado; otros creyeron ver la muchedumbre india mezclada con la muchedumbre europea, que les victoreaba, derramando sobre ellos á manos llenas oro y laureles: otros, en fin, imaginaron que los demonios les arrebatában por mares desconocidos y tenebrosos, donde habian de navegar eternamente en castigo de sus pecados.

A la misma hora, Colon velaba en su cámara á solas con don Juan. El primero registraba sus cuadernos, y el segundo le miraba, apoyando los codos en la mesa, y la barba en las manos.

—Voy á confiarte un secreto, D. Juan, dijo el Almirante. Mira este cuaderno: aquí apunto la distancia que recorreremos cada dia: hoy hemos andado diez y nueve leguas, aunque no en línea recta, hácia Poniente. Sin embargo, no he apuntado mas de quince, y esto mismo haré todos los dias: el verdadero cálculo será un secreto entre nosotros dos.

—¿Y para qué haceis esa reduccion? preguntó el jóven.

—Dios me perdonará esta mentira estratégica. Quitando diariamente algunas leguas del cálculo verdadero, podremos andar mil, sin que nuestra gente se alarme mas que si solo hubiésemos andado setecientas. ¿Comprendes ahora?

—¡Pardiez! Eso es reducir el valor á una escala en que yo no hubiera soñado, dijo D. Juan riendo. Pero es bien hecho, señor; y lo apruebo.

Acto continuo rezaron sus oraciones y se acostaron. Colon no se desnudó.



CAPÍTULO XII.

La cruz en el mar.



ERIAN las dos de la madrugada, cuando Colon, cuyo sueño, aunque profundo, nunca era duradero, se despertó con el cuidado de observar el estado del tiempo y la posición del buque.

Todo estaba en orden al presentarse el Almirante sobre cubierta: reinaba la tranquilidad propia del buen tiempo y de tal hora: los marineros dormían, y solamente veían dos ó tres centinelas, el piloto y el timonero.

El viento había refrescado, y la carabela marchaba sin obstáculos: no se percibía más ruido que el suave silbar de la brisa en las cuerdas, el gemir de las vergas tirantes y el murmullo de las olas.

La noche estaba oscura, y era menester algún tiempo para que la vista pudiese percibir los objetos, habituándose á su débil claridad. Sin embargo, Colon miró al Norte, y al punto le pareció que la nave no seguía la dirección del viento del modo que él había

ordenado antes de acostarse. Una breve inspeccion, á pesar de lo poco que se veia, bastó para convencerle de que, fuese por torpeza, ó por malicia, se habia ejecutado una maniobra contraria enteramente á su propósito.

Al momento fué á examinar la brújula, y vió que marcaba la posicion de la proa hácia el Nord-este, que era precisamente la direccion en que se encontraba España.

—¿Dónde has aprendido tu oficio? preguntó con serenidad el Almirante al timonel. Ó eres un marino ignorante, ó estás soñando.

—Ni lo uno, ni lo otro, señor, respondió el timonel turbado.

—Entonces, debo pensar que eres infiel á tu obligacion. Has creido con un artificio inútil satisfacer un deseo frívolo; porque debias suponer que al venir el dia seria descubierto tu ardid, y que tendríamos que retroceder perdiendo el tiempo.

—Señor, yo no he pensado en nada de eso: mi corazon está en España, donde he dejado tres hijos; y mi mano ha obedecido á los sentimientos de un padre.

—¿No sabes, camarada, que tambien yo soy padre, y que tambien he dejado en pos de mí los mas caros objetos de mi corazon?

—Vuestro hijo tiene el padre almirante, y los míos lo tienen timonero.

—¿Es decir, que mi Diego no perderá nada si su padre perece, porque soy Almirante, y tus hijos lo perderán todo si tú les faltas?

—Hay la diferencia, señor, de que vuestro hijo será protegido por la Reina; se le mantendrá y educará como á hijo de un virey; al paso que los míos quedarán abandonados, como hijos de un oscuro marinero.

—Tienes alguna razon en eso, amigo, respondió Colon: pero considera que ni tú ni yo ganaremos nada si no conseguimos salir airoso en nuestra empresa; y que, por el contrario, podemos esperar mucho cuando el buen éxito corone nuestros esfuerzos. Considera tambien que un retroceso no puede conducirnos á España, sino á retrasar el término de nuestro viaje, y á privarnos tal vez de la compañía de los otros buques.

—Todo eso es verdad, repuso el marinero.

—Puesto que conoces la verdad, ¿puedo esperar que conserves

la carabela en la direccion debida, ó tendré que encargar el timon á otro marino?

—Eso último será quizás lo mas acertado, señor Almirante. Veo que teneis razon, y haré lo posible por dominar mis sentimientos; pero mientras estemos cerca de España, no respondo de lo que haré.

—Corriente: déjame á mi el timon, y vé á llamar á un tal Diego Borrasca. ¿Le conoces?

—Perfectamente. No podriais escoger otro marinero mejor que él para esto. Yo creo que Diego tiene odio á la tierra, y que será capaz de llorar de pena el dia que descubramos las playas tan deseadas por vuestra Excelencia.

—¿Duerme abajo, ó está de cuarto?

—Tambien creo que está de cuarto perpetuo: unas veces se acuesta abajo, otras sobre una cofa, y las mas en ninguna parte. A lo mejor se le ve á media noche pasear de popa á proa, como una fantasma.

—Bien está: búscale.

Colón tomó la rueda del timon, y con un ligero movimiento imprimió á la nave la direccion conveniente: al punto crugieron los mástiles y las vergas, cediendo á la presion favorable del viento, y el talon de la quilla se sumergió con brió en las ondas, obedeciendo á la mano del hábil nauta.

Diego se presentó al cabo de algunos minutos, acompañado de su hijo Ramiro.

—¿Me habeis mandado llamar, señor Almirante? dijo.

—Sí, camarada, le contestó Colón. Necesito probar tu habilidad: ¿sabrás llevar bien el timon?

—Probaré, señor, aunque no será esta la primera vez.

—Tanto mejor; ya sabes que nuestra mira está al Occidente, siempre al Occidente: aquí tienes la aguja de marear: ¿supongo que la entiendes bien?

—Poco tiene que entender, señor Almirante; y además, hace bastante tiempo que conozco á esa buena amiga.

—Pues bien, Diego; confío en tu destreza y en tu fidelidad. Ramiro tendrá un vestido nuevo, mas elegante que el que lleva, si te portas bien.

—Sin eso, yo sé mi obligacion; pero os doy las gracias.

—No era menester que le hicieses venir aquí. ¿No estaria mejor el pobre chico descansando en su cama?

—Ciertamente, señor; pero á mi lado aprende.

Colon miró con ternura al supuesto Ramiro, acordándose de sus hijos Diego y Fernando, y se despidió del enigmático marinero, en quien tenia completa confianza.

Por la mañana, el Almirante refirió á D. Juan el lance de aquella noche, y le habló de Diego Borrasca en los términos mas lisonjeros.

—Ved ahí un desgraciado, le dijo, que merece todo mi aprecio, cualesquiera que sean sus antecedentes: habrá sido un criminal, yo no lo niego, atendiendo á su origen; pero se ve en todas sus acciones el mejor deseo de parecer hombre de bien y de borrar sus pasados estravíos con una conducta leal. Cuando los hombres entran en este sendero, nadie deberia recordar sus faltas, sino apoyarles ciegamente en su buen propósito. Así la enmienda es perseverante, y un miembro viciado se convierte en miembro sano de la sociedad.

Estas palabras quitaron á D. Juan todo deseo, si alguno tenia, de revelar á Colon el secreto de Diego; pues temió desvirtuar el buen concepto de este y perjudicarle sin provecho alguno, descubriendo una falsedad, que acaso era inocente en sus fines. Desde aquel momento se propuso callar, y observar él mismo la conducta del marinero y de su hija, para solo proceder á descubrir su incógnito cuando las circunstancias lo exigiesen.

Era aquel dia miércoles, 10 de setiembre: desde el amanecer se declaró el viento decididamente favorable, y por primera vez, desde que la flota partió de las Canarias, pudo enderezar su rumbo al Ocaso, teniendo el antiguo mundo directamente detrás, y delante el Océano desconocido.

Marchaban las carabelas con rapidez, como palomas que van á su palomar, segun la sencilla espresion del Almirante. Pero al medio dia, terminadas las observaciones que á tal hora es costumbre hacer en el mar, Colon anunció á sus compañeros la aproximacion de una corriente irresistible, que tiraba hácia el Sur.

Al mismo tiempo, el gabiero gritó anunciando la aparicion de una ballena.

Como todo incidente interrumpe la monotonía de la vida del mar, y por lo tanto conmueve los ánimos con la novedad, no quedó un marinero que no acudiese á ver el monstruo anunciado; y unos se subieron á los aparejos, otros sobre las defensas para observar mejor los embates de aquel animal.

—¿Dónde está? ¿La ves tú, Sancho? preguntó Colon al escudero de D. Juan, que estaba junto á él en aquel momento.

—Señor, respondió Sancho, yo no veo allá bajo mas que una cosa negruzca, que parece una cruz. ¿Si será esto un milagro?

—Dios no hace milagros sino con una absoluta necesidad y por causas poderosas. Pero, en efecto, aquello no es una ballena: el agua que la rodea tendría mas movimiento y blancura.

—¡Mirad los bigotes! ¡Los bigotes! gritaron unos cuantos marineros.

—No, dijo otro: es que tiene la cabeza en el agua y la cola en alto.

Andrés Leal se acercó á Colon, y con la tristeza propia de un buen marino, le dijo:

—¡Ay, señor! Lo que allí asoma y se parece á los bigotes ó la cola de una ballena, es simplemente el árbol de un buque infeliz, que ha dejado sus huesos y su gente en el fondo de ese mar.

Y dicho esto, se santiguó y comenzó á rezar por el alma de los naufragos.

No tardaron los demás en conocer lo que Andrés afirmaba: y como era natural, la idea de aquel desastre llenó de tristeza todos los ánimos. Solamente los pilotos mostraron indiferencia, y alguno propuso hacer un esfuerzo para apoderarse del palo; pero no se llevó á cabo esta idea, porque la mar estaba muy agitada y el viento era bueno: toda detención en aquel momento habria sido inconveniente y perjudicial.

Uno de los descontentos comenzó á decir:

—Ved ahí como Dios nos enseña lo que tiene reservado á los que traspan su voluntad. Ese es el fin de todo hombre temerario.

—Eso no es mas que una señal de que Dios nos quiere bien, respondió Sancho persistiendo en su primera idea. ¿No estais viendo que ese mástil ó lo que sea se parece á una cruz?

—Dices bién, Sancho, repuso Colon: esa cruz enarbolada en medio del Océano es un indicio de que la Providencia está con nosotros, y nos señala el camino y el objeto de nuestra empresa.

Como la semejanza de la parte visible del árbol con una cruz era muy notable, la observacion de Sancho no dejó de producir algun efecto.

De allí á un cuarto de hora, este último vestigio del antiguo mundo habia desaparecido á la vista de los expedicionarios: solo de vez en cuando sobresalía entre las agitadas olas, pues á causa de algun peso suspendido en su extremo inferior, se mantenía flotando verticalmente, y entonces á pesar de la distancia, se percibían sus contornos en todo semejantes al signo de la Redencion.

Despues de este incidente, ningun otro digno de especial mencion interrumpió la marcha de los bajeles durante dos dias y dos noches. El viento continuaba siendo favorable, y en este espacio de tiempo la flotilla anduvo unas noventa leguas al Oeste; de modo que al anochecer del 13 de setiembre estaba, sobre poco mas ó menos, á la altura del paralelo de las Azores.

Según habia pronosticado Colon, las corrientes comenzaron á ser contrarias, y el mismo dia 13, desviándose los buques por esta causa hácia el Sur, fueron á colocarse en el limite septentrional de los vientos constantes. En esta situacion sobrevino un accidente, que por lo extraordinario tenia una verdadera gravedad.



— Como la semejanza de la parte visible del árbol con una cruz era muy notable, la observación de Sancho no dejó de producir alguna impresión en el ánimo del almirante.

De allí á un cuarto de hora, está estuvo ventajoso del antiguo mundo había desaparecido. Los capitanes, al ver en cuando sobresalía entre las nubes una gran masa suspendida en su extremo inferior, se mantenían flotando verticalmente, y entonces á pesar de la distancia, se percibían sus contornos en todo semejantes al signo de la Redención.

Después de esto incidente, ningún otro signo de especial atención interrumpió la marcha de los buques durante dos días y dos noches. El viento continuaba siendo favorable y en este espacio de tiempo la flotilla avanzó hacia el este, de modo que al anochecer del 13 de setiembre estaba sobre poco mas ó menos, á la altura del paralelo de las Azores.

RENDAO Colon del buen comportamiento y habilidad de Diego Borrasca, y no teniendo en otros la misma confianza para entregarles el timon durante las noches, habia dado este encargo al mismo relevándole de toda faena durante el dia.

El 14 por la mañana, cuando el fiel marino fué relevado, en vez de retirarse á descansar, se puso á dar paseos por el puente, y dos ó tres veces aplicó el oido á la cámara del Almirante con manifiesta inquietud.

Sancho, que era madrugador, acertó á sacar la cabeza sobre cubierta en una de estas ocasiones, y acercándose con tiento á Diego, le dió una palmada en el hombro.

Nuestro lobo marino se volvió con prontitud, como una vivora pisada.

—¿Qué tenemos? dijo con un tono altivo, que desmentia su condicion aparente.

—Tú lo sabrás, compadre, respondió Sancho con su aire socarrón. ¿Qué dicen ahí dentro?

—Sabes acaso si yo tengo el oficio de espía, ni si me importa nada lo que puedan decir ahí dentro?

—¡Cáscaras! exclamó Sancho con acento zumbón. Tienes mal genio, camarada.

—Sí, bueno es que lo sepas.

—Tanto se me da, repuso el escudero encogiéndose de hombros. Pero eso no impide que me haya parecido...

—¿Qué?

—Nada: será un antojo mío; pero me ha parecido que estabas escuchando en esa puerta.

—Cabal: y ¿qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que no me gusta.

—Peor para tí, si no te gusta lo que hago; porque tu gusto no me impedirá hacer el mío siempre que me acomode.

—¿Páreceme que deseas reñir conmigo? dijo Sancho formalizándose.

Diego le miró con una sonrisa altanera, que parecía significar:

—No eres tú bastante hombre para mí.

—Pero acabemos, insistió el escudero. ¿Qué buscabas aquí?

—Sancho, déjame en paz, respondió el misterioso marinero. Yo sé lo que hago, y no tengo que darte cuenta de mis acciones.

—Quizá sí, respondió Sancho. Quizá, si digo una palabra, todo ese orgullo te se bajará á los talones.

—¿Qué palabra es esa? ¡Díla, ó mueres! prorumpió el marinero palideciendo, y afianzando á Sancho del cuello.

Pero este no era cobarde, y respondió á la accion de su adversario cogiéndole á brazo partido por mitad del cuerpo.

Esta lucha hubiera tenido consecuencias desagradables á no aparecer Colon en aquel momento, quien despartió á los contendientes con solo dar una voz.

—¡Alto aquí! dijo. ¿Cómo se entiende?... ¡Y vosotros, los que yo creía mis mas leales amigos!...

—Yo lo soy, señor, respondió Sancho.

Diego bajó la cabeza.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué ha sido eso? preguntó Colon.

—Por casi nada, señor, contestó Diego. Porque mi camarada es curioso, y yo no he tenido por conveniente satisfacer su curiosidad.

—Porque le he sorprendido espiando á la puerta de esa cámara, dijo Sancho.

Colon miró á Diego, el cual respondió:

—Es verdad, señor: escuchaba si estábais levantado; porque tengo que hacerós una comunicacion, que no carece de importancia.

—¿Qué es ello? Habla.

Diego miró á Sancho y meneó la cabeza: en seguida dirigió la vista á lo interior de la cámara.

—Necesitas que estemos solos, ¿no es eso? preguntó el Almirante.

—Absolutamente solos, señor, respondió el marinero.

Colon volvió á entrar en la cámara, haciendo seña á Diego de que le siguiese.

Ya dentro, el marinero reparó en don Juan, que dormia ó parecia dormir, y mostró algun recelo.

—Yo sé, dijo, que ese jóven obtiene vuestra confianza, señor Almirante: pero ignoró si os convendrá que oiga lo que os voy á comunicar.

—Ese jóven puede oirlo todo, mientras no se trate de algun secreto particular tuyo.

—No se trata de mí, respondió Diego estremeciéndose de un modo casi imperceptible. Deseo hablaros de una observacion que interesa á todos.

—Habla pues.

—Señor, creo haberos dado pruebas de que nada me asusta y de que no veo visiones en todas partes, como otros que yo conozco. Sin embargo, debo deciros que nuestro viaje no deja de ofrecer inconvenientes, que bien puedo llamar extraordinarios.

—¿Tambien tú vacilas, Diego? exclamó Colon en tono de reproche.

—Yo no vacilo, señor Almirante; yo no retrocedo por nada: si así fuese, habria cacareado mi observacion, como una gallina cuando ve un perro, en lugar de venir á comunicársela con toda reserva.

—Tienes razon, y esto mas agradezco á tu buen comportamiento, dijo Colon persuadido de que el marinero tenia en efecto que hacerle alguna revelacion importante. Háblame con franqueza, y si necesitas dinero, te lo daré.

—Mi noticia nó vale nada, ó no hay oro en el mundo para pagarla, señor don Cristóbal, repuso Diego con aquel tono altivo que antes habia dejado escapar. No hablemos, pues, de paga, y escuchad.—Anoche, al tiempo de encargarme del timon, hice lo que todo buen marino debe hacer: consulté la estrella polar, y la comparé con mi brújula.

—¿Y bien? dijo Colon tomando un interés manifiesto en la relacion de Diego.

—Una hora ó mas pasé observándolas, continuó este; y al cabo me hube de convencer de que esas dos amigas fieles de los navegantes no marchaban de acuerdo. La aguja se desviaba del Norte.

—¿Será posible! exclamó el Almiranté con vivacidad. ¿Lo has mirado bien?

—Lo he mirado bien, señor: he repetido mis comparaciones á media noche, y á la madrugada, y no me queda ninguna duda. La aguja y la estrella no se avienen.—Podrá ser que yo me equivoque; pero á bien que vuestra Excelencia puede hacer el cotejo por sí mismo, y ojalá sea todo un error propio de mi ignorancia.

Don Juan, que habia despertado al principiár esta conversacion, saltó de su lecho y se vistió con prontitud, aunque aparentando indiferencia.

La hora no era muy oportuna para hacer la comprobacion de la brújula: sin embargo, para un marino y cosmógrafo tan hábil como Colon todas las horas eran buenas. So pretexto de examinar la marcha del buque, se dirigió al timon, mandando á Diego quedarse en la cámara, y se detuvo un buen rato observando la aguja, cuya desviacion apareció visible inmediatamente á sus ojos experimentados. Sin embargo, como este fenómeno era extraño y nuevo para él, su primera y mas natural idea fué de que la aguja estaba abatida ó descompuesta por algun accidente.

Mientras Colon se ocupaba en observar é inquirir las causas de aquel hecho, don Juan se acercó al marinero y le dijo:

—De lo que acabo de oír infero que habeis sorprendido y poseeis un secreto de alta importancia. Para mí esa desviacion de la brújula, dado que sea verdadera, no vale nada, y pronto se verá que es accidente sin consecuencias; pero no sucederia lo mismo con los hombres de la tripulacion, si llegasen á enterarse de ello.

—De que pienso lo mismo teneis una prueba en la reserva con que lo he comunicado al señor Almirante, respondió Diego.

—Aplaudo esa reserva, replicó el jóven; y para obligaros mas á seguir guardándola, os diré ahora que la mia respecto á vuestras cosas será recíproca.

—No os entiendo.

—Es fácil de entender: vos sabeis lo de la aguja; yo sé que, bajo el nombre y trage de Ramiro, se oculta una jóven llamada Elvira.

Diego hizo un movimiento de impaciencia.

—Perded cuidado, continuó diciendo don Juan. Lo sé hace ya muchos dias y he sabido callar. Así, pues, callando vos me pagais: secreto por secreto.

—Yo guardaré el mio de valde, respondió con cierta dignidad el marinero, y os dispenso de guardar el vuestro. Mi amor de padre disculpa mi proceder; y si pudo importarme guardar el incógnito de mi hija mientras estuvimos cerca de tierra, ya me es indiferente que la llamen Elvira ó Ramiro.

—Segun eso, replicó don Juan algo cortado, tambien os será indiferente la estimacion del Almirante, que no podrá perdonaros vuestra falta de sinceridad.

—¡Oh! La estimacion del Almirante es lo único que deseo merecer: nó puede serme indiferente.

—Pues bien, esa la tendreis callando yo.

—Sea: no quiero disputaros esa ventaja.

Colon entró en este momento visiblemente preocupado, y sin hablar palabra se dirigió á examinar la brújula de la cámara. Despues de algunos minutos de observacion asídua, dijo para sí meneando la cabeza.

—Es una cosa singular.

Pero no satisfecho de este segundo exámen, puesto que no podía

explicarse la singularidad del fenómeno, repitió sus observaciones en las brújulas de la vitácora. El resultado en todas las agujas era idéntico: las cuatro, en lugar de señalar al Norte ó al punto del horizonte perpendicular á la estrella, se desviaban de cinco á seis grados hácia el Oeste; lo cual era una extraña infraccion de las leyes de la naturaleza.

Las consecuencias de un accidente tan inesperado podian ser terribles, y él solo habria bastado á cualquier hombre que no fuese Colon para retroceder en su empresa. Privados los aventureros de su guia mas segura, no iban á poder dirigirse con certidumbre en las noches oscuras ni en los dias nebulosos. Indublemente la falta de la brújula era un mal gravísimo é irreparable, y capaz por sí solo de aterrar á los marinos mas arrojados que observasen por primera vez aquel fenómeno inexplicable.

Hoy en dia es un hecho constante y vulgar en aquellas latitudes, aunque su esplicacion continúa siendo todavía un misterio para la ciencia: quizá en lo profundo de aquellos vastos mares existe desconocido de los hombres algun banco inmenso de iman, algun laboratorio magnético, tal como suele tenerlos de otras materias el gran químico llamado Naturaleza, y acaso esta fuerza oculta, pero inmediata, ejerce un poder reactivo sobre las agujas, y las obliga á separarse de la potencia remota que las atrae constantemente en circunstancias ordinarias, como acontece hoy en los buques cuyo casco es de hierro.

Pero sea de ello lo que quiera, entonces, como ahora, no se conocia la causa; entonces, menos que ahora, no se habia observado jamás el efecto, y se necesitaba una fé inmensa para proseguir adelante. Sin embargo, Colon no pensó mas que en prevenir las consecuencias que una noticia de esta magnitud podia producir entre los hombres de su tripulación, tan dispuestos á alarmarse por motivos mas insignificantes.

—Diego, dijo al marinero, yo haria mal en disimular á un hombre como tú mis verdaderos sentimientos en esta ocasion. La aguja se desvia positivamente; pero este accidente puede ser pasajero, y debido á causas que tal vez reconoceremos muy pronto. Así es, que otra cosa me inquieta mas que la desviacion de la aguja.

—Os comprendo, señor Almirante, respondió Diego; y por mi parte seré mudo.

—Estamos entendidos, repuso Colon sacando tres monedas de oro para darlas al marinero: y como la fidelidad merece recompensa, toma por ahora.

Diego rechazó suavemente la accion del Almirante y dijo:

—Vuestra mano me basta, señor don Cristóbal; vuestra mano de amigo. Reservad ese oro para otros.

Colon, admirado de ese noble comportamiento del tosco marinero, le dió su mano y añadió algunas palabras lisonjeras.

Diego se retiró á descansar.

—Ved ahí, don Juan, dijo Colon á su inseparable compañero: ved ahí un hombre de provecho, y un hombre raro.

—Sí por cierto; muy raro, contestó el jóven. Confieso que hoy me ha sorprendido el tal Diego Borrasca, ó como se llame. Pero volviendo á su observacion, pareceme que le dais mucha importancia. ¿No valdrá mas confiarnos enteramente á la Providencia?

—Dios pone en el corazon de sus servidores el deseo de contribuir á sus miras, don Juan; pero el hombre está obligado á emplear medios naturales, y para emplearlos ventajosamente, necesita comprenderlos. Yo veo en ese fenómeno una prueba de que nuestro viaje dará lugar á descubrimientos imprevistos. Las riquezas minerales no son idénticas en todos los países: en España, por ejemplo, abunda el azogue, que en otras partes de Europa no se conoce. ¿Quién sabe si no encontraremos alguna isla abundante en iman, y si no será esta la causa que ejerce sobre nuestras brújulas una influencia inesplicable?

—¿Se ha visto eso alguna vez? preguntó don Juan.

—No; pero todo es posible, aunque esto no sea probable. Observemos por ahora el fenómeno, y cuando estemos seguros de su permanencia, indagaremos la causa.

Durante todo el dia mostró Colon su imperturbable serenidad, aunque su pensamiento no se apartaba del incomprendible fenómeno: llegada la noche, se ocupó toda ella en repetir con mas seguridad sus observaciones, pudiendo entonces contemplar la estrella polar y convencerse plenamente de la exactitud del hecho. Con la pre-

cision de experto navegante pudo notar además, que la desviacion de la aguja era cada vez mayor, aunque su movimiento fuese casi imperceptible.

La tripulacion, entre tanto, nada de esto sospechaba, y seguia tranquila; tanto mas, cuanto que, habiendo caido algo el viento, la marcha era suave y apacible.

CAPITULO XIX



CAPITULO XIV.

El meteoro.



ESOS dias hacia que nuestros aventureros navegaban con rumbo al Ocaso, desde que perdieron de vista la tierra, y era el décimo de su partida de la Gomera.

Desviados, sin embargo, de la línea recta por el arrastre de las corrientes y por los falsos cálculos á que daba lugar la declinación de la aguja, las naves derivaban hácia el Sur y se acercaban cada vez mas á las brisas, que reinan constantes en una direccion dada en ciertos periodos del año. Soplaban estas con fuerza á la sazón, y debian de ser en extremo favorables á nuestros navegantes para la pronta consecucion de su objeto: de suerte que, si consideramos aquel atrevido viaje con el espíritu piadoso que Colon lo consideraba, podremos decir como él, que Dios le favorecia, conduciéndole al mejor camino, aunque por medio de aparentes contratiempos.

Era un sábado el 15 de setiembre, y conforme con la estación, el tiempo se presentaba nebuloso y con alguna llovizna, que templaba el calor. A la tarde, antes de ponerse el sol, la atmósfera se despejó, comenzando por descubrirse en Occidente el astro del día entre celages rojizos de maravillosas tintas, como suele verse en las bajas latitudes de los trópicos.

D. Juan acompañaba, como solía siempre, á Colon, y ambos estaban sobre el castillo de popa: el primero contemplaba, con esa ilusión propia de la juventud, el magnífico espectáculo del cielo, que al desaparecer el sol bajo las ondas, descorría su densa cortina de nubes para mostrar su brillante aderezo de estrellas: el segundo permanecía pensativo.

De pronto el joven caballero, que no había echado en olvido el percance de la brújula, se volvió hácia el Almirante y le dijo:

—¿Continúa todavía, señor Colon, la inesplicable variación de las agujas?

—Sí, amigo mío, ese fenómeno se confirma. Pero, ya os lo he dicho, solo me inquieta el efecto que producirá en los marineros cuando lo sepan.

—¿No habrá medio de persuadirles que la aguja se desvía hácia el Ocaso para indicarles el punto á donde la Providencia quiere conducirles?

—Posible sería, respondió el Almirante sonriéndose de la estrategia de su amigo. Pero el aguijón del temor les hará contestar que, si la Providencia quiere que sigamos una dirección particular, no debería privarnos del medio mas indispensable para saber á dónde vamos.

—Temo, señor, repuso D. Juan despues de una pausa, que los de la *Niña* sospechan ya algo. Esta mañana hacian señas, como si tuviesen que comunicarnos alguna noticia.

—Nadie mas que nosotros ha reparado todavía el fenómeno; y no es de extrañar, aunque llevemos buenos pilotos, atendido lo nebuloso que ha estado el cielo la mayor parte del tiempo, y lo inesperado del suceso. Yo me admiro de que Diego haya sido tan perspicaz. Pero esta noche se presenta clara, y temo que mañana tengamos alguna novedad.

—Pues entonces, ¿qué pretendían los de la *Niña*?

—Los marineros han visto uno ó dos pájaros de los que nunca se alejan mucho de tierra, y han creído posible la existencia de alguna isla por aquí cerca.

—Eso sería una fortuna, dijo D. Juan. ¿Os parece que los marineros tengan razon?

—No sería extraño que hubiese islas á corta distancia; pues rara vez se encontrará una estension de mar tan grande sin ninguna. Pero nosotros no podemos entretenernos en buscarlas, [pues perderíamos un tiempo precioso, y un grupo de islas no compensaria la pérdida de un continente.

Así continuaron hablando hasta muy entrada la noche: la mayor parte de los marineros se habian retirado á descansar, y un solemne reposo reinaba á bordo, cuando un grito de los hombres de cuarto interrumpió la conversacion y el silencio.

Un resplandor repentino disipó la oscuridad de la noche, iluminando los buques y el Océano, como si mil lámparas hubiesen proyectado su luz sobre aquella parte del mar. Aquel resplandor provenia de un globo de fuego que, atravesando el cielo, fué á caer en el agua, á la distancia de algunas leguas, ó por mejor decir, en los límites del horizonte visible. A su desaparicion siguió una lóbreguez anto mas profunda, cuanto mas extraordinaria y brillante habia sido la luz.

No era mas que un metéoro igneo, pero de aquellos que por rara casualidad ven los hombres una vez en su vida. Los marineros que habia despiertos notaron este incidente como uno de los presagios extraordinarios del viaje, augurando unos bien, y otros mal, segun la disposicion de sus ánimos. El mismo don Juan no pudo permanecer indiferente.

—¡Por vida del diablo malo, señor Almirante! exclamó, apenas se hubo disipado la luz. Parece que nuestra empresa tiene algo que ver con los elementos ó con otras potencias. Yo no diré que sea por bien ó por mal; pero estos prodigios me dan á entender que nuestra ocupacion no es una cosa vulgar.

—Tal es el espíritu humano, respondió Colon: en cuanto el hombre traspasa los límites de sus hábitos y de sus deberes ordinarios,

todo lo ve bajo el prisma de su nueva situacion, y considera como prodigios las cosas mas triviales: un relámpago, un madero que flota en las aguas, un simple metéoro, son presagios favorables ó adversos para él, y nunca piensa que esos milagros son engendros de su imaginacion, y que nada tienen que ver contra las leyes comunes de la naturaleza. Lo que hemos visto pasar es un metéoro igneo, un fenómeno harto frecuente en estas bajas latitudes; y que por consiguiente no presagia nada en pró ni en contra de nuestra empresa.

Don Juan quedó pronto convencido, gracias á la confianza que tenia en la ciencia y experiencia de Colon; pero no sucedió lo mismo á los hombres de cuarto, en quienes el paso del metéoro produjo una impresion mas ó menos profunda. Creian las gentes en brujas en aquel tiempo, lo cual no es extraño, habiendo quien crea en ellas en nuestros dias, aunque murieron todas, cuando se dejó de perseguirlas. Era sábado y de noche: algunos marineros imaginaron haber visto pasar por el aire el coche del diablo, llevando en volandas centenares de sus amigas: otros consideraron aquella ráfaga de luz como un buen presagio; pero el mayor número la miró como un aviso del cielo, irritado de que se hiciesen tentativas impías para penetrar los misterios que, en su concepto, Dios habia querido ocultar al hombre.

Durante la noche no se habló de otra cosa: las naves continuaron avanzando hácia el Occidente, aunque con viento variable y con la desviacion consiguiente al Sur; y al amanecer del domingo nadie habia reparado en la declinacion de la aguja, cada vez mas sensible, ya fuese por estar los ánimos preocupados con el metéoro, ya por haber vuelto á cubrirse el cielo de nubes.

En aquel tiempo, rara vez se descuidaban los deberes religiosos en los buques cristianos; y en esta ocasion produjeron un efecto sublime en el ánimo de nuestros aventureros. Al reunirse estos para cantar la *Salve*, un blando viento Sud-este despejó el cielo, y pareció traer en sus alas los perfumes de la tierra: las tres carabelas se habian aproximado, como para formar un templo en medio de las vastas soledades de un Océano hasta entonces inaccesible. La mudanza del tiempo, la aparicion del sol en un firmamento azul

brillante y aquella fragancia llena de recuerdos amigos, difundieron la alegría y la esperanza en los corazones dispuestos á recibir-las por el grato calmante de la piedad.

Apenas terminado el acto religioso, el contento general fué aumentado por un grito del vigilante, que estaba en la cofa del trinquete, el cual señalaba con la mano hácia delante y á la parte de sotavento, como si hubiese visto alguna cosa extraordinaria por aquellas partes. Todos dirigieron la vista á los mismos puntos, y prorrumpieron en exclamaciones de gozo.

—¡Tierra! ¡Tierra! decian algunos, encaramándose por las escalas.

—¡Mirad, un prado! decian otros.

—Son yerbas frescas, decian los mas expertos. La tierra que las ha criado no puede estar lejos.

Descubriase, con efecto, en medio del Océano, una extension vastísima, toda cubierta de yerbas marinas, en cuyo campo iban entrando los buques: algunas estaban marchitas, pero en general presentaban un aspecto de frescura, como si acabasen de ser arrancadas de las rocas ó de la tierra.

Para completar el regocijo de aquel dia, los marineros de la *Niña* comenzaron á gritar, despues de un rato que parecian ocupados en alguna faena interesante: habian visto una gran cantidad de atunes, y acababan de pescar uno.

Los mas entusiastas se abrazaban, con vivas muestrás de júbilo, y los mas incrédulos se acordaban del metéoro, considerándolo ya como el precursor de su feliz arribo á las Indias.

—¿Opinais, como ellos, señor Almirante? dijo Rodrigo de Segovia, que con todos los demás oficiales rodeaba á Colon. ¿Os parece que esas yerbas indican nuestra aproximacion al Catay?

—No, respondió el sabio navegante. Se engañan los que suponen cercano el término de nuestro viaje. Aristóteles refiere que ciertos bajeles de Cádiz fueron llevados al Occidente por violentas tempestades, y llegaron á un mar cubierto de yerbas, donde abundaban los atunes. Los marineros de Cádiz creyeron hallarse junto á unas islas sumergidas, y con ayuda de los vientos lograron volver á su pais, como pudieron. Este es el parage en que nos encontramos, segun yo

creo: acaso descubriremos alguna isla, que podrá servir de escala entre Europa y Asia; pues seguramente la tierra de donde vienen estas yerbas no debe de estar lejos. Pero mi objeto es el Catay, señor Rodrigo; yo no busco islas, sino continentes.

Mas tarde, hallándose solos Colon y don Juan, este le dijo:

—¿Quién sabe, señor, si tendremos las Indias mas cerca de lo que pensais?

—No, amigo, no, respondió el Almirante sonriéndose. Solo hemos andado trescientas sesenta leguas desde que perdimos de vista la isla de Ferro, y segun mis cálculos, esto no es mas que la tercera parte de nuestro camino.

La noche llegó serena, y las tripulaciones contentas no se acordaban ya del metéoro.



CAPITULO XV.

Un hombre al agua.



o había ya riesgo de que los timoneros torciesen el rumbo de la *Santa María*; pero existiendo el secreto de la desviación de la aguja, el fiel Diego continuaba en el penoso cargo de llevar el timon durante la noche.

Con este motivo, Elvira y su amante gozaban de alguna libertad, y preciso es decir que abusaban de ella con la impruden-

cia propia de los enamorados.

Estaban aquella noche en la plataforma del castillo de proa, mirando la nave deslizarse entre las yerbas, y hablando en voz baja de su pasado y de su porvenir.

Hacia un viento fresco, pero agradable en aquella latitud, el cual empujaba las carabelas á razon de cinco millas por hora: la mar estaba tranquila como un rio, y los tres buques marchaban en conserva, para lo cual la *Pinta*, por ser la mas velera de todos, había cargado velas al primer cuarto.

—No es para mí mas oscuro el resultado de esta expedicion, que el misterio que te envuelve, querida Elvira, decia el soldado; pero estoy resuelto á descubrir ese misterio aunque me cueste la vida. ¿Quién es tu padre? ¿Quién eres tú?—Él me parece á veces un hombre de ilustre prosapia bajo el tosco disfraz de un bandido hecho marinero. Tú te me representas como una maga, de esas que nos pintan, cuando niños, en las historias de princesas encantadas.

—Yo soy la hija de las selvas, respondió la jóven; no he conocido madre; mi nodriza fué una loba, y tú el primer ser que despertó en mi alma salvaje sentimientos de ternura y amor. ¿Para qué quieres saber mas?

En el silencio de la noche sonó la voz ronca de Diego Borrasca, que sin dejar el timon de la mano, y quizá para mantenerse en vela, cantaba su acostumbrado romance, el cual decia así:

«En un escarpado monte,
al pié de Sierra-Morena,
refugio de hombres perdidos
y asilo de tantas fieras;

Hay un castillo moruno
y una casa solariega;
él mansion de torpes buhos,
y de condenados ella.

—Déjate querer, morena;

Déjate querer:

Que yo soy hombre, tú eres mujer.

Ramiro, ó Elvira, como mas plazca al lector, levantó una mano llamando la atencion de su amante hácia el extraño romance que cantaba su padre, cuyos monótonos acentos tenian en aquella ocasion y en la soledad de aquellos mares algo de solemne y terrible.

—Oye, le dijo: siempre he sospechado que ese cantar encierra una historia.

El timonero continuó así:

«Una noche borrascosa,
una noche de tormenta,
al castillo van llegando,
y á la casa solariega,
Un apuesto caballero
y una hermosa rica-fembra ;
él la sacó de su casa,
para casarse con ella.

—Déjate querer, morena,
Déjate querer ;
Que yo soy hombre, tú eres mujer.

La voz, aunque áspera y ronca de Diego, espresaba con bastante claridad y sentimiento las palabras de su romance y la pasión que las inspiraba : era aquello como un quejido de recuerdos, arrancados á pedazos del alma.

El soldado escuchaba sin acabar de comprender, mientras aquel proseguía con tono cada vez mas lúgubre y apasionado :

«Asilo piden á voces,
y ya les abren las puertas.
¡Malhaya quien dió el asilo!
¡Malhaya quien lo pidieral !
Buen refugio les han dado,
buena lumbre y mejor cena :
cuando Dios echó sus luces,
la salida se les cierra.

—Déjate querer, morena,
Déjate querer ;
Que yo soy hombre, tú eres mujer.

El canto cesó por algunos momentos.
—Elvira, Elvira, dijo el enamorado mancebo : ¿qué significa ese

romance singular? ¿Por qué ese tono estridente y feroz, que va creciendo por grados?

—Lo ignoro, amigo mío. Siempre se lo he oído cantar á mi padre, y siempre de la misma manera. Cuando concluye, nadie sino yo puede acercarse á hablarle: al que lo hiciese, le costaría la vida.

—¿Cosa extraña!

—Sí, muy extraña. Pero escucha, escucha, que ya sigue:

Con efecto, el marinero seguía cantando:

«En el castillo moruno

hay una profunda cueva,

donde nunca llegó el día,

donde la noche es eterna.

Gime allí el buen caballero

amarrado á una cadena;

sangre brotó de sus brazos,

fuego corre por sus venas.

—Deja pasar la tormenta,

Déjala pasar;

Que el buen caballero se sabrá vengar.

Aquí ya el acento del cantor era concentrado y feroz. El jóven soldado creía comprender, y no perdía una palabra. Diego el timonero continuó con febril agitacion sin detenerse hasta el fin:

«Un amigo le ha vendido,

venganza pide la ofensa:

honra y dama le ha robado,

la libertad y la hacienda.

Pasan días, pasan meses,

la polilla el tronco merma:

el prisionero sus hierros

lima, desbarata y quiebra.

Quando vió la luz del día,

su esposa encontraba muerta,

y el fruto de sus amores
han entregado á las fieras.

Venganza pide á los cielos,
venganza pide á la tierra:
con la sangre del malvado
no satisfará su ofensa.

—Deja pasar la tormenta,
Déjala pasar,
Que el buen caballero se sabrá vengar!

Rojo incendio se levanta
do quier su venganza llega;
de leon es su rugido,
de esterminio su señera.
La justicia le persigue,
su techo el hombre le niega;
de hoy mas serán su morada
el ronco mar y las selvas.

Así concluyó Diego Borrasca su romance, y á su lúgubre canto siguió un silencio profundo, solo interrumpido por los ayes del viento y el gemir de las vergas.

—Ahora mismo, dijo Elvira con voz apenas perceptible, si estuviésemos cerca de mi padre, le oiríamos pronunciar repetidas veces, entre dientes, horribles maldiciones y el nombre aborrecido de Mendo Mendez. Hé aquí por qué, desde que con sana ingenuidad me revelaste tu nombre, te pedí callarlo, y por qué mi funesto amor es un secreto para mi padre.

—¡Mendo Mendez! repitió el jóven, como si este nombre fuese para él una completa revelacion. Mendo Mendez, mi tio, murió abrasado en su castillo de Terrinches, hará de esto quince años.— Mi familia atribuye su muerte á la venganza de un tal Per-Afan de Villalobos, que desapareció al mismo tiempo.

—¿Quieres decir, que mi padre es ese Per-Afan? preguntó Elvira temblando.

—No sé, no sé: retírate á descansar, amiga mia. Es muy tarde. La

humedad de la noche te hará daño. Retírate á descansar : te lo suplico.

—¿Qué intentas hacer?
—Nada : necesito desahogar mi corazón. Véte, véte. Deseo estar solo.

Elvira bajó lentamente de la plataforma y entró en su camarote. Diego Mendez, pues ya sabemos que este era el verdadero nombre del soldado, aguardó con impaciencia la desaparición de la jóven, y en seguida se encaminó rápidamente andando de puntillas á la popa, donde el lobo marino estaba con la mano apoyada negligentemente en la rueda del timon, y la mirada fija al parecer en algun objeto invisible : sus labios se movian con/ulsos, como si repitiesen aun los últimos versos de su tonada ; y un murmullo ronco, pero inmodulado, salia de ellos.

Era tal su distraccion, que el jóven pudo acercársele, sin que lo advirtiese, hasta ponerle una mano en el hombro ; pero al sentir este contacto, el marinero se levantó como impelido por un resorte, y exclamó con acento concentrado y frenético :

—¡Miserable! ¿Quieres morir?
—Calmaos, respondió el soldado. Quiero ser vuestro amigo, señor Per-Afan.

El marinero volvió á todos lados sus ojos sanguinolentos, y repitió con voz sorda.

—¡Per-Afan!... ¿Tú conoces á Per-Afan? ¿Quién eres?
—Vuestro mejor amigo, respondió el jóven dulcemente.

—¡Tu nombre!
—Martin Martinez.

—No, ¡mientes como un villano! replicó el marinero, que parecia ver y oír en aquellos momentos de excitacion con un sentido interior. No, repitió : conozco tu voz, Mendo Mendez, y el infierno te ha puesto en mi camino para que pagues tu negra perfidia.

—No soy Mendo ; pero sí Diego Mendez, repuso el jóven con varonil entereza. Y á tí, Per-Afan, lo digo, ofreciéndote mi mano siempre leal.

El marinero estaba ciego de furor : estaba momentáneamente loco.

—¡Rayos del infierno! profirió con rabia profunda.—¡Mendez!.. ¡Mendez!..

Y asiendo por mitad del cuerpo al mancebo con fuerza hercúlea, le levantó en alto, antes que aquel pudiese ni siquiera precaver su accion, y le arrojó al mar, cuyas algas se abrieron con estruendo y le cubrieron en seguida, dejándole sepultado.

Per-Afan se dejó caer con abatimiento, y empuñó de nuevo la rueda del timon, que habia estado abandonada. Su corto diálogo con el jóven Mendez habia sido tan silencioso, que podia decirse era un secreto; pero la caida de aquel en el mar fué un hecho notado al punto por todos los hombres de cuarto.

—¡Un hombre al agua!... gritó inmediatamente uno de ellos.

—¡Un hombre al agua! repitieron otros en la *Santa María* y en la *Pinta*, que como un corcel fogoso necesitaba ser reprimida para no chocar con aquella.

En breves instantes fueron votadas al agua dos lanchas con diez marineros, que comenzaron á buscar al caido, á la débil claridad de las estrellas.

La espesura de las yerbas que cubrian el mar era un obstáculo grande para percibir el hervidero del agua en el punto donde naturalmente se agitaria el desgraciado mozo, y sus favorecedores se ocupaban activamente en separar con los remos aquellas plantas, desesperando de encontrarle; cuando Sancho, que habia despertado á las voces y era uno de los que se habian lanzado á buscarle, acertó á ver un brazo que salió un momento con ademan convulsivo de entre las plantas y volvió á sumergirse.

—¡Allí, allí! gritó, cogiendo él mismo un remo y empujando con fuerza la lancha.

Andrés Leal se ataba entre tanto una cuerda á la cintura, y al llegar al punto señalado por Sancho, dió á este la punta del cabo y se arrojó al agua.

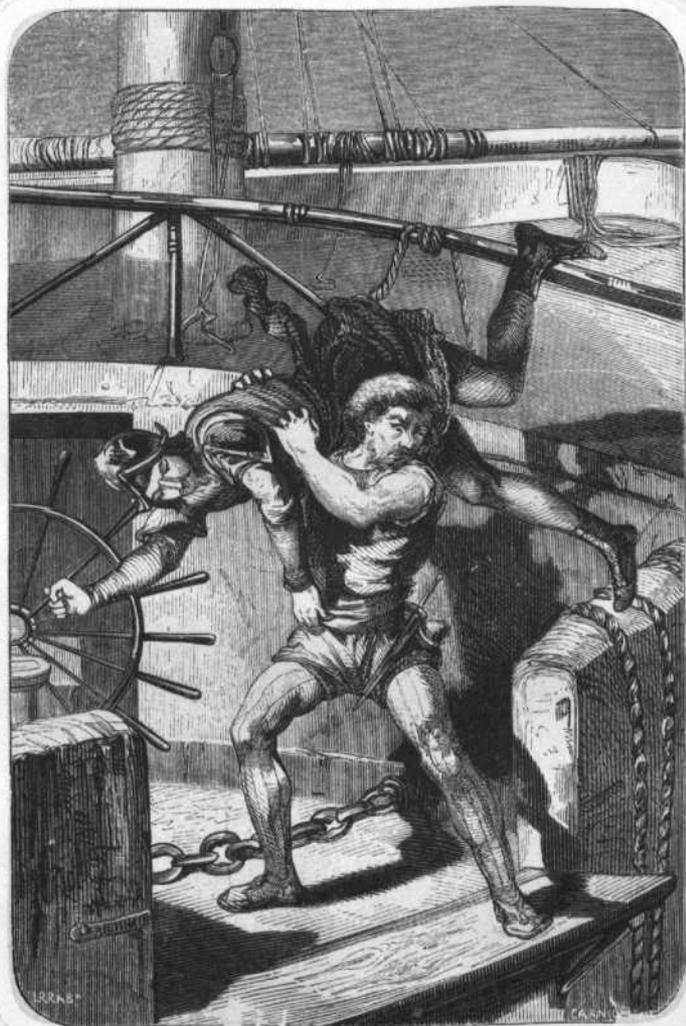
Pasaron algunos momentos de silencio y de mortal ansiedad.

Al cabo de ellos reapareció Andrés Leal sobre las yerbas marinas, gritando sin alientos:

—¡Tirad! ¡Tirad!

Poco despues el cuerpo inerte de Diego Mendez yacia tendido boca abajo sobre la cubierta de la *Santa María*.

CRISTOBAL COLON.



Un hombre al agua.

CAPÍTULO XVI.

Alarma.

OLON no fué de los últimos que acudieron á las voces del vigía y de los demás hombres de cuarto. Hemos dicho que no era nunca largo su sueño, aunque su voluntad vencía los desvelos del cuidado, á fin de mantenerse siempre ágil con la reparacion de sus fuerzas.

A los primeros gritos despertó, y estuvo á tiempo de dictar él mismo algunas disposiciones para salvar al caido. Poco despues salió don Juan de la cámara.

Cuando el jóven soldado fué tendido sobre la cubierta, privado de conocimiento, y mientras se le aplicaban los auxilios necesarios para extraerle el agua y volverle á la vida, todos los individuos de la tripulacion le rodeaban, escepto Diego Borrasca, cuya ausencia parecia justificada por la necesidad de velar sobre el timon. Ramiro apareció por algunos momentos, recatándose detrás de los otros, y adivinando ó temiendo adivinar la verdad del hecho, se retiró luego al camarote ocultando sus lágrimas.



—¿Cómo ha sido eso? preguntó Colon. ¿Hay alguno que lo haya visto?

El vigía contestó que él solo había sentido el golpe del cuerpo al caer en el agua; pero no había visto cómo ni de dónde cayó, aunque le parecía que debió ser hácia la popa.

—Ese diantre de mozo, dijo otro marinero, andaba siempre embobado mirando las estrellas, y no será extraño que se haya dormido estando sobre las defensas.

—Todo puede ser, repuso Colon: pero ¿cómo es que ninguno de los cuatro le ha visto en peligro?

—Señor, la noche está oscura, contestó el piloto. Pero yo creo que ese chico ha de haber caído desde el castillo. Acaso el timonel sabrá algo.

—Decidle que venga, y que ocupe otro su puesto.

Per-Afan se presentó de allí á poco, indiferente y tranquilo. La fiebre le había pasado.—Colon le interrogó como á los demás; pero él se encogió de hombros y repuso:

—No he visto nada.

Y no mentía. Nadie menos que él podía dar razon de lo sucedido: se hallaba en el caso de un delirante á quien hablan de sus excesos luego que ha recobrado el uso de razon.

Sancho se acercó á su amo, y le habló al oído: el malicioso escudero sospechaba, si no toda la verdad, una parte de ella.

Don Juan no se atrevió á dar crédito á las sospechas de Sancho; pero juzgó que no debía guardar secreto por mas tiempo el disfraz de Elvira, por si los amores de esta con el supuesto Martin habian dado lugar efectivamente á aquel trágico suceso.

Sin embargo, el momento no era oportuno para sus revelaciones.

Tratábase entonces de restituir al soldado la vida, si no la habia perdido para siempre; lo que en verdad, nadie podia conceder ni negar.

Despues de dos horas de asiduos cuidados, en los cuales no tomó pequeña parte el mismo Per-Afan, Diego Mendez hizo un movimiento y arrojó por la boca una gran cantidad de agua. Este desahogo le permitió respirar, aunque de un modo penoso y desigual. Sin embargo, daba esperanzas de vida.

Colon mandó ponerle una cama en lugar solo, y confiándolo al cuidado de los hombres mas hábiles de la tripulacion, con encargo de que siempre hubiese al menos uno velando á su lado, se retiró á descansar lo restante de la noche.

Don Juan le siguió, y viéndole acostarse vestido, tomó una silla de tijera y se sentó á su lado.

—¿Qué haces, don Juan? ¿No tienes sueño, hijo mio? le preguntó Colon.

—No es fácil que yo me duerma, despues de ese maldito lance, respondió el jóven.

—¿Tienes alguna idea particular respecto á él? ¿Qué piensas de eso?

—No me atreveré á culpar á nadie, señor. Además de que, si Martin Martinez recobra el uso de la palabra, como es de esperar, quizá él nos diga mas de lo que necesitamos saber.

—¿Pero sospechas que eso haya sido resultado de alguna riña ó enemistad?

—¡Quién sabe, señor! Yo he cometido una falta de confianza por no descubrir secretos agenos; pero ya me arrepiento, pues conozco que aquí no debe haber secretos para vos.—Ese Martin estaba enamorado.

Colon se incorporó como para oir mejor, pues no comprendia la revelacion de don Juan.

—¿Enamorado? repitió. ¿Y tiene aqui algun rival?

—No sé tanto, repuso el jóven; pero sí que tiene á la mujer á quien ama.

—¡Una mujer! ¿Una mujer á bordo?

—Sí, señor; una mujer, y no fea.

—Disfrazada sin duda.

—Disfrazada.

—No puede ser sino Ramiro.

—Lo habeis acertado: Ramiro, ó mejor dicho, Elvira.

—¿Qué enredo es este?

Don Juan esplicó entonces á Colon todo lo que habia sabido por boca de Sancho, sin olvidar el cuidado que los dos amantes ponian en ocultarse del padre de ella.

—Debiérais haberme comunicado antes esos secretos, dijo Colón. ¿Lo sabe alguien mas que vos y Sancho?

—Creo que no.

—Pues bien, conviene guardar el incógnito de esa jóven; de lo contrario, tendríamos aquí un escándalo cada dia. Dejemos que el soldado se restablezca, y entonces sabremos á qué atenernos respecto á Diego y al desagradable lance de esta noche. Encargad á Sancho la mayor reserva.

—Ya lo hice, señor; pero volveré á repetírselo.

La prudencia justificaba ciertamente esta reserva; pues, si bien es verdad que donde faltan mujeres parece que falta una parte muy esencial de la vida, no lo es menos que su presencia puede ocasionar complicaciones desagradables; y era muy natural este peligro en un buque, donde habia tantos hombres y una sola mujer, cuyo carácter aventurero la revestia de cierto prestigio.

Colón queria precaver todo inconveniente sin mover escándalo, y en esto demostraba su buen juicio.

Amaneció el lunes 17 de setiembre sin otra novedad que la de haber recobrado el jóven Mendez el completo uso de sus sentidos. Asistiósele con esmero durante el dia; pero á la tarde tuvo un fuerte recargo de fiebre.

Terminadas las observaciones que es costumbre hacer en los buques á medio día, es decir, al concluir el dia náutico, Martin Alonso Pinzon dirigió la voz á la *Santa María*, y anunció al piloto de servicio que tenia intencion de medir la amplitud del sol, luego que este se hallase bastante bajo, á fin de comprobar hasta qué punto conservaban su virtud los imanes.

Bartolomé Roldan, el piloto de servicio, no creyó necesario participar esta determinacion al Almirante hasta la hora oportuna; pues la operacion anunciada no era una cosa extraordinaria: pero cuando el sol estuvo cerca del horizonte, aquel entró en la cámara, y hallando á Colón recostado en su hamaca, le dijo:

—Señor Almirante, siento incomodaros; pero Martin Alonso y todos los pilotos se disponen á medir la amplitud del sol, que está ya mojándose las barbas en el Océano; y me parece que no estará de más el auxilio de vuestro saber.

—¡Ah! ¿Quiéren medir una amplitud? dijo Colon sin dar muestra ninguna del interior desasosiego que le causó esta noticia. Bien está: corred á vuestro puesto. Allá voy yo.

Y apenas hubo salido Roldan, el Almirante llamó á don Juan que dormia la siesta, y le dijo:

—Arriba, camarada. Me parece que estamos en visperas de un fracaso.

—¿Qué sucede, señor? preguntó el jóven.

—El secreto de la brújula va á ser descubierto, y Dios sabe cómo recibirán la noticia nuestros marineros. ¡Arriba, arriba!

Pocos momentos despues, los dos estaban sobre la popa en su lugar acostumbrado. El sol descendia lentamente próximo á terminar su carrera; y por lo tanto, era llegado el instante propicio. Colon observaba sin echar mano de ningun instrumento; lo que no extrañaron los pilotos, atendida la gran reputacion de habilidad y saber que ya gozaba entre ellos. Desde la altura donde se hallaba podia ver á Martin Alonso, cuyo buque no distaba cien vergas de la *Santa María*, sumido en los cálculos de su operacion; y no tardó en verle sumamente agitado pasar de una brújula á otra y consultar á los marineros de mas acreditada experiencia.

Dos minutos despues, la chalupa de la *Pinta* era botada al mar, y desde este buque se hacian señas de aferrar velas á la *Santa María*.

—Llegó el momento decisivo, dijo Colon, sin desmentir su serenidad.

—¿Qué vais á decirles? preguntó D. Juan.

—Lo que me parece posible, amigo. No hay que turbarse.

La chalupa de Martin Alonso llegaba á la sazón, abriéndose paso entre las yerbas marinas; y apenas abordó al buque Almirante por un costado, cuando llegó por el otro Vicente Yañez, el jefe de la *Niña*.

Instantes despues, los dos se hallaban á los lados de Colon, seguidos de los pilotos de este, Roldan y Sancho Ruiz. En el semblante de todos cuatro se notaba una gran turbacion.

—¿Qué hay de nuevo, señores? les preguntó el Almirante con calma. Venís hácia mí como si me trajéseis grandes noticias.

—Solo Dios es capaz de conjeturar la importancia de lo que aquí nos trae, señor Almirante, dijo el mayor de los Pinzones. Hemos

comparado todas las brújulas, y acabamos de ver que este instrumento fiel ha perdido su virtud. Las agujas se desvian de su punto fijo, esto es, del Norte verdadero, lo menos seis grados.

—¿No habreis cometido alguna omision en vuestras observaciones ó algun descuido en los cálculos? repuso Colon sin alterarse.

—No por cierto, señor, respondió Vicente Yañez; y cuando he hablado de esta singularidad al mas antiguo de mis timoneros, me ha dicho que la brújula no ha estado acorde con la estrella polar en toda la noche.

—Eso puede suceder muy bien, sin que por ello resulte ningun mal, señores, dijo Colon con imperturbable serenidad. Todos sabemos que los cuerpos celestes ejecutan revoluciones, unas regulares y otras irregulares. El sol, que da la vuelta á la tierra en el espacio de veinticuatro horas, hace otros movimientos que solo son perceptibles á fuerza de una constante observacion; porque su gran distancia de nosotros no nos permite apreciarlos de un modo sensible. Así, yo creo que la estrella del Norte puede tambien sufrir alguna desviacion imperceptible á la simple vista, y que el iman señala, no á la estrella misma, sino á un punto, que es su centro de rotacion. La estrella, por consiguiente, continuará su movimiento durante algun tiempo hasta volver á su primera situacion; lo cual probará que su excentricidad momentánea en nada altera su habitual armonía con las agujas.

—Pero, señor, ¿estáis seguro de eso? Es una cosa que jamás se ha visto, dijo Martin Alonso.

—En prueba de la verdad de mis conjeturas, repuso Colon, observad bien la estrella al anochecer, y volved á medir la amplitud por la mañana, lo que demostrará la regularidad de la marcha del cuerpo celeste. Así, pues, lejos de desanimarnos por esta novedad, debemos alegrarnos de haber hecho una conquista para las ciencias, un descubrimiento en que no pensábamos y que honrará nuestra empresa.

Los pilotos se dieron por contentos con esta explicacion, á falta de otras mejores para resolver sus dudas; pues cuando el hombre carece de conocimientos precisos, busca en el raciocinio su apoyo y

termina por alarmarse ó tranquilizarse: felizmente los pilotos adoptaron este último partido.

Pero no sucedió lo mismo á las tripulaciones. Apenas supieron los marineros de los tres buques la desviacion inesplicable de las agujas, cundió entre ellos una alarma, que en esta ocasion, preciso es decirlo, tenia un fundamento harto sólido. Algunos se mostraron resueltamente decididos á solicitar que los buques mudasen de rumbo para volver á España.

Entonces Per-Afan se metió en medio de ellos para calmar la alarma, que por momentos degeneraba en tumulto, y les manifestó claramente, á fin de sosegarlos, que él habia visto mas de diez veces la estrella del Norte discrepar de la brújula, sin el menor inconveniente; y apelando al juicio de los mas antiguos, les invitó á observar con cuidado la diferencia, que á la sazón era casi de un punto de compás, y á ver si no era un poco mayor esta diferencia el día siguiente por la mañana.

El crédito de buen marinero que habia alcanzado Per-Afan, y el tono de conviccion con que hablaba, dieron autoridad á sus asertos. Por la mañana todos aguardaban impacientes los resultados de las nuevas observaciones; y como el viento continuaba siendo favorable y ademas se habia entrado en una corriente, que marchaba hácia el Ocaso, los buques recorrieron en aquellas veinticuatro horas mas de ciento cincuenta millas, lo cual hizo que la variacion de la aguja fuese mas perceptible. Así la prediccion del Almirante se encontró confirmada, no menos que el sofisma de Per-Afan; por lo que á nadie quedó ya la menor duda de que la estrella polar habia hecho un movimiento, sin que por esto las agujas hubiesen sufrido la menor alteracion.

termina por afirmarse o negarse; dejáramos los hechos como
 larón este último punto. Pero no se debe olvidar que el
 Pero no sucede lo mismo en las afirmaciones. Algunas afirmaciones
 los marcos de los hechos, luego la dirección inaplicable de las
 aguas, cuando entre ellas una afirmación, por en esta ocasión, preciso
 es decir, tenía un fundamento tanto sólido. Algunos se muestran

CAPÍTULO XVII.

Entonces Per-Alan se metió en medio de ellos para calmar la
 stancia, que por momentos se agudiza en tanto; y les manifestó
 claramente, y en los sucesos, que el había visto más de diez ve
 ces la estrella del Norte después de la salida, sin el menor in
 convenientes; y hablando al inicio de las más antiguas, les invitó a
 observar con cuidado la diferencia que a la sazón era casi de un
 punto de compás; y a ver si no era un poco mayor esta diferen
 el día siguiente por la mañana.

Ilusiones del deseo.

El hecho de buen ventura que antes se narró Per-Alan, y el
 leno de conexión con que hablaba, dieron autoridad a sus aser
 Por lo común todos aguardaban impacientes los resultados de las



IMPOSIBLE fuera, ó por lo menos muy aventurado, formar hoy un juicio acerca del pensamiento de Colón, y querer saber si realmente opinaba, como había dicho, que la divergencia entre la aguja imantada y la estrella polar era efecto aparente de una desviación irregular de esta última.

Es un hecho, que las personas mas instruidas de aquel tiempo no creían que la aguja se dirigiese absolutamente hácia la estrella: se consideraba como accidental la coincidencia de la dirección del iman al Norte; y puede suponerse que el Almirante, persuadido por sus propias observaciones de que la brújula no había perdido ninguna de sus propiedades, y desconociendo por otra parte la existencia de un fenómeno, cuya causa es hoy mismo ignorada, consideró como única posible la teoría que le ocurrió en circunstancias del momento, basándolas en razones de analogía. Nada extraño sería que cre-

yese, si no exacto, verosímil su parecer, toda vez que no podia tener ideas fijas sobre este particular.

De cualquier modo, esto da á conocer su confianza inalterable, y aquella lucidez de entendimiento con que, en medio de la ignorancia de su siglo en astronomía y geografía, se adelantaba á esclarecer verdades aun no esplicadas, por mas que su induccion fuese errónea.

Felizmente, la alarma se desvaneció al amanecer, y la luz del dia permitió á nuestros aventureros fijar la atencion en otros objetos de alegre presagio.

La mar continuaba cubierta de yerbas, y otras señales aparecian que anunciaban la proximidad de la tierra. Las aguas eran realmente tan apacibles como si estuviesen encerradas entre dos riberas, y los buques, arrastrados por una suave corriente en la misma direccion del viento, marchaban enfilados sin conservar entre sí mas distancia que la de algunas brazas.

—Reparad en estas yerbas, señor Almirante, dijo Martin Pinzon. Indudablemente son de las que se crien en agua dulce, y yo creo que nos acercamos á la embocadura de algun gran rio.

—Tal vez no os equivoqueis, amigo Martin, respondió Colon. Podemos adquirir una prueba mas convincente probando el agua.— Y dirigiéndose á los marineros, añadió:

—A ver, muchachos, llenad un cántaro de ese agua.

Sancho se dispuso á ejecutar esta orden; pero se detuvo un momento aguardando que el buque pasase mas allá de una gran masa de yerba. En aquel momento, Colon, que miraba con sumo cuidado aquellas plantas, divisó entre ellas una langosta, y mandó al punto maniobrar para apoderarse de ella.

Pocos minutos despues se la presentaba Mateo Sanchez.

—Hé aquí una buena presa, dijo el Almirante, mostrando la langosta que tenia cogida entre sus dedos. Animales de esta especie no se alejan nunca mas de ochenta leguas de la tierra firme.

La mayor animacion reinaba en las tres carabelas: todos los marineros querian llenar cántaros de agua: todos miraban alrededor, presintiendo la aparicion repentina de alguna tierra baja detrás de aquellas verdes llanuras.

—Mirad, señores, gritó don Juan, señalando al Occidente. Mirad qué pájaro.

—En verdad, ¡Dios nos protege! exclamó Colon llevado él mismo de la ilusion que á todos enagenaba. Ese es un pájaro de los trópicos, de los que nunca pasan la noche en el mar. Y lo mas agradable es, amigos, que ese mensajero nos viene de Occidente: del Occidente oscuro y misterioso.

Tantos indicios á un tiempo de la proximidad de tierra bien pudieron hacer que el grande hombre, á pesar de su mucha reserva y de sus elevadas miras, cediese un momento al entusiasmo, creyendo encontrar alguna grande isla, situada entre Asia y Europa, ó tal vez algunos restos de la fabulosa Atlántida, que pudo haber existido en aquellos parages.

Mas fáciles de impresionar los hombres de la tripulacion, asi como antes por pequeñas causas se habian dejado ir á la desesperacion, del mismo modo ahora se entregaban á un vehemente arrebató de alegría: la exaltacion de la esperanza les hacia ver felices presagios en los accidentes mas comunes; y fué tal la fuerza de la ilusion que, habiendo probado casi todos el agua amarga del mar, convinieron en decir que la encontraban dulce.

Colon mismo, despues de gustarla, dijo á Martin Alonso, que hacia igual prueba:

—En verdad, amigo Pinzon, que este agua me parece menos salobre de lo que suele serlo á una gran distancia de la embocadura de los rios.

—Otro tanto me dice mi paladar, respondió Martin Alonso; y es indudable, señor Almirante, que la tierra está cerca.

Todos los marineros hablaban á un tiempo; algunos batian las palmas y brincaban con señaladas muestras der egocijo: Colon, cediendo al ardor de la tripulacion, mandó izar todas las velas, y aunque afirmando que la tierra, si se encontraba, no podia ser la que iban á buscar, sino alguna isla, dió permiso para que cada cual marchase libremente á descubrir el objeto deseado. En seguida se desplegó una lucha de competencia y las carabelas se dispersaron. La *Pinta* no tardó mucho en dejar rezagadas á la *Santa María* y la *Niña*.

Hoy sabemos cuán infundadas eran las esperanzas de nuestros

aventureros: hallábanse á la sazón á poco mas de la mitad de su viaje, y en medio de un Océano desierto, donde ni un palmo de tierra existe á centenares de leguas de distancia. La dulzura de aquellas aguas era una ilusion del deseo; aquellas yerbas frescas que cubrian una vasta estension del mar, habian sido amontonadas allí por las corrientes; aquellos peces podian ser, los unos habitantes naturales de sitios roqueros y poco profundos, si es cierto que allí existian algunas islas sumergidas; y los otros, viajeros traídos sobre las mismas yerbas: aquel pájaro tropical, en fin, era una maravilla de fuerza y velocidad, á no ser que los campos flotantes, encontrados mas léjos, le hubiesen ofrecido algunos puntos de reposo, y los pescados que allí abundan el alimento necesario.

¶ Todas las miradas estaban fijas en el Occidente con la esperanza de ver allí la tierra; pero los horizontes se sucedían unos á otros, y mar, y solo mar alcanzaba la vista en su círculo dilatado. El sol desapareció dejando en pos de sí una estela brillante, y vino la noche sin que ocurriese ningun cambio notable. La *Pinta* cargó velas para dar lugar á los otros buques de alcanzarla, y esto no tardó en verificarse; pues la brisa constante de Sud-este era buena, y el mar, mas tranquilo que lo son por lo comun algunos ríos caudalosos, no oponia resistencia á su velocidad.

¶ La desviacion de la brújula era mas sensible que los dias anteriores, y las naves eran guiadas en direccion Oeste-sud-oeste, creyendo los pilotos llevarlas hácia el Ocaso; lo cual prueba que Colon no consideraba imposible el movimiento de la estrella polar. A esta circunstancia se debió que la espedicion no aportase á las costas de la Georgia, ó bien á otro punto del continente en la América del Norte.

¶ La noche trascurrió sin ningun accidente, y el 19 por la mañana desaparecieron las yerbas: á mediodía las carabelas habian dejado en pos de sí una considerable distancia: reuniéronse para comparar las observaciones, segun costumbre, la *Santa María* y la *Niña*; pero la *Pinta* se habia dejado llevar por el ardor de sus marineros á una distancia excesiva, y tardó algunas horas en juntarse con sus compañeras.

¶ Cuando Martin Alonso pudo hablar con el Almirante, le dijo:

—No tengo duda, señor don Cristóbal, de que nos hallamos pró-

ximos á la tierra. Hemos visto numerosas bandas de pájaros, y hacia Poniente hay nubes amontonadas y espesas, como si dominasen alguna isla ó algun continente.

—Bien venido seais, amigo Pinzon, le respondió el Almirante; pues sois mensajero de buenas nuevas. Pero debo recordaros que yo no debo encontrar el Asia tan pronto: nos faltan algunos días de marcha para llegar á ella; y todo lo mas que puede haber por aquí será algun grupo de islas. Al anochecer vereis que esas nubes tomarán cada vez mas la forma de una tierra: será posible que tengamos islas á uno y á otro lado; pero mi objeto es el Catay; ninguna otra cosa nos interesa tanto, y no podemos ni debemos separarnos del camino recto.

—Sin embargo, señor Almirante, insistió el osado marino de Palos, yo quisiera que me autorizáseis para soltar las velas á la *Pinta*, á ver si tenemos la dicha de anunciaros mañana el descubrimiento del Asia: yo estoy seguro de verla antes del amanecer.

—Id con Dios, animoso piloto, repuso Colon. Pero os repito que no vereis el continente todavía. Sin embargo, como el descubrimiento de una tierra cualquiera en estas latitudes puede ser de mucha honra para Castilla y para nosotros mismos, el primero que la vea será recompensado. —¡Ea, pues, al avío! añadió el Almirante con buen humor. Todo el mundo tiene permiso para descubrir islas ó continentes á millares.

Los marineros se echaron á reir: Colon tenia razon; el peligro visto de lejos infunde mas pavor que una vez comenzado á vencer. Aquellos hombres contaban ya con los recursos de sus propias fuerzas: con ellas no habia peligro temible.

La *Pinta* desplegó todas sus velas y continuó su marcha. A la caída del sol se la distinguía en lontananza, como una pavesa en medio de los bellos colores de aquel cielo resplandeciente. Hacia el Norte habia en el horizonte grandes masas de nubes aplanadas sobre el mar, y sin un grande esfuerzo de imaginacion podia cualquiera figurarse que veian montañas escarpadas, valles profundos, promontorios y costas.

Los marineros fijaban sus miradas ansiosas en aquellas nubes, y hacian mil conjeturas, extrañando que el Almirante no mandase vi-

rar hácia ellas. Pero Colon, aunque estaba como todos bajo el influjo de la ilusión, dudaba que aquello pudiera ser tierra. Don Juan señalaba las aparentes montañas, no menos convencido que los marineros de que realmente lo eran.

En esto llamó su atención Sancho, que salía de los camarotes de proa, y que al parecer deseaba comunicarle alguna cosa: hizole señña de subir al castillo, y el escudero se apresuró á obedecer.

—¿Quieres algo? le preguntó el jóven adelantándose hasta lo alto de la escalera.

—Señor, dijo Sancho: el enfermo vuelve á delirar, y dice cosas que valen la pena de oirse.

—¿Qué dice?

—Hácele como si hablase con Elvira, y la tranquiliza, asegurándole que no se vengará de su padre; que ha hecho ya las paces con él, y son muy amigos. De cuando en cuando nombra á un Per-Afan de Villalobos y á un Mendo Mendez, y dice que él es un hidalgo leal y honrado, y que no tiene culpa de las faltas de su tío.

—Todo eso no vale nada, contestó don Juan; es efecto del delirio. Pero no obstante, bueno será que permanezcas al lado del pobre muchacho, y no dejes que otros se enteren de lo que dice.

—Corriente, señor: así lo haré, repuso Sancho.—Y reparando en la atención con que algunos marineros observaban las nubecillas del Norte,—¿qué miran esos majaderos? dijo. ¿Temen acaso que se haya caído la estrella polar?

—No, Sancho, no es eso: miran aquello, que nos parece ha de ser una grande isla.

—¡Pardiez, señor! exclamó el escudero: y es verdad. ¿Cómo no vamos á reconocerla?

—El Almirante no cree que sea tierra lo que estamos viendo.

—¿Que no? Pues á mí me parece que sí. Apostaría cien doblones, si los tuviese, á que esa es mi isla de Chulipango. Se me defrauda en mis derechos, señor.

—Creo que tienes razon, Sancho, dijo don Juan; porque ve allí una montaña que acaba de mudar de figura.

—¿Quereis decir, señor?...

—Quiero decir, que tan isla es aquello, como tú arzobispo. El

Almirante ve mas que todos nosotros.—Corre, corre á tu puesto, y no te separes del pobre diablo de Martin: ya te se avisará cuando estemos cerca de Chulipango.

Aquella noche, la *Pinta* volvió muy tarde á reunirse con las otras carabelas. Por la mañana cambió el viento por primera vez desde que se entró en la region de las brisas, y el cielo apareció encapotado: no tardó en caer una lluvia abundante, que duró hasta cerca de medio dia.

Serenado algun tanto el tiempo, y hallándose las carabelas tan cerca unas de otras, que podian hablar entre sí las respectivas tripulaciones, toda la gente comenzó á comunicarse, participando unos á otros sus conjeturas y esperanzas. Las chalupas se cruzaban, como en un puerto, llevando y trayendo á bordo de los buques á los mas animados é impacientes. Martin Alonso se presentó sobre la *Santa Maria* en guisa de embajador, y dijo á Colon:

—Vengo aquí, señor Almirante, á instancias de mi gente, á pedirnos permiso para echar una escampada hácia el Norte; pues tenemos por cosa segura que ha de haber islas y acaso algun continente por esa parte: los resultados de nuestra exploracion no podrán menos de coronar esta grande empresa con la gloria que es debida á nuestros ilustres soberanos y á vuestra prevision.

—Aplaudo esos buenos deseos, amigo Pinzon, le respondió el Almirante; pero no puedo acceder á ellos. No niego la posibilidad de que haya tierras importantes en la direccion que indicais: la lluvia de esta mañana y la calma del mar son indicios que confirman esa opinion. Pero, amigo, nuestro objeto no es el Norte, sino el Occidente: nos hemos embarcado para completar el círculo de la tierra, y para abrir la puerta por donde ha de entrar la cruz triunfante en los dominios del gran Kan. El Catay ha de ser nuestro gran descubrimiento, y en vista de él, un grupo de islas mas ó menos es cosa de poca importancia, y no vale la pena de distraernos perdiendo un tiempo precioso.

—No desconozco lo que decis, insistió Pinzon. Pero si, de paso, pudiésemos hacer otros descubrimientos, yo creo que el tiempo empleado en ello no seria del todo perdido.—Vos, señor Gutierrez,

añadió volviéndose hácia D. Juan, ¿no podeis decir algo á su Excelencia en apoyo de nuestra peticion?

—Yo, Bravo Martin, respondió el jóven, solo sé deciros, que para llegar á un buen fin, el mejor de todos es el camino recto; y tengo tales deseos de ver convertido á la fé cristiana al gran Kan, que por nada del mundo quisiera que nos desviásemos á la derecha ni á la izquierda.

—¿Es decir, que debemos renunciar á unas esperanzas bien fundadas de pisar la tierra hoy mismo? dijo Martin Alonso.

—Vuestras esperanzas son las mias, y las de todos, repuso Colon, y acaso las verémos satisfechas muy pronto. Ved allí un mensajero que nos llega de Poniente: aunque no sabe hablar, nos dice mucho; pues nunca he visto que ninguno de su casta se aleje de la tierra mas de veinticuatro horas.

Pinzon y todos los demás se volvieron hácia el punto que señalaba el Almirante, y vieron con sorpresa un hermoso pelícano, cuyas alas estendidas median lo menos diez piés de punta á punta; el cual, sosteniéndose á pocas brazas de altura sobre el mar, volaba en direccion á la *Pinta*: pero al llegar cerca de ella, y como si tuviese á menos visitar este buque, torció su rumbo, y fué á posarse majestuosamente sobre la verga mayor de la *Santa María*.

Los marineros saludaron su llegada con aclamaciones de gozo.

—Si ese pájaro no nos indica la proximidad de la tierra, dijo gravemente Colon, su presencia nos dice otra cosa mejor; pues debemos considerarla como un seguro presagio de que Dios está con nosotros, y nos invita á perseverar hasta el fin.

—Yo tambien la miro como un pronóstico feliz, respondió Pinzon. ¿No querrá significar que debemos explorar estos parages, señor Almirante?

—Yo entiendo que nos dice que mi propósito debe prevalecer sobre todos, repuso Colon. Moderad vuestra impaciencia, buen Martin: sigamos la ruta que nos ha señalado ese pájaro, pues si él ha podido llegar hasta nosotros, nosotros llegaremos hasta su nido. A nuestro regreso podremos examinar tranquilamente esta parte del Océano; pero ahora no olvidemos las Indias que están delante, y de las cuales distamos aun, segun mis cálculos, algunos centenares de le-

guas. Bueno será, puesto que el tiempo es favorable, reunir los pilotos para saber á qué distancia colocan las carabelas en el mapa.

Esta indicacion fué al punto ejecutada: los pilotos se juntaron en la popa de la *Santa María*, y teniendo á la vista un mapa muy delicadamente trazado por Colon, cada uno señaló el sitio del Océano donde creía que se hallaba el buque, clavando un alfiler en la misma carta. Vicente Yañez y sus compañeros de la *Niña* colocaron su alfiler á la distancia de cuatrocientas cuarenta leguas marítimas de Gomera. Martin Alonso puso el suyo un poco mas á Levante; y Colon fijó el suyo á veinte leguas mas atrás que Martin.

Este y sus compañeros no dudaron que podian haberse equivocado en sus cálculos, y cada cual volvió á su puesto, despues de recibir las órdenes que debian comunicar á sus respectivas tripulaciones.

En el ánimo de todos estaba la creencia de que habia tierra por aquellas inmediaciones. Pasó una noche mas, y la luz del nuevo sol vino á desvanecer muchas esperanzas. Mar y solo mar descubrian los ojos impacientes de los arrojados aventureros.



bien algunos que suponían imposible este regreso, fundándose en la constancia de los vientos alizos, cuya naturaleza desconocían.

Mientras se formaba esta atmósfera de descontento, Colon, á quien don Juan habia repetido las nuevas observaciones de Sancho, quiso visitar al jóven soldado, para juzgar por sí de la importancia que debiera darse á las vagas indicaciones emitidas por él durante su delirio. Hallóle despejado de calentura y en disposicion de un pronto restablecimiento.

—Mucho tengo que agradecer á vuestras bondades, señor Almirante, dijo el mozo al verle entrar, con una finura que delataba su incógnito: no ignoro el vivo interés que os habeis tomado por mí, ni menos podré dudar de él ahora, que os dignais favorecerme con vuestra visita.

—No hables tanto, camarada, dijo Colon, mandando con un ademan salir á Sancho y otro marinero que estaban presentes. Obligacion mia es velar por tu salud, como por la de todos los que me acompañan.

Y luego que se quedó á solas con él, añadió:

—Yo quisiera, buen Martin, que todos, y tú el primero, viéseis en mí un verdadero amigo, un padre, en quien podeis depositar vuestra entera confianza.

—¿Dudais acaso?... preguntó el soldado con alguna turbacion.

—No te alteres por nada que yo te diga, repuso Colon: haz cuenta que te habla un padre, de quien nada puedes temer. En primer lugar, me parece descubrir en tus palabras y modales algo mas que un oscuro soldado aventurero.... No me lo niegues: seria esto portarte con ingratitud.

—No lo niego, señor, respondió el jóven, cuyo rostro pálido se cubrió de un repentino rubor. Al tomar parte voluntaria en esta expedicion, os he ocultado mi nombre y clase: pero quizás no soy el único que lo ha hecho.

—Es posible; pero hablemos de tí: ¿eres noble?

—Soy segundon de un rico hidalgo de Andalucía, y me llamo Diego Mendez.

—¿Viven tus padres?

—Viven.

—¿Y has emprendido este viaje con su consentimiento?

—No, señor: mis padres lo saben, porque les comuniqué mi resolución el día mismo de nuestra partida: tuve que obrar así, porque de otro modo me habrían negado su consentimiento, y no me sentía con fuerzas para obedecerles: un motivo poderoso y superior á mi voluntad... un motivo, que os ruego me dispenseis de revelaros...

—Es inútil: lo sé.

—¡Ah! ¿Lo sabéis?

—Sí: esa pasión no es un secreto para mí, señor Diego Mendez, pero no os alarméis: tengo yo también interés en que no se divulgue; y en nombre de ese interés, que es el de la paz y buena armonía entre todos mis subordinados, tengo derecho á pedirlos que me respondais con sinceridad. ¿Cómo fué vuestra caída al agua?

—Dí un paso en falso, y de sus resultas caí, señor, respondió el jóven con indecisión, y hasta cierto punto sin faltar á la verdad.

Pero esta contestación evasiva no satisfizo al Almirante, que repuso:

—No es eso contestar con la franqueza que yo deseo. ¿Os caísteis vos solo, ú os hicieron caer?

—Señor, yo solo soy culpable de mi caída; cometí una imprudencia y la pagué.

—Lo cual significa que provocásteis á vuestro adversario.

—No, yo no he dicho tal cosa; y por Dios os ruego, señor Almirante, que no exijais de mí explicaciones que no puedo dar sin comprometer secretos de que no soy dueño.

—Aprecio en lo que vale esa generosa reserva, jóven, pero en el punto á que han llegado las cosas, no puedo prescindir de aclararlo todo; y si vos no quereis ser franco, me veré precisado á levantar un proceso para descubrir la verdad.

—Señor, os he dicho la verdad: mi caída no fué casual. Yo quise ganar la amistad de un hombre en un momento inoportuno; esta fué mi imprudencia, y aquel hombre me arrojó al mar. Pero creo

firmente, y aun me atrevo á jurar, que su accion fué involuntaria, que obró en el arrebató ciego de un momento de frenesí.—

—De todo esto infero que media enemistad entre vos y ese hombre. ¿Quién es él? Debo saberlo.

—¡Ah! ¡Señor! exclamó el jóven juntando las manos en ademán de súplica.

—No me lo digais, pues ya lo sé, respondió Colon. Diego, mi fiel timonero, el padre de Elvira: otro hombre, que no es, ó no ha sido lo que parece, y que responde á mi confianza con un crimen.

—No le juzgueis con severidad, señor: repuso Diego Mendez: os repito que su accion fué involuntaria: en aquel momento no gozaba él de la plenitud de su razon.

—¿Cosa extraña! ¡La víctima abogando por el culpable! Diego, esta conducta os honra mucho; pero no justifica á vuestro agresor: le defendeis, porque es quien es. Sin embargo, yo debo prevenir las consecuencias de ese rencor que os tiene, y que le ha conducido á tamaño esceso; yo no puedo dejar esto así, ó seria responsable de los contingentes futuros. Mañana ese hombre os dará una puñalada. ¿Qué mal le habeis hecho?

—Yo, ninguno.

—¿Pero él os aborrece?

—Aborrece mi nombre.

—¿Vuestro nombre no mas? ¿y á vos no?

—A mí, ni aun me conoce.

—¡Por Dios santo! exclamó Colon con un movimiento de impaciencia. No saldremos de enigmas.

—Enigmas, sí, señor, repuso el jóven; vos habeis dicho la palabra propia: enigmas que tiemblo de adivinar; pues temo que en ellos se encierra mi eterna desventura. Yo tuve por mi desgracia un tio llamado Mendo Mendez, que murió desastrosamente, y cuentan, —perdóneme su alma, —que mereció aquel siniestro fin. Mendo hizo mucho mal, segun presumo, á un caballero, su amigo, llamado Per-Afan de Villalobos; y yo vengo á pagar ese daño que no hice. Per-Afan no podrá sufrir nunca que mi nombre se enlace con el suyo; y este enlace, señor, es mi vida, es... la salvacion de mi alma. ¿Lo comprendeis?

—Sí, lo comprendo, jóven. Ese Per-Afan es Diego Borrasca.

Nuestro mozo bajó los ojos por toda contestacion.

—Y decidme, prosiguió Colon despues de una pausa: ¿cómo es posible que, sin conoceros, ese hombre haya intentado daros la muerte? Antes de llegar á tal estremo, sin duda alguna mediarian palabras entre vos y él.

—Mediaron palabras, señor, es cierto: pero yo nada le dije que pudiese ofenderle; antes al contrario, me presenté á él ofreciéndole mi amistad. Él se hallaba en un estado de excitacion muy semejante á la locura; y al oír mi voz, se levantó sombrío y agitado, y me dió el nombre de Mendo: entonces le dije el mio, y sin atenderme, frenético, me arrojó al mar.

—Pero eso no me explica la causa de su furor. Algo habria pasado antes.

—Nada, señor: él acababa de cantar un romance, que segun creo, siempre que lo canta le pone fuera de sí: ese romance es para él como para otros el mal vino, como un filtro diabólico, que perturba su razon. Creedme, señor Almirante: Per-Afan es mas desdichado que criminal; es mas digno de compasion que de castigo.

Estas revelaciones incompletas, lejos de satisfacer á Colon, despertaron vivamente su curiosidad: pero no podia dudar ya de la sinceridad del generoso Diego Mendez, y estaba casi convencido de que este le habia dicho todo cuanto sabia; por lo cual, y no pareciéndole conveniente molestarle mas en el estado en que se encontraba, se despidió de él, asegurándole que haria uso de sus confianzas con la mayor circunspeccion, y previniéndole al mismo tiempo que se abstuviese de toda comunicacion con Per-Afan y con su hija.

El carácter noble de aquel jóven le habia inspirado simpatía: su atrevida resolucion de emprender aquel viaje solo por seguir á Elvira, le demostraba que tenia valor y gran corazon; y como ya la jóven y su padre ocupaban un buen lugar en el suyo, Colon tomaba una parte activa en aquella especie de drama de familia, que se desarrollaba misteriosamente en su rededor. Verdad es que no hubiera podido prescindir de arrogarse el papel que como jefe le correspondia; pero su natural bondad le inclinaba á desempeñar otro mas benéfico y en todo conforme con sus sentimientos cristianos.

Bajo la impresión de las ideas confusas que habían infundido en su ánimo las revelaciones de Diego Mendez, Colón salió del camarote y atravesó el puente muy pensativo: al pronto no hizo alto en un grupo de marineros que hablaban acaloradamente, y que al verle aparecer suspendieron su conversacion.

El sol se ocultaba en Occidente, matizando de mil colores un abigarrado grupo de nubes: el viento soplaba de Levante, pero tan débil que parecía ser el último aliento de una atmósfera paralizada, y el mar estaba tan quieto como si se hubiesen estancado sus aguas.

Durante la conferencia de Colón con el joven soldado, Sancho no había perdido el tiempo. Apenas cerró la noche, se le vió acercarse al castillo de popa, donde el Almirante hablaba con don Juan sobre el asunto particular que le traía pensativo, y adelantarse como quien tiene que hacer alguna revelacion.

—¿Ya vienes aquí tú, saco de noticias? dijo don Juan. ¿Qué embajada nos traes?

Sancho se acercó y respondió con cautela:

—Señor, esa gente no quiere ser buena dos dias seguidos: siempre les duele algo.

—¿Qué sucede ahora, Sancho amigo? preguntó Colón. ¿De qué se queja la buena gente?

—Se quejan de la calma de las aguas, y de la constancia del viento: dicen que hemos llegado á un mar sin olas y sin vida; que aquí acaba el mundo y espiran los vientos, y que si estos soplan alguna vez, no pueden hacerlo mas que de Levante, lo cual es un claro indicio de que Dios quiere castigar vuestra curiosidad.

—¿Supongo, Sancho, que tú no participarás de esos temores tan sin fundamento? dijo Colón.

—Yo, señor, no las tengo todas conmigo, si vale decir la verdad.

—¡Sancho! exclamó don Juan con voz airada.

—Poco á poco, señor: yo me explicaré. A mí tanto se me da que el viento sople de arriba como de abajo: lo único que sentiria fuera que nos quedásemos ahora estancados en medio de estos yerbazales, sin poder llegar á esas benditas Indias que el señor Almirante nos tiene prometidas; pero cuando pienso en el oro y las piedras preciosas que allí se crían, siento una especie de éxtasis religioso.

qué me hace olvidar las buenas propinas que me dábais con generosa mano, allá, cuando nos alumbraba el sol de Córdoba.

— Colon metió la mano en su limosnero, y sacando un doblon, lo puso en la de Sancho, que probó no era manco.

— ¡Bribon! ¿Qué haces? le gritó don Juan despues de haberse esforzado en inútiles señas para que no tomase la moneda.

— ¡Bah! Señor, no os pareis en pequeñeces, dijo Sancho guardándose el dinero: esto es á cuenta de los honorarios de mi futuro gobierno. El señor Almirante ha querido darme una demostracion palpable de lo que producen las Indias.

— Imposible es reñir con este canalla, repuso don Juan volviéndole la espalda.

— Eso es, Sancho, tienes razon, dijo el Almirante: ahora puedes soñar esta noche que has hecho una visita al gran Kan. Pero antes haz entender á esos pobres diablos que en todos los mares del mundo reina á veces la calma chicha; recuérdales que, al salir de Gomera, nos sucedió esto mismo; y diles que estos vientos continuos de Levante son los que vienen de Africa, como saben muy bien cuantos marineros han navegado por las costas de Guinea, y que siguen siempre el curso del sol en la órbita que describe alrededor de la tierra.

— Otra cosa mejor habria que decirles, repuso don Juan: yo tengo abajo mi tizona, y me parece que, con unos cuantos argumentos de plano, se les probaria fácilmente que el mundo está vivo todavía.

— Con la fuerza se vence, pero no se convence, respondió Colon. ¿Qué provecho sacaríamos de una intempestiva severidad? Ciertamente, amigo mio, no es cosa fácil desviarme de mi carrera, despues de tantos años empleados en solicitar los medios de emprenderla, y cuando me encuentro tan ayanzado en estos mares desconocidos; pero debemos tener en consideracion la desigualdad de facultades que Dios ha concedido á los hombres, y no extrañar la alarma de unas gentes que creen jugar la vida, solo porque carecen de las luces naturales y adquiridas, que no á todos es dado poseer. Yo quisiera saber cómo discutirian mis proyectos, aquí en medio de este Océano, los sabios de Salamanca y los nobles de Castilla, que con tanta repugnancia los miraban allá, sentados en sus poltronas.

—Es mucha verdad lo que decís; pero, si estuviesen aquí los nobles con quienes habeis discutido, harian muy mal en acobardarse, aunque se hundiera el mundo. Mucho menos debe nadie mostrar pavor, cuando no hay motivo. ¡Pardiez! yo he visto morir en una escaramuza mas hombres que hay en estas tres carabelas juntas, y veo que aquí todos estamos en cabal salud.

—Los peligros que teme nuestra gente son menos tumultuosos que los de un combate, don Juan; pero no menos terribles. La imaginacion se adelanta á prever las consecuencias de un contratiempo, y esas consecuencias pudieran ser espantosas. Figuraos por un momento, como ellos imaginan, que nos fuese imposible avanzar ni retroceder: ¿dónde está la fuente que habria de refrescar nuestros paladares? ¿dónde el alimento para calmar nuestra hambre? ¿Qué seria de nosotros, abandonados de todo auxilio humano, condenados á una muerte lenta, pero segura y horrorosa? Esto es lo que piensan los marineros, amigo mio; y contra esto no basta el valor material del mas ardoroso guerrero.

—Me parece, señor don Cristóbal, replicó don Juan, que será bueno pensar así, cuando hayamos roído la última galleta, y cuando no quede una lágrima de agua; pero entre tanto, no hay por qué.— Anda, Sancho, anda y dí á tus amigos que son unos mandrias.

—Otra cosa voy á decirles que les alegrará las pajarillas, repuso Sancho, mirando á la arboladura del buque. ¿No sentís eso? Mientras hablábais, nos han llegado huéspedes.

Colon y don Juan aplicaron el oído en la direccion que Sancho señalaba, y sintieron el aleteo de muchas aves, las cuales piaban acomodándose en las vergas. La noche era clara, y fácilmente se podia ver revolotear aquellos animales, tan grandes, como nuestros gorriones y ruiseñores: algunos comenzaron á gorjear alegremente, como agradecidos al hospedaje que allí les deparaba la casualidad.

—¡Cuánto nos quiere Dios! exclamó Colon poseído de ardiente fé. ¡Cuánto debemos á su eterna bondad!—Oye, don Juan, hijo mio, añadió con aquella sencilla expresion de candor que formaba el fondo de su carácter. ¿No parece que esos animalitos cantan entre los naranjales de Sevilla?

Sancho habia desaparecido ya de la popa, y gritaba alegremente á los marineros:

—¡Alerta, alerta, muchachos! ¡Que se acaba el mundo! Ya tenemos gilgueros á bordo, y claro es que esos pájaros han bajado de la luna.

Una exclamacion de contento se alzó en toda la embarcacion. Los temores de los marineros estaban desvanecidos, y en su lugar renacian las esperanzas de ver muy pronto la tierra.



CAPÍTULO XIX.

Sancho novelista.



¡alguno de nuestros lectores ha tenido ocasion de vivir en una ciudad fatigada por un largo sitio; si ha visto formarse la soledad en medio de un inmenso gentío, á consecuencia del terror que inspira una epidemia; si acaso ha viajado por los Alpes desiertos, cuando la nieve se estiende hasta los fertiles valles de Saboya y las nieblas envuelven los objetos á diez pasos de distancia; si alguno, decimos, ha sentido el marasmo de la vida formarse en torno suyo, y acudir á la imaginacion inquieta las fantasmas de la duda, el espectro amenazador y sombrío de un incierto porvenir; quien se haya visto en tal caso, podrá someramente comprender las frecuentes alarmas de algunos de los compañeros de Colón, y no tachará de cobardía la ansiedad de unos hombres que por primera vez cruzaban un mar inmenso y al parecer interminable.

Hay que tener en cuenta, que muchos de ellos se habian embarcado sin dar crédito á las promesas del sabio genovés; algunos contra su voluntad. Catorce dias eran pasados en un continuo navegar; el Océano desierto no podia ofrecer á la vista otro espectáculo que el de una eterna desolacion; su quietud misma durante los últimos dias aumentaba el horror de aquel aislamiento absoluto: y si la aparicion providencial de algunas aves y de otros indicios de la proximidad de un mundo habitado traia de vez en cuando el consuelo y la esperanza á los ánimos abatidos, los frecuentes desengaños eran por otra parte un poderoso estímulo al desaliento, un nuevo refuerzo para la incredulidad.

No rehuyen los valientes los peligros de naturaleza conocida; los arrostran sin vacilar, aunque se les presenten revestidos de accidentes inesperados; pero no hay valor que se sobreponga á un peligro que se siente y no se ve; que está mas en la imaginacion, que en la realidad; que va con nosotros mismos y no admite esplicaciones; que se envuelve, por último, en el velo impenetrable del misterio. —Hay naturalezas privilegiadas, y naturalezas indolentes, en quienes no hacen mella esta clase de terrores: pero la mayoría del género humano está sujeta á su poderoso influjo.

Nuestros navegantes veian aparecer y desaparecer el sol siempre tras lo infinito: la inmutabilidad de los objetos les comprimia el espíritu, el menor accidente nuevo se lo dilataba con repentina vehemencia: y de aquí aquellos arranques inmoderados de júbilo, que naturalmente debian ceder el puesto á reacciones sombrías.

La noche del 20 de setiembre fué noche de contento y esperanza. ¿Quién podia dudar que las débiles avecillas hospedadas en las vergas de las carabelas tenian sus árboles y sus nidos á cortísima distancia? Sus alegres cantares, ¿no parecian demostrar que no estaban cansadas, y que de un vuelo habian venido á posarse en aquellos palos, como pudieran haber ido á sus habituales moradas?

Al amanecer del dia siguiente los pajarillos repitieron sus trinos y gorgeos, y en seguida echaron á volar hácia el Sud-este.

Todos los marineros habian madrugado, esperando ver la tierra natal de aquellos animales: pero solo vieron el mar inmóvil y los prados flotantes, que á modo de islas fraccionaban su vasta superficie.

La calma fué completa durante los días 21 y 22; ni un suspiro de viento, ni una arruga del agua vino á conmover las carabelas, estacionadas en medio del Atlántico: si las repetidas pruebas hechas con la sonda no hubiesen demostrado que en aquellos parages era imposible hallar fondo, habriase creído que las naves iban á quedar encalladas por falta de flotacion.

En aquel estado era preciso buscar algun medio de distraer los ánimos. Colon llamó á Sancho, y en presencia de su amo, le invitó á idear algun entretenimiento, que diese movilidad á las ideas de sus compañeros.

—Lo mejor de todo, señor Almirante, respondió el escudero, sería que les contáseis, cómo á mí, allá en la huerta del convento, las historias de aquellos señores Polos, que fueron á las Indias, y las cosas raras que allí vieron, y todo lo demás que sabeis de esos países maravillosos á donde vamos.

—No es ocasion de eso, amigo Sancho: no hables á esos hombres del Catay, ni de nada que tenga relacion con él: cada cosa en su tiempo. Distraerlos es lo que conviene mientras dura esta calma, que pronto cesará, Dios mediante.

—Haremos, pues, que cada uno cuente una historia, suya ó ajena, dijo Sancho. ¿Qué os parece, señor? De alguno sé, que las sabrá maravillosas.

—Me parece bien, repuso Colon.

Y como Sancho se retirase frotándose las manos para poner en ejecucion su luminosa idea, el Almirante le detuvo diciéndole:

—¡Ah! ¿Cómo se encuentra tu enfermo?

—Bien, señor, respondió el escudero. Voy á sacarle de su cuchitril para que tome el aire y tambien se distraiga.

De allí á poco estaba Sancho sentado junto á la toldilla, contando con tono magistral una historia fabulosa de cierta princesa que él habia conocido en sus viajes al reino de Nápoles, país donde los príncipes y las princesas abundan como los hongos; la cual señora habia sido cautivada por unos piratas; y estando en Argel, acertó á enamorarse de ella un renegado; y este renegado era nada menos que un muy principal caballero de Lombardía, con el cual la dama consintió en desposarse, pero con tres condiciones: la primera, que

vendería sus bienes de Argel para volver á hacerse cristiano; la segunda, que la tornaría á su tierra; y la tercera, que habría de vencer á un dragon que estaba posesionado de sus estados.

A todo accedió gustoso el caballero, segun contaba Sancho á unos doce marineros, que le escuchaban con la boca abierta, y entre los cuales se hallaban Per-Afan con su hija, y en frente de ellos, junto al escudero, el convaleciente Diego Mendez.—La princesa y su amante se embarcaron para Italia, no sin pasar antes por muchos peligros; y ya veian las costas de su patria, cuando una violenta tempestad se desató, y arrojado el buque contra las rocas, quedó hecho menudos pedazos. Allí se sumergieron todas las riquezas del renegado, y él mismo desapareció entre las olas; mas la princesa fué salvada en brazos de un jóven cautivo, á quien se habia procurado la libertad, y que durante el viaje se habia enamorado de la cuitadã señora.

Resultó luego que este cautivo era hijo de un noble napolitano, que no sabia su paradero. «El trato engendra cariño, decia Sancho, y como el tal mozo era guapeton y la dama no era de estuco, á los dos dias que andaban los dos juntos y solos por aquellos mundos de Dios, ella no se acordaba ya del renegado, ni de la madre que le parió; y solo tenia ojos para mirar á su Rogerio, que bien lo merecia.»—Cuando llegaron á Nápoles, supieron que un pariente de la princesa, muy privado del rey, dándola por muerta, se habia hecho nombrar sucesor de sus bienes y de su título, que antes de ser ella cautivada ya le habia disputado. Este pariente era el dragon de quien habló la dama al renegado de Argel.

Ella tuvo que ocultarse al saber estas noticias; pero acontecia que, durante el mismo tiempo, el padre de Rogerio habia llegado á la dignidad de primer ministro, lo cual facilitó al jóven los medios de restablecer á su amada en el título y los bienes perdidos. Pero el usurpador no dormia, y por otra parte el renegado, á quien se creia muerto, resultó hallarse vivo y en persecucion de su infiel prometida: los dos se concertaron, y una noche que la princesa salia de su escondite, acompañada de Rogerio, para ir á presentarse al rey, que la esperaba, les acometieron ocho hombres armados, los cuales robaron á la dama, y dejaron al jóven por muerto en medio

de la calle. Aquella misma noche, el pariente, el dragon se presentó en palacio tan sereno como si nada supiese de lo que estaba pasando.

Sin embargo, segun contaba Sancho, cuando el padre de Rogerio se enteró de lo ocurrido, se quejó al rey, el cual mandó prender á su privado, y le hizo notificar que, si en el término de tres dias no se encontraba á la princesa sana y salva, mandaria cortarle la cabeza. La princesa, entre tanto, era llevada por unos bandoleros enmascarados á la cueva de un monte, donde se le dió á conocer el capitán de lo mismos, que no era otro que el renegado.—El dragon negaba á todo: pero un criado suyo, que tambien fué preso, dió informes seguros, y el rey mandó un ejército,—así lo dijo Sancho,—en persecucion de los bandidos: el renegado murió en la refriega, y la dama volvió á Nápoles, donde encontró á Rogerio tan mal parado de sus heridas, que á no ser por el cuidado que ella puso en asistirle, velando dia y noche al lado de su cabecera, el pobre chico hubiera perecido. Afortunadamente se le salvó la vida, y á ruegos de la princesa, el rey perdonó al dragon, aunque mandándole desterrado por diez años fuera de su reino.

Restablecido Rogerio, se casó con la princesa; y contaba Sancho que él mismo los habia visto pasearse en una carroza dorada, con seis caballos blancos como la nieve, y mas hermosos que unas flores.

Duró esta historia cinco ó seis horas, pues Sancho la contaba con todos sus detalles, y nosotros no hemos hecho mas que un extracto de ella. Los marineros la escuchaban absortos, dándole entero crédito, lo cual prueba que nuestro escudero podia haber sido un buen novelista.

El número de sus oyentes habia crecido hasta el punto de serlo casi todos los individuos de la tripulacion: el Almirante y don Juan podian oírle tambien desde la coronacion de la popa,—tal era el silencio de la gente y de la naturaleza, y admiraban la fecundidad de recursos de aquel hombre oscuro, nacido en una playa y al abrigo de una barca.

Luego que Sancho concluyó, invitó á un marinero viejo, llamado Juan Martin, á que contase alguna otra historia de las muchas que

habria oido, ó visto en su larga vida. Juan Martin era, en efecto, hombre de experiencia, y refirió algunas aventuras que le habian pasado cuando jóven en un viaje á Noruega.

Despues de él, otros marineros contaron historias suyas ó ajenas: pero ninguno logró mantener el interés de los oyentes tan vivo como Sancho; y ya bostezaban algunos, y otros empezaban á dispersarse, cuando tocó el turno á Per-Afan. Resistíase este á contar nada; pero como todos sabian ó sospechaban que era hombre de aventuras, instáronle con empeño, y siendo á boca de noche, comenzó nuestro misterioso marinero á referir la historia que sabrá quien leyere el capítulo inmediato.



CAPITULO XX.

Per-Afan historiador.



oy hace veinte años, dijo el lobo marino, reinaba en Castilla todavía don Juan Pacheco, á la sombra de aquel desdichado monarca don Enrique IV, contra quien se rebeló tantas veces, y sin el cual no sabia vivir el mísero rey.

«Había en la corte dos jóvenes muy amigos, llamados, el uno...—Per Afan se detuvo como quien hace memoria,—el uno Bernardo de Villalpando, y el otro... Mendo de Sotomayor.—Bernardo era rico por su casa, huérfano solo, y heredero de un vasto patrimonio, ganado por sus ascendientes con la espada, y situado en las lomas de Baeza. Mendo era un hidalgo de fortuna, sin mas bienes que una casa de solar y unos pinares colindantes con las tierras de su amigo: tenia hermanos casados y ricos por sus mujeres, uno en tierra de Márto y otro en Andújar; pero estos hermanos no hacian caso de él por su mala cabeza, y porque siendo el mayor, los habia dejado á la ventura de la suerte.

«Bernardo y Mendo eran dos buenas espadas, y aunque muy diferentes en gustos é inclinaciones, congeniaban por su natural independiente y belicoso: ambos pertenecian á la guarda del rey, que don Juan Pacheco habia hecho establecer, mas bien que para la defensa de S. A., para tener á sus inmediatas órdenes un cuerpo de valientes de que disponer, cuando se trataba de sus asuntos particulares: ambos gastaban alegremente sus sueldos y las rentas de Bernardo, que las compartia gustoso con su amigo; y juntos iban siempre de aventuras, y juntos se les encontraba en los placeres y en los peligros.

«Pero Bernardo era franco y leal; Mendo solapado y falso: Bernardo se complacia en el bien de su amigo; Mendo envidiaba la menor fortuna de Bernardo: la amistad de este era desinteresada; la del otro únicamente dirigida á su provecho.

«Cierta dia, el marqués de Villena, don Juan Pacheco, llamó á los dos amigos, y les dijo que necesitaba confiarles una comision reservada de parte del rey: entrególes una carta, y les mandó llevarla al castillo de Piedra-hita, propiedad y residencia de la señora doña Brianda de Funes, jóven y rica viuda, cuya mano era codiciada por los mas nobles caballeros de Castilla. Despues de entregar la carta, el marqués se quedó á solas con Mendo, y le habló en secreto largo rato: su conversacion era la clave de aquel mensaje: el marqués queria poseer á Piedra-hita, fuese por arte, ó por fuerza; porque le convenia para cerrar la cadena de castillos con que habia ido circunvalando el reino de don Enrique, á fin de completar su poder casi absoluto en España.

«No queriendo el rey autorizar la usurpacion que el marqués pretendia, porque no era justa, ni política, este trataba de lograr su deseo por medio de un enlace. Mendo era pariente suyo: propúsole casarle con doña Brianda y darle las tierras que él mismo escogiese cerca de su casa solariega en cambio de Piedra-hita, diciéndole que el rey necesitaba para sí esta fortaleza: este pacto debia permanecer secreto entre los dos: la carta era una proposicion de matrimonio hecha á la dama, quien si accedia, seria conducida á Madrid para mas asegurar su palabra: nada se le decía respecto á su castillo ni otros bienes; pero el contrato de bodas se habria de arreglar de

modo, que á su tiempo surtiese el efecto codiciado. En caso de negarse doña Brianda á dar su mano á Mendo, este debia estudiar las entradas y salidas de la fortaleza, enterarse de sus medios de defensa, y en una palabra, prepararlo todo para un golpe de mano; se volveria á Madrid á informar al marqués, y dejaria en el castillo á su amigo Bernardo, para prevenir y observar cualquiera novedad que ocurriera en su ausencia.

»De nada de esto instruyó Mendo á Bernardo: hizole creer que solo se trataba de precaver una conjuracion de varios nobles descontentos de la privanza de don Juan Pacheco, los cuales, concertados con la viuda, pretendian poner guarnicion en su castillo y en otros muchos, para en un dia dado rebelarse contra el rey. Como estas rebeliones eran una cosa corriente, Bernardo creyó de buena fé el relato de su falso amigo; y para servirle en todo á su gusto, se comprometió á fingir amor á cualquier dama de doña Brianda, para tener un pretexto de quedarse en Piedra-hita, si la ocasion lo reclamaba.

»Cuando los dos mensajeros llegaron al castillo, doña Brianda, que estaba ya prevenida de que se tramaba alguna intriga contra ella, y que sin esto, debia desconfiar de don Juan, dispuso hacerles un acogimiento lisongero y muchos obsequios; pero se escusó de recibirles personalmente, diciendo que el mal estado de su salud la obligaba á guardar cama, y rogándoles que le pasasen el mensaje que traian. Entregó Mendo la carta al mayordomo de la castellana, cuya contestacion no se hizo esperar: daba las gracias al marqués por el tierno cuidado que se tomaba por ella, y le pedía tiempo para pensar lo que se le proponia.

»La mision de los dos caballeros estaba terminada. Sin embargo, Mendo manifestó su deseo de permanecer en el castillo hasta poder llevar á Madrid noticias satisfactorias de la salud de la dama: no era posible negar una peticion tan galante, y se contestó á ella con nuevos agasajos á los mensajeros. Al cabo de algunos dias, Bernardo, siguiendo las instrucciones de su amigo, habia comenzado á obsequiar por pasatiempo á una de las damas que se veian en el castillo: era la mas hermosa de todas, y tan discreta, que podia ser

codiciado su amor sin otras prendas, solo por alcanzar la posesion de ella misma.

»Cuando supo Mendo la eleccion de su amigo, se mordió los labios de envidia; pero le alentó á perseverar en sus obsequios; y de tal modo perseveró Bernardo, que pronto fué amor vehemente lo que habia comenzado capricho. La dama le correspondia con un trato cortés y afable, pero rehuyendo todo compromiso formal, y empleando una reserva llena de dignidad, que mas la engrandecia á los ojos del incauto caballero. Mendo no pudo sufrir por mas tiempo la fortuna de su amigo, aunque á la verdad este no podia gloriarse de ser muy favorecido, y dió la vuelta á la corte, dejándole en el castillo, con el mismo pretexto de interés por la salud de doña Brianda.

»Bernardo no servia para el odioso cargo que le estaba confiado: en cuanto quedó solo, notó que su amada le retiraba la confianza que hasta entonces solo á medias le habia dispensado: cada dia érale mas difícil verla y hablarle, y por último le fué cortada toda comunicacion con ella. Desesperábase el enamorado mozo de este rigor inmerecido, y quejándose á una doncella, que él habia dispuesto en su favor, esta le dijo:—«Perdeis el tiempo en devaneo, buen caballero: mi señora sabe que estáis aquí, no por su amor, sino por servir al marqués de Villena; y es muy noble y muy honrada para que se preste á ser instrumento de vuestras intrigas.»

»Figuraos cuál seria la turbacion y el disgusto del caballero al ver puesta en duda la sinceridad de su amor, y descubierto el motivo de su ida al castillo de Piedra-hita. Protestó con todo el fervor de su alma de que su pasion era verdadera, y no sabiendo mentir, ni pudiendo faltar al secreto que se le habia confiado, manifestó que era cierto se le habia mandado permanecer allí, sin decir para qué, y que ningun encargo pudiera dársele que le fuese mas grato.»

»La doncella pareció convencida de la sinceridad del caballero, y le prometió hacer cuanto de ella dependiese para volverle á la gracia de su señora. Cuando vino la noche, la criada se presentó en la estancia de Bernardo, y le invitó á seguirla con mucho sigilo: la dama le estaba esperando en un gabinete muy apartado del casti-

llo, y apenas le vió entrar haciendo estremos de enamorado, le mandó tomar asiento con mucha mesura, y le dijo:

—»No deis á esta entrevista otro valor que el que yo quiero darle, caballero. Supongo que sea verdad ese afecto que me mostráis; mas no podré creerlo sin tener antes alguna prueba de vuestra sinceridad.

—»Pedidme cuantas gusteis, señora, respondió el caballero, y os las daré tan cumplidas como me lo permita mi lealtad.

—»Decidme ante todo, preguntó ella, á quién servís: ¿al rey, ó al marqués de Villena?—¿No es lo mismo? preguntó él á su vez con natural ingenuidad.—No es lo mismo, buen caballero, contestó ella: servir al uno ú al otro pueden ser cosas contrarias.—En ese caso, señora, repuso Bernardo, yo creo servir al rey.

—»Si efectivamente servís al rey, dijo entonces la dama con gravedad, podeis servirme á mí; pero no en otro caso; y para ello es menester que comenceis por confesar-me cuál es el verdadero objeto que os ha traído á Piedra-hita.—Ese objeto, señora, respondió Bernardo, espresado estaria en la carta que mi amigo hizo entregar á doña Brianda.—Sí, repuso la dama: pero hay algo mas; y antes que doña Brianda comprometa su mano, ha de saber á qué atenerse. Vuestro amigo, ¿no os ha dicho nada de lo que pretende el Marqués? ¿No os ha dado algun encargo particular á su despedida?—Puesto que tanto os interesais por doña Brianda, respondió él, os diré por amor á vos, que el rey sabe sus tratos con algunos nobles rebeldes.

»La dama se echó á reir, y exclamó:—¡Ah! ¿Conque el marqués de Villena cree que esta casa es un foco de conspiradores? ¿Conque su propuesta de matrimonio es solo un pretexto para introducir aquí espías? Mucho aventuro, señor Bernardo de Villalpando, hablándoos con esta franqueza...—No aventurais nada, señora, respondió el caballero con noble indignacion; ó me considerais capaz de la traicion mas villana: aunque me reveláseis los secretos mas importantes, saliendo de vuestra boca, solo hallarian un sepulcro en mi pecho, de donde no podria la misma muerte arrancarlos.—¡Secretos! exclamó la dama con espresivo desden. Yo no tengo secretos; yo no conspiro contra nadie: me defiendo y nada mas. Mi

único secreto vais á saberlo ahora mismo: yo soy doña Brianda de Funes.

»El caballero se levantó á impulsos de la sorpresa y el respeto: su posicion era insostenible: amaba á aquella mujer, y era enviado para espiar sus acciones: ignoraba los planes del marqués de Villena, y hasta la propuesta de matrimonio en favor de su amigo; pero adivinaba que le habian hecho instrumento de una intriga oscura. Por lo tanto, solo tuvo alientos para decir:—Señora, comprendo ahora que debo seros odioso; y únicamente puedo suplicaros que me perdoneis: no soy culpable mas que de obediencia á quien me manda, y de haber osado poner en vos los ojos.

—»De eso último, respondió ella con fina ironía, os perdonará vuestro amigo, puesto que viniendo á pretender mi mano, ha consentido que vos... —

»El caballero no la dejó concluir: pasaba de sorpresa en sorpresa.—¡Él, señora! exclamó: ¡él debia ser vuestro esposo! ¡Ah! Perdonadme vos, señora: soy doblemente culpable; pero yo no sabia que amándoos pudiera ser tambien desleal á la amistad.

—»Tranquilizaos, caballero, repuso ella. Vuestro amigo no pierde nada: yo no seré su esposa jamás. Podeis ir y decirlo al marqués de Villena; y comprended de paso, que si deslealtad ha habido en todo esto, es de parte de vuestro amigo para vos; pues tan guardado os ha tenido el secreto. Pero no; yo creo que vos y él habeis sido juguetes de otra persona.

»Diciendo asi, la dama se levantó y mostró á Bernardo la puerta.

—»No, señora, dijo este con la energia del despecho. No me separaré de vos de esta manera. Sé que ya no puedo aspirar á vuestro cariño; pero creo merecer vuestra estimacion. He tenido la desgracia de conoceros en circunstancias harto desfavorables para mí; pero sabed que habiéndoos conocido, mi ambicion ha muerto y la existencia me será de hoy mas enojosa. Esto no vale nada, ó vale al menos una palabra de amistad.

»La dama le tendió la mano sonriéndose, y contestó:—Sois muy jóven y demasiado fogoso: aun podeis vivir y esperar mucho. No os precipiteis.

»Al otro dia, el jóven recibió una carta de doña Brianda para el

marqués, en que le decia que estaba ya completamente restablecida; y que habiendo pensado bien su proposicion, se consideraba en el caso de no poder aceptarla por entonces. Con esta carta recibió el caballero un recado atento de la dama, diciéndole que cuando quisiese, podia visitar aquella su casa.

»El jóven volvió á la córte loco de amor y desesperacion: entregó la carta al marqués, que se sonrió con indiferencia, y contó á su amigo lo que le pasaba. Mendo se encogió de hombros, como diciendo:—Poco me importa.»

Al llegar á este punto de su relato, Per-Afan comenzó á enronquecer, y el acento de su voz se hizo sombrío. Detúvose algunos instantes, como para tomar aliento, y luego continuó:

—Vais á oír una historia rara: yo no os diré, como Sancho: esto lo he visto; pero si os diré que ha pasado.—Bernardo... ¿No era Bernardo el amigo de Mendo?—Sí: Bernardo no supo qué pensar de aquella indiferencia del marqués y de su amigo: aguardaba de parte de este una esplicacion acerca de su proyecto de enlace con la viuda; creia tener derecho á una confianza que no valia tanto como la suya. Pero ya lo he dicho: Mendo se encogió de hombros.

»Sin embargo, de allí á dos dias, encontrándose los dos solos, Mendo dijo á Bernardo: Me pasa una cosa muy singular: hasta ayer no he sabido que la carta que llevamos á Piedra-hita y la contestacion que aquí traje tenia relacion con mi persona, exactamente como tú me has contado. El marqués habia querido favorecerme por ese lado; pero la viudita se niega, y cágame soltero. ¿Qué diablo de idea ha tenido el marqués?—La viuda se ha negado, le respondió Bernardo, por creer que la proposicion era solo un pretexto. Prueba á solicitarla con formalidad y constancia, y puede ser que mude de pensamiento.—¿Yo solicitarla? replicó Mendo. Eso es bueno para tí, que de ella estás enamorado. Te cedo mis derechos, si algunos he tenido.—¿Hablas de veras? preguntó Bernardo.—De veras. ¿Pues qué me importa á mí doña Brianda de Funes? repuso el falso amigo. Solo te advierto, añadió, que el marqués de Villena es testarudo, y una vez puesto en ello, no consentirá que la dama sea de cualquiera, sino de quien él quiera.

»Bernardo se rió interiormente del marqués y de cuantos pu-

disen oponerse á sus deseos; pues no faltando á su dama ni á su honor, todo lo demás era cosa de poca valía para él. Doña Brianda, al despedirle, se le habia mostrado amiga: Mendo parecia mirar con indiferencia el amor de la castellana. ¿Se detendria Bernardo por consideracion á intereses de una tercera persona, que acaso era enemiga de su amada? Esto, en su sentir, hubiera sido cobardía ó bajeza. Tan pronto como pudo, hizo una segunda excursion al castillo de Piedra-hita.

»Esta vez, la noble dama le dejó entrever que no era insensible á los halagos de su cariño. Él, por su parte, no tenia secretos que guardar; y hablando los dos como ligados por un interés común, comprendieron que la proposicion del marqués ocultaba un lazo, cuyo objeto podia ser tarde ó temprano perjudicial para la dama.

»No transcurrió mucho tiempo sin que fuesen disipadas todas las dudas de Bernardo. El marqués llamó á este, y á solas en su cámara reservada, se le declaró protector de sus amores; y con aquella sutileza de raposa, que le hacia ser el mas temible de los hombres, le propuso embozadamente lo mismo que habia propuesto á Mendo, asegurándole además que su enlace con doña Brianda seria efectuado bajo el amparo del rey mismo, y le abriria el camino de una brillante carrera. Pero Bernardo no era Mendo, y su contestacion fué la que merecia el solapado marqués. Dijole que agradecia su proteccion; pero que el honor le vedaba comprar la mano de doña Brianda, y con ella riquezas y dignidades á costa de una felonía: que al hacerse él marido de aquella dama, contraía la obligacion de ampararla; y que aun sin esto, tal era su deber de caballero.

»El marqués se sonrió y repuso: —¡Pobre jóven! ¿Quién os habla de perjudicar á la buena viuda? Se os propone un convenio benéfico para ella, para vos y para todos. ¿Qué vale Piedra-hita? Fijad vos mismo el precio; pero fijadlo antes de salir de aquí.—Bien conocereis, señor marqués, respondió el jóven procurando imitar su diabólica sonrisa, que yo no puedo poner precio á lo que no es mio.—Es verdad, es verdad, replicó el marqués: andando el tiempo será otra cosa. ¡Id con Dios, amigo; id con Dios!

»Bernardo salió de esta entrevista bien convencido de que el

marqués tenía empeño en adquirir á Piedra-hita, y que era capaz de emplear toda clase de medios para conseguirlo. No podía desconocer que su resistencia le habia creado un enemigo terrible; pero su corazón leal y lleno de vida era incapaz de arredrarse ante ningún peligro, y menos cuando creía amparar una causa justa. Lleno de indignación y de confianza, fué á buscar á su amigo Mendo para consultarle. Mendo aprobó su comportamiento, y le dijo:—Cuenta conmigo y nada temas; si el marqués obrase por cuenta del rey, no tendría necesidad de acudir á estos medios para lograr lo que desea. Mantente firme, y todo irá bien.

«¡ Oh! exclamó Per-Afan interrumpiendo su historia. El malvado tenía ya su plan: él y el marqués se habían puesto de acuerdo, como dos lobos que necesitan atacar á un redil defendido por un perro leal. ¡ Y el noble Bernardo nada sospechaba! ¿Cómo era posible que él concibiese la perfidia del mal amigo, para quien jamás había tenido secretos, por quien habría dado sin vacilar toda su sangre?»

«Pero... basta por hoy, añadió el narrador mirando en torno suyo con ojos estraviados.—Es hora de dormir, y el cuento es largo. Dejémoslo para otro día.

—No tenemos sueño, dijo Andrés Leal. Puedes seguir contando.

—Estoy cansado, repuso gruñendo Per-Afan. Otro día, otro día.

No fué posible hacerle continuar: la hora era bastante avanzada, y los marineros se dispersaron, buscando sus lechos los que no se hallaban de cuarto.

La mar seguía en completa calma: no lejos de la *Santa María* se divisaban la *Pinta* y la *Niña* inmóviles como dos fantasmas.



Después de los siglos religiosos propios del día Saúcho que ob-
servada con interés el natural desarrollo de la tripulación, llama a
Per/Alan y a otros indicando a veces la continuación de la historia
comenzada.

Per/Alan estudió una vela entre dos palos, á modo de toldo, y
habiendo echado comodamente á la sombra, y danzó ó veinte
marineros alrededor de él, continuó su historia de esta manera:

CAPITULO XXI.

—Yo pienso castellanizarlo, porque he querido decir solamente lo
lo porque de mucho hablar me pongo cansado; diré solamente lo
esencial. He a Bernardo consultado con Mendo, y he que este
aprobaba el comportamiento de su amigo; hizo más; que le facilitó
to las ocasiones de poder ir frecuentemente á Piedra-hita; y en el
transcurso de los meses, ningún acontecimiento notable tubo la
languidez del enamorado capatzen, el cual era el más feliz de los
hombres; su amor era toda su ambición, toda su dicha; y este amor
obtenia la más completa correspondencia.

El mar habla.

Mendo no recuerda nada de esto; porque procura entusarse
de todo, y su amigo sentia que habia facilidad comunicándose con
él. En fin el periodo Mendo fue á buscar á Bernardo, y le dijo: —



1. domingo 23 de setiembre fué un día no-
table para los descubridores del Nuevo-mun-
do: amaneció sereno; pero sin alteracion al-
guna en el viento ni en las aguas. El sol se
levantó en un cielo transparente y azul, y
sobre un mar que parecia otro cielo: hu-
biérase dicho que la naturaleza se habia dor-
mido al influjo de los calores tropicales.

Al despertar, los marineros echaron á
su rededor una mirada de desconsuelo: una deshecha borrasca les
hubiera aterrado menos que aquella calma muerta: cerca de las na-
ves habia algunos campos de aquellas yerbas traídas por las corrien-
tes; sobre ellas apareció alguna langosta, que se arrastraba torpe;
una banda de pájaros pequeños vino á revolotear y cantar entre los
palos de las carabelas, y una tórtola llegó mezclada con ellos; pero
todos estos indicios de tierra carecian ya de valor para unos hom-
bres frecuentemente desengañados.

Despues de los actos religiosos propios del dia, Sancho que observaba con interés el natural desmayo de la tripulacion, llamó á Per-Afan y á otros, pidiendo á voces la continuacion de la historia comenzada.

Per-Afan estendió una vela entre dos palos, á modo de toldo, y habiéndose sentado cómodamente á la sombra, y quince ó veinte marineros alrededor de él, continuó su historia de esta manera:

—No pienso entretenerme en referir los pormenores de mi cuento, porque de mucho hablar me pongo ronco: diré solamente lo esencial. Dejé á Bernardo consultando con Mendo, y dije que este aprobaba el comportamiento de su amigo: hizo mas; que le facilitó las ocasiones de poder ir frecuentemente á Piedra-hita; y en el transcurso de dos meses, ningun acontecimiento notable turbó la tranquilidad del enamorado caballero, el cual era el mas feliz de los hombres: su amor era toda su ambicion, toda su dicha; y este amor obtenia la mas cumplida correspondencia.

»Mendo no ignoraba nada de esto; porque procuraba enterarse de todo, y su amigo sentia una doble felicidad comunicándose con él. Un dia el pérfido Mendo fué á buscar á Bernardo, y le dijo:—Tú te duermes, amigo; y entretanto el marqués mina la tierra.—¿Pues qué sucede? preguntó el incauto Bernardo.—Sucede, que el marqués ha pedido al rey la mano de doña Brianda para su sobrino don Luis de Sandoval, y el rey se la ha otorgado.—Aunque así sea, repuso Bernardo, falta el consentimiento de la dama, y estoy seguro de que ella no lo dará.—Mucha confianza es esa, replicó Mendo: el rey puede mandar á doña Brianda, y ella puede desobedecerle; pero las consecuencias serán fatales: para que el marqués no se saliese con su empeño, sería menester que la castellana de Piedra-hita estuviese casada; y para casarse, como súbdita feudataria que es, necesita el consentimiento del rey.—Es cierto, dijo Bernardo. ¿Qué me aconsejas que haga?—En primer lugar, soy de parecer que conviene á doña Brianda poner su castillo en estado de defensa; porque, apenas el marqués tenga su negativa, mandará atacarle en nombre del rey.—¿Por tan leve causa?—Debes suponer que el marqués no es un hombre estéril en pretextos: á ese añadirá otros.—Se comprende muy bien; pero doña Brianda no podrá reunir bastantes hom-

bres para defenderse contra el rey.—Tendrá los que quiera, repuso el traidor Mendo: yo mismo le buscaré auxiliares: el conde de Benavente y el arzobispo de Toledo la darán cuantos pida, y yo estaré á su lado.

«Bernardo abrazó á su falso amigo, sin sospechar que el consejo que este le daba era el pretexto que necesitaba el marqués de Villena. El conde de Benavente y el Arzobispo andaban conspirando contra el valido, y buscaban un punto neutral y bastante fuerte, donde concentrar sus fuerzas y tener sus deliberaciones secretas: fingiéndose Mendo partidario del Arzobispo, habia prometido á este objeto tener el consentimiento de la castellana de Piedra-hita, para que su casa fuese el punto de reunion. Bernardo vino á ser el instrumento para alcanzar de la dama lo que su infiel amigo apetecia: él mismo le participó sus temores, y la decidió á recibir aquellos temibles auxiliares, antes que consentir en dar su mano y su libertad á otro hombre.

«El castillo de Piedra-hita se convirtió de allí á poco en un centro de rebelion. Un mensaje fué enviado á la castellana, participándole que el rey pensaba visitarla: tuvieron consejo los conjurados para decidir lo que harian, y determinaron retirarse para evitar un choque intempestivo. Don Enriqu  se presentó de allí á pocos dias en el castillo, seguido de fuerzas numerosas, que hizo acampar en buen parage, y entró acompañado del marqués de Villena y de una escolta escogida de caballeros. El buen rey parecia admirado de encontrar aquella fortaleza en un estado pacífico, y de no ver por allí á ningun amigo de los magnates rebeldes: comió aquel dia con la castellana, y de sobremesa le comunicó su deseo de casarla con don Luis de Sandoval. Bernardo estaba presente á esta escena, si bien retirado en un extremo de la sala con los demás caballeros: con el alma concentrada en los oidos, escuchó estas palabras de doña Brianda:—No merezco, señor, la honra que me dispensa V. A., y es para mí altamente lisonjera la proposicion que me haceis, por venir de esos lábios, y por la persona que se me propone. Pero, señor, tengo hecho un voto, y no puedo faltar á él.

—«¿Y qué voto es ese? preguntó el rey mirando de soslayo á don Juan Pacheco.—Ese voto, señor, repuso la dama, habrá sido indis-

creto; pero está hecho: es el de no empeñar mi mano segunda vez, como no sea por mi propia eleccion: y es una gracia que no dudo me concederá V. A., honrando mi casa, la de permitirme que no sea perjura.—Eso es una negativa cortés, dijo el rey. ¿No te lo parece, don Juan?—Ciertamente, señor, respondió el marqués: eso parece; pero ya sabeis que, cuando un juramento nos liga....—Ya, ya, repuso el rey; y mudó de conversacion.

«Don Enrique se apresuró á partir aquella misma tarde: temia seguramente verse rodeado de enemigos de un momento á otro. Su visita y su proposicion no habian sido mas que una prueba aconsejada por el marqués para convencerle del espíritu de rebeldía de su vasalla.

«Dos dias despues, como si nada hubiese pasado, recibió doña Brianda una órden proponiéndole el mismo enlace, y dándole una semana de plazo para contestar. La dama se apresuró á llamar á sus aliados, y respondió al rey que no le era posible quebrantar sus votos: la desdichada estaba en cinta.»

—¡Buen dote para don Luis de Sandoval! dijo Sancho interrumpiendo al narrador.

Este le miró de una manera terrible; pero sintió al mismo tiempo una suave presion en su hombro, y volviendo la cabeza, vió á Elvira que apoyaba en él sus manos cruzadas: una sonrisa melancólica vagó por los lábios del marinero, el cual murmuró esta exclamacion:

—¡Angel mio!...

—Seguid, padre, seguid, dijo la muchacha.

—Tienes razon: ya sigo, contestó Per-Afan exhalando un suspiro. Decia, pues... ¡Ah! ya recuerdo. «Apenas recibió el rey la contestacion de doña Brianda, envió seis mil hombres al castillo de Piedra-hita, á las órdenes de don Luis de Sandoval: este caballero dirigió á la dama un mensaje diciendo que estaba allí por mandado de S. A. para acompañarla hasta la corte; porque el rey queria pagarle su hospedage, y que traía toda aquella gente para escoltarla. Bernardo y Mendo estaban en el castillo: el segundo se encargó de llevar la contestacion, que no podia menos de ser desagradable á don Luis. Cuando volvió, las tropas del rey acometieron á la plaza, intentando tomarla á escala franca.

«Mendo peleaba al lado de Bernardo: los sitiadores fueron tres veces rechazados. Cerró la noche, y dió treguas al combate. Pero á la madrugada un inmenso grito de alarma sonó por todas partes: una mano traidora habia facilitado la entrada al enemigo: no quedaba mas alternativa que rendirse, ó morir peleando: entregarse era sucumbir sin honor. Bernardo aceptó el otro partido: puso á su amada en el lugar mas seguro, y él con algunos valientes se aprestó á defenderla hasta el último trance. Mendo no estaba allí; pero se oian sus gritos de guerra: indudablemente peleaba por su amigo.

«En medio del horror de aquella noche, era un placer para Bernardo el verse apoyado por tan fiel compañero, y el pensar que, si moría, iba á ser en los brazos de su esposa y sucumbiendo por ella. Sintióse un estruendo infernal de voces, pasos y golpes: Mendo entró en el aposento donde su amigo estaba atrincherado, y le dijo: —Todo se ha perdido. Huye, huye.—¿Cómo he de huir? le contestó Bernardo señalando á la estancia de doña Brianda.—Yo la salvaré; no te detengas, repuso Mendo.—¡Imposible! Yo no me aparto de ella: para eso habrán de matarme.—Pues bien, replicó Mendo: huyamos los dos con ella. Vén, pronto. No hay un momento que perder.

«Bernardo cedió por amparar á doña Brianda. El falso amigo, tenia despejada ya su salida, y todos tres se encontraron á poco en el campo, montados en buenos caballos. Los soldados de don Juan Pacheco, sobre las almenas del castillo, daban desaforados gritos de victoria. Mendo acompañó á Bernardo y á la dama todo el resto de la noche, y al amanecer les dijo:—Estáis en camino de Andalucía: yo necesito arreglar algunos asuntos: seguid, y si os parece bien, mi castillejo de Sierra Morena os dará un buen asilo: nadie podrá pensar en buscaros en aquella casa caída.

«El consejo parecia bueno. Bernardo abrazó á Mendo: la dama estrechó su mano, y ambos partieron, mientras el falso amigo retrocedia por sus mismos pasos.

«Naturalmente, el vencido caballero no podia tomar otro camino que el de Andalucía, donde estaba su casa: ir á ella habia sido su primer pensamiento; pero la observacion de Mendo era acertada: mayor seguridad ofrecia, por el momento, el despreciable castillejo

de Sierra Morena.—Bernardo y su dama caminaron dos días: la segunda noche se presentó oscura y tormentosa, tanto que doña Brianda tuvo miedo y quiso pedir asilo en una casa de pastores que encontraron en la ladera de un monte: pero el caballero sabía que estaba ya cerca del castillo de su amigo, y procuró alentarla.—Entre nos aquí, amado mio, insistió la dama; los relámpagos me asustan, los truenos me amedrentan, el granizo azota mi rostro, y no sé por qué temo ir al castillo de Terrinches.»

Al oír este nombre, el jóven Diego Mendez hizo un movimiento de inquietud; pues aunque ya hubiese sospechado que Per-Afan contaba su propia historia, solo entonces conoció la evidencia de su presunción.

—«Bernardo, prosiguió el marinero, tranquilizó á su amada diciéndole:—¿Dónde mejor estaremos que en la casa de un amigo? Valor, valor, señora mía. Un pequeño esfuerzo mas, y luego descansaremos bajo un techo hospitalario.—Los caballos, animados por su voz apretaron el paso; pero los truenos los espantaban, y sus cascos se hundian en la tierra mojada.—La dama estaba yerta: el caballero la abrigó con su capa, y así la preservó del aguacero espantoso que azotaba los pinos y los rebles plantados junto al incierto camino; bramaban los torrentes, y el viento mugía como cien toros furiosos.

«Por fin, á la luz de los relámpagos, se divisó en una altura un castillejo moruno, y junto á él una negra casa. Bernardo hizo señales con su corneta: fué oído; y salieron de la casa cuatro criados, dos de ellos con antorchas encendidas. Nunca se ofreció de mejor voluntad un asilo: nunca otro fué mas grato á los que le recibieron. Ardía un gran fuego en la ancha chimenea: la mesa estaba puesta, y prontó humeó en ella un cuarto de corzo asado; pan blanco y sabroso vino estimulaban el apetito. La dama cenó poco: el caballero le daba los mejores bocados. El servicio era pobre, pero bien dispuesto.

«Retiráronse á desconsar la dama y el caballero en lechos diferentes. Pásada la media noche, Bernardo, rendido de cansancio, dormía descuidado; pero en medio de su profundo sueño creyó percibir un grito de socorro, y buscó por instinto su buena espada:

otro grito acabó de despertarle, fué á levantarse y no pudo: seis enmascarados le agarrotaban los brazos.»

Pronunciadas estas palabras, Per-Afan bajó la cabeza y guardó silencio. Los otros marineros esperaron algunos minutos; pero viendo que aquel no proseguía, Sancho le tocó al hombro diciéndole:

—¿Te has dormido, camarada?
—¡Eh! ¡Llévete el diablo! exclamó Per-Afan. ¿Qué quieres de mí?
—La historia, hombre, la historia.

—¡La historia! Se me ha olvidado. Ya sabes bastante... ¡Rayos del infierno! ¿Crees que estamos aquí solo para contar historias?

—Y así diciendo, Per-Afan se levantó y se puso á recorrer el puente á largos pasos.

—Ese hombre está loco, dijo Sancho en voz baja á dos ó tres marineros.

—Loco, sí, loco, respondió el veterano Juan Martín. La razón le sobra: tres días hace con hoy que estamos aquí parados; y en vez de pensar en lo que mas nos importa, nos entretenemos con cuentos de antaño.

—Dice bien el tío Juan, repuso Mateo Sanchez, siempre dispuesto á pugnar contra el viaje. No estamos en tiempos de historias.

—¿Y qué cosa mejor podemos hacer, replicó Sancho, si no es posible navegar?

—Ahí me duele, ahí, contestó Juan Martín. Esta calma no es natural: yo mismo eché anoche la sonda, y el mar se tragó doscientas brazas de cuerda sin decir aquí está el fin. ¿Os parece que habiendo tanto fondo, si este mar fuese como todos, no daría señales de vida? Yo creo que es ya hora de pensar en los medios de retroceder, si es que los hay.

Este breve discurso en boca de un marinero de mucha experiencia llenó de consternación á los que le escuchaban.

—Sí, es preciso pensar seriamente en ello, dijo Mateo Sanchez. Se me figura que ya hemos hecho bastante para probar nuestra sujeción á las órdenes de la Reina; y S. A. no puede querer que perezcamos aquí todos sin honra ni provecho.

Sancho se había deslizado en cuanto vió el mal estado de los ánimos, para ir á dar cuenta á Colon de lo que pasaba.

El Almirante vino á presentarse en medio de los descontentos, y oyó las últimas palabras de Mateo, y las exclamaciones de aprobación que lanzaron otros marineros.

—¿Quién dice que este mar no da señales de vida? preguntó.

Al oír la voz de Colon, todos se volvieron hácia él, sin poder ocultar el respeto que les infundia. Sin embargo, Juan Martin creyó que debía contestar á su pregunta.

—Yo lo he dicho, señor Almirante, respondió; y me parece que tengo razon.

—Si hablase así un aprendiz de marinero, no lo extrañaría, repuso Colon: pero que tal diga un veterano que ha pasado su vida en el mar; es inconcebible. Venid acá, añadió atrayéndole hácia una banda, y llevándose detrás á todos los otros por este movimiento. Mirad las aguas, ellas van á responder por mí. ¿No os dicen nada, hombres ciegos?

Juan Martin y sus compañeros se encogieron de hombros; pero en aquel momento se hinchó el Océano, y la *Santa María* se balanceó remontada sobre una gruesísima ola.

—Se mueve, ¿no es verdad? Se mueve, dijo Colon con una afable sonrisa.

Los marineros absortos y espantados miraban á todas partes. No se sentia un soplo de viento: y sin embargo, á la primera ola siguieron otras, que batiendo los costados del buque, se alzaban hasta la altura del puente.

—¡Milagro! ¡Milagro! exclamaron algunos.

—Ese hombre es hechicero, dijeron otros en voz baja.

—Esto suele pasar en el mar, dijo el veterano Juan Martin, confesando tácitamente su derrota.

—Y no parará en esto, repuso Colon. A maniobrar todo el mundo; porque detrás vendrá el viento, y no sería imposible que, por un descuido, se estrellaran unas contra otras las carabelas.

CAPÍTULO XXII.

Del discurso que dirigió Colon á sus marineros, y de otras cosas dignas de memoria.



EN pronto vió moverse todo el Océano, distinguiéndose hasta en el horizonte la ondulacion y las espumosas crestas de las olas. Media hora tardó, sin embargo, en desarrollarse este fenómeno: entonces, cuando la agitacion del mar llegó á su colmo, las tres naves fueron juguete de las ondas, y tan pronto bajaban precipitadas por la pendiente de un abismo, como subian de-rechas á las trémulas cumbres: ó bien sorprendidas entre dos gruesas olas, se quedaban paradas vomitando torrentes de agua por sus embornales.

El mar hablaba; pero su elocuencia era terrible.

A poco empezó á sentirse una fuerte brisa del Oeste Sud-oeste. Los marineros no podian volver de su asombro, y se miraban unos á otros confundidos. Nada podia decirseles para combatir

sus vanas presunciones, que tuviese la fuerza de estos dos acontecimientos: suponían que el mar había perdido su movilidad, y el mar les contestaba moviéndose mas de lo que ellos mismos quisieran; dudaban que los vientos pudiesen soplar mas que de Oriente, y los vientos se les declaraban contrarios, convidándoles á retroceder hácia su patria.

Colón pudo haber aprovechado estas circunstancias tan notables para explotar la fácil credulidad de sus preocupados compañeros: sin embargo no lo hizo, y prefirió hablarles el lenguaje de la sana razón. Después de haber dado las disposiciones mas acertadas para evitar todo peligro, mandó al á la tripulación reunirse delante de la toldilla, y les dirigió la palabra en estos términos:

—Ya estáis viendo como vuestros temores acerca de la inmovilidad del Océano quedan desvanecidos de un modo poderoso por la mano de Dios. Ya veis como los vientos soplan de todas partes, lo mismo en estos mares que en todos los demás. Muy fácil me sería persuadiros, que esta agitacion repentina de las olas, y este viento de Occidente son un prodigio que obra el Señor, para darme los medios de combatir vuestras tendencias sediciosas y vuestras alarmas vanas: pero no necesito apelar á semejantes medios. El hecho está visible, y es natural, como lo era la calma. Esa hinchazon de las olas es el efecto de un huracán lejano, es el último esfuerzo de una tempestad remota, que viene á morir á nuestros piés.

«Ciertamente que esto es obra de Dios, como lo es todo, y no es posible dudar que en ello vemos el torrente de sus gracias cayendo sobre nuestras cabezas; pero sostengo que todo es arreglado y conforme á las leyes de la naturaleza, y que no podemos considerarlo como un hecho providencial. Ya no podreis decir que el Océano ha perdido su vitalidad: ya no direis que el viento nos empuja constantemente hácia nuestra ruina. En vuestros rostros leo que ninguno de vosotros aprovecharia esta brisa occidental para retroceder cobardemente.

—¡No! ¡No! gritaron varios.—¡Adelante! ¡Adelante!

—Adelante, sí, repitió Colón. Ya hemos hecho lo mas: hagamos lo menos. España está muy lejos y á nuestras espaldas: el Catay está enfrente y la distancia es corta. Cada hora que pasa nos acerca

al término de la liza. Los que permanezcan fieles, no se arrepentirán de haber luchado: pero si alguno volviese á turbar el órden ó la paz con fútiles dudas ó con pueriles alarmas, sentirá el peso de la autoridad, que no en vano me han conferido sus Altezas sobre vosotros.

Este discurso del Almirante, apoyado por la elocuencia muda de los elementos, produjo buen efecto en la tripulacion: lo restante del dia solo se trató de gobernar de modo que el viento, aunque contrario, no fuese desaprovechado. A la caída de la tarde, cuando los marineros entonaban el himno *Salve, Regina*, la mar seguía movida; pero no turbulenta, y volvió á sentirse la influencia de los vientos constantes.

Las carabelas pudieron seguir su rumbo al Occidente; pero la brisa era floja, y en todo el dia 24 apenas avanzaron unas cincuenta millas: aparecieron nuevas bandas de pájaros, una garza y otro pelicano; pero ya no se hacia gran caso de estos mensajeros alados, que el Nuevo-Mundo enviaba al encuentro de sus descubridores.

La mañana del 25 se repitió la calma; pero luego fué seguida de un buen viento Sud-este. Durante las horas de quietud, la *Pinta* se acercó á la *Santa María*, y los oficiales y marineros de ambos buques comenzaron á hablar unos con otros.

Colon escuchaba, al descuido, aquellos diálogos, á fin de adivinar por ellos cuál era el sentimiento que predominaba; y habiendo encontrado una ocasion que le pareció favorable para reiterar sus exhortaciones, dirigió la palabra á Martin Alonso, á quien pocos dias antes habia enviado su mapa, diciéndole en alta voz:

—¿Qué habeis observado, amigo Martin, en el mapa que me pedisteis el otro dia? ¿Por lo que habeis visto en él, os parece que están cerca de su término nuestros dias de prueba?

Todos los marineros callaron al oír la voz del Almirante; pues á pesar de su desconfianza y descontento, la experiencia les habia enseñado á recoger las palabras del sabio marino como joyas de gran valor.

—El mapa es hermoso, respondió Pinzon, y da muy buena idea del que lo ha bosquejado, no menos que del que lo ha copiado con tanta finura. Debe de ser obra de algun gran sabio.

—Ciertamente, repuso Colón; porque, aunque la idea es mía, está completado por un sabio florentino, llamado Pablo Toscanelli, hombre de una vasta erudición, y muy versado en los estudios náuticos. Con este mapa me envió una carta, que contiene utilísimas noticias sobre las Indias, y sobre esas islas, que habreis visto trazadas con tanto esmero. En dicha carta menciona algunas ciudades, que son pasmo de los hombres, y muy particularmente habla de Zaiton y Quisay, de la primera de las cuales parten todos los años mas de cien navíos cargados solamente de pimienta.

—Ved ahí una cosa que me llama la atención, dijo Martín Alonso. Porque, ¿cómo es que se saben esas noticias de un país que está por descubrir?

—Aunque la mayor parte de las Indias sea un país casi del todo desconocido, amigo mío, respondió Colón, sin embargo, tenemos datos preciosos concernientes á esas comarcas orientales. Además de las relaciones del viajero Marco Polo y de su hermano, hay las noticias que dió á Toscanelli cierto embajador del gran Kan, enviado al santo Padre Eugenio IV, hará poco mas de veinte años: este embajador espresó á Su Santidad el deseo que su señor tenia de estrechar relaciones amistosas con los cristianos de Occidente, que es como se nos llamaba entonces.

—Tendríais á bien decirnos, preguntó Martín, qué clase de dignidad es esa de Gran Kan.

—En la lengua de su tierra quiere decir el rey de los reyes, de modo que viene á ser una especie de emperador. De boca de su enviado, que no podría menos de ser un sabio y gran personaje, supo Toscanelli muchas cosas referentes á la población de aquellos países y á la magnificencia de sus palacios y ciudades. Hay una que sobrepaja en belleza á todas las del mundo conocido, que es la ciudad de Quisay, la cual tiene treinta y cinco leguas de circuito, y cuyo nombre quiere decir la ciudad del cielo: pasa por ella un magestuoso río, que atraviesan puentes de mármol, y en cuyas orillas se encuentran mas de doscientas ciudades. Bien habreis reparado en el mapa, que la distancia entre Lisboa y Quisay es de unas tres mil novecientas millas italianas, ó sea de mil leguas próximamente.

—Martín Alonso desarrolló el mapa, y todos sus compañeros se le agruparon al rededor, mirando con curiosidad.

—En efecto, dijo: esa distancia puede haber. Será muy rico un país donde se construyen ciudades tan grandes.

—Así lo afirma Pablo en su carta, respondió Colon: dice que es una noble región, en que abundan el oro, la plata y las piedras preciosas: de modo que no será infructuoso nuestro trabajo, sin contar las incalculables ventajas que sacaré Europa, y sobre todo España, de las nuevas relaciones que vamos á establecer.

—Aquí veo dos grandes islas, bastante apartadas del continente.

—Sí; la una es Antilla y la otra Zipango: distan entre sí doscientas veinticinco leguas.

—¿No las habremos pasado ya por algun error de cálculo, señor Almirante? preguntó Martín. Si así no fuese, al menos, debemos estar ya muy cerca de Zipango.

—Con efecto, esa isla no puede estar muy distante de estos parages, repuso Colon; pero como las corrientes nos han desviado algo de la vía recta, yo no creo que la tengamos tan cerca como pensais. Echadme el mapa, á fin de que yo pueda marcar nuestra posición actual, y para que todos sepan lo que deben esperar.

El patron de la *Pinta* enrolló el mapa, y atándolo á una cuerda, lo arrojó sin gran dificultad á bordo de la almiranta. El viento comenzaba á soplar en aquellos momentos, y la *Pinta*, izando velas, comenzó á correr delante con su velocidad acostumbrada.

Colon estendió el mapa sobre una mesa colocada delante del castillo, é invitó á todos á mirar el punto á donde, segun sus cálculos, habian llegado. Como estaban marcadas en él, dia por dia, las distancias recorridas por los buques, salvo las reducciones hechas por el Almirante, fué muy fácil mostrarles á un golpe de vista el parage en que él mismo les suponía; y viendo todos tan cercanas las dos islas allí trazadas, su inspeccion material valió mas que cuantas demostraciones teóricas hubieran podido hacerse. A ninguno se le ocurrió preguntar cómo podia saberse que Zipango estuviese realmente en el lugar que ocupaba en el mapa: lo que antes habia dicho Colon del sabio Toscanelli y del embajador del Gran Kan, bastaba

para persuadirles que aquella isla pintada representaba otra verdadera colocada en su misma situacion.

Durante una hora, los marineros, repartidos en grupos, no hablaron mas que de sus esperanzas reanimadas, y de las cosas maravillosas que confiaban encontrar al fin de su viaje. Las carabelas navegaban paulatinamente, cuando de pronto se oyó un grito en la *Pinta* que estaba unas cien brazas mas abanzada que la *Santa Marta*: todas las miradas se volvieron hácia aquel buque: Martin Alonso, subido sobre el castillo de popa, agitaba en el aire su sombrero, gritando:

—¡Tierra!—¡Tierra! Señor Almirante, reclamo el premio.—Tierra! ¡Tierra!

—¿Por qué lado, querido Martin? pregunto Colon con voz trémula. ¿Dónde la veis?

—Aquí, señor, aquí: hácia el Sud-oeste. Miradla.

Todo el mundo fijó la vista en aquel punto con un anhelo inexplicable. Descubriase vagamente delineada en el horizonte una masa negruzca y confusa, pero mas marcada que suelen serlo las nubes, y tal como la tierra se muestra por lo comun á los marineros experimentados, en ciertas condiciones de la atmósfera. No cabia duda: aquel objeto era la tierra con tantas ansias deseada.

Sin embargo, nadie osaba dar crédito al testimonio de sus sentidos: los oficiales y marineros aguardaban, sin respirar, la decision del Almirante: vueltos hácia él, seguian con la vista la expresion de su semblante, el menor de sus movimientos. La fé en él habia llegado á ser necesaria; un desengaño en aquellos momentos debia ser la mas cruel de las pruebas.

Pero no era posible dudar. Todos los aventureros de la *Santa Marta* se estremecieron con una dulce conmocion, al ver brillar la alegría en el rostro de Colon, y al observar que, descubriéndose, dirigia una mirada de gratitud al cielo y caia de rodillas para bendecir á Dios.

Esta fué la señal de triunfo: aquella gente, movida por sentimientos que no habrian podido explicar, hizo como Colon. Todos se prostraron simultáneamente, puestos en Dios los corazones con gratitud humilde y sin limites.

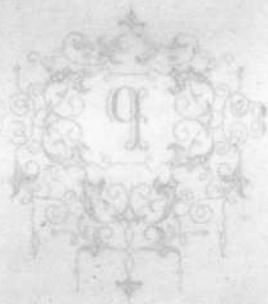
La primera voz que tuvo aliento para vencer aquella fuerte emoción, arrastró en pos de sí todas las demás: esta voz entonó el sublime canto *Gloria in excelsis Deo*, que fué continuado hasta la conclusión, formando coro cuantos iban en las tres carabelas.

«¡Gloria á Dios en el cielo, y paz al hombre en la tierra de buena voluntad! Os alabamos, os bendecimos, os adoramos, y damos gracias por vuestra mayor gloria, oh señor, Dios todo poderoso!»

Así clamaban aquellos hombres con toda la efusión de su alma: entre todas las voces sobresalía la voz dulce de Elvira y la trémula y sonora del Almirante.

Concluido este cántico, que parece inventado para los ángeles, los marineros subieron por las escalas para mas asegurarse de la realidad, y bajaron convencidos de que estaban viendo la tierra: el sol trasponía en aquellos instantes un poco al Norte de las aparentes montañas, y la noche cubrió á poco el Océano con su manto de tinieblas.

Arreció el viento, y como Colon hubiese calculado que la tierra visible podia distar unas veinticinco leguas, las carabelas viraron hácia aquella parte, desviándose de su primer rumbo. Todos incluso el Almirante, abrigan la consoladora esperanza de ver clara y distinta la ansiada tierra á la mañana siguiente.

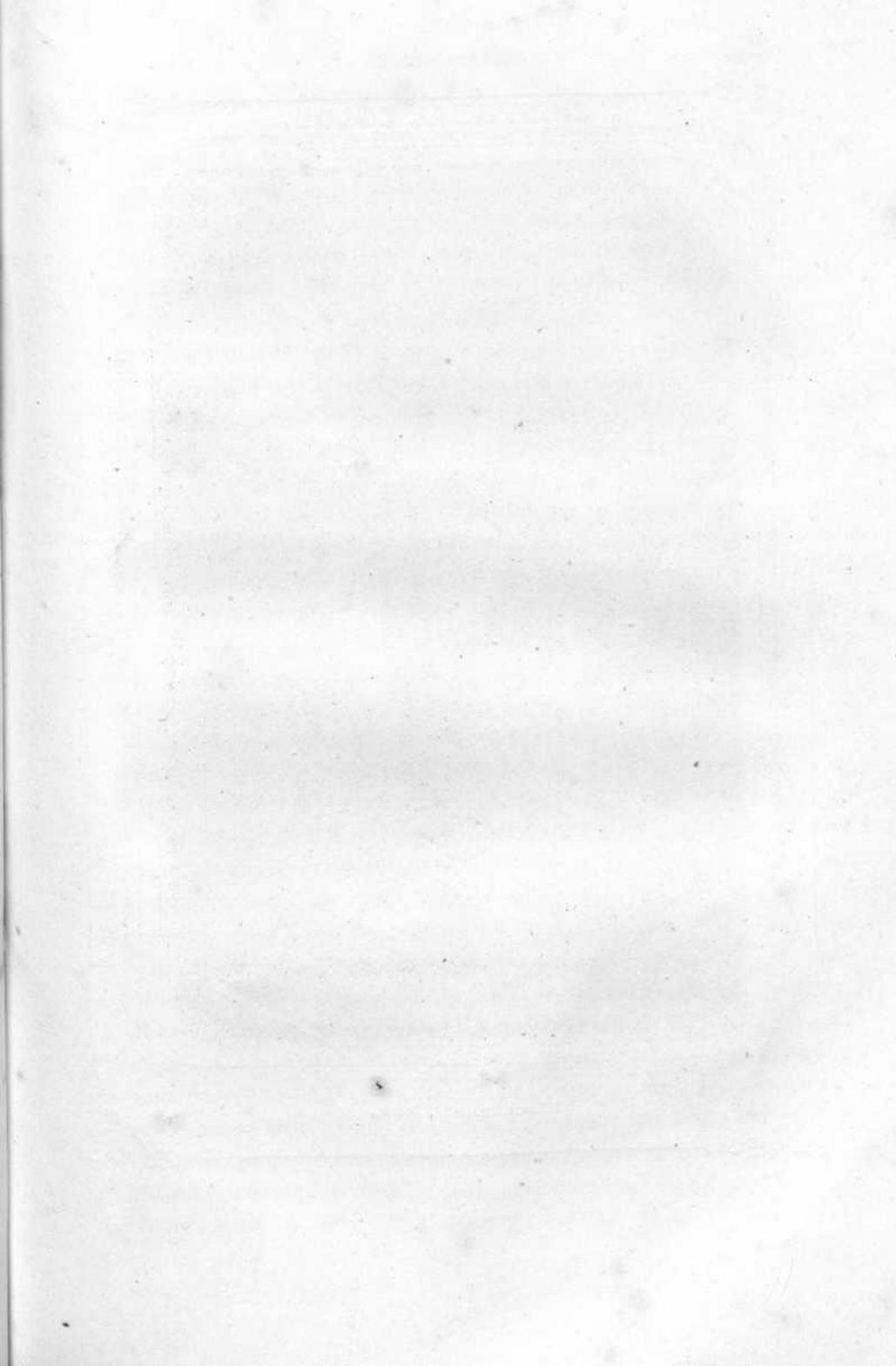


CAPÍTULO XXIII.

Visiones.



ocos de nuestros aventureros hicieron sueño seguido aquella noche: apenas se dormían, su imaginación exaltada les representaba mil extrañas combinaciones de objetos conocidos y desconocidos. Los dulces recuerdos de la patria y del hogar lejanos se mezclaban en sus cabezas con las doradas imágenes del Oriente prometido; y monstruos brillantes de oro y pedrería llegaban en tropel á su encuentro como las olas incesantes del mar, y como ellas se rompían, dejando el suelo cubierto de riquezas. En aquel Océano de diamantes veían algunos jugar sus tiernos hijos; pero luego la superficie abillantada y escabrosa giraba en lento y progresivo remolino, volviéndose lisa como un espejo, y rodando en torno las tres solitarias carabelas, iban á sumergirse en un abismo profundo y espu-



CRISTOBAL COLOR.



El sueño de D. Juan.

moso. Los que así soñaban, estendian los brazos con angustioso anhelo, y despertaban viendo asomar en la lontananza de su horizonte imaginario las pardas cumbres de montañas floridas.

A cada momento salian marineros de los camarotes, y encaramándose por los obenques, pretendian arrancar á las entrañas de la noche, con sus miradas ávidas, el secreto del porvenir.

Don Juan soñaba como los demas; pero sus dorados ensueños se resumian en la imágen placentera de una mujer enamorada. Veía un país vastísimo, variadamente accidentado por montañas rojizas y azules; un manso rio, que le recordaba el Genil, se deslizaba murmurando entre flores, que el agua movia continuamente para abrirse camino; y un bosque de cedros en la ribera, toda esmaltada de grupos de rosales y arrayanes. Allí, envuelta en la media luz de la floresta sombría, vagaba una hermosa doncella pensativa, la cual, viéndole á él saltar en tierra desde una barca, se lanzaba á su encuentro y le abrazaba palpitante de gozo, quedando luego desmayada entre sus brazos. El jóven oprimia el dulce peso, y en su afán despertaba, para ver su ilusion desvanecida.

Entonces exhalaba un suspiro y cerraba los ojos, haciendo esfuerzos para retener su vision y volverse á dormir.

Entre tanto, la rica fantasía de Colon no estaba quieta. No bien su espíritu cobró la libertad ó rompió el lazo con que la razon le sujeta, vió un cielo luminoso y oyo crugir las alas de aquel inmenso genio, que se le apareció otra noche en la costa de Palos de Moguer. Era esta vez la prodigiosa vision un portentoso de gracia y magestad: su presencia infundia confianza y pavor á un mismo tiempo: su voz se dejó oír, mas armoniosa, mas brava y sostenida que la primera vez.

«Alma del mundo soy, mi ser penetras, atrevido nauta, dijo la voz sonora del genio misterioso: tu fe me admira, tu constancia me irrita. Vas á donde no sabes, ni en tu vida sabrás.»

Colon quedó suspenso contemplando aquel espíritu admirable de contradicción; y con la sonrisa en los labios, señaló á las vagas formas de próxima tierra, que fijas en su memoria se delineaban entre el brillante cielo y el calinoso mar.

El genio batió sus alas, y la tierra se disipó como ligera niebla.

Las imágenes de su primera vision rodaron por la mente del soñador marino con movimiento vertiginoso: entre ellas aparecia confusa la figura de una mujer sentada tristemente, con un niño en el regazo. Lo conocido y lo desconocido, risueños cuadros de ventura y de placer; escenas de muerte y desolacion; gritos de triunfo y de dolor; palmas y espadas ensangrentadas; cadenas de flores y cadenas de hierro; aves canoras y fieras rugientes; el caos, tal como debió existir en la mente de Dios al concebir la creacion: tal era el espectáculo que á la inteligencia de Colon se presentaba sin darle tiempo de discernir sobre aquello mismo que veia.

Pero todo aquello pasó, como pasa el polvo levantado por un furioso huracan. El Espiritu de la Tierra se inclinó suavemente y puso dos dedos en los ojos de Colon: cuando los retiró, el sabio navegante creyó ver un campo virgen; selvas impenetrables; gentes desnudas, sentadas á la sombra: cordilleras de montes, que parecian llegar del uno al otro polo, y mas allá la mar.

La region del Catay, tal como su imaginacion despierta la concebía, comenzó á desarrollarse ante sus ojos.—«¡Por fin, por fin alcanzo mi deseo! clamó en el fondo de su alma. Pero la voz del Espiritu le respondió:—«¡No, nunca!—Calla, calla, Espiritu envidioso, le replicó el marino: yo, á tu pesar, arrancaré al Océano su escondido secreto.

«Mas harás: mira,» dijo el poderoso genio.

Y le mostró la tierra suspendida en el espacio: las naciones de Europa eran como colmenas pobladas de innumerables abejas, y sus hombres, lanzándose á millares á la mar, iban al campo virgen, á la region sin nombre, que se estendia magnífica de polo á polo; paseaban por ella sus ejércitos de guerreros y mercaderes, sus enjambres de aventureros codiciosos de fama y de riquezas, y transformando sus ciudades muradas y sus fuertes castillos en grandes factorias, en talleres inmensos, clamaban sin cesar. «¡El mundo marcha! ¡Adelante! ¡Adelante! ¡Mas allá!»

Y eran los españoles los que marchaban delante, y ya no se paraban en aquel campo virgen y sin nombre, sino que intrépidos circundaban la tierra; pero en su curso rápido no miraban atrás, y lo que ellos descubrian, otros mas codiciosos lo ocupaban.

«Mas harás, repitió el genio: por tí la tierra sus tesoros ocultos hará visibles; por tí del sol la rueda será clavada: nuevas serán las ciencias, nuevas las artes y nuevas las costumbres: razas de hombres desaparecerán, y otras serán trasplantadas al lugar que aquellas ocuparon: tú abrirás el camino del Oriente: tu ejemplo hará conocer el heroísmo y la codicia donde nunca existieron: cambiarás la faz del orbe; pero no la índole humana, ni la naturaleza de las cosas: verás lo que nadie soñó; pero á tu fin no llegarás.»

Colon sufría en estos momentos la inquietud de una horrible pesadilla. Las palabras de aquella visión fantástica podían ser el eco de sus propios pensamientos; pero le hacían padecer, elevándole al apogeo de un porvenir glorioso, para luego arrojarle á las tinieblas de la duda. Su espíritu volvía, por un esfuerzo de la esperanza, al objeto anhelado, que creía ver cerca de sí.

—¡Vanas quimeras! exclamó. Yo tocaré á mi fin: la tierra está cercana.

—Mírala, respondió el genio: es humo, es nada.

Y le mostraba una débil nubecilla que el viento deshacía.

Colon agitó los brazos fuera de su lecho, como si quisiese detener aquella tierra que se le escapaba: su propio esfuerzo le despertó.

Llena su imaginación de aquel ensueño penoso y placentero á la vez, el sabio navegante se lanzó fuera de la cámara: en torno suyo creía ver todavía el espíritu misterioso llenando el cielo con su presencia, subió á lo mas alto del castillo, é intentó penetrar con sus miradas la oscuridad del vacío. ¡Empeño vano! Era imposible ver la tierra deseada.

El buque navegaba con facilidad hácia el Sud-oeste, impelido por un viento fresco, y delante de él se divisaban las luces de la *Pinta* y la *Niña*, que seguían veloces el mismo rumbo.

Colon se apoyó en el palo de mesana, y permaneció allí largo rato cruzado de brazos, pensando en su extraña visión.

—¡Delirios de la fantasía! dijo para sí. Haya ó no una tierra cercana, es evidente que el Océano tiene un límite occidental, y yo debo llegar á él. Y ese límite, ¿puede ser otro que el Asia? ¡Quién sabe!...

Pensando así, cerraba los ojos, y entonces se le renovaban todas las imágenes de su ensueño; pero entre ellas, y sin perder la idea de su situación verdadera, veía sobresalir distintamente la de doña Beatriz Henriquez con su hijo en los brazos, la cual parecía decirle con el ademán!

—¡Sigue! ¡Sigue!...

Por el aspecto de las estrellas calculó Colon que faltaban dos horas para amanecer. Un hombre se paseaba por el puente: sus pasos resonaban con gravedad en el silencio de la noche.

Colon bajó lentamente del castillo, y se encontró con Per-Afan.

—Buenas noches, camarada, le dijo. ¿Qué es esto que no duermes? ¿Aguardas impaciente la venida del día?

—No, en verdad, respondió Per-Afan. La noche es para mí mas agradable que la luz del sol: el silencio y la soledad son mis mejores compañeros.

—Tú sufres, pobre Diego, le repuso Colon. ¿Serás tú, por ventura, aquel Bernardo de tu historia, que fué vendido por el infiel Mendo?

Per-Afan hizo un movimiento de sorpresa; pero reportándose en seguida respondió:

—Fuera posible; mas no me llamo Bernardo.

—Ni tampoco Diego.

—¿Cómo sabéis?

—Tú mismo me dijiste un día que tenías tres nombres.—Oyeme, Pedro: yo observo, miro y estudio: así descubro las cosas mas ocultas, sin ser adivino. Ayer, cuando todos cantábais «gloria á Dios en el cielo, y paz al hombre en la tierra,» te ví conmovido; pero no llegó á mis oídos tu voz. ¿Por qué rehuyes la oracion? ¿Por qué guardas rencor al hombre?

—Pedro habeis dicho, respondió el marinero. Luego me conocéis. ¡Oh! Bien veo que para vos no hay nada oculto.

—Al contrario, muchas cosas ignoro; pero no pretendo saberlas: algunas he descubierto y están guardadas en mi pecho. Sé que me has engañado y te perdono: sé que has podido turbar la paz del buque, y te perdono tambien: sé que, olvidándote de quien eres y de

lo que me debes, has atentado aquí mismo contra la vida de un hombre.

—;Yo!...

—Tú, sí, Per-Afan: sin embargo, ese hombre me ha pedido que te perdone, y perdonado estás. ¿Sabes tú cuántas dulzuras encierra el perdón? Es para el alma cansada lo que el rocío para las flores marchitas; es la puerta de la casa paterna á donde vuelve el hijo pródigo; es la sombra á que se sienta el fatigado viajero.

—Perdon, perdon... balbuceó Per-Afan, como hablando consigo mismo. Yo lo he pedido al cielo, y me lo ha negado. ¿Y decís que hay un hombre que lo ha pedido para mí? un hombre, contra cuya vida yo he atentado?

—Sí, repuso Colon. Eso te conmueve: te hace ver que hay una venganza más noble, más elevada y digna de un caballero que la que pide sangre: una venganza que restituye la paz al espíritu y hace al hombre semejante á los ángeles de Dios, é imitador de Dios mismo.

—Lo comprendo, señor, lo comprendo. Mi alma era de esas que gozan en el bien ajeno: mi alma vive aprisionada y esclava del dolor hace muchos años, y gime, insensible al placer, suspirando por su antiguo candor, por su perdida libertad.

—Pues bien, esa libertad puede adquirirla, dando muerte al tirano que la oprime: ese tirano es el ódio: ódio injusto que debes rechazar lejos de tí, abriendo tu corazón al amor cristiano, que nos manda perdonar á nuestros enemigos.

—¡Ah! ¡Si supiéseis, señor, cuán profunda es mi herida!

—No quiero saber nada, Per-Afan. Algun día, cuando esa herida esté cicatrizada, me contarás tus dolores: ahora la emponzoñarías tocando á sus labios. Dime solo una cosa: ¿qué concepto has formado de Martín Martínez? ¿Ya sabrás de quién hablo?...

—Me parece un joven digno de aprecio. Pero...

—Sí, muy digno de aprecio, repuso Colon. Él es quien me ha pedido el perdón de su homicida.

—No os comprendo, señor.

—Y si te dijese que el verdadero nombre de Martín es Diego Mendez, ¿me comprenderías?

—¡Diego Mendez!... ¡Ese jóven es un Mendez!

—Si, amigo mio, sí: un Mendez. Acaso, ¿por esto solo no merece ya tu aprecio? Mira como tengo razon en decirte que tu ódio es un tirano injusto; y quien abriga en su pecho una pasion tan ciega, no merece llamarse cristiano.

—¡Oh! exclamó Per-Afan oprimiéndose las sienes con ambas manos. Vos no sabeis, señor, que mi razon se turba, cuando oigo pronunciar ese nombre aborrecido.

—Lo sé; pero es preciso que la razon prevalezca: es preciso hacer un esfuerzo para que vuelva la calma á tu corazon. De lo contrario, serás siempre criminal, aun á pesar de tu voluntad.

—¿Qué debo hacer, señor? preguntó Per-Afan sollozando. Aconsejádme: vos sois mi padre.

—Debes pedir tú mismo á Diego Mendez el perdon de la ofensa que le has hecho.

—¡Imposible, señor! Yo nunca le ofendí.

—Recuerda, Per-Afan, recuerda. Tú, en un acceso de locura de ese ódio insensato que te esclaviza, arrojaste al mar á Diego, que te ofrecía su mano de amigo.

—¡Yo!... ¡Yo!... ¡Dios mio! ¿Estaré loco?

—Él, sin embargo, te ha disculpado: ha hecho mas; pues pretendió negarme lo que yo sabia.

—Él... él... ¡Un Mendez!

—Un Mendez, que desea la paz con el enemigo de su nombre: un Mendez, que es noble de corazon, leal y generoso: un Mendez, que humilla con su comportamiento á un Per-Afan de Villalobos.

—No será así, señor, dijo este, irguiéndose con el semblante sereno. Yo iré á su encuentro, y le suplicaré que me reciba en sus brazos.

—Y harás lo que debes, concluyó Colón satisfecho de su obra, porque él redime tu alma. No mas cautiverio, Per-Afan: desde hoy vuelves á ser hombre.

Per-Afan inclinó la cabeza entre sus manos y lloró como un niño. Colón levantó los ojos al cielo, y exclamó:

—¡Gracias, Dios mio! ¡Está salvado!

Y volviéndose al marinero, le dijo:

—Pedro: tu nombre me recuerda el de aquel santo apóstol, que borró con sus lágrimas su pecado. ¡Feliz el alma que llora! Retírate á llorar en lo oscuro, para que el nuevo sol vea tus ojos serenos. Se acerca el día de nuestra dicha: que lo sea para todos.

Per-Afan le tomó una mano, y se la besó con efusion de ternura. No podia espresar con palabras su gratitud. En seguida se retiró vacilando hácia su camarote.

Colon volvió á mirar con ansia hácia el Sud-oeste, en cuya direccion se deslizaba la carabela con rápida marcha. La oscuridad impedía ver el objeto deseado: las estrellas brillaban todavia esplendorosas en un cielo azul y transparente: faltaba una hora para la venida del alba.

El sabio marino entró en su cámara, y se recostó vestido en su hamaca. D. Juan estendia los brazos, queriendo detener por tercera vez á la maga de sus sueños, que se le escapaba riendo. Un suspiro y un movimiento de impaciencia revelaron á Colon que su jóven amigo estaba despierto.

—Paréceme que estáis intranquilo, D. Juan, le dijo.

—¡Ah! suspiró el jóven: no me deja dormir mi Catay, señor Almirante. Supongo que el vuestro no será tan cruel, y que podrémos saludarle dentro de poco.

—Todo está en las manos de Dios, amigo mio, repuso Colon. Yo espero ver pronto una tierra; pero no el suspirado Catay. Sea cual quiera, será bien recibida.

—¿Desconfiareis, acaso, de llegar al fin propuesto?

—Yo no desconfío jamás, don Juan. Solo quiero decir, que el objeto de mi empresa está mas lejos, ó mienten todos mis cálculos: yo no pararé hasta que la tierra ofrezca un muro insuperable á mis carabelas; y ese muro es el Asia, que aun dista mucho de aquí.

De este modo siguieron hablando, hasta que la luz de la aurora comenzó á penetrar en lo interior de la cámara.

Entonces los dos se levantaron, impacientes por saludar la tierra, y subieron á lo alto del castillo de popa. Todos los demás aventureros estaban ya en pié, inquiriendo con la mirada el horizonte occidental, envuelto aun en las neblinas de la noche.

A medida que la luz iba haciendo mas perceptibles los objetos, pintábase la desazon en el semblante de los marineros, que temian verse cruelmente burlados en sus esperanzas: esta sospecha tardó poco en ser certidumbre; pues los primeros rayos del sol únicamente iluminaron el vasto espacio del cielo y el Océano.

Durante la noche, las naves habian recorrido mas de diez y siete leguas: era, por consiguiente, imposible desconocer que la supuesta tierra habia sido una ilusion, producida por algun accidente de la atmósfera. Este desengaño introdujo en los ánimos el mas profundo abatimiento.



CAPÍTULO XXIV.

Mas allá.



NINGUN contratiempo mas adverso pudo encontrar Colon en su aventurado viaje, que esta burla fatal de los sentidos. Si él mismo no hubiese dado fuerza á la ilusion, alentando las esperanzas de todos, su autoridad basada, mas que en su título de almirante, en su probada ciencia y experiencia, no habria sufrido menoscabo; pero los hombres, sujetos á errar por su flaca naturaleza, quieren que sean in-

falibles aquellos que son llamados á gobernarlos, sin comprender que son hombres como ellos.

La desconfianza ganó los corazones mas adictos á Colon desde aquel momento: sus contrarios murmuraban en secreto: sus amigos no se atrevian á defenderle: se habia equivocado como los demás, no era infalible; podia errar en todo.

Colon sentia la fuerza de su contratiempo: no desmayaba; pero estaba afligido.

En todo aquel dia, solo breves momentos se le vió sobre cubierta: por su órden, las naves habian vuelto á seguir el rumbo de Occidente, y navegaban sin obstáculos por un mar bonancible.

Tres dias mas pasaron sin variacion alguna material: el 29 de setiembre apareció un rabihorcado, pájaro de mar de los que no suelen alejarse de la tierra: esto reanimó algun tanto á los marineros: otras aves se presentaron, llegando ya solas, ya en bandas numerosas, y dirigiendo siempre su vuelo hácia el Sud-oeste, donde al parecer tenian sus guaridas. El aire era tan suave y embalsamado, que Colon creia respirar el ambiente de los jardines de Andalucía, y solo faltaba para hacer su ilusion completa el canto del ruiseñor.

Amaneció por fin el primero de octubre: veinticinco dias hacia que las carabelas navegaban desde que salieron de Gomera. Los pilotos del buque almirante, no menos impacientes ya que todo el resto de la tripulacion, determinaron calcular sériamente la distancia que llevaban recorrida. Colon, desde lo alto de la popa les veia trabajar en sus cómputos, cuidándose menos de ellos, que de mirar lo que pasaba en el extremo opuesto del buque.

Allí estaban Per-Afan y Diego Mendez sentados mano á mano en un rollo de cuerdas, hablando como íntimos amigos. Un poco mas allá, recostada contra la banda, Elvira les miraba á hurtadillas, rebosando en sus ojos una felicidad inquieta.

«Esos, pensó Colon, navegarian toda su vida, sin pensar á donde van. Su mundo está todo en este estrecho recinto.»

Don Juan, que no ignoraba ya el milagro hecho por el Almirante, miraba tambien á Elvira y Diego, con un sentimiento de vaga tristeza.

Uno y otro fueron interrumpidos en sus reflexiones por los pilotos Roldan y Sancho Ruiz, que subiendo á la popa, mostraban en sus semblante la mayor consternacion.

—Señor Almirante, dijo el primero; si yo no me equivoco, estamos á quinientas setenta y ocho leguas de la isla de Ferro: esta

distancia es terrible, hallándonos en medio de un Océano desconocido.

—No os habeis equivocado en mucho, Bartolomé, le respondió Colón con extraordinaria calma; pues, según mi estima, son quinientas ochenta y cuatro las leguas que nos separan de Ferro: es decir, que yo cuento seis leguas más que vos; pero cuanto más avancemos, mayor será nuestra gloria.

—Ciertamente, repuso Roldán. Pero, señor, esto es ya demasiado. ¿A dónde vamos á parar?

—A las Indias, amigo, á las Indias: ¡os parece demasiado quinientas leguas! Apenas es la distancia que media entre Lisboa y las costas de Guínea; y nosotros no hemos de ser menos que los marinos de don Juan segundo.

—Esos marinos, dijo Sancho Ruiz, navegan cerca de la tierra; encuentran islas donde reposar; mientras que nosotros, si Dios no hace un milagro, no sé cual será nuestro fin.

—¡Pronto desmayais, pardiez! exclamó Colón impaciente. Nuestro fin será un paraíso, tanto más bello, cuanto más tarde lo encontremos. Pero no está ya lejos, no; y vosotros los primeros debéis mostrar el semblante alegre; de lo contrario tendré que echaros en cara vuestra desconfianza, cuando estemos á la sombra de los árboles del Catay.

—¿Cuándo será eso, señor Almirante? preguntó Roldán. No lo digo por nosotros, que os seguiremos hasta donde os plazca llevarnos, sino por los marineros, que no es posible permanezcan mucho tiempo tranquilos.

—Decid á quien quiera saberlo, respondió Colón, cuál es la distancia que llevamos andada: y decid también, añadió como inspirado, que la semana próxima, de hoy en diez días lo más tarde, veremos la tierra de Asia.

Los pilotos se retiraron, y al bajar del castillo fueron rodeados por muchos marineros, que habían observado su conferencia con el Almirante.

Entre tanto, don Juan decía con su natural ligereza:

—¿Qué habeis hecho, señor don Cristóbal? Esos hombres traían ya encima demasiado peso con sus quinientas setenta y ocho leguas,

y no van á poder tirar de la seis mas que les habeis cargado.

—Es preciso acostumbrarlos al peso poco á poco; y dia vendrá en que sepan la verdad exácta.

—¿Es decir, que estamos mas allá de donde les habeis manifestado?

—Sí, mucho mas allá, don Juan. Por eso les he prometido que verán la tierra dentro de diez dias.

—Y esa promesa, señor, ¿no podrá comprometeros?

—No, don Juan. Con tal que el tiempo siga favorable, mi promesa se cumplirá. ¿Sabeis la distancia real que nos separa de Ferro?

Don Juan se encogió de hombros y repuso:

—¡Vah! ¿Qué entiendo yo de cuentas? Los cálculos y yo estamos reñidos. No sé mas, sino que pasado mañana hará dos meses que dejé la tierra, donde está el sol que me calienta: y puesto ya en ello, mes mas ó menos, poco me inquieta.

—Pero, en fin, vos no ignorais que he suprimido en mi diario algunas leguas del cálculo verdadero, y podeis saber aproximadamente lo que llevamos andado.

—¿Seiscientas cincuenta leguas? dijo don Juan.

—Añadid sesenta mas: estamos en este momento á setecientas diez leguas de la isla de Ferro. Por consiguiente, mi promesa no puede faltar.

—¡Andar es, voto á Crispulo! respondió el jóven. Pero no importa. Seguid, seguid, y ojalá, dando vuelta al mundo, nos lleváeis á desembarcar en España. Por eso no me quejaré.

No pensaban lo mismo la mayor parte de los aventureros: quinientas ochenta leguas, declaradas por los pilotos, constituian verdaderamente una distancia enorme, atendida la soledad absoluta de aquel mar: no habia ejemplo, en la memoria de los hombres, de haberse visto jamás una estension de agua tan dilatada, sin que se encontrase la mas pequeña isla. Este espectáculo continuo, y las vivas esperanzas concebidas de tiempo en tiempo y luego cruelmente disipadas, habian infundido en sus almas una sombría tristeza, que no era posible vencer. La promesa de Colon, á unos les pareció demasiado larga, reanimó algun tanto á otros; pero pasados los primeros momentos fué generalmente considerada como una palabra vana.

—¿Qué puede saber él cuando veremos tierra? decían algunos aquella noche, mientras llamaban el sueño en sus camarotes. No creyó él mismo verla el otro día, y luego fué todo engaño?—Al fin se arrepentirá, cuando ya no tenga remedio nuestro mal. ¿Qué nos dirá entonces?—Nos dirá que el mundo es redondo, y que por fuerza hemos de parar en alguna parte. Sí, pero ¿de qué viviremos?— ¡Pardiez! Una semana pronto se pasa. Despues veremos quien sigue adelante.— ¡Seiscientas leguas! De aquí á diez días serán mil!... ¿A dónde nos lleva ese hombre?

Así murmuraban los menos desalentados de entre aquellos hombres, mientras la mar y el viento, cual si se declarasen vencidos por el genio poderoso de la expedicion, empujaban progresivamente las naves hácia su destino.

El día 2 de octubre recorrieron aquellas mas de cien millas hácia Poniente: aparecieron algunas yerbas, arrastradas en esta misma direccion por las corrientes, al contrario de lo que habia sucedido con las anteriores. El 3 la navegacion fué mas rápida, tanto que Colon llegó á temer que habia pasado de las islas marcadas en su mapa: sin embargo, á nadie comunicó esta sospecha, y siguió adelante con la firme resolucion de aportar al continente. El 4 fué un día mas favorable aun que los otros: la flotilla corrió en línea recta ciento ochenta y una millas, la mayor jornada que se habia hecho desde el punto de partida. El 5 empezó mejor todavia; pues la *Santa María* avanzaba nueve millas por hora: Colon sabia que este era el mayor ejemplo de celeridad hasta entonces conocido en su viaje, y estaba contento.

Grave y reservado, permanecia horas enteras en su alto puesto, mirando las naves volar. Quien se hubiese acercado á él, habria podido oírle decir en voz baja, pero con la vehemencia de un buen ginete que estimula á su caballo:

— ¡Anda! ¡Anda, carabela mia!— ¡Mas allá! ¡Mas allá!

CAPÍTULO XXV.

Impaciencia.



As allá! ¡Mas allá! repetía Colon el día seis de octubre, fijando su mirada entusiasta en el impenetrable Occidente: y como el corcel ligero y dócil, que á rienda suelta va por la llanura, obedeciendo gustoso á la voz conocida de su dueño, así las carabelas avanzaban veloces, devorando el espacio y cortando las rizadas ondas del mar.

Crecia entretanto el ansia de las tripulaciones, que veian ponerse el sol siempre por un horizonte liquido; y todos los marineros contaban los dias pasados desde el primero de octubre, asiéndose á la última promesa del Almirante, como el náufrago á la débil tabla que flota en medio de la borrasca.

—Van ya seis dias, murmuraba Mateo Sanchez al anoecer, entre un grupo de sus compañeros. Faltan cuatro: esperemos. Si al terminar el plazo, estamos como hoy, sin ver mas que cielo y agua, creo que será tiempo de tomar una determinacion.

—Ni en cuatro, ni en cuarenta días espero ninguna mudanza, dijo otro. Ved como vamos, esto es volar; y sin embargo, por ninguna parte se descubre un palmo de tierra. Ya podemos resignarnos á no verla jamás.

—¡Pardiez! No penseis así, dijo Andrés Leal acercándose al grupo. Cuatro días pronto se pasan, y al cabo de ellos vereis como el Almirante ha dicho verdad. Si no encontrásemos la tierra, probado nos ha que es hombre para volvernos á España contra viento y marea.

—¿Tú crees eso, Andrés? repuso Mateo. Pues yo estoy viendo que, por su gusto, no dará un paso atrás, aunque se abra el abismo para tragarnos á todos.

—¡Voto al diablo malo! contestó Andrés. Esa firmeza prueba que está seguro de lo que dice: y luego, ¿qué abismos se nos han presentado hasta hoy? No recuerdo haber hecho en toda mi vida un viaje con tiempo tan favorable: y cuidado, que no llevamos pasado un día, ni dos.

—Pues ahí tienes, dijo el otro marinero, lo que á cualquiera espanta: no se habrá visto quizás nunca el mar sereno por espacio de dos meses consecutivos: esta bonanza, estos vientos que tú llamas favorables, yo creo que nos llevan á nuestra perdicion eterna.

La conversacion fué interrumpida por la voz de Martín Alonso, que habiendo cargado velas á la *Pinta*, se encontraba á la sazón cerca del buque almirante.

—Está el señor don Cristóbal en su puesto acostumbrado? preguntó aquel dirigiendo la palabra á varias personas que habia sobre el castillo de la *Santa María*.

—¿Qué quereis, amigo Pinzon? dijo el Almirante. Aquí estoy. Ocorre alguna novedad?

—Señor don Cristóbal, respondió Martín: me parece que deberíamos guiar un poco mas hácia el Sur: todos mis compañeros son de esta opinion, y yo mismo no he podido resistir al deseo de acercarme para deciroslo.

—¿Y en qué se funda esa opinion? Ya hemos hecho una vez lo que me pedis, sin adelantar nada. Dejaos de vacilaciones, mi digno amigo, y seguid la via recta.

—Señor Almirante, nuestra opinión se funda en el vuelo de las aves: todas ellas van hacia el Sud-oeste, lo cual indica la existencia de alguna tierra en esa dirección. Además, todos los últimos descubrimientos se han hecho hacia el Sur, y por esto creo que debemos torcer un poco nuestro rumbo.

—El vuelo de las aves, amigo Pinzon, no deja de ser un indicio atendible, respondió Colon. Sin embargo, ese indicio puede ser falaz, ó cuando mas conducirnos solamente al descubrimiento de alguna isla. Mi corazón, de acuerdo con mi razón, me dice que sigamos al Occidente, donde está la tierra firme; y no debemos descuidar lo mas por alcanzar lo menos: no abandonemos el Asia por una mansion cualquiera, rica tal vez, pero sin nombre y que nunca bastaría á recompensar nuestras fatigas.

—Al menos, señor Almirante, insistió Martin, permitidme á mí solo explorar esa parte.

—Seguid nuestro camino, Martin, y dejaos de mas veleidades. Reuníos con la *Niña*, y comunicad á vuestro hermano mis órdenes. Si algun accidente nos separa durante la noche, conservad siempre las proas al Ocaso, y haced por marchar cerca de mí; pues seria inútil y triste andar errando solos por este mar desconocido.

—Eso es decir, señor, que no estais seguro de mi obediencia.

—No haya pique, Martin: esto es daros las órdenes que me dicta mi larga experiencia en los azares del mar. El momento se acerca en que todos nos alegraremos de haber tenido perseverancia y fé; pero en este momento es mas de temer que nunca un revés de la fortuna. Creedme, amigo: importa mucho que permanezcamos unidos. La tierra no está ya léjos, y un buque solo en sus cercanias va siempre expuesto á peligros inesperados.

Martin Pinzon se vió obligado á obedecer, aunque contra su gusto, y marchó á comunicar á su hermano las órdenes del Almirante.

Este dijo á D. Juan, luego que se hubo alejado el capitán de la *Pinta*:

—Ese hombre comienza á vacilar: es un marino hábil y muy osado; pero carece de firmeza en sus ideas. Es preciso que la mano de un superior le tenga á raya.

—No vayais á creer que yo tambien vacilo, respondió el jóven;

pero acaso tenga Martín alguna razón en lo que propone. Si encontrásemos aquí, aunque no fuese más que un islote, nuestra gente se reanimaría.

—¿Es posible, amigo mío: pero mi objeto es el Catay, el Catay! ¿No sería lamentable perder este hermoso viento que nos lleva á toda vela hácia nuestro suspirado término?

—Teneis razón. No debemos, por nada del mundo, perder de vista el Catay.

Aquella noche, pocos marineros se desnudaron: Colón mismo tuvo por cama una vela vieja, estendida sobre la popa; y D. Juan permaneció á su lado: por mucho que disimulasen, su impaciencia era mayor que la de todos los demás.—A media noche, arreció el viento, de suerte que las carabelas se deslizaban sobre el bullicioso mar con una rapidez de nueve millas por hora.

Cuando las primeras luces del alba hicieron palidecer las estrellas, y comenzaron á empujar las pardas sombras hácia el Ocaso, D. Juan se levantó, y echando una ojeada al buque, vió que estaban ya en pié y muy animados casi todos los marineros.

—Señor D. Cristóbal, dijo á Colón que ya se levantaba: parece-me que la gente está de buen humor esta mañana: los pilotos hablaban, hace poco, de entrar en competencia de velocidad las carabelas; y ved ahí la *Niña* que parece volar como un pelicano.

—El horizonte aparece oscuro y cargado, respondió Colón, mirando al Occidente, aun no bien iluminado por la aurora.—Nuestra gente quiere luchar, sin duda, para obtener el premio ofrecido por nuestros soberanos al primer descubridor de tierra.

—Diez mil maravedís de renta, bien valen la pena de un esfuerzo, repuso D. Juan; y sin duda es eso lo que anima á nuestros marineros y pilotos. Ved como larga velas Martín Alonso, para vencer á su hermano Vicente, que le ha cogido la delantera: y mirad allá arriba en la mas alta verga, como acecha al Poniente nuestro buen marinero Andrés Leal.

El aspecto de la atmósfera por el lado occidental hacia presentir efectivamente la proximidad de la tierra; y los tres buques luchaban de competencia para llegar á la resolución del oscuro problema que se les presentaba delante.

La *Niña* era esta vez la mas avanzada, porque le favorecia la tranquilidad de las aguas; la *Pinta* la seguia de cerca; y la *Santa Maria*, menos velera que aquellas, quedaba algo rezagada; pero tenia la ventaja de abarcar un horizonte mas dilatado, á causa de la mayor elevacion de su arboladura.

Entre los marineros que espiaban el Occidente desde las vergas, estaba Per-Afan, sentado en una, con el abandono de una dama que se recuesta en un sofá: Sancho se habia hecho muy amigo suyo, desde que riñeron, y le gritaba desde el castillo de proa.

—¿Ves algo, compadre?

—Todavía no, le respondió Per-Afan: sin embargo, aquella bruma indica tierra.

—¡Mira bien, mira bien!

—Ya miro; pero está muy espeso el aire, y no veo nada.

Pasaron algunos momentos. De pronto exclamó Per-Afan.

—¡Señor, señor Almirante! La *Niña* hace señales.

—Verdad es, gritó Colon: Vicente Yañez ha desplegado los colores de la Reina.

Esta era la señal convenida en el caso de que alguno de las buques descubriese la tierra antes que los otros: por consiguiente, no habia duda en que la *Niña* anunciaba el éxito definitivo de la expedicion. Sin embargo, acordándose todos del chasco reciente, aunque abrieron su corazón á la esperanza, ninguno se atrevió espresar su contento, ni á dar entero crédito á la feliz noticia que se anunciaba.

Únicamente se procuró maniobrar con ardor, para dar si era posible mayor impulso á las carabelas; pero las horas pasaban sin que nada viniese á confirmar el aviso de la *Niña*. La esperanza concebida por la mañana iba decayendo gradualmente, á medida que entraba el día: el horizonte aparecia oscuro y nebuloso al Occidente, lo cual engañaba á los mas expertos; pero habiendo avanzado mas de cincuenta millas en la misma direccion, fué ya imposible desconocer lo ilusorio de aquel indicio.

El abatimiento que siguió á este último desengaño fué mayor que el de los otros días; y á pesar de que se veia con frecuencia cruzar el aire numerosas bandas de aves, un murmullo casi general de profundo descontento se alzó entre la gente de la *Santa Maria*.

—Es inútil cansarse en esperar, decían algunos sin disimular ya su enojo.—Todos esos indicios son falsos, como el espíritu maligno que nos lleva á perecer.—No hay tierra ninguna, y este mar no tiene fin.—¿Qué hacemos?—¡A España!—¡A España!—Esto es ir á la muerte como carneros miserables.

—¡Callad! ¡Callad! gritó Per-Afan metiéndose en medio de los turbulentos. Aun no se ha cumplido el término ofrecido por el Almirante.

—No queremos aguardar mas, respondió Mateo Sanchez. El señor Colon dijo que en toda esta semana descubriríamos tierra, y hoy es el sétimo dia.

—Sí, pero aun faltan tres para cumplir el término señalado por su Excelencia, repuso Per-Afan.

—Es verdad, dijo otro.

—Pues bien, añadió un tercero: hagámosle declarar terminantemente que, si pasan los tres dias y no vemos tierra, nos volverá á España.

Colon habia acudido al rumor de los descontentos, y estaba junto á ellos cuando el último pronunció aquellas palabras.

—¿Quién es el que se atreve á imponerme condiciones? dijo con severo acento. ¿Quién?

—Todos callaron por algunos momentos; pero al fin, uno se aventuró á responder:

—Señor, lo que queremos proponeros es muy justo. Deseamos que nos prometáis volver las proas á España, si de hoy en tres dias no descubrimos alguna tierra.

—¡Jamás, exclamó Colon con firmeza. Ni en tres dias, ni en un mes, si necesario fuese me vereis ceder de mi empeño. Me he embarcado para descubrir las tierras de Asia, y no retrocederé hasta encontrarlas. Tal es mi resolucion, y os advierto que estoy decidido á que se cumpla. Retiraos ya, y no malgastéis vuestro vigor en inútiles quejas.

—Es decir, señor... Almirante, repuso otro marinero vacilando al dar este título á Colon; es decir, que debemos renunciar ya á nuestras vidas, á nuestras familias, á todo, en fin; y que habremos de seguiros á la fuerza, aunque veamos que vuestro intento es irrealizable.

—Debeis seguirme y obedecerme, porque esta es vuestra obligacion; pero yo no quiero que renunciéis á vuestras vidas; pues yo no he renunciado á la mia, como tampoco á mi autoridad sobre vosotros: si yo viese que mi intento era irrealizable, no aguardaria que nadie me indicase la necesidad de retroceder; pero muy al contrario, veo la conveniencia de seguir hasta que la tierra nos detenga.

—Permitidme una palabra mas, señor Almirante, dijo Mateo: ayer, me parece que el señor Martin Pinzon deseaba una cosa conveniente. Si alguna tierra existe en estos mares, los pájaros nos están diciendo continuamente á donde se halla; y sin embargo...

—Basta, basta, repuso Colon: á mi pesar, voy á satisfaceros á todos: seguiremos el vuelo de las aves durante dos dias, aunque esto sea distraernos de nuestro principal objeto.

Esta oportuna condescendencia calmó algun tanto los ánimos, próximos á exasperarse: fué una idea prudente, pues con ella se pudo ganar tiempo y seguir avanzando, aunque no en línea recta hácia el Ocaso, como Colon deseaba.

Este dió en consecuencia las órdenes necesarias á los pilotos, y habiendo comunicado su nueva determinacion á los jefes de las otras carabelas, todas tres torcieron su derrota hácia el Oeste-sud-oeste, en cuya direccion navegaron durante la noche del 7 al 8 de octubre.

A pesar de esta modificacion, ninguna tierra apareció á la vista por la mañana; pero siendo á la sazón flojo el viento, y no habiéndose andado mas de cinco leguas desde la nueva órden, la gente permaneció tranquila.

Era aquel dia la temperatura suave, el aire dulce y embalsamado; las yerbas abundaban progresivamente, y á cada paso eran mas frescas, reconociéndose que habian sido arrancadas de su suelo natal uno ó dos dias antes: veíanse pasar bandadas considerables de aves, y hasta surcaron el mar algunos patos. Era imposible que el espíritu de las tripulaciones no se reanimase, á pesar de su grande incertidumbre.

Así pasó el dia ocho de octubre; y aunque los buques no avanzaron mas de cuarenta millas en aquellas veinticuatro horas, los aventureros tenian vivas esperanzas de llegar á un término.

El día siguiente sopló el viento con violencia, obligando á Colón á gobernar hácia el Oeste y un cuarto al Nor-oeste por espacio de algunas horas. Este cambio de tiempo no dejó de influir favorablemente en la disposicion de los ánimos, á quienes siempre alarmaba la constancia de los vientos en una sola direccion.

Sin embargo, aquel ansia diariamente acrecentaba, y aquel espíritu de rebelion á duras penas contenido fermentaba sin cesar y daban ocasion á continuas alternativas de regocijo y desesperacion. Los aventureros habian llegado á un punto de irritacion que les hacia incapaces de obrar con juicio y de analizar sus propios sentimientos. El deseo de ver tierra y el dolor de perder para siempre sus hogares les tenia en un estado de fiebre continúa, cuyas menores manifestaciones eran contagiosas. A cada momento se oian ruidosos gritos de «!Tierra!—¡tierra!» seguidos de penosos lamentos. —La tierra aparecia en la imaginacion de los que la aclamaban: la realidad fria les desengañaba y les hacia desesperar.

Colón no perdía por esto su serenidad, ni su confianza: al salir el sol el día 10, hablando con su inseparable compañero, le dijo:

—Hasta hoy no he pensando sériamente en hallar la tierra, don Juan: estamos á mil y cien leguas de la isla de Ferro, y ya es forzoso que nos preparemos á ver las costas deseadas.

—Quiera Dios que sea pronto, respondió nuestro jóven; pues hoy termina el plazo de los diez dias, y no sé como verá nuestra gente cerrar la noche sobre el mar.

—Mi corazón me dice que el fin de nuestro viaje está cercano, amigo mio. Pero se necesita ser un Dios para predecir con toda exactitud lo que ha de suceder de aquí á una hora. Podrá ser muy bien que no veamos la tierra en todo el día de hoy; quizá tampoco mañana; pero es indudable que se encuentra en el espacio de unas cien leguas todo lo mas.

—No achaqueis á desconfianza mi pregunta, señor don Cristóbal, sino á curiosidad: ¿en qué fundais la conviccion de que la tierra no puede hallarse á mayor distancia.

—Se funda en un cálculo muy sencillo: Ptolomeo dividió el globo de la tierra en veinticuatro horas, que son las del día natural: cada hora comprende quince grados; y conocida la extension de

Europa y Asia, no quedan mas que cinco ó seis horas que corresponden á la longitud del Atlántico. Así pues, la mayor distancia que se puede atribuir al espacio que media desde Ferro á las costas de Asia es de mil doscientas á mil trescientas leguas marítimas.

—En este caso, no cabe duda que estamos avocados al gran acontecimiento.

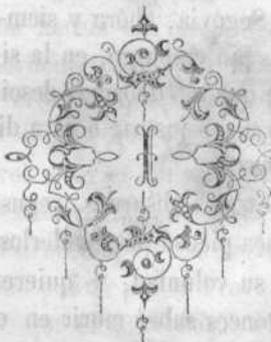
—Sí, sí, repuso Colon, pero es menester corregir los efectos de la impaciencia de nuestros marineros: sus incesantes é inmotivados gritos de «tierra» sirven solo para mantener vivo un espíritu sedicioso, que puede sernos fatal. Que observen y tengan esperanza, pues la tierra no tardará en hacerse visible; pero que no la anuncien sin fundamento. Hacedles saber hoy de mi órden, que todo el que grite tierra sin motivo válido, perderá el derecho á la recompensa ofrecida por sus Altezas, aunque despues la descubra realmente.

Don Juan se apresuró á comunicar esta determinacion, y todas las bocas permanecieron mudas desde aquel momento.



CAPÍTULO XXVI.

Sublevacion.



NUTILMENTE permanecieron todo el dia diez los marineros y demás gente aventurera explorando el horizonte.—La marcha de las carabelas era mas rápida aun que los dias precedentes, como si en efecto hubiese algun poder oculto empeñado en arrastrarlas hácia su desconocido destino.

Colon observaba aquella velocidad creciente con secreta alegría, pero no exento del recelo que le inspiraba la alarma de sus compañeros. El tambien exploraba el horizonte, animado por una viva esperanza, y como sorprendido de no ver ya la tierra del antiguo Oriente.

A la caida de la tarde, no pudo menos de fijar su atencion en varios grupos muy significativos que formaban los marineros: hablaban estos con animacion; pero sigilosamente; no podia desconocerse que concertaban algun plan importante y que se ponian de acuerdo para llevarlo á cabo.

Separados de todos los demás, Sancho, Per-Afan y Andrés Leal tambien concertaban alguna cosa con el mismo secreto: á ellos se juntó despues el soldado Diego Mendez; y aunque no eran mas que cuatro hombres, conociase por sus ademanes que estaban satisfechos de su importancia.

Colón agrupó en torno suyo á don Juan, Rodrigo de Segovia y Diego de Arana, y les dijo:

—Señores: veo síntomas, que me anuncian un próximo rompimiento de parte de la chusma: el motivo es harto insuficiente para que ni esos hombres, ni nadie me obligue á ceder un punto de mi autoridad: antes que consentir en sus exigencias, cuando espero de un momento á otro ver realizadas todas las esperanzas de mi vida, consentiré que me maten. Os digo esto, porque deseo saber si debo contaros entre mis amigos, ó entre mis enemigos.

—Pocas palabras tengo que responder, por mi parte, dijo don Juan. Yo he jurado fidelidad á la reina de Castilla, y por consiguiente á vos, que representais aquí su autoridad. Si llegase el caso que preveis, Pedro Gutierrez podrá morir; pero no faltará á la fé jurada.

—Yo, señor Almirante, dijo Rodrigo de Segovia, ahora y siempre estaré en el puesto que me corresponde. Sin embargo, en la situacion en que nos encontramos, me parece que no debemos desoir las quejas de la tripulacion, para atenderlas si son justas; ó para disuadirla de sus pretensiones, si fueren insensatas.

—Nunca he desoido sus clamores, aun los mas absurdos, repuso Colon; y en estos momentos, menos que nunca pienso desatenderlos. Pero si tratan, como creo, de imponerme su voluntad, y quieren obligarme á renunciar á mi empresa, entonces sabré morir en el puesto de honor que sus Altezas me han confiado: pero antes probaré todos los medios de conciliacion que aconseja la prudencia; y no por mí, sino por ellos y por todos vosotros.

—En todo y para todo, nos sometemos á vuestra voluntad, señor Almirante, respondió Diego de Arana. Yo bien veo que nuestra situacion es apurada; pero nuestro deber es sosteneros.

A este tiempo, se vió venir un grupo de cinco ó seis marineros hácia la popa: al frente de ellos se distinguian el piloto Sancho Ruiz

y el veterano Juan Martín. Colón bajó á su encuentro aparentando no reparar en ellos, y don Juan le siguió, deslizándose en seguida hacia la cámara.

Todos los demás individuos de la tripulación estaban diseminados, ya en pequeños grupos, ya solos; pero atentos á lo que sabían que se preparaba.

En el momento de poner Colón el pié en el puente, los cinco ó seis, á cuya cabeza iba el piloto, le asaltaron gritando tumultuosamente:

—¡Don Cristóbal!... ¡Señor Colón! ¡Señor Almirante!...

—¿Qué quereis? les preguntó severamente Colón. ¡Hablad!... Os escucha un amigo.

—Lo que queremos, señor, dijo Juan Martín, es casi escusado decirlo. Venimos aquí en nombre de la mayoría de nuestros compañeros á pedirnos vuestras vidas y los medios de mantener á nuestras mujeres y nuestros hijos. Todos estamos ya cansados de este viaje sin provecho, y pensamos que prolongarlo por mas tiempo es reducirnos á no volver á España por falta de víveres.

—¿Sabeis la distancia que nos separa de Europa, vosotros que me haceis esa proposición insensata? preguntó Colón encarándose particularmente con el piloto. Habla tú, Ruiz, pues debes saberlo, y eres, aunque vacilas, del número de los descontentos.

—¿Por qué negarlo? repuso el piloto. Soy de ellos, sí, señor; y creo estar en mi sano juicio. Seguir mas adelante por este Océano desconocido, es tentar á Dios y exponernos á ser castigados con la destrucción. Es temerario suponer que esta inmensidad de agua haya sido puesta por la Providencia alrededor de la tierra con otro objeto, que el de rechazar á los audaces que intentan penetrar sus incomprensibles misterios. Todos los padres de la Iglesia, incluso el reverendo guardian de la Rábida, nos han hablado siempre de la necesidad de someternos sin exámen á una ley superior al hombre, y de respetar las cosas inexplicables.

—Pues bien; yo puedo confundirte con tus mismas razones, mandándote someterte á la dirección de quien comprendé lo que tú no puedes comprender. ¡Ea! Retírate con tus compañeros, y no se hable mas de esto.

—¡No, no! gritaron á un tiempo varios marineros. Esto no puede quedar así.

—¿Qué voces son estas? exclamó Colon girando en torno suyo una mirada de águila.

—Nosotros decimos, contestó Mateo Sanchez acercándose al grupo, que nos habeis traído ya demasiado léjos; y que no habiéndose cumplido vuestras predicciones de hace diez dias, es menester que esta noche vuelvan las carabelas hácia España, para salvarnos, si aun es tiempo, de una muerte cierta.

Colon miró á su rededor y vió que detrás de él estaba don Juan con la espada ceñida, y á un lado Sancho con sus tres compañeros.

—Y tu, Diego, ¿piensas lo mismo? dijo á Per-Afan. ¿Eres tambien de los que quieren volver inmediatamente á España?

—Yo, señor, no estoy con esos, respondió el lobo marino: estoy con Sancho.

—¿Y tú, Andrés? prosiguió Colon sin mostrarse alterado. Tú tienes mujer y siete hijos: ¿no olvidas tambien tu deber, para faltarle al respeto á tu jefe, al virey nombrado por la reina Isabel?

—¿Virey, de qué? gritó una voz entre los grupos, que se iban haciendo compactos.

—¡Virey de las yerbas marinas y de los atunes! dijo otra voz.

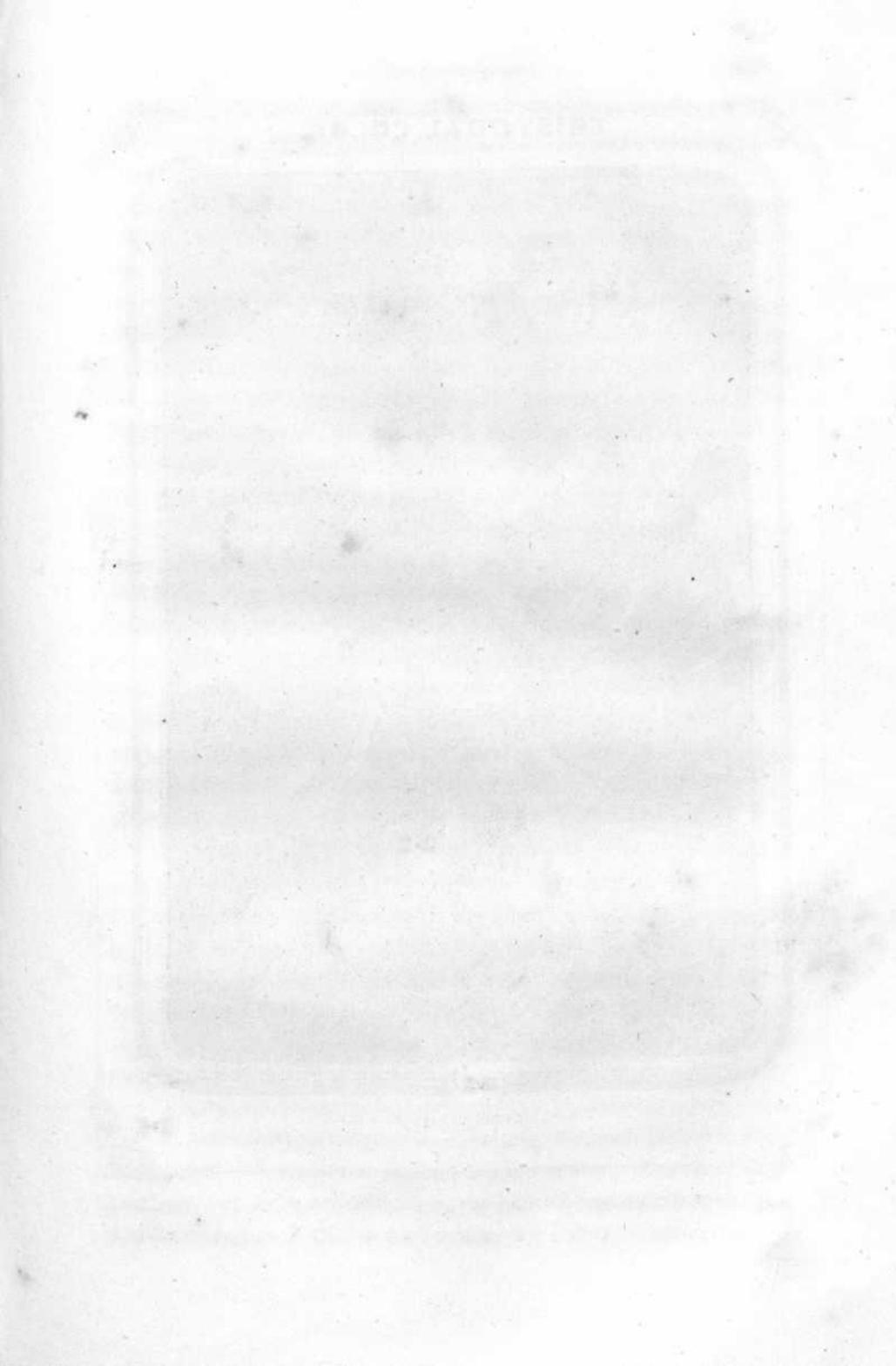
—¡Eh! Basta ya de conversacion, dijo Mateo Sanchez. Se nos trata como á niños, y somos españoles, que no nos contentamos con prados marinos ni con islas de nubes.—¡A España!—¡A España!...

Veinte ó treinta voces repitieron esta palabra: ninguna otra podia tener mayor hechizo en aquellos momentos y entre aquella gente desesperada de ver la patria.

—¡Por el santo de mi nombre! exclamó D. Juan, perdida la paciencia y sacando la espada. Si alguno se atreve á dar un grito mas, yo le juro que sentirá el peso de mi mano.

—Cálmate, amigo Pedro, dijo Colon, y déjame á mí arreglar esté negocio.

Pero estas palabras no pudieron ser oídas. La provocacion de don Juan habia sido como la chispa que cae en el cebo del cañon. Un grito general, desordenado, ininteligible resonó por todo el buque; los mas audaces sacaron á relucir las armas; otros les alentaban con



CRISTOBAL COLON.



La sublevación en alta mar.

voces sediciosas, y los menos belicosos trepaban por las escalas y los obenques, ó maniobraban para cambiar el rumbo del buque, sin aguardar las órdenes de nadie.

Colon permanecia cruzado de brazos en medio de aquel desconcierto: queria hablar; pero era inútil, pues sus palabras no podian ser oidas.

—A España!—A España! era el grito que dominaba á todos los otros.

Sin embargo, nadie osaba hacer armas contra el Almirante, contra el hombre indefenso, que parecia ser indiferente á todo el desórden que le rodeaba.

Uno solo se adelantó con ademan amenazador, repitiendo el grito: —«A España!» Pero no bien hubo dado algunos pasos hácia Colon, cuando se vió saltar como un tigre á Per-Afan, armado de una hacha de abordage, y cubrir con su cuerpo al célebre marino, diciendo:

—Al Catay, vive Dios! Al Catay!... Nadie se acerque al Almirante, pues nada le importa morir matando al que ha merecido cien veces la cuchilla.

Don Juan entretanto hacia un molinete con su espada, teniendo á raya á los mas atrevidos.—Andrés Leal se apoderaba del timon, despues de tender de una puñada á otro que lo habia tomado para gobernar hácia España, y mantenia la nave en la direccion conveniente. Sancho, armado de un cuchillo, estaba al lado de su amo. Diego Mendez se apoyaba tranquilo en su arcabúz.

—Paz, amigos, paz! gritaba entretanto Colon. Sosegaos, señor Gutierrez, y envainad la espada: quietos, amigos, y no haya sangre; que si fuera menester, yo sabria dar el ejemplo. Dejadme hablar á esta pobre gente.

A estas voces se restableció algun tanto el silencio, aunque no de pronto: uno de los jefes del motin dijo á los otros:

—Oigamos, oigamos lo que determina el Almirante:

—Sí, escuchad mi respuesta definitiva, hombres rebeldes, contestó Colon con sangre fria inalterable. Los reyes de Castilla y Aragon, vuestros legitimos soberanos, me han enviado á cruzar de cabo á cabo el océano Atlántico para buscar las Indias; y suceda lo que

sucedá, nuestras velas se dirigirán al Oeste, sin detenerse hasta que encontremos la tierra.

—Imposible!—Imposible!..—No hay tierra!—No, no!—A España!—A España! gritaron mas de treinta voces.

—Silencio, y escuchad! dijo Colon con voz terrible, que dominó todo aquel tumulto.—Dos alternativas teneis delante: ó descubrir una tierra á todo trance, ó perecer: ó quitarme la vida y perecer tambien. ¿Es mi vida lo que necesitais? Yo la ofrezco en sacrificio de mi fé y de mi constancia. Pero antes, buscad entre vosotros el que sea capaz de volveros á vuestra suspirada patria: vosotros mismos ignorais la espantosa distancia que de esa patria os separa.—En el lugar en que nos hallamos, una tierra nos es indispensable; pero sabed, hombres groseros é ignorantes, que esa tierra hemos de buscarla al Occidente; pues ni yo mismo podría volveros á España desde aquí, sin exponeros á perecer en el camino por falta de viveres. Así pues, ó el Catay, ó la muerte.—Ahora escoged.

Un silencio lúgubre y profundo siguió á estas enérgicas palabras: los mas belicosos pasaron repentinamente á un estado de estupor; y aunque no estaba apaciguado su descontento, todos se dispersaron sin saber que responder, y convencidos de que Colon les habia dicho una terrible verdad.



CAPITULO XXVII.

La vispera del gran dia.



ocos durmieron aquella noche: Colon estaba resentido de la conducta de los marineros; D. Juan, pesaroso de que no se le hubiese dejado sentar la mano á los mas audaces; y los revoltosos, unos consultaban su conciencia temiendo el castigo que habian merecido, y otros persistian en la idea de hacer retroceder los buques por fuerza. Todos, sin embargo, pensaban en la necesidad de encontrar, si no el Catay con todas sus soñadas delicias, un punto de reposo cualquiera donde descansar y proveerse de mantenimientos.

El porvenir se les presentaba mas oscuro que nunca; pero en medio de un impenetrable misterio, se levantaba para ellos aquella indeclinable amenaza. ¡O hallar la tierra, ó morir!

Cuando amaneció, todos los rostros expresaban el sombrío malestar de los ánimos; y fácil era conocer que el medio apagado incendio de las pasiones podia estallar con mayor fuerza cuando menos se pensase.

Felizmente comenzaron á aparecer señales de una naturaleza tan nueva y consoladora, que bastaron para distraer á los mas descontentos de sus negras cabilaciones. Corria viento fresco, y la mar habia perdido aquel aspecto de inalterable calma, cuya duracion tanto alarmaba á las tripulaciones.

Serian las ocho de la mañana, cuando un grito de alegría de Andrés Leal, atrajo todas las miradas hácia la verga donde estaba en acecho, y desde la cual señalaba un objeto que venia flotando sobre las olas: era un hermoso junco, verde y fresco, á cuya vista los marineros prorumpieron en ruidosas aclamaciones de alegría; pues conocíase bien que aquella planta acababa de ser arrancada ó cortada de la tierra.

—Ved ahí un buen presagio, dijo Colon; pues si las plantas marinas pueden criarse en el fondo del mar, los juncos necesitan la luz del cielo.

Esa pequeña circunstancia hizo revivir las esperanzas, casi perdidas, y decaer la malevolencia de los descontentos. Una agitacion de nueva especie se apoderó de todos; las vergas se poblaron de observadores, que miraban al Occidente con vivo anhelo: el movimiento de los buques parecia mostrar que estos tomaban parte en la emocion de sus tripulantes: la *Pinta* y la *Niña* iban y venian en torno de la almiranta como por mero pasatiempo.

De allí á poco rato aparecieron otras plantas frescas, y Sancho afirmó haber visto un pescado de los que solo se crián junto á las rocas. A la una del dia, la *Niña* se acercó á la *Santa Maria*, y Vicente Yañez hizo señas como queriendo comunicar alguna noticia.

—¿Qué ocurre, camarada? le gritó Colon. Parece que deseais anunciarme alguna cosa buena.

—Es verdad, señor Almirante, respondió el patron de la *Niña*. Hemos visto pasar una rama de espino fresca y con sus majuelas coloradas. Este es un indicio que no puede engañarnos.

—Decís bien, amigo mio. Al Occidente! No hay que desanimarse. Dios nos anuncia el fin de la jornada.

La alegría y la esperanza de los marineros crecieron en sumo grado; y los que poco antes abrigaban en su corazon las mas negras intenciones y los mas sombríos pensamientos, ahora se sonreian

á la menor palabra placentera, y se avergonzaban de que el Almirante les mirase. Nadie se acordaba de España, sino pensando ya en las maravillas que iban á ver y que podrian contar á sus parientes y conocidos; hablaban todos á un tiempo sin entenderse, y dejaban cortada una frase á medio decir, para fijar la vista en el estremo limite del mar.

Así pasaron algunas horas, y apenas se iba enfriando aquel fuego de la esperanza, cuando vino á reanimarlo un grito que partió de la *Pinta*. Este buque cargó velas para ponerse al paio, y al mismo tiempo se vió botar de él una lancha. No tardó la *Santa María* en alcanzarle; y entonces, Colon, disimulando su emocion cuanto podía, preguntó:

—Qué novedad tenemos, Martin? No creo que me querais anunciar la presencia de la tierra; pues aunque estamos próximos á verla, todavia quiere Dios que la deseemos.

—La tierra es ya cosa cierta, señor D. Cristobal, contesto Pinzon; y hemos de verla de hoy á mañana, ó no la veremos nunca.

—Que habeis encontrado? decid.

—Hace cosa de una hora, hemos visto pasar una caña, de esas que, segun cuentan los viajeros, sirven para fabricar el azúcar en Oriente. Pero no es solo esto; acabamos de encontrar un tronco de árbol, un palo y otras cosillas que demuestran la proximidad de una tierra habitada.

—Loado sea Dios! exclamó Colon. Y no habeis podido coger algunos de esos objetos?

—Si señor: todos los tengo á bordo. Para esto he mandado botar una lancha.

—Bien hecho, amigo Martin: cargad velas y enviadme algunas de esas cosas, para que yo pueda apreciar su importancia.

Pinzon se apresuró á obedecer; él mismo saltó á la lancha, y momentos despues se presentaba presuroso y lleno de júbilo sobre la cubierta del buque almirante, seguido de dos hombres que traian los objetos conquistados poco antes al mar.

—Ved aqui, señores, dijo Martin con mas orgullo que si mostrase los despojos de un enemigo vencido en reñida batalla: mirad una tabla de madera desconocida, y labrada con mucho esmero:—ved

este tronco tambien de un árbol raro: este trozo de caña dulce está acabadito de cortar: pero lo mas notable es este baston de viaje todo lleno de labores, que se conoce ha sido trabajado por manos hábiles. Qué decís de todo esto?

—Que Dios nos da consoladores testimonios de su infinita bondad, respondió Colon examinando unos despues de otros aquellos objetos, que en seguida pasaban de mano en mano recorriendo toda la nave. —Ya no es posible á nadie dudar de nuestro triunfo.

—Estas cosas, dijo Martin, deben provenir de algun buque zozobrado; pues venian todas juntas; quizá mas allá encontraremos algunos cadáveres en prueba de mi presuncion.

—¿Por qué ha de ser asi? repuso el Almirante. No tengamos pensamientos tan tristes, amigo Martin. Estos objetos pueden haber caido en el mar separadamente, y una vez agrupados por el oleaje, como muchas veces sucede, han podido flotar juntos por la fuerza de cohesion que atrae en el agua todos los cuerpos leves. Pero vengan de donde quiera, nos certifican de un modo infalible que estamos cerca de una tierra, y lo que mas importa, de una tierra habitada por los hombres.

Difícil seria describir el entusiasmo que inflamó á las tripulaciones desde este momento. Hasta entonces solo habian visto pájaros, peces, yerbas y otros indicios poco seguros; pero lo que ahora se presentaba ante sus ojos era extraordinario, y revelaba la proximidad de un pais nunca visto y la existencia de seres humanos en aquella remota parte del mundo. No podia ya quedarles una sombra de duda en las promesas del Almirante; pues si bien es verdad que aquellos objetos podian haber recorrido en el mar distancias inmensas, esta posibilidad no era admisible en aquella ocasion; porque el trozo de caña dulce parecia recién cortado, y la rama de espino encontrada por los de la *Niña* estaba verde y sin marchitar.

Martin Alonso volvió á su carabela, y la flotilla siguió con ardor la ruta del Occidente, aunque algo inclinada al Sur por la fuerza del viento.

Así continuó la espedicion hasta la traspuesta del sol, á cuya hora las vivas esperanzas despertadas durante el dia comenzaron á debilitarse en los menos animosos: era aquel dia el trigésimo cuarto

que nuestros aventureros miraban ocultarse el astro brillante detrás de una línea de agua, desde que salieron de la Gomera: casi todos contemplaban con afán indescriptible la curva resplandeciente del Océano, y aunque el cielo estaba completamente despejado, ningún objeto veían mas allá del horizonte azul que formaban las aguas.

El viento comenzó á refrescar á medida que entraba la noche, y presentándose decididamente favorable á los deseos de Colon, este reunió las naves, como acostumbraba hacerlo á tal hora, y dió nuevas órdenes para gobernar directamente al Ocaso.

Apenas oscureció, los buques emprendieron el rumbo señalado, y comenzaron á marchar con la velocidad de nueve millas por hora: parecia como si estuviesen resueltos á penetrar los misterios del sol es su retiro nocturno, caminando veloces hasta que un gran descubrimiento coronase sus esfuerzos.

Y al mismo tiempo que las naves tomaban aquel rumbo cortando ligeras el apacible mar, las tripulaciones entonaban el himno religioso de la tarde, «Salve, Reina y Madre de misericordia! vida y dulzura, esperanza nuestra, salve!» Nada mas bello, nada mas sublime ha debido oirse en el mundo, que este cántico de esperanza, esta plegaria de amor dirigida á la Virgen madre simbolo eterno de la pureza, y elevada al cielo entre los suspiros de la brisa, el ludir de las jarcias y el murmullo de las aguas parleras, y en medio de la inmensidad del Océano. El mismo anhelo de los inquietos navegantes, y la idea de aquel misterio, cuyo velo consideraban próximo á romperse, prestaba á sus voces rudas una emocion desconocida. Jamás aquel cántico habia resonado tan dulcemente en los oidos de Colon, y mas de un duro marinero sintió rodar las lágrimas por sus tostadas mejillas.

Concluido el acto religioso, los que el dia antes se habian dejado llevar por la desesperacion á demostraciones sediciosas, se acercaron espontáneamente al Almirante impetrando el perdon de su falta. Colon hizo que todos le rodeasen, y colocándose en punto que pudiese dominarlos, con acento conmovido les dijo:

—«No encuentro en lo pasado, amigos míos, ningún motivo de pesar; y si solo de reconocimiento á la bondad divina que tanto nos ha favorecido durante este largo viaje. Si vuestras dudas, vacilaciones y hasta violentas quejas han herido tal vez mi corazón, no han podido,

sin embargo, entibiar el afecto que todos me mereceis; porque antes de formularlos vosotros mismos, he sabido darme cuenta de los sentimientos que se agitaban en vuestras almas, y disculpar vuestros excesos. Olvidemos ya todo resentimiento y todo disgusto pasado, para solo recordar los beneficios que Dios nos ha dispensado. Yo apelo á la memoria de los mas viejos marineros; díganme estos si hay ejemplo de un viaje, no tan largo, pues ninguno le iguala, sino de tantos días, en que los vientos hayan sido tan favorables, el mar tan apacible y el tiempo tan propicio, como en esta ocasion. Dios está en medio del Océano como en los santuarios de la tierra, y no creeria en él quien desconociese que su mano benéfica nos ha sostenido para seguir con perseverancia esta empresa: él nos ha conducido paso á paso, por decirlo asi, poblando el cielo de aves, mostrándonos en el mar peces extraordinarios, sosegando las aguas para facilitar nuestra carrera, moviéndolas para desvanecer nuestros temores, cubriéndolas de plantas para alentar nuestras esperanzas.

«Hoy nos ha mostrado los mas seguros pronósticos, y mis cálculos, acordes con estas pruebas, me inducen á creer que esta noche misma veremos la tierra deseada. Por lo tanto, amigos míos, velad y estad atentos; pues además de la recompensa de diez mil maravedís de renta anual prometida por nuestros soberanos, yo ofrezco una ropilla de terciopelo, digna de un grande de España, al primero que vea el pais cercano. Esta noche ha de ser la última de nuestras inquietudes, y mañana el dia mas feliz de mi vida. No dudeis ya, hijos, que ha llegado el momento de arrancar á las tinieblas del Océano un nuevo mundo, para ofrecerlo á España, ante los ojos atónitos de Europa.»

Estas palabras entusiastas produjeron todo su efecto, y mas aun cuando Colon, al concluir las, previno que, pasadas tres horas, se cargasen velas y se redoblase la vigilancia, para evitar el choque de las naves con alguna costa desconocida. El sabio navegante hablaba por intuicion, como si ya estuviese viendo las playas y las rocas de la cercana tierra.

Los marineros se esparcieron por todo el buque, buscando los lugares mas adecuados para estar en observacion; y al poco rato reinaba á bordo un silencio profundo, á pesar de que nadie dormía.

Colon se quedó sobre la popa, y don Juan, despues de hacerle compañía algunas horas, se acostó en una vela y comenzó á soñar en doña Sol y en el momento de su vuelta á España.

Nada es comparable al interés solemne de aquella noche importante, y en vano intentaríamos describirlo con sus propios colores. El silencio daba un inmenso realce á la gravedad de la situacion en que los aventureros se encontraban. A pesar de la órden comunicada á todos los buques de marchar con cautela despues del primer cuartito, singlaban aquellos con rapidez, como suelen correr los caballos puestos en competencia, aun despues que sus ginetes los refrenan. Delante de todos iba la *Pinta*, cuyos negros contornos se divisaban desde el buque almirante, del cual distaba cosa de media legua: separada del mismo poco mas de una milla, se deslizaba la *Niña*, gallarda como una doncella de quince años. La *Santa María*, cuyos aparejos habian sido reparados por Andrés Leal y Per-Afan, navegaba aquella noche con mas facilidad que otras veces.

Todo hablaba á los hombres un lenguaje misterioso: los murmullos del viento les parecian voces extrañas proferidas por seres fantásticos; y al percibir el ruido de las olas que pasaban lamiendo los costados de los buques, los marineros volvian frecuentemente la cabeza, figurándose que bullian en torno suyo millares de espíritus, evocados del mundo oriental.

Colon velaba en su puesto: su poderosa voluntad no habria bastado aquella noche á someter sus sentidos al sueño: de vez en cuando suspiraba; permanecia unos ratos en pié, otros sentado, ya teniendo entre las manos su frente pensadora, ya mirando con ahinco al Occidente oscuro, ó levantando los ojos hácia el cielo estrellado, que brillaba con todo el esplendor magnífico de los climas tropicales. Pero este estado de ansiedad ardiente no se prolongó mucho tiempo: serian las once de la noche, cuando el sabio aventurero, que á la sazón apartaba la vista del Occidente, creyó percibir un poco hácia la derecha un nuevo indicio: inclinóse para mirar con suma atencion, haciendo sus facultades superiores á las del hombre; y quitándose en seguida la toquilla, exclamó:

—Gracias, Dios mio!

Pero en el acto, como si temiese confiar en el testimonio de sus

sentidos, se acercó á don Juan, y moviéndole con mano trémula, le dijo:

—Levántate, hijo mio, y mira aquello, no sea que mis ojos me engañen: observa á través del buque, allí, algo á nuestra derecha: ¿no ves alguna cosa extraordinaria?

Don Juan cuyo sueño no era profundo, estuvo despejado en el momento; y fijando la vista en la dirección que le señalaba el Almirante, respondió:

—Sí, señor, sí, pardiez! Allí veo una luz, que se mueve como si alguien la llevase en la mano, ó como si la moviesen las olas.

—Observa bien que esa luz no está en ninguno de nuestros buques; pues vélos allí donde van.

—No, no, aquello es otra cosa. Pero, ¿qué puede ser esa luz?

—Esa luz, D. Juan, está en la tierra, ó en algun barco perteneciente á las Indias. Corre, amigo mio, y despierta á Rodrigo de Segovia.

El veedor de la flota llegó pocos momentos despues al lado del Almirante. Pero ya no se veia la luz: al cabo de media hora, reapareció un instante y se apagó.

—La tierra está á la vista, dijo tranquilamente Colón: dentro de algunas horas podremos contemplarla. Esa luz que acaba de apagarse no puede engañarnos, pues ningun fenómeno del mar se le parece.—Compañeros, añadió volviéndose á los marineros, que se habian acercado al rumor de la conversacion.—Entregaos á la confianza, y dad gracias á Dios. Esta vez, yo os afirmo con toda seguridad, que al salir el sol podreis pisar la tierra. Descansad ya, si quereis: nuestra grande obra está consumada.

Hubo durante dos minutos un ruido de murmullos entre los marineros, que, poco dispuestos á admitir la certidumbre absoluta del resultado, sentian sin embargo latir su corazon á impulsos de una viva esperanza. En seguida se restableció el silencio, y todos volvieron á sus puestos rehusando el descanso. Diego Mendez y Elvira estaban con Sancho en lo mas avanzado de la proa, mirando al Occidente como los demás. El escudero, entrando en relaciones con los dos jóvenes amantes y haciéndoles conocer que poseía sus secretos,

había llegado á ganar su confianza, y se portaba con ellos como fiel amigo y auxiliar.

Per-Afan estaba encaramado en la verga de trinquete, y Andrés Leal sobre la gavia. Los demás ocupaban puestos mas ó menos avanzados de observacion, esperando la luz del alba, que á todos parecia tardar mas aquella noche que las anteriores.

Así pasaba el tiempo, y las carabelas seguian avanzando con brisa bonancible. A la madrugada, una luz repentina y breve como la del relámpago rompió las tinieblas, que en seguida volvieron á cerrarse cubriendo el Océano, y á los pocos momentos llegó al buque almirante el trueno del cañon de la *Pinta*, luchando con el viento que soplabá en direccion contraria.

—¡Martin Alonso nos habla! exclamó Colon. Esta vez no habla en vano.—¿A ver? ¿Quién es el que está subido en la verga de trinquete?

—Soy yo, señor Almirante, respondió Per-Afan. Aquí estoy desde que anoheció.

—¿No ves alguna cosa hácia Poniente? Mira bien.

—Bien miro, señor; pero no veo mas que una sombra muy confusa: sin embargo, la *Pinta* carga velas, y la *Nña* tambien acorta la marcha.

—¡Es cierto! ¡Es cierto! exclamó Colon. Nadie se engaña esta vez.—Roldan, avancemos cuanto se pueda, para alcanzar pronto á nuestros compañeros.

Antes de media hora estaban juntas las tres carabelas y hendian lentamente las ondas; la animacion que en todas ellas ocasionaba el grande acontecimiento anunciado no tenia nada de estrepitosa, como en las anteriores ocasiones: habia en esta, por el contrario, una solemnidad grave en la espresion de los sentimientos, como si cada hombre estuviese poseido de respeto y de orgullo por la grande obra que se iba á consumir.

No bien llegó la *Santa María* á las aguas de la *Pinta*, Colon tomó de la mano á D. Juan, é inclinando hácia él su cabeza, exclamó con la vista fija en un punto oscuro del horizonte:

—¡Alégrate, hijo mio! ¿Vé allí las Indias! ¡El gran problema está resuelto!

CAPITULO XXVIII.

¡Tierra!



IGUIENDO nuestro jóven D. Juan la mirada del Almirante, percibió entre las sombras de la noche una eminencia, que cortaba la diáfana lisura del cielo: estendiase en declive algunas leguas hácia el Sur, y por último desaparecia en la conjuncion del mar con el espacio: Aquella eminencia tenia todos los contornos, la densidad y el color de la tierra vista de noche.

Las dos ó tres horas que faltaban para la venida del dia tuvieron un extraordinario interés. Durante aquel tiempo, las tres carabelas procuraron marchar agrupadas, cuanto lo permitia su propia seguridad, y los marineros de unas y otras se dirigian el parabien con acento conmovido, pero sin atreverse á levantar mucho la voz, como si esto fuera en aquel momento un desacato, ó como si temiesen espantar su buena dicha.

Colón guardaba el más absoluto silencio: su emoción era de aquellas que, ó se exhalan á gritos inarticulados, ó no hay palabras que las expresen. Él creía encontrarse en la estremidad del Oriente, y su imaginación le representaba los magníficos espectáculos descritos por Marco Polo y otros exploradores de aquellas regiones poco conocidas. No esperaba que el próximo sol iluminase la opulenta comarca del Catay; pues á pesar de la oscuridad, podía conocer que solo tenía delante una isla de mediana extensión: pero se figuraba esta isla como un paraíso, como una mansión de delicias, no contribuyendo poco á exaltar su fantasía el riquísimo perfume procedente de la tierra que halagaba sus sentidos.

Mentalmente hacía esfuerzos para coordinar sus ideas y hablar consigo mismo; pero sus reflexiones eran atropelladas é incoherentes. De la contemplación imaginaria de un país inmenso y rico en toda clase de grandezas naturales y artificiales, pasaba de repente á la corte de la reina Isabel, saltándole el corazón en el pecho á la idea del momento futuro en que se presentase á aquella señora triunfador. La imagen de las nobles damas que le auxiliaron en sus pretensiones, la del padre Marchena y demás amigos exaltaban su gratitud, y la memoria de sus hijos y de doña Beatriz derramaba en su alma tesoros de amor y santo gozo.

No le inquietaba ya una impaciencia febril: veía resuelto el problema propuesto por su inteligencia: cumplido el gran fin á que había consagrado su vida; y como el atleta vencedor en la lucha ó en la carrera, se entregaba su espíritu al reposo antes de recibir el premio, saboreando las delicias de su propia satisfacción.

Cuando los primeros albores de la mañana comenzaron á platear el Oriente vistiéndolo de tintas nacaradas, el corazón del sabio marino se sobresaltó como el de un niño que se acerca por primera vez á recibir una recompensa por su aplicación. Aquella débil claridad, estendiéndose gradualmente sobre las azuladas ondas, y replegando las tinieblas al Ocaso, mostró en breve espacio los contornos de la isla: vieronse á poco aparecer en su superficie árboles frondosos y de especies desconocidas, y destacarse de la húmeda neblina, que las envolvía á modo de un blanco velo, las partes más salientes de las rocas, las ondulaciones y sinuosidades de la costa;

quedando por último visible todo el cuadro de un risueño paisaje, iluminado por la suave luz de la aurora.

La isla era baja; pero bastante graciosa para colmar de júbilo á unos hombres, que poco antes habian perdido la esperanza de volver á ver jamás la tierra: todos los aventureros tenian fijos los ojos en ella con un placer inexplicable.

—Por fin, señor Almirante, vamos á tocar la realidad de vuestras promesas, dijo Rodrigo Sanchez de Segovia, que aun gozando del contento general, se ocupaba ya con su notario en redactar el testimonio del descubrimiento. Ya vemos la tierra de las Indias; pero, ¿qué nombre tendrá esa bellissima isla que estamos mirando?

—Ignoro su nombre, respondió Colon; pero desde hoy llevará el que nosotros le demos.

—¿Se llamará Fernandina?... ¿Isabela?... ¿Bienhallada?...

—No, repuso el Almirante, amigo mio; Dios sobre todo; á él debemos nuestra ventura; sea para el nuestro primer pensamiento. Esa isla se llamará desde hoy de *San Salvador*.

Estaban todos los ánimos en aquellos momentos tan penetrados de gratitud hácia el Sér Supremo, que quantos oyeron á Colon, aplaudieron su pensamiento; y la isla quedó bautizada con el nombre del Salvador del mundo.

El sol se alzaba majestuoso y brillante sobre el Océano tranquilo, cuando sonaron repentinamente dobles gritos de sorpresa en las carabelas y en la isla.

¡Mirad! ¡Mirad! exclamó Sancho.

Y señalaba á la entrada de una frondosa selva, que se perdía en un amenó valle, á la entrada misma de una cala bastante profunda para servir de puerto á las carabelas. Todo el mundo fijó la vista en algunos seres humanos completamente desnudos, que aparecian saliendo del bosque, y que mostraban un pasmo asombroso con sus gritos y ademanes, al contemplar aquellas cascas flotantes, que ellos creian bajadas del cielo.

Por grande que fuese la admiracion de los aventureros no podia igualar á la de los sencillos naturales de aquel pais, que por primera vez en su vida veian llegar á sus costas gentes diversas que ellos, apareciendo de improviso al mismo tiempo que el sol. Así es que

juntaban las manos y miraban al cielo, ya profiriendo gritos de sorpresa, ya recatándose temerosos; ó bien corrían hácia el fondo del bosque para ir á dar aviso de la, para ellos, novedad prodigiosa á sus compatriotas, residentes en el próximo aduar.

La voz debió correr entre aquella gente de haber bajado á la tierra emisarios de sus dioses, ó los dioses mismos. Por lo menos, es un hecho averiguado que, tanto en la isla del Salvador ó de *Guanahani*, nombre que le daban sus naturales, como en todos los demás puntos que despues se fueron descubriendo, los indigenas atribuian á los españoles naturaleza divina.

Mientras los asombrados isleños observaban con timidez los monstruos alados, (tales debieron parecerles aquellos buques con velas), que maniobraban enderezando su rumbo al puerto, Colon daba las instrucciones convenientes para desembarcar, mandando preparar las armas, aunque bien se conocia la condicion nada hostil de los naturales; disponer la artillería para las salvas, que debian hacerse en el acto solemne de la toma de posesion, y sacar las banderas nuevas que al efecto se llevaban preparadas: encargó á los soldados que limpiasen sus corazas, cascos y demás arreos; y á los marineros que se pusiesen sus mejores vestidos.

En seguida se retiró á su cámara, sacó un traje de escarlata y se vistió y aderezó como un amante que va á visitar á su dama: no estaba, sin embargo, orgulloso de su descubrimiento: gozoso sí; pero su espíritu se elevaba movido por la gratitud hácia el supremo dispensador de todos los bienes. Despues de bien vestido y adornado con las insignias de su alta dignidad, tomó papel y pluma, y escribió en latin una oración de gracias al Todopoderoso.

Don Juan, auxiliado por Sancho, se acicalaba tambien, poniéndose una brillante armadura y ciñéndose su espada de combate, que era una rica pieza, en cuya empuñadura brillaban algunas turquesas y un magnífico diamante.

—¿A quién escribís, señor D. Cristóbal? dijo el jóven, que habia recobrado completamente su genial travesura.

—Escribo á Dios, hijo mio, respondió el Almirante. Pero le escribo en latin, y bueno será que traduzcamos esto en castellano,

para que lo repitan conmigo todos nuestros compañeros. Siéntate, D. Juan, y escribirás tú también

Don Juan obedeció, y Colón le dictó en castellano su oración latina, que así decía:

« Eterno y omnipotente señor Dios, que con tu sagrada palabra « criaste el cielo, la tierra y el mar, bendito y glorificado sea tu « nombre, alabada tu majestad, que se ha dignado acorrer á tu hu- « milde siervo: sea, señor, conocido y predicado tu sagrado nombre « en esta otra parte del mundo » (1).

Esta traducción fué transmitida en copias á las tres carabelas, para que, leyéndola en alta voz á las tripulaciones, la aprendiesen, ó al menos la repitiesen todos.

Al salir de la cámara Colón y D. Juan brillantemente compuestos, el puente de las carabelas presentaba un aspecto de felicidad, como el que ofrece un hermoso día de fiesta en mayo. Los pilotos, aderezados ya con sus mejores ropas, dirigían las maniobras para fondear, que eran ejecutadas por los marineros endomingados: resplandecían acá y acullá las armas de los soldados multiplicando los rayos del sol.

—Hermoso viérnes! Feliz 12 de octubre! dijo Colón á su fiel amigo. ¿No has notado una coincidencia singular, D. Juan? Que viérnes fué el día de nuestra partida de España, y en viérnes hemos descubierto la tierra de Oriente? Día memorable, que nos recuerda el sacrificio del Salvador del mundo! Ah! Todo me muestra que yo no debo arrogarme ningún mérito en esta grande obra, y sí humillarme ante los altos fines del Eterno.

Todo estaba dispuesto para desembarcar: las tres carabelas botaron al agua sus lanchas: Colón saltó el primero á la suya, conduciendo el pendón real de Castilla y Aragón: Martín Alonso y su hermano Vicente Yañez Pinzón le siguieron, llevando cada cual su respectiva bandera con la enseña de la expedición, que consistía en una cruz, y las iniciales Y. F. de Isabel y Fernando, bajo una dia-

(1) Esta oración, tal como se dice que Colón la compuso en latín, la usaron después Balboa, Cortés y Pizarro en sus descubrimientos, por orden de los reyes.

CRISTOBAL COLON.



Toma de posesion.

dema real. A cada uno de los capitanes acompañaban sus oficiales, buen número de soldados y marineros, quedando solo en los buques los indispensables para cuidar de ellos y hacer la salva correspondiente.

Apenas saltaron en tierra, Colon se arrodilló para dar gracias á Dios por el buen éxito de la expedicion: todos sus compañeros le imitaron, rodeándole y rindiendo sus banderas: un silencioso recogimiento siguió á la primera expresion de gratitud, y lágrimas de regocijo bajaron á regar aquella tierra virgen.

Los isleños atemorizados al principio, viendo aquellas gentes maravillosas, segun ellos, ocupadas en actos pacíficos, se acercaron hasta la entrada del bosque para contemplarlas: pero pronto embargó sus espíritus un terror religioso, al oír el estampido de los cañones que disparaban en las carabelas, á tiempo que Colon levantándose, desenvainaba su espada y tremolaba el pendon real, aclamando la toma de posesion de aquella tierra por la corona de Castilla.

Los gritos de: ¡Viva la Reina! y ¡viva el Rey! unidos al estruendo marcial de la artillería; el entusiasmo y júbilo de los aventureros que se agrupaban en torno de las tres banderas; que, descubiertas las cabezas, levantaban al aire sus brazos; todo aquel conjunto lleno de vida formaba un cuadro digno del pincel de Velazquez.

Los tímidos indios se habian tirado al suelo y se tapaban los oídos con las manos; mas luego señalaban á los recién llegados y miraban al cielo: viendo, por último, que sus extraños huéspedes ningun daño intentaban hacerles, comenzaron á venir hácia ellos primero muy pocos, despues en mayor número; pero sin atreverse todavía á pasar de una distancia respetuosa.

Colon miraba en torno suyo para hacerse cargo de la importancia de su descubrimiento, en tanto que el escribano de la flota Rodrigo de Escobedo instruía las diligencias que debian acreditar en todo tiempo la toma de posesion de aquella isla deliciosa; y viendo el Almirante la timidez de los sencillos naturales, mandó á Sancho ir á bordo y traer cascabeles, sartas de abalorios y otros juguetes propios para ganar la confianza de aquella rústica gente.

Sancho se apresuró á obedecer, y á su vuelta fué el primero que

se adelantó hacia los indios, mostrándoles aquellos fútiles objetos, á cuya vista corrieron en tropel, con la alegría cándida de inocentes criaturas. El sonido de los cascabeles produjo en ellos un efecto maravilloso: brincaban y saltaban de contento, articulando palabras incomprensibles para los españoles. En pocos momentos, Sancho se vió rodeado de mas de treinta individuos desnudos, como Adán y Eva en el paraíso, entre los cuales solo habia una mujer de muy bellas proporciones.

Era digno de ver el aplomo y la gravedad con que Sancho les dirigia la palabra, como si pudieran entenderle, y cómo repartia entre ellos sus dones.

—¡Poco á poco, vasallos! les gritaba, figurándose acaso estar ya mandando en su isla de Chulipango.—No hay que apresurarse, que para todos habrá algo.—¿A ver? apartaos, añadió separándolos y llamando con la mano á la mujer: toma tú, princesa Chulipamploña, este collar de diamantes.

La mujer se acercó sin el menor asomo de recelo, sin muestra alguna de empacho por su completa desnudez, y recibió con frenético regocijo el collar de cuentas de vidrio, que Sancho colgó ceremoniosamente en su cuello.

Todos los indios mostraron con gritos y ademanes el contento que les causaba la distincion galante de Sancho; pero aunque no disimulaban el placer que sentian mirando y poseyendo cualquiera de las baratijas de sus huéspedes, era tal su sencillez de carácter que no las codiciaban; y observando que el escudero y otros señalaban á ciertos aretes y planchas de oro que ellos llevaban pendientes de las narices y cuello, se desprendian generosamente de tales adornos, y los entregaban sin pedir nada en cambio.

Mas que la codicia, les estimulaba la curiosidad. Así es que, en breves momentos, los marineros y soldados, que acudian á verlos, se encontraron mezclados con ellos, teniendo que sufrir el exámen mas minucioso. Los indios les tocaban gozosos las ropas y corazas, manoseaban sus barbas, contemplaban con admiracion la blancura de sus rostros y manos, tomaban sus armas, y hubo algunos que se cortaron cogiendo las espadas por la hoja.

El aspecto salvaje de los habitantes de Guanahani, su sencillez primitiva, su falta completa de cultura y civilización no podían en modo alguno satisfacer las miras del Almirante, que había esperado y prometido encontrar países fabulosamente ricos: la isla parecía, en verdad, fértil y hermosa; pero, ni sus bosques poblados de árboles frutales, ni sus magníficas plantas raras, ni sus variadas flores podían corresponder á las aspiraciones de la expedición, ni compensar suficientemente los trabajos de los aventureros.

Colón trató de averiguar si existían cerca de allí otras tierras más dilatadas y ricas; y por las señas que le hicieron los indígenas contestando á sus preguntas, llegó á comprender que había un vasto territorio y gentes civilizadas y opulentas al Nor-oeste, y otras islas muy grandes al Sur y Sud-oeste. Siendo la descubierta una de las Bahamas, y según las mejores apreciaciones la que los ingleses llaman isla del *Gato*, se deja conocer que los indios, en su lenguaje mudo, se referían á la parte avanzada del continente hoy conocido con el nombre de América septentrional, y á las islas de Cuba y de Haití.

Pero Colón, no pudiendo obtener explicaciones claras y precisas, y subyugado por las ideas preconcebidas en sus estudios anteriores, creyó que la tierra del Nor-oeste sería el imperio del gran Kan, y las islas de Sur, Cipango y algunas otras, de las que contaba tantas maravillas el veneciano Marco Polo.

Mientras se obtenían mejores informes, dióse por aquel día completo descanso á las tripulaciones: á la noche todos se retiraron á dormir en las carabelas; y apenas amaneció, se vió acudir multitud de indios que nadaban en torno de ellas, ó bien llegaban en canoas formadas de un solo tronco de árbol, pero bastante capaces para contener hasta cuarenta personas: impelíanlas por medio de unas paletas cortas y anchas por el extremo que entraba en el agua, y si alguna vez se volcaban, pronto las restablecían á su natural postura nadando al rededor de ellas.

De este modo hicieron frecuentes visitas á los españoles, trayéndoles aretes de oro, aunque en escasa cantidad, ovillos de algodón muy bien hilado, frutas y tortas de pan de cazaba ó de maíz, que

era su principal alimento. En cambio mostraban ya vivos deseos de poseer cualquier bagatela, por cuanto creían que todo objeto venido de manos de los españoles era un don celestial.

¡Felices ignorantes!—No estaba lejano el día, en que habían de maldecir los dones de los hombres civilizados.





LIBRO CUARTO.

EL NUEVO-MUNDO.

CAPÍTULO I.

Babeque y Bohio.



o cabe en nuestro plan un minucioso relato de la exploracion que siguió al primer descubrimiento de tierra en el Nuevo-Mundo: los que tengan curiosidad y paciencia para detenerse en ello, pueden acudir á las relaciones de viajes, donde mas particularmente se contienen las idas y venidas de isla en isla y de costa en costa, que precedieron á los grandes resultados de la expedicion.

Solamente diremos para satisfacer á los mas curiosos que la flotilla española permaneci6 tres dias delante de Guanahani 6 San Salvador, mientras el Almirante reconocia sus costas; que el 14 de octubre por la tarde levanto anclas, y llevando á bordo siete indios, para que sirviesen de guias, se entretuvo en registrar aquel archi-

pielago, donde fueron visitadas particularmente tres de las mayores islas, á las cuales se dieron los nombres de la *Concepcion*, *Fernandina é Isabela*; y que por último aportaron las carabelas, en la mañana del 28, á la isla de *Cuba*, tocando por primera vez, según cálculos prudenciales, á ocho leguas Occidente de Nuevitas del Principio, en el parage conocido con el nombre de *Carabelas grandes*.

Muchos dias pasó Colon reconociendo las costas de la isla, cuya vasta estension le hizo creer por algun tiempo, que habia llegado á los límites orientales del Asia, pero el estado salvaje de los pocos naturales que pudo ver por aquellas riberas, y que menos sencillos que los de Guanahani escapaban huyendo tierra adentro, al aproximarse las carabelas, le obligó á pensar que aun distaba de allí el término de sus soñadas ilusiones.

Para la mayoría de los aventureros, los países descubiertos tenían el interés y el atractivo de la novedad; pero no la importancia que ellos mismos les atribuyeran antes de verlos, ateniéndose á sus esperanzas. Las fatigas y los esfuerzos habian sido grandes, y no veían ellos suficientemente recompensados tantos afanes y zozobras.

Para Colon, cuyo talento abarcaba un horizonte mas estenso en los resultados, la presencia de aquellos territorios vastísimos, que por do quiera presentaban un suelo férvido y una vegetacion exuberante, le mostraba, si no la completa realizacion de sus deseos, un mundo de esperanzas en flor, que muy pronto debían convertirse en óptimos frutos.

Pero no desconocia, que era de la mayor importancia tocar de una manera positiva las ventajas de su expedicion.

El dia 31 de octubre, despues de haber explorado gran parte de las costas de Cuba hácia Poniente, habian vuelto las carabelas á una hermosa bahía en la embocadura de un caudaloso rio, designado por los españoles con el nombre de Rio de Mares; y porque la playa era magnífica, y los buques necesitaban de reparo, mandó el Almirante echarlos en tierra para recorrerlos. Esperaba que, durante este tiempo, los habitantes de las islas, atraidos por la novedad, acudirian, y que agasajándoles se conseguiria tomar lengua de ellos, para saber algunas noticias del dilatado país que delante se presentaba.

Con efecto, algunos comenzaron á bajar á la playa, depuesto el temor que al principio les habia hecho alejarse; y merced á las esplicaciones de los indios de San Salvador, comprendieron aquellos que estaban en presencia de seres benéficos bajados del cielo.

Imposible seria transcribir literalmente los primeros diálogos que mediaron entre gentes de tan diversas ideas y lenguas; pero vamos á dar una muestra de lo que unos y otros espresaban y entendian por sus preguntas y respuestas.

Traído á la presencia de Colon un cubano de los que mas inteligentes parecian, y despues de obsequiado con cascabeles, algun manjar y un vaso de vino, el Almirante le preguntó si existia en aquel país algun rey ó gran señor, llevándose las manos á la cabeza y haciendo ademanes de dignidad y mando.

El indio le contestó afirmativamente, postrándose en tierra y dando las mayores muestras de respeto y amor.

Quería decir, que reconocia en Colon mismo al señor mas poderoso y benéfico, y que estaba penetrado de su origen sobrenatural; pero Colon entendió que efectivamente habia en la isla un gran príncipe, el cual residia lejos de allí.

Preguntó al indio por señas, si aquel señor era muy rico, llamándole la atencion hácia una plancha de plata que él mismo llevaba pendiente de la nariz; y el sencillo cubano, señalando á la brillante armadura de D. Juan, y haciendo extremos de admiracion, rodeó con los brazos todo su cuerpo.

Quería decia, que jamás habia visto mayor grandeza que la de los españoles, pues los habia entre ellos que llevaban el cuerpo todo vestido de plata y oro. Pero Colon y sus compañeros entendieron que el rey de aquella tierra llevaba una armadura completa de aquellos preciosos metales.

Deseó el Almirante saber, si aquel supuesto rey mantenía ejércitos, y para hacer comprensible su pregunta, dispuso que algunos soldados esgrimiesen las armas, y señaló al mismo tiempo á una cicatriz que tenia el indio en un brazo. Al punto exclamó este con horror:

—¡*Bohio!*—¡*Bohio!*

Y los indígenas de San Salvador repitieron la misma palabra señalando al Sud-este.

Querían significar, que hacía aquella parte existía una tierra poblada por gentes feroces, las cuales asesinaban y se comían á sus semejantes, y que las cicatrices de sus cuerpos eran resultado de luchas con aquel pueblo guerrero. Colón entendió perfectamente el sentido de esta respuesta.

Pero no era tan afortunado cuando intentaba descubrir los criaderos del oro, cuyo metal usaban los indios como adorno de sus personas, aunque en escasa cantidad. Al señalarlo, preguntándoles de donde lo sacaban, todos ellos contestes pronunciaban la palabra *Babeque*, y designaban también el Sud-este, mezclando en sus respuestas la palabra *Bohío*.

Todas las indicaciones de aquellos salvajes parecían demostrar de un modo indudable, que había un país abundantísimo en oro y otras riquezas minerales, y que este país y el de los *caribes* ó indios feroces yacían en una misma dirección; pero el nombre de *Babeque* daba lugar á falsas interpretaciones, pues los españoles entendían que así se llamaba alguna isla rica en oro y piedras preciosas, siendo así que los naturales querían sin duda expresar otra idea, ó acaso llamaban *babeque* al oro mismo.

Insistiendo Colón en la idea de que la isla de Cuba, cuya extensión era imposible calcular, fuese una parte avanzada del continente asiático, y presumiendo que más adentro estaría el imperio del gran Kan, volvió á preguntar al indio cubano por medio de los de Guanahani, que mejor podían entenderle, si existía un príncipe poderoso, señor de aquella tierra.—El cubano esta vez respondió acorde, con muestras inequívocas de afirmación, pronunciando la palabra *cacique*.

Para sacar en claro esta conjetura, dispuso Colón que mientras las carabelas permanecían baradas en la embocadura del río de Mares, partiesen algunos emisarios tierra adentro en busca del gran Kan ó de cualquier otro soberano.

Al efecto fueron escogidos entre los soldados uno llamado Rodrigo de Jeréz, natural de Ayamonte, y Luis de Torres, judío converso, que poseía los idiomas hebreo, árabe y caldeo, á quienes se entre-

garon las cartas credenciales que los reyes de España habian dado á Colon; proveyóseles además de cantidad suficiente de abalorios, cascabeles, peines y espejos para cambiar por otras cosas necesarias á su sustento; y se dispuso que les acompañasen, como intérpretes, un indio de los de Guanahaní, y el mismo cubano, á quien se regaló mucho por despedida para asegurar mas su confianza y agradecimiento.

Estaban ya para partir estos singulares embajadores, cuando Sancho que, desde la llegada al Nuevo-Mundo, se mostraba mas que nadie ávido de novedades, se acercó á su amo y le dijo:

—Señor, todos son aquí mas afortunados que yo, y esto no es justo: yo puedo alegar servicios mas importantes que otros muchos, y sin embargo, no se piensa en mí cuando se trata de comisiones honoríficas.

—¡Diablo de Sancho! exclamó D. Juan de modo que Colon pudo oírle. Nunca has de estar contento. ¿Qué mas quieres, perillan, puesto que te se deja en libertad de holgar?

—Es que yo no he venido á holgar, bien lo sabeis: yo tengo ambicion y deseo verle las barbas al gran Kan y á sus hijas.

—Pues no lo lograrás; porque en esta tierra no se usan barbas, á no ser que las hijas del gran Kan sean una escepcion de la regla.

—Nada tendria eso de extraño, repuso el escudero muy formal; pues uno de esos indios de San Salvador, con quien yo trato á menudo, me esplicó ayer, que en *Bohio* existen unos hombres muy altos, los cuales tienen un solo ojo en la frente: las Indias no son como las otras partes del mundo, y yo me muero por ver todas las cosas raras de este país, aunque no sea mas que para llevar que contar cuando volvamos al nuestro.

—En una palabra dijo D. Juan: ¿qué es lo que ahora solicitas?

—¡Pardiez! Ver mundo; y sobre todo, á ese gran príncipe, que se viste de oro y plata. Pudiera ser que yo le cayera en gracia al buen señor, y que me regalase alguna de sus armaduras desechadas.

—Debo recordarte, señor codicioso, que el oro de estas tierras pertenece á la corona, y que por lo mismo ha prohibido el Almirante hacer de él tráfico particular.

—¡Oh! respondió Sancho. Libreme Dios de infringir las ordenan-

zas de mis superiores: yo, señor, respetaré siempre los derechos de la corona; pero bien podré tomar lo que me regalen: esto no será traficar, me parece, ni está comprendido en las ordenanzas.

— ¡Maldito! exclamó don Juan. Sabes mas que un letrado.

Colón se enteró de las pretensiones de Sancho, y como estaba muy satisfecho de su comportamiento durante la expedición, accedió gustoso á sus deseos, permitiéndole acompañar á Luis de Torres y Rodrigo de Jeréz.

Los tres embajadores partieron en busca del gran Kan el día 1.º de noviembre, con encargo especial de no dilatar mucho sus exploraciones: y de volverse á las carabelas en el término de seis días.

Otras ambiciones mas perjudiciales que la de Sancho trastornaban al mismo tiempo las cabezas de algunos de nuestros aventureros.

Martin Alonso Pinzón había pretendido para sí y para su gente los honores del primer descubrimiento de tierra: fundábase en haber sido la *Pinta* el primer buque que lo anunció en la noche del 11 al 12 de octubre, y alegaba el testimonio de su marinero Rodrigo de Triana, que al mismo tiempo que él había gritado « tierra, » cuando las demas carabelas aun no tenían noticia de ella. Desde el momento del arribo, solicitó que el escribano de la flota diese fé de este hecho, y que se le adjudicase el premio prometido por los reyes de España. Pero Colón se opuso á las pretensiones de Martin, manifestando que la tierra había sido anunciada por él tres horas antes que la *Pinta* hiciese la señal, y se apoyó en el testimonio de D. Juan, de Rodrigo Sanchez y de toda la tripulación de la *Santa María*. El sabio navegante no ambicionaba el premio, que harto recompensado se consideraba con la gloria de haber dado cima á su empresa y con las dignidades y provechos que debían resultarle de ella; pero no quería ceder el honor del descubrimiento, que realmente le pertenecía.

En los primeros momentos, guardó Martin Alonso una desdeñosa reserva, pareciéndole de escaso valor el hallazgo de algunas islas de medianas dimensiones; pero á medida que se extendía el horizonte de los descubrimientos y como era consiguiente se acrecentaba la gloria de Colón; devorábale secreta la envidia, inspirándole el de-

seo de amenguar la fama del jefe de la empresa y de adquirir por sí solo mayores merecimientos.

Veíasele por lo comun alejado y retraído de la compañía de Colon; ganar las simpatías de los indios, y conferenciar con ellos, como tratando de obtener revelaciones; y ocuparse en el cuidado de su carabela con un interes que parecia celo y acaso no era mas que una teudencia á la emancipacion de sus deberes.

Colon veia todo esto disimulando con política prudencia, y para no abjurar su autoridad, seguia dictando las órdenes convenientes al jefe de la *Pinta* como á sus demas subordinados. Con motivo de una omision cometida por aquel en las instrucciones dadas para que nadie se alejase de la costa sin permiso y sin necesidad, el Almirante le mandó llamar, y haciéndole comparecer en un bosquecillo de la ribera, para poder reprenderle á solas y sin ofensa de su decoro, le dijo:

—He sabido, amigo Pinzon, que uno de vuestros marineros, faltando á mis espresos mandatos, se internó ayer en la tierra: no quiero atribuiros la responsabilidad de esta desobediencia, que puede haberse cometido sin vuestro consentimiento; pero sí preveniros que debeis velar para que no se relaje la disciplina; pues somos responsables de los actos de nuestros subordinados, y debemos precaver sus excesos y las desgracias que son consiguientes á ellos. Sin duda tendreis ya noticia de lo que os digo.

—Claro es que sí, respondió el capitan de la *Pinta*: ese hombre no ha hecho mas que obedecer mis órdenes.

—¿Vuestras órdenes, señor Pinzon? Y no sabeis que yo dirijo esta expedicion, y que no puedo consentir que se dé ningun paso sin mi conocimiento?

—Demasiado sé que pretendéis ejercer sobre todos nosotros un poder excesivo.

—¡Señor Pinzon! ¿Qué palabras son esas? Estamos solos: hablad con claridad.

—Si he de hablar con claridad, os diré que vuestro poder no se estiende á privarnos hasta de movimiento: yo he mandado á un hombre explorar estas cercanías para obtener alguna noticia de provecho

para nuestra empresa; pues me parece que perdemos el tiempo inútilmente, y que los resultados de un viaje tan extraordinario como el que hemos hecho, distan mucho aun de lo que tenemos derecho á esperar.

—Creo, señor Pinzón, que no sois vos quien ha de apreciar la importancia de mi descubrimiento.

—Ó del mio, como gustéis, repuso irónicamente Martín Alonso.

—No nos alejemos de la cuestión, dijo el Almirante: se trata ahora de una falta de obediencia, que no puede cohonestarse con el deseo impaciente de obtener resultados. Yo sólo he de dar cuenta de ellos á nuestros soberanos, y mi me toca dirigir todas las operaciones que á ellos conduzcan.

—En hora buena: yo no os disputaré la supremacía del mando: pero algun día os disputaré otra cosa, que para mí no está debidamente resuelta.

—¿Volveis al tema del descubrimiento?

—No vuelvo, porque nunca lo he dejado, ni lo dejaré mientras viva.

—Mucho siento esa terquedad; pues me creo bastante recto en mi conciencia para daros la preferencia contra mi mismo, si la mereceis.

—Y yo no soy capaz de reclamar lo que no me corresponde, repuso Martín con tono descompuesto. Nadie osará negar, cuando sea tiempo, que la *Pinta* dió la señal de tierra antes que vos la viésteis.

—Antes no. Probado está que vi una luz, y anuncié la tierra de un modo positivo, cuando nadie sospechaba todavía que existiese tan cerca.

—Pero una luz no es la tierra.

—Basta, Martín. No admito mas disputa. Reservad para mejor ocasión vuestras pretensiones de preferencia; y entre tanto, no olvideis los deberes que habeis aceptado. Sobre todo, sean vuestros sentimientos los que quiera respecto á mí, evitad el mal ejemplo de la insubordinación, que pudiera sernos á todos fatal: os lo mando como jefe, y os lo ruego como compañero.

—Descuidad: yo sé lo que me toca de obligacion.

—Está bien, os podeis retirar.

Martin Alonso volvió á su carabela, y en muchos dias no dió muestra ninguna del resentimiento sombrío que devoraba su espíritu. Pero, en secreto, no cesó de investigar el parage donde se encontraría la famosa *Babeque*.



CAPÍTULO II.

Como Sancho creyó que le habían envenenado.



¡AGAMOS una corta incursión en el territorio de Cuba, y á doce leguas de su costa, partiendo del rio de Mares, encontraremos una poblacion indiana de cincuenta casas, donde los soldados embajadores, que partieron en busca del gran Kan, son obsequiados y festejados por la rústica gente que allí vive.

La tierra se presenta por todas partes fecunda en producciones naturales; pero ningun indicio existe de la asídua cultura que procrean las necesidades de la civilizacion: Un humilde techo de hojas para defenderse de los rigores de la intemperie, lechos de redes suspendidos en el aire para entregarse al descanso, florestas impenetrables á los rayos del sol tropical y entretejidas con multitud de flores para recreo y esparcimiento del ánimo, frutas admirables, raices sabrosas y nutritivas, aves y conejos ó *utias* para saciar el hambre; tales eran las cosas que allí bastaban al sostenimiento de la vida.

Al llegar á aquel pueblo Sancho y sus compañeros, alzóse una griteria, que partiendo al principio de un punto visible, se estendió gradualmente por todo el ámbito que ocupaban las chozas: era una de las horas en que mas arrecia el calor en aquellos climas, y todos los habitantes del lugar, hombres, niños y mujeres reposaban á la sombra de sus viviendas; y como estas permitian ver desde dentro lo que pasaba fuera, los embajadores habian sido descubiertos á su aparición, no siendo otra la causa de aquellas voces discordes, que multiplicándose por grados, en poco tiempo formaron un concierto infernal.

Viéronse en seguida asomar algunos rostros recelosos, cabezas desgreñadas, que espresaban temor ó asombro con extraordinaria movilidad de gestos; pero pronto se calmó aquella agitacion, en cuanto el indio cubano que debia servir de intérprete á los españoles se adelantó y anunció á voces, que los recién llegados eran gente de paz y seres benéficos y casi divinos.

Entonces los indígenas comenzaron á salir en tropel de sus moradas, y rodearon á los españoles, reproduciéndose la escena del primer desembarco en Guanahani: miraban primero aquellos á los soldados con curiosidad y respeto sin atreverse á tocarlos, daban vueltas á su alrededor, y se comunicaban entre sí sus observaciones con bulliciosa locuacidad.

Entre tanto, y siguiendo las instrucciones del intérprete, algunos indios se habian alejado hácia el centro del pueblo, y al poco rato se les vió aparecer acompañados de otros en mayor número, los cuales con sus señas y ademanes invitaron á los españoles á seguirles.

En el camino, Sancho, que tenia el don de hacerse agradable, ganó la confianza de dos ó tres salvages, entre los cuales se dejó conducir delante de todos, imitando sus grotescos movimientos y saltos de regocijo: llevaba en la mano un collar de cascabeles, y lo agitaba con gracia, llenando de júbilo, con la tosca armonía, los corazones de sus nuevos amigos.

Rodrigo de Jeréz y Luis de Torres marchaban detrás con mas pausa y gravedad, como á su carácter de embajadores cumplia, y á

su paso se agolpaba la muchedumbre de indios, casi totalmente desnudos, cuyo número crecía por momentos.

Así llegaron nuestros soldados hasta el centro de la población, donde había una especie de plaza irregular, sombreada por árboles de bello aspecto: á un lado de ella se levantaba una casa mayor que todas las otras, á cuya entrada apareció un indio de hermosa presencia, bastante anciano, rodeado de otros diez ó doce jóvenes y robustos, los cuales tenían carcajes á la espalda y arcos flecheros en las manos; pero deseansaban indolentemente sobre ellos, como para mostrar su actitud pacífica. Ceñía la frente del anciano una faja de oro á guisa de diadema; un collar de mariscos y piedrecitas de colores le pendía hasta la mitad del pecho; rodeaba su cuerpo un cinturón de piel de *utia*, tachonado con laminillas de oro y plata, y cubría en parte su desnudez, mas por lujo, que por pudor una tosca tela de algodón prendida á la cintura. Sus guardias ó por mejor decir sus hijos y parientes, llevaban también algunos objetos de gala ó distinción sobre sus desnudos cuerpos.

El guía introductor de los embajadores mostró á estos con cierta satisfacción de orgullo el jefe del aduar, repitiendo la palabra *cacique*, y los españoles, observando atentos las demostraciones respetuosas que hacían los indios al anciano, procuraron imitarlas á su manera, conservando, sin embargo, su dignidad de hombres civilizados, y procurando ahogar la risa, que, en particular á Sancho, le retozaba por el cuerpo.

Sin embargo, bien mirado, no había motivo para reirse, y pronto lo dió á conocer con sus actos el respetable cacique; pues adelantándose con gravedad hácia nuestros soldados, mostróles saber á qué venían y que estaba contento de su visita, invitándoles á entrar en su casa, y dándoles los brazos en señal de buena amistad.

Sancho aprovechó la ocasión para ofrecer al anciano su collar de cascabeles, que este recibió levantándolo sobre su cabeza y humillándose luego en muestra del grande aprecio que de aquel presente hacía, y le señaló cuantos objetos había en su morada para que dispusiese de ellos.

El escudero, porque no pareciese desaire, tomó una aljaba cha-peada de plata que había colgada en la pared, y remordiéndole la

conciencia por aquel cambio, buscó en su alforja otra cosa que dar á alguno de los miembros de la familia del cacique.

Era esta bastante numerosa: componíase de tres hijos y dos hijas, todos casados, y buen número de nietos, algunos ya mozos: los hijos con el anciano formaban una especie de consejo de Estado y de tribunal, ante los cuales se decidían los negocios del comun y las cuestiones que se suscitaban entre los individuos del aduar: las mujeres asistían á estas deliberaciones, y aunque no tenían voto, eran escuchados sus consejos. Gobernábanse por las leyes de la prudencia y de la razon natural, y cuando había divergencia de pareceres, la opinion del jefe de la familia era el fallo decisivo que todos acataban.

Sancho escogió entre sus bagatelas un espejo y un peine, y los regaló á la hija menor del cacique: felizmente aquella mujer ignoraba el uso del peine, pues á no ser así habria podido tomar el presente por un epigrama: pero lejos de esto, creyó volverse loca de contento, cuando vió su rostro reproducido en el cristal: su primera idea debió ser la de que habia otra jóven escondida detrás de aquel objeto; pues lo apartó de sí con rapidez, y no hallando nada, volvió á mirarse y estendió la mano para asir aquella mentida imagen.

Acercóse entonces á su hermana, comunicándole su admiracion y las observaciones que le sugería el prodigioso regalo del español; mas habiendo hecho la casualidad que viese reproducido en el espejo el rostro de aquella, comenzó á comprender el efecto, y por sus ademanes se conoció que decia, que aquello era como el agua tranquila de una fuente.

El espejo corrió de mano en mano y fué contemplado por todos los individuos de la familia como un verdadero portento; mientras que su dueña, pasando distraida uno de sus dedos por las puas del peine y advirtiendo el sonido que producian, se figuraba que era un instrumento de música.

Sancho la desengañó, pidiéndoselo y alisándose los cabellos delante de otro espejillo: la indiana comprendió al momento; pues las mujeres, aunque sean salvages, aprenden pronto el arte de embellecerse; y en el acto se puso á repetir la leccion.

Desde aquel instante, el escudero fué el héroe de la embajada y el pasmo del aduar: dos ó tres muchachos se le colgaron al cuello y se le sentaron encima; las hembras le miraban con ojos deseosos y los varones con respetuoso cariño.

El cacique dió una orden á sus dos nietos mayores, los cuales inmediatamente se armaron de palos, arcos y flechas, y salieron presurosos de la cabaña: las mujeres tambien se pusieron en movimiento, y en menos de una hora estaban de vuelta los dos jóvenes, trayendo abundancia de caza, y se terminaban los preparativos de un banquete.

La cordialidad con que fueron ofrecidos aquellos sencillos manjares fué sin duda su mayor regalo, y el buen apetito de los convidados no dejó de ser su mejor condimento. Pero es justo decir, que los tres españoles comieron hasta saciarse, y á falta de buen vino bebieron abundante y fresca leche de cocos, servida en sus mismas cáscaras, á falta de vasos.

Durante la comida, Luis de Torres, valiéndose de todos los idiomas que sabia, y que de nada le sirvieron en esta ocasion, dirigió mil preguntas al anciano cacique, para averiguar si este dependia de otro señor mas poderoso, y para descubrir si acaso habia en aquella tierra criaderos de oro. Solo por las señas y con ayuda del indio de San Salvador pudo comprender algo el anciano, y sus respuestas dieron á conocer que habia muchos caciques, pero todos iguales á él en autoridad; y en cuanto al oro, repitió como los demás indios el nombre de *Babeque*, y señaló al Sud-este.

Habiendo acabado de comer, los dos soldados manifestaron deseos de echar una correría por aquellos campos y montes, y al punto fueron complacidos, prestándose varios indios á acompañarles á donde quisiesen. Pero Sancho no pudo seguirles porque estaba asediado por sus admiradores, que no sabian como hacer para obsequiarle segun sus merecimientos.

Dos de los hijos del cacique trajeron una porcion de hojas secas de cierta yerba, y las presentaron á Sancho, el cual las tomó dando las gracias; y pensando en su interior que habria sido preferible un par de doblones, fué á meterlas en su alforja.

Los indios se miraron entre sí con asombro, y uno de ellos cogió otras cuantas hojas, y torciéndolas entre sus manos, formó con ellas, según la espresion de Sancho, un *mosquetillo*. En seguida lo entregó al escudero, el cual se lo guardó sin chistar.

Los dos hermanos repitieron entonces la palabra *tabacco*, y haciendo cada cual otro *mosquetillo*, los encendieron y se los pusieron en la boca.

Sancho acabó de entender para qué servia aquello; encendió también su *tabacco* y empezó á chupar, teniendo la dicha de ser el primer fumador de la cristiandad.

El narcótico irritante, que despues tanto se ha generalizado en el mundo, y que tan pingües rendimientos ha producido á gobiernos y particulares, no tardó en obrar los efectos que casi nunca deja de sentir quien lo usa por primera vez. Sancho percibió muy pronto los efectos del mareo; pero jactancioso, como buen andaluz, no hizo caso de su indisposicion y siguió fumando, sin sospechar la causa de aquel malestar, que fué tomando todas las apariencias de un accidente grave. La turbacion ó entorpecimiento de los sentidos, la laxitud de los músculos, las náuseas, todo lo que en tales casos perturba pasajeramente el estado normal de la salud, inspiró al escudero el temor de haber sido envenenado.

Esta idea le hizo prorumpir en gritos y quejas, que los turbados indios no comprendian; pero que, sin embargo, causaron entre ellos una viva alarma. Sancho no sabia si su mal era efecto del *tabaco* ó de alguna pócima puesta en la comida; y luchando con sus bascas, salió huyendo de la cabaña en busca de sus compañeros, á quienes temia encontrar muertos ó revolcándose por aquellos campos.

Afortunadamente, el violento ejercicio y el aire libre comenzaron á restablecer su salud momentáneamente alterada, y el encuentro de los dos soldados, que volvian buenos y sanos de su exploracion, trayendo algunas muestra de almáciga y de otras producciones de la isla, acabó de tranquilizarle. Participóles el gran susto que habia pasado, y mediante algunas esplicaciones de los indios intérpretes, comprendió al fin, que su envenenamiento no habia sido mas que

una borrachera producida por aquellas hojas con que se hacía el *tabacco* (*).

Habiendo vuelto al aduar, su presencia tranquilizó á los indios que temian haber enojado sin pensarlo á su huésped predilecto: hicieronle muchos mimos, y fumaron repetidas veces delante de él para quitarle toda sospecha; pero nuestro escudero no quiso repetir la prueba, al menos por aquel dia; y al siguiente regresó con sus compañeros á la playa, para dar cuenta de su visita al gran Kan.

(*) Los españoles cometieron el error de llamar á la planta por este nombre, con el cual significaban los indios lo que hoy llamamos cigarro.



CAPÍTULO III.

Desercion de la Pinta.



A en otro lugar hemos apuntado la desavenencia suscitada entre Colon y Martin Alouso, con motivo del derecho que este pretendia tener á los honores del descubrimiento de tierra.

El jefe de la *Pinta*, despues de su disputa con el Almirante, no volvió á dar muestra ninguna de su envidia, ni de su descontento: si algun plan tenia concebido, lo guardaba cautelosamente en su pecho, esperando sin duda que una ocasion le favoreciese para ponerlo por obra.

La vuelta de los exploradores, cuyas noticias de lo interior de la tierra desvanecian las ilusiones respecto á las fabulosas riquezas y civilizacion del Oriente, que se creia encontrar en aquellas regiones, decidió á Colon á seguir reconociendo toda la costa del Norte de Cuba hácia levante, y los mares inmediatos, hasta dar con el pais aurífero denominado por mala inteligencia *Babeque*.

Ya estaban las carabelas recorridas y dispuestas para hacerse á la mar: por consiguiente, dió Colon las órdenes conforme á su propósito, y zarparon las naos de la embocadura del rio de Mares para continuar sus exploraciones. A los pocos dias entraron en una espaciosa bahía, semejante á un gran lago, que comunicaba con el Océano por una estrecha boca de algunas millas de longitud, en donde hallaron cómodo y seguro puerto. El Almirante, siempre agradecido á los soberanos protectores de su empresa, bautizó aquel lugar con el nombre de *puerto del Príncipe*, que es el que hoy se conoce con el de Nuevitas.

La belleza del paisaje que desde el mar se descubria, y que no solo allí, sino en otros muchos puntos de la costa mostraban la rica fecundidad del suelo, movió á Colon á saltar en tierra, para dejar en ella un testimonio de su paso por aquellos lugares, y de la posesion que de los mismos tomaba por la corona de Castilla.

Mandó al efecto cortar un árbol, y de dos grandes troncos hacer una cruz, que plantó sobre una altura cerca del puerto con mucha reverencia y solemnidad; y al pié de aquella cruz trazó con un cuchillo una sencilla inscripcion que decia:

«COLON, POR CASTILLA: 18 DE NOVIEMBRE DE 1492.»

Al dia siguiente salieron las carabelas del puerto en busca de Babeque, y pasaron algun tiempo cruzando por delante de la isla, ya entretenidos en reconocer los cayos, que por su proximidad entre sí engañaban con la apariencia de grandes tierras, ya examinando las costas de Cuba, que la falta de experiencia hacia considerar á veces como un nuevo pais.

Ultimamente, Colon determinó seguir sin mas demora el rumbo en que suponía estuviere Babeque; pero impidiéndoselo el viento, que le era contrario, permanecieron los buques bordeando delante de las costas de Cuba, hasta el anochecer del 21 de Noviembre; hora en que haciéndose el tiempo demasiado duro, aconsejó la prudencia la resolucion de acogerse á puerto.

Impelidas las naves por el temporal, se hallaban casi enfrente del puerto del Príncipe, que les ofrecia seguro abrigo, y mas venta-

joso que cualquier otro, por ser ya conocido: el Almirante hizo las señales convenientes, que fueron al punto atendidas y acatadas por el capitán de la *Niña*; pero aunque la *Pinta* las repitió, no por esto vino al llamamiento que se le hacía; muy al contrario, continuó un largo separándose de sus compañeras sin razón suficiente, pues el viento favorecía las órdenes de Colon.

Mas leal este que Martín Alonso, no pudo concebir desde luego una infidelidad, aunque las apariencias la denunciaban: creyó mas bien que algun accidente habia impedido á la *Pinta* ponerse en derecha del puerto, y que alejada por el mal tiempo, volveria sin embargo, á reunirse á la flota.

Pensando así, el Almirante mandó á la *Niña* mantenerse á la capa; y como la noche cerraba oscura, hizo continuar las señales por medio de faroles durante algunas horas; pero todo fué en vano: pasó la noche, y la luz del nuevo dia solo mostró á los tripulantes de las dos carabelas el Océano desierto.

La *Pinta* habia desaparecido.

—¿Qué pensais de esto, señor Almirante? dijo á Colon Rodrigo de Segovia. ¿Es posible que la *Pinta* haya zozobrado durante la noche?

—Pienso, amigo mio, que los hombres son inconstantes como los vientos, respondió el Almirante; y Dios quiera que Martín Alonso vaya con bien. No creo que su buque haya zozobrado: es el mas velero de todos los tres, y tiene otras condiciones ventajosas para marchar en buen estado. Martín ha cometido una mala accion.

—¿Pero con qué objeto? ¿A dónde va ese hombre, ó qué pretende hacer por sí solo?

—Él lo sabrá: quizá intenta volverse á España, para ganar las albricias del descubrimiento: acaso haya adquirido mejores informes que los nuestros respecto á los criaderos de oro, y trate de adelantársenos. ¡Quién sabe! Pero en este último caso, menester será que entienda que trabaja por cuenta ajena; pues mis derechos sobre los resultados que ha de producir esta empresa son indisputables, y si cedo algo de ellos, no será por cierto en provecho de un desertor.

—Si efectivamente ha obrado Martín, como presumís, repuso el veedor de la flota, no merece, en verdad, ninguna consideración.

—No anticipemos nuestros juicios, respondió Colón: el tiempo lo aclarará todo. Sin embargo, yo tengo antecedentes para culpar á Martín Alonso, cuya conducta no me aflige tanto, como el mal efecto que puede producir en la disciplina de los demás.

Dichas estas palabras, el Almirante mandó maniobrar para poner las carabelas al abrigo del temporal en un puerto que á la vista se presentaba, y al cual dió el nombre de Santa Catalina. Reunidas allí las tripulaciones de ambas, les dirigió un breve y sentido discurso, deplorando el extravío de la *Pinta*, y disculpando á su capitán: hizo á todos presente la inmensa distancia que de España les separaba; las dificultades insuperables con que habria de luchar cualquiera que intentase regresar á ella; la necesidad de permanecer unidos para poder prestarse ayuda, sobre todo en unas aguas no frecuentadas hasta entonces, y propensas, á mil riesgos ignorados y por último, dándoles á entender que no se le ocultaba la infidelidad de Martín Alonso, pero sin acusarle abiertamente, acabó su razonamiento exhortándoles á cumplir fielmente hasta el fin los deberes que su gloriosa misión les imponía, y representándoles la gratitud, que no solo él, sino los reyes de España y todos sus compatriotas les dispensarían, aunque los primeros pasos en la carrera comenzada ofreciesen, como es natural en el principio de todas las cosas, mas trabajos que utilidades.

La voz de la razón no dejó de penetrar en los corazones de los aventureros españoles, que esta vez compensaron cumplidamente á Colón la pérdida de una parte de sus auxiliares. Primero los oficiales de la expedición, y despues los marineros y soldados se apresuraron á darle espresivas muestras de respeto y adhesión, protestando todos que no le abandonarían por ningún concepto, aunque hubieran de correr peligro de muerte á su lado.

El tiempo mejoró al tercero día, y la mermada flota salió de nuevo al mar en busca de la soñada Babeque. Las costas de Cuba ofrecían vasto campo de exploración, y así pasaron dos semanas antes de abandonarlas: en su derrota, Colón puso nombres á todos los cabos y puertos que encontró, desde el del Príncipe hasta la punta

oriental que hoy se llama de Maisí, en donde se vió perplejo no sabiendo qué rumbo seguir, pues siempre habia creído que la isla era un extremo del continente oriental.

Pero, merced á la transparencia de la atmósfera en aquella latitud, acertó á ver hácia el Este una tierra elevada y montañosa, distante algunas leguas del paraje donde se hallaba, y suponiendo que aquella fuese la aurifera Babeque, dirigió hácia sus playas las proas de las carabelas.



CAPÍTULO IV.

Hispaniola.



Un viento favorable comenzó á soplar al anochecer del 5 de diciembre, hora en que Colón abandonó las costas de Cuba con esperanzas lisonjeras.

Los indios de Guanahani, que á la sazón estaban indolentemente recostados, segun su natural tendencia y costumbre, al observar el nuevo rumbo de las carabelas, se levantaron presurosos, y comenzaron á gritar con espanto:

—Bohio!—Bohio!

Y al mismo tiempo señalaban con sus manos trémulas á la tierra incógnita, que se descubria delante de las proas.

Su terror era tanto, que algunos intentaron arrojar-se al agua, para volver nadando á Cuba; y dificilmente pudieron sosegarlos los soldados españoles, mostrándoles sus armas, y haciéndoles comprender que ellos les defenderian del terrible Bohio, si era un feroz

enemigo, ó de cualquier otro peligro, si con aquel nombre designaban la tierra inmediata.

Ellos con sus atropelladas palabras, que ya empezaban á entender los españoles, y con sus ademanes enérgicos, ora figurando el acto de matar, ora mordiéndose los brazos y manos, dieron á entender que los habitantes de aquella isla eran piratas y asesinos de oficio, y se comían á sus semejantes.

Pero al fin se tranquilizaron, viendo que nuestros aventureros se reían desdeñosamente de sus temores, y que amenazaban destruir á todos los piratas y antropófagos del mundo. Los indios no podían dudar que los nuevos hombres disponían de un poder muy superior al de sus enemigos, que al cabo eran salvages, como ellos, y no tenían en sus manos el trueno y el rayo.

Aquella noche, á pesar del buen tiempo, se cargaron velas para evitar escollos desconocidos, y el día 6 por la tarde, apareció á la vista de los felices nautas el espectáculo mas risueño que hasta entonces habia cautivado su atencion.

La nueva isla era tan grande, que su solo aspecto hizo apreciarla en estension de mas de doscientas leguas de circuito: tenia montañas atrevidas y pintorescas, valles deliciosos, amenísimos bosques, agradables campiñas, y lo que mas halagó la ambicion de nuestros aventureros, en el primer puerto que hallaron al Occidente, habia multitud de canoas, ó *almadías*, como las llamaba el Almirante, mas capaces y mucho mejor labradas que euantas se habian visto hasta entonces. Algunas de ellas estaban adornadas con labores de puro lujo en toda su estension, y esto indicaba claramente que en el nuevo país habia mas cultura y civilizacion que en las demas islas visitadas.

Sin embargo, ni en el espacioso puerto á que Colon dió el nombre de *San Nicolás*, ni en todo el paisaje que alcanzaba la vista se descubria un solo ser animado: aunque si en las montañas, y de trecho en trecho ciertas ahumadas ó señales comunicativas, como llamando á los habitantes del país á rechazar la invasion del mismo.

Esta novedad no intimidó, antes dió gran contentamiento á los españoles, que mas que nada deseaban agitacion y aventuras. Previniéronse todos para dar muestras de su valor, en caso de ser ata-

cados, y algunos propusieron desembarcar y hacer una correría tierra adentro para tomar lenguas, teniendo por cosa segura que habían llegado por fin á una region importante.

No desagradaba á Colon esta idea; pero atento mas que nada al anhelo de descubrir, y deseoso de evitar choques, siempre que pudiese entablar con los naturales relaciones amistosas, levó anclas á la mañana siguiente, y comenzó á costear la isla por la parte del Nor-oeste y del Norte con rumbo de Occidente á Oriente.

A medida que avanzaban las carabelas en su reconocimiento, crecia el placer y entusiasmo de las tripulaciones hasta rayar en delirio. La forma de las montañas, la lozanía de los amenos valles, la aparicion de anchos campos cubiertos de plantas como cebadas, todo lo que iban viendo les recordaba su patria. Los mas preciados tesoros de Oriente no valian lo que aquel espectáculo lleno de amorosos atractivos para unos hombres que tan léjos se hallaban del lugar de sus afecciones.

—¿Qué es esto, señor Almirante? decia Rodrigo de Segovia. ¿A dónde nos habeis traído? ¿Será cierto que sois mago y habeis hecho salir del fondo del mar una nueva Andalucía para nuestro consuelo?

—Mirad, mirad, gritaba Sancho. Aquello es el condado de Niebla: por allí se va á Sevilla.

—¡Pardiez! respondió Andrés Leal. ¡Que no viese yo asomar á mi Paula con sus seis cachoros!

—Quizá estarán durmiendo la siesta detrás de aquella colina.

—Vamos á verlo?

—No quiere el Almirante.

Don Juan miraba embelesado el rico panorama que se iba desarrollando al paso que proseguían las naves su derrota, y sentía reavivarse en su memoria todos sus recuerdos de Córdoba y Granada. La imágen adorada de doña Sol, que la rápida sucesion de impresiones nuevas había podido debilitar en su corazon, tomaba cuerpo ahora en presencia de aquel bello pais, y poblaba el ambiente de armonías y de aromas.

A la una del dia encontraron los buques un magnífico puerto con surgidero cómodo, y bien resguardado de los vientos por una isla, que á pocas millas enfrente tenia. Dió el Almirante las órdenes para

entrar en él, y antes de recoger las velas, para hacer mas completa la ilusion, se entretuvieron los marineros en echar las redes, las que sacaron luego llenas de peces muy semejantes á los salmones, lisas, lenguados y otros de los que viven en nuestros mares.

Lloraban aquellos hombres de alegría y de ternura en vista de tantas semejanzas de la nueva tierra con su patria, semejanzas que abultaba su fantasia; ansiaban pisar aquel suelo hermoso, cual si realmente esperasen hallar en él los seres mas queridos de su alma. Desde que partieron de Palos, no habian tenido sensaciones mas gratas, ni aun en el momento de ver por primera vez las montañas del Nuevo-Mundo.

Tanto por satisfacer los deseos de su gente, que eran los suyos, cuanto por haber cambiado el tiempo con cerrazon y fuertes aguaceros, dispuso el Almirante fondear en aquel puerto, que tituló *de la Concepcion*, con motivo de la festividad del dia, y se resolvió á saltar en tierra.

Esta órden fué al punto ejecutada con alegría por los marineros, y los botes de las carabelas atracaron en la boca de un manso rio, que desaguaba en aquel puerto, y cuyas márgenes, al decir de Colon, estaban pobladas por la vegetacion mas hermosa del mundo. Árboles frondosos y algunos parecidos á los nuestros ofrecian por do quiera fresca sombra, y servian de pabellon á innumerables aves, que tambien cantaban como nuestros jilgueros y ruiseñores. El sol rasgó las nubes que podian dar un tinte de tristeza á un cuadro tan encantador, y los aventureros saludaron con gritos de júbilo al cielo y la tierra.

—Hasta hoy no habeis triunfado, señor Almirante, dijo don Juan. Esta es la India.

—¿Qué India? repuso Vicente Yañez en tono interrogador. Esto es el Paraiso.

—¿Cómo se llamará este hermosísimo pais? preguntó Rodrigo de Segovia.

—Se ha de llamar por fuerza Sevilla ó Granada, respondió Diego Mendez

—Cerca le andas, amigo, repuso Colon, á cuya voz todos enmu-

decieron. No se llama Granada ni Sevilla; pero se llama *Hispaniola* (1)

Las tripulaciones lanzaron un inmenso grito de entusiasmo, al oír la oportuna denominación, que acababa de dar el Almirante á la hermosa isla; y como casi nadie allí sabia latin, cien voces repitieron con fervor.

—Española!—Española!—Ese es su nombre!—Viva la Española!—Viva el Almirante!

Pero á estas voces solo contestaban los ecos de las selvas y los dulces gorgoros de las aves que saltaban de rama en rama. Si no se hubiesen visto indicios evidentes de la existencia de pobladores en aquella region encantada, habriase creído que era el Paraiso terrenal abandonado por sus primeros habitantes.

Sancho, impaciente y curioso como siempre, no dió mucho tiempo al reposo. Acompañado de sus amigos Per-Afan, Diego Mendez y Elvira, el segundo dia de la llegada al puerto comenzó á trepar por las inmediatas colinas en busca de novedades. Le daba el corazón, habia dicho á su amo, que aquella isla era la de Chulipango, y que allí habria de encontrar á la princesa su esposa; y no solo tenia este presentimiento, sino tambien creia que las mujeres de aquel pais habian de ser muy hermosas y blancas como azucenas.

Pero en todo el dia, ni el siguiente no fué posible descubrir criatura humana en todo el trecho que la prudencia y las órdenes precisas de Colon permitieron reconocer; y ya Sancho comenzaba á desesperarse del desvío de su princesa, que tanto tardaba en venir á recibirle con los brazos abiertos, cuando por fin el cuarto dia, estando el escudero con sus amigos en lo alto de un cerrillo que dominaba una espaciosa y florida vega, vió aparecer multitud de indios, si no blancos y rubios, bien formados y hermosos, y no tan pardos como los que se habian visto en las otras partes.

Acudian aquellas gentes como los conejos cuando exploran algun campo donde suelen pastar, y lo hacen recelosos de los cazadores;

(1) *Española*, diminutivo latino de *Hispania* (España). De aquí el nombre de isla *Española* que se continuó dando á la que los naturales llamaban *Haití*; es decir, tierra alta.

que primero avanza uno solo mirando á todas partes y parándose á escuchar; luego dos ó tres, que se juntan al primero; y despues los demás en bullicioso tropel. Así mismo lo hicieron los haitianos, saliendo por detrás de un ribazo, y acercándose cautelosos á un sitio algo elevado y cubierto de breñas, desde el cual querian ver, sin duda, si los españoles habian partido ya.

Sancho se agazapó, y otro tanto hicieron sus amigos, á fin de no espantar á los indios y observar lo que hacian; hasta que viendo, que los mas avanzados retrocedian y al parecer daban cuenta á los otros de lo que pasaba, determinó sorprenderlos y cortarles la retirada, para cazar algunos y llevarlos á la presencia del Almirante.

Concebir este pensamiento, hacer una seña á sus compañeros, y ejecutarlo, fué todo uno para el atrevido Sancho: seguido de Per-Alán y Diego Mendez, se precipitó corriendo por la pendiente de la colina, y en menos de un minuto se encontró en la llanura.

Pero, ni sus mañas ni la velocidad de su carrera le valieron para alcanzar á los ágiles haitianos; los cuales, al primer movimiento de nuestros aventureros, escaparon como flechas despedidas del arco, dando salvages gritos, y en pocos instantes desaparecieron entre las selvas.

Sancho y sus compañeros continuaron, sin embargo, persiguiéndolos, pero inútilmente; y habrian corrido media legua, embarazados los piés por las espesas breñas del bosque, cuando percibieron hácia un lado unos gritos agudos, como lamentos de alguien que pide socorro; y guiados por aquellas voces, lograron encontrar una mujer jóven y hermosa, que era quien gritaba; la cual rendida de cansancio y luchando por vencer los obstáculos que á su fuga oponian los espesos matorrales, se lamentaba como una picaza cogida con liga.

Fácil fué á los tres españoles apoderarse de ella.—La infeliz no era capaz de oponer resistencia; pero gritaba sin cesar:

—*Maniti!—Maniti!...*

Hasta que conociendo cuan inútiles eran sus gritos, bajó la cabeza, y se dejó conducir triste y resignada.

Sancho y Diego Mendez la acariciaron por el camino, y esto pareció tranquilizarla algun tanto; pero al llegar á lo alto del repe-

cho, donde aguardaba Elvira, aunque esta continuaba vestida de hombre, la bella haitiana se acogió á su amparo, fuese por instinto, ó por simpatía.

No estaba esta mujer tan completamente desnuda como las de las otras islas, pues llevaba una especie de chal labrado con algodón y pluma de varios colores, que le caía de los hombros y se prendía en un cinturón de cuero, adornado con laminitas de oro virgen: pero usaba de este ligero traje por puro adorno, y no porque ella tuviese la menor idea de pudor; pues en aquel país nuevo, tan favorecido por la naturaleza, así como no había alcanzado la maldición del *Génesis* despues del pecado del primer hombre (1), así tampoco parecia que se hubiese perdido la inocencia primitiva.

Mucho contento dió la presa de Sancho á Colón, por cuanto esperaba por su medio entrar al cabo en relaciones con los isleños. La mujer por su parte vió con sumo agrado y respeto al Almirante, y sin dejar la mano de Elvira, se acercó á él llena de confianza.

Colón mandó traer algunas bagatelas de aquellas que tanto hechizaban á los sencillos indios y algunos manjares para regalar á su prisionera; la cual, informada por uno de los naturales de Guanahani, aceptó aquellos presentes con una espresion de gratitud infinita.

Despues de algunas horas, y de haber prodigado á la haitiana las mas afables caricias, el Almirante mandó á Sancho que la acompañase con otros ocho soldados al lugar de su habitacion, á fin de atraer á los indios que habian huido, y poder entrar con ellos en trato amistoso.

Sancho partió á desempeñar su comision, que no pudo cumplir, sin que por esto sus servicios dejaran de producir felices resultados, como verá mas adelante el que leyere.

(1) «Comerás el pan con el sudor de tu rostro.»

CAPITULO V.

QUIEN ERA MANITI; OBSEQUIOS QUE ESTE PERSONAGE HIZO Á COLON

Y Á SUS COMPAÑEROS.



IEZ horas habrían pasado desde que Sancho y sus ocho camaradas partieron escoltando á la bella indiana, y podrian ser las tres de la madrugada, cuando aquellos reaparecieron en la playa y pasaron á la carabela almiranta á dar cuenta de su cometido. Colon estaba inquieto por su tardanza, y no dormia: Sancho le participó lo que habia hecho en estos términos:

—Ya estamos aquí de vuelta, señor Almirante; la dama queda con los suyos, si no me equivoco; pero los malditos no llevan trazas de amansarse: al vernos llegar á su pueblo, que es un lugaron de mas de mil casas, todos han echado á correr por aquellos campos y la señorita detrás de ellos, gritando *Maniti*; que parecía una gallina espantada.

—Pero no comprendo cómo es eso, amigo Sancho, dijo Colon.
¿No iba ella contenta?

—Mas que unas Pascuas.

—Entonces, ¿cómo es que sus paisanos huyen? No les ha participado ella nuestro buen trato?

—Es posible que así lo haya hecho: pero como ellos no dieron tiempo para nada, sino que, al columbrarnos desde mas de una milla, alborotaron todo el pueblo y dieron á correr, no fué posible entrar en parlamento. Por eso dejamos libre á la mujer, esperando que ella los traeria á remolque. Pero, ni por esas: han pasado horas y mas horas, y viendo nosotros que se hacia tarde, y no pudiendo saber las intenciones de esos españoles nuevos, hemos creído que lo mas prudente seria volvernos.

—Ó en otros términos, Sancho; habeis tenido miedo. ¿No es esto?

—Quién dijo miedo? No hay tal miedo, señor: únicamente un poco de precaucion; porque, al cabo, nosotros éramos solo nueve hombres, y ellos, por lo que he visto, pasan de tres mil Adanes, sin contar las Evas y los Adanillos, que bien sabrán morder en un caso apurado.

—Poco puede morder una gente que huye de esa manera. Sin embargo, apruebo lo que has hecho, por cuanto aun no conocemos la índole de estos salvages.

Colon sospechó que el escudero exageraba el número de los indios encontrados en aquel pueblo vecino, y preguntó á otros soldados, los cuales confirmaron el anterior relato. Con esto y con la dificultad de atraer á los tímidos haitianos, crecieron sus deseos de comunicarse con ellos; y decidido á no perdonar medio hasta conseguirlo, llamó á uno de los intérpretes, á quien mandó por señas ir á conferenciar con los habitantes que hallase en la isla; despues de lo cual se retiró á descansar hasta la mañana siguiente.

Al despuntar la aurora, dejó Colon el lecho y bajó á tierra con todos los soldados y la mayor parte de los marineros: pensaba hacer por sí mismo un reconocimiento de la poblacion cercana á la costa, y no volver á la carabela sin haber antes asegurado la buena amistad de los naturales.

Però no fué menester ir á buscarlos; pues al salir el sol, y cuando el Almirante daba á su gente las instrucciones oportunas, sonó

gran ruido de alegres voces hácia el inmediato valle, y á poco empezaron á llegar numerosos grupos de indios saltando y bailando, y haciendo otras demostraciones de regocijo.

En breves momentos aparecieron sobre doscientos individuos de ambos sexos y de todas edades; los mas venian completamente desnudos, pero no desprovistos de regalos: traian abundancia de pescados, utiás y pan de *ñames* ó batatas, que era su principal alimento; papagayos domesticados, plumas raras y planchitas y aretes de oro.

Pero sin duda no consideraban dignos aquellos presentes de ser ofrecidos á sus huéspedes, sin embargo de que constituian toda su riqueza; pues no se determinaban á darlos, y permanecian á cierta distancia, llevándose las manos sobre la cabeza en señal de profundo acatamiento.

Colon se habia sentado en un banco natural de césped, formándose una corte de sus oficiales y soldados, para recibir á los sencillos indigenas, y procuraba con sus ademanes inspirarles valor y confianza; cuando vió llegar un tropel de gente mas bulliciosa que los otros: allí venia el intérprete enviado, y sobre todas las cabezas se divisaba la bella cautiva, que habia sido obsequiada la tarde anterior.

Traíanla dos indios sentada en sus hombros, y multitud de ellos danzaban al rededor agitando ramos verdes, como que celebraban el alto honor alcanzado por ella en haber obtenido los primeros dones de los españoles, á quienes ya consideraban como semi-dioses.

Manití, el marido de la jóven haitiana se pavoneaba lleno de orgullo por el triunfo de su mujer, y fué el primero que se acercó á Colon con las manos en la cabeza, dirigiéndole un discurso, que no pudo entenderse, pero que parecia espresar gratitud y ofrecimientos, y que fué muy aplaudido con gritos y gestos por sus compatriotas.

Preguntóle Colon por medio de los intérpretes, si él era el cacique de la isla, y segun pudo colegir de la traduccion de su respuesta, llegó á entender que solo era jefe de tercer orden, ó como si dijésemos, alcalde de lugar, y supo además que el soberano ó gran cacique de la isla se llamaba Guacanagari, el cual tenia su residencia mas al Oriente.

Si Guacanagari no era un gran señor de vasallos, en el sentido de

la autoridad soberana que le atribuyeron los españoles, era por lo menos indudablemente un jefe de la república mas democrática que ha existido en el mundo; pero no jefe electivo, sino hereditario, como podremos ver mas adelante. Sin embargo, la constitucion natural de aquella sociedad no consentia mas diversidad de clases entre sus individuos que la del cacique supremo y la de los subalternos: tanto al primero como á los otros, cuya supremacia radicaba en sus familias, por derecho tradicional, se les acataba y obedecia sin esfuerzo: nadie ambicionaba ocupar sus puestos, siendo estos acaso la única propiedad reconocida en la república; pues todo lo demás, escepto las mujeres, era comun como la luz y el aire.

Ni el comercio, ni el robo eran conocidos entre aquellas gentes: ante las necesidades naturales eran todos iguales; no tenian nombre para la codicia, pues ignoraban la existencia de esta pasion, toda vez que ninguna cosa podia llamarse propia ni agena; vivian de poco y estaban contentos; y así el cacique superior como los demás que ningun poder alcanzaban, consideraban supérfluo lo que escedia de su manutencion diaria, y lo daban á los otros sin esperar retribucion ninguna.

Los españoles no pudieron observar al principio esta circunstancia, por lo mucho que se apartaba de sus propias costumbres, aunque bien vieron que su menor indicacion espresando el deseo de adquirir cualquiera cosa era inmediatamente atendida por los indios, y que estos les daban cuanto tenian sin pedir nada en cambio. Con la misma naturalidad y franqueza recibian lo que se les daba en pago, mostrando bien á las claras y de un modo ruidoso el grande aprecio que de aquellas bagatelas hacian y su gratitud sin límites.

Poco tiempo bastó para que los haitianos pasasen de la mas selvática desconfianza á la mas cordial familiaridad: mezclados con los marineros, les trataban como á hermanos ó amigos de toda la vida, y les invitaban á descansar en sus viviendas.

Pero satisfecho Colon con haber ganado el afecto de los primeros isleños que encontrara, y seguro de que estos difundirian la confianza por todo el país, no permitió que su gente se distrajese por mas tiempo en aquel lugar de la costa, y dispuso continuar sus

reconocimientos, con el anhelo de encontrar la region abundante en riquezas, que por las señas de los mismos indios debia existir mas al Oriente. Sin embargo, antes de separarse del puerto de la Concepcion, quiso dejar alli, como en Cuba un testimonio de su paso, levantando una gran cruz, que dejó plantada sobre una altura.

Manití acudió con toda su gente á presenciarse aquel acto religioso, y dió muestras inequívocas de tener ideas de la divinidad. Sin comprender el significado del símbolo de nuestra fé, viendo á los españoles arrodillarse, él y todos los indios se postraron tambien, poniendo las manos sobre sus cabezas y elevando los ojos al cielo. Despues cogieron flores y frutas, y las esparcieron, como un holocausto al pié de la cruz.

—Vuestras esperanzas no saldrán fallidas, señor Almirante, dijo á este don Juan cuando se retiraron á la carabela. Si el gran Kan y su imperio brillante y rico se hacen esperar, al menos podeis ya decir que habeis hallado corazones dóciles y gentes dispuestas á recibir la luz de la fé. Yo creo que las sencillas gentes de estos países solo aguardaban nuestra venida para adorar al verdadero Dios.

—Así parece, amigo mio, repuso Colon: y aunque no consiguiésemos otras ventajas, esto solo debería llenar de gozo á los buenos cristianos. Yo espero grandes resultados de nuestro descubrimiento, que segun lo que llevo visto, apenas puede decirse que está comenzado; y si todas las gentes que encontremos de aquí en adelante son tan benignas como las que llevamos conocidas, jamás se habrán hecho en el mundo conquistas mas fáciles, ni menos sangrientas que las que vamos preparando.

—Lo creo ciertamente: pero me ocurre el pensar que acaso no satisfaga á todos en España el hallazgo de unos países como estos, donde no hay lujo ni opulencia, y cuyos habitantes apenas han salido del estado de naturaleza.

—No es otro el cuidado que me inquieta, don Juan, respondió Colon: y creedme en verdad, que mas me incita á buscar las riquezas deslumbradoras ese pensamiento, que mi propia codicia. Yo veo ya riquezas sobradas para recompensar afanes mayores que los míos: estas islas tan fecundas en producciones raras, este suelo vírgen y magnífico, estos habitantes dóciles y sencillos ofrecen inagotables

bienes á quien sepa apreciar su valía y explotarlos convenientemente: pero la mayoría de los hombres se paga de otros dones mas brillantes, y nada puede satisfacerles como el aspecto del oro. Por eso lo busco, y no dudo que hallaremos todo el que se necesita para saciar los deseos mas ambiciosos.

—Y si no encontrásemos el prometido Catay?

—Nos quedará la gloria de haberlo intentado. Pero no: yo creo que estamos en una de las regiones bárbaras que se estienden al Oriente de Asia; y por mas que estos indios se obstinen en señalar hácia el Este los países del oro, sigo pensando que el Catay está mas al Occidente. Dia vendrá en que pueda yo estender mis investigaciones hasta el centro de la India: por ahora, forzoso es contentarme con descubrir lo que mis escasas facultades permiten.

—Si al menos diésemos con la isla de Babeque?...

No me parece difícil, puesto que todos los habitantes de estos países dan muestras de conocerla. Mañana seguiremos costeando la *Hispaniola*; procuraremos visitar al gran cacique Guacanagarí, el cual nos dará mejores informes que los otros indios; y pronto alcanzaremos los grandes resultados de la expedición.

Con este propósito, despues de haber pasado ocho dias en el puerto de la Concepcion, dispuso el Almirante partir, siguiendo el rumbo de Nord-este á lo largo de la costa. En el momento de darse á la vela, todos los indios de aquellas cercanías presenciaban entusiasmados la majestuosa marcha de los buques, y unos ocupaban las canoas y seguian vogando en torno y detrás de aquellos, lo que recordaba á nuestros aventureros el dia de su despedida de Palos; y otros coronaban las alturas, levantando las manos en alto y haciendo vivas demostraciones de amistad y admiración.

La mar, bonancible al principio, comenzó á presentarse alterada pocas horas despues de la partida; pero el impulso de las olas y del viento favorecia la marcha de las carabelas, á cuya vista seguian presentándose bellós y variados horizontes en el contorno de la cercana isla.

El dia siguiente, las ondas se agitaban tumultuosas: en medio de la turbulenta superficie del Océano, los marineros de la *Santa María* divisaron hácia la costa un punto negro, que flotaba al pa-

recer sin guía ; y no tardaron en reconocer una canoa , en la cual iba un indio , que luchaba desesperado contra la fuerza de las corrientes, sin poder manejar su débil esquife.

Soplaba el viento de tierra , y en vano aquel hombre pretendía llegar á ella: el terror , apoderado ya de su ánimo , enflaquecía su vigor y le hacía juguete del embravecido elemento.

Colon mandó maniobrar para acercarse á la canoa, lo que se consiguió en poco tiempo, merced al auxilio de los aparejos de la carabela. Cuando el mísero indio vió llegar hácia él aquella extraordinaria máquina, que debió parecerle un monstruo alado, perdió los pocos alientos que le restaban y se dejó caer boca abajo en el fondo de su barquichuelo , como si aguardase resignado el último instante de su vida.

Pero pronto recobró la esperanza y con ella el valor, oyendo una voz que le hablaba en un idioma semejante al suyo , y le prometía socorro. Era la voz de uno de los indios intérpretes , el cual por mandado de Colon se acercaba en la lancha de la *Santa Maria*, con algunos marineros, enviados para salvar al náufrago.

La alegría de aquel hombre solo puede concebirse teniendo en cuenta el tórpor pánico y el desmayo de que poco antes se hallaba poseído: pero su asombro corría parejas con el gozo que le infundía su inesperado cambio de fortuna.

Con las mayores precauciones , atendido el estado del mar , el indio fué conducido á la carabela, y amarrada á la misma su canoa. Colon le agasajó cumplidamente hasta infundirle la mayor confianza; y viendo que allí cerca se presentaba una hermosa bahía, y cerca de ella un pueblo , al parecer recientemente construido , y un paisaje delicioso, hizo señales á la *Niña*, que á corta distancia navegaba, y enderezó las proas hácia aquel puerto natural.

Apenas entró en él, dió suelta al indio, haciéndole algunos regalos y poniéndole en tierra con toda seguridad , y aguardó el resultado de su caritativo comportamiento.

Este resultado no se hizo mucho esperar.

CAPITULO VI.

EMBAJADAS.



os habitantes del pueblo nuevo tenían ya noticias, como otros muchos de lo interior, por la oficiosidad de Manití, de la llegada de los huéspedes semi-divinos.

El indio socorrido por Colon conmovió en pocos momentos á todos sus paisanos, á quienes debió dar noticias tan sorprendentes, que en breve espacio se vió la playa poblada de ellos, ansiosos de ver y tocar la gran novedad que á sus ojos atónitos se presentaba.

Las carabelas anclaron tan cerca de tierra, que se podia entrar y salir de ellas sin ayuda de lanchas; y los indígenas mostraban su amistad y confianza llegando hasta sus costados, pero sin atreverse á invadirlas.

Vióse á poco aparecer un gallardo jóven de veinte años, algo mas adornado que los otros indios, á quien estos rodeaban con señales de singular respeto: aunque la curiosidad le atraia, como á todos los

demás, detúvose aquel á contemplar las carabelas, á larga distancia, con una apostura grave, que denunciaba distinción y autoridad: en su cabeza brillaba una especie de diadema de oro guarnecida con vistosas plumas, y este distintivo hizo esclamar al punto y respetuosamente á los indios de San Salvador, pronunciando la palabra *cacique*.

Las demostraciones de acatamiento eran esta vez tan espresivas, que los españoles atribuyeron al jóven jefe una dignidad igual á la de los reyes, y Colon se apresuró á enviarle una embajada solemne con distinguidos presentes.

Diego de Arana fué designado como embajador, en compañía de Luis de Torres y Sancho, que en estos casos jamás queria declinar su cargo de agregado, y cuyo carácter entremetido le acreditaba de apto para entablar las primeras relaciones: con ellos bajó á tierra un indio intérprete, y seis soldados marcharon detrás como acompañamiento de honor.

— Paréceme, señor Luis de Torres, decia Sancho mientras caminaban hácia el pueblo, que por fin vamos á encontrar un príncipe decente: si no es el gran Kan, á quien deseo ver con todas las ve-
ras de mi corazon, será sobrino suyo, y esto ya es algo.

— Y en qué fundais vuestra presuncion, amigo Sancho? preguntó el converso.

— Me fundo en que este es, á lo que veo, el primer cacique verdadero que hemos encontrado; y en que ese título de cacique puede ser lo mismo que pequeño Kan, ó como si dijéramos: Kan-menique.

Riéronse Torres y Arana de la etimológica esplicacion de Sancho, y el segundo le dijo:

— Si tal pensais, buen Sancho, cuidad de mantener por esta vez el decoro de la embajada, mostrándoos respetuoso con el pequeño Kan, á fin de que no crea que nuestra mision es cosa de burlas.

— Perded cuidado, respondió el escudero; yo procuraré tratar á Su Alteza como es debido; pues no ignoro el honor que le está reservado, como príncipe feudatario de otras Altezas mas altas: por cierto que si él lo supiera, quizá no recibiria con mucho gusto nuestra embajada.

— Nada perderá con llegar á ser súbdito de los mas poderosos reyes del mundo, dijo Luis de Torres.

— No digo yo qué pierda, repuso Sancho; pero dudo que le agrade tan alto honor; pues aunque yo, en mi esfera, no cambiaria mi empleo de escudero de un señor castellano por un *cacicato* de estos, dice el refran que cada gallo canta en su gallinero, y no se encuentra mejor el pájaro en jaula dorada que en la libertad de sus bosques.

— Así es la verdad, amigo, respondió Arana; pero guardad para otra ocasion vuestra filosofia, y preparaos como corresponde á comparecer ante el príncipe salvaje; pues allí le veo ya sentado bajo un árbol enorme, aguardándonos rodeado de su corte.

Con efecto, el joven cacique, á quien habian anunciado la llegada de los emisarios españoles, se disponia á recibirlos convenientemente, y se hallaba sentado en una especie de silla de tijera: dos ancianos, que debian de ser sus consejeros, estaban en pié á sus lados, y otros varios indios de distincion le rodeaban.

Al presentarse los españoles, el cacique se levantó para recibirlos; y volviendo á sentarse, escuchó atentamente el breve discurso que le dirigió Diego de Arana, y cuya parte esencial, aunque no muy bien comprendida, reprodujo el intérprete.

La contestacion del cacique pudo fácilmente adivinarse por las inflexiones afectuosas de su voz y por los ademanes que acompañaban á sus palabras: cuando Arana le presentó los regalos que para él llevaba, tomó algunos objetos y los puso sobre su corazon y su cabeza, y en el acto se quitó un tahalí de cuero primorosamente labrado, con adornos de oro puro, y lo dió al embajador, repitiendo sus protestas de cordial amistad y agradecimiento.

En seguida se levantó, y habiendo entregado los presentes á uno de sus hombres para que los condujesen á su morada, hizo señas á los españoles para que le acompañasen, y les guió con mucha gravedad y muestras inequívocas de aprecio hasta la casa mas grande del pueblo, donde hizo servirles refrescos y los manjares mas esquisitos del país, procurando informarse del intérprete qué cosas eran las que sus huéspedes mas apreciaban.

Observaron estos que en la mansion del cacique abundaban, mas

que en las otras partes ya visitadas, los objetos de oro en planchillas, granos y aretes; y el codicioso Sancho no dejó de preguntar por señas, y como mejor podía hacerse entender, en donde se encontraban los criaderos del precioso metal; y si distaba mucho de allí la ponderada Babeque.

No dejó de comprenderle el cacique; y respondió de un modo harto inteligible, que la region del oro no era Babeque, sino *Cibao*.

—Cibao! repitió Sancho, hablando con sus compañeros. Pardiez, que tiene razon este gran señor: Cibao viene á ser lo mismo que Zipango, y tengo para mí, que acabo de hacer un gran descubrimiento cuando menos lo pensaba.

—Sabeis, señor Arana, dijo Torres, que no va descaminado esta vez el amigo Sancho? Nada es mas comun que la corrupcion de los nombres propios, al pasar de una lengua á otra: ejemplos mil pudiera presentaros de voces árabes de los moros de España, completamente viciadas en el idioma de Castilla: el nombre del último rey de Granada; el de esta ciudad misma, que los moros llaman Garbnat, demuestran lo que digo. Y si tal acontece con palabras diariamente oidas y tratándose de pueblos y gentes que se tocan, no es mucho que suceda otro tanto con las palabras de que usan estas naciones remotas y desconocidas. Yo creo muy posible que Zipango sea Cibao.

El cacique ponía mucha atencion en este diálogo; y no pudiendo comprender mas que la palabra Cibao, tantas veces repetida, preguntó por medio del intérprete á sus huéspedes, si era acaso que deseaban visitar aquel país. Contestaron ellos afirmativamente, preguntando á su vez si estaba muy lejos de allí.

La respuesta del jóven cacique les dió á entender que era posible llegar á Cibao en dos ó tres dias de camino hácia el Oriente: ponderó con ademanes de asombro las vastas riquezas de aquel país; pero espresó al mismo tiempo ideas de muerte pronunciando el nombre, hasta entonces nunca oido, de Caonabó unido á la palabra *caribe*.

Al oír esto el indio de San Salvador, dió un grito de espanto, que acabó de confirmar á los españoles en la presuncion de que el

país del oro , fuese ó no Zipango , estaba habitado por alguna raza feroz.

Con estas nuevas, los embajadores se despidieron del cacique, el cual mandó que les acompañasen algunos de sus súbditos cargados de regalos para el Almirante.

No contento con estas muestras de amistad , en la tarde de aquel mismo dia se presentó personalmente en la carabela de Colon , trayendo consigo todo el oro que pudo reunir , las frutas mas sabrosas, papagayos domesticados y algunos objetos debidos á la tosca industria de los naturales.

Colon estaba encantado de la mansedumbre y sociabilidad de aquellas gentes , y dispensó al cacique las mismas distinciones que correspondian á un príncipe soberano : conversó con él largo rato, procurando indagar si existia en la isla algun señor mas poderoso, y el nombre de Guacanagarí volvió á sonar en el casi ininteligible dialecto de Haili.

Muchas ideas equivocadas adquiria Colon en estas conferencias; pero en la ocasion presente comprendió que habia en la isla una especie de federalismo , formado por muchos cacicatos , con sujecion á una autoridad suprema , cosa fácil de suponer atendido el régimen político de las naciones europeas en aquella época; pues aunque ya entonces se formaban las monarquías absolutas, aun quedaban reslos del feudalismo, que no era sino una confederacion autocrática.

En cuanto á los demás informes que deseaba obtener , Colon se dejó llevar muy léjos por el fuego siempre activo de su rica fantasia : desde luego aceptó con calor la interpretacion que habia dado Sancho á la palabra *Cibao*, y sospechó que estaba próximo á tocar las maravillas de Zipango. Ya no pensó mas en Babeque , y se decidió á seguir sus investigaciones al Oriente, sin desistir por esto de continuar explorando mas adelante las regiones que suponía situadas al Ocaso.

Al dia siguiente continuó su marcha , decidido á no detenerse hasta encontrar la tierra de promision que soñaba su deseo ; pero los vientos contrarios le obligaron nuevamente á tomar puerto en una bahía, que hoy se llama de Acul, y que denominó de *Santo To-*

más, por ser la víspera de la festividad de este santo aquella en que fundeó.

Ya la fama, volando por la mayor parte de la isla, había llevado al gran Guacanagari la nueva del arribo de los españoles: el día 21 de diciembre llegaron emisarios de diferentes caciques á ofrecer sus respetos al Almirante, y el 22 se vió aparecer una muy larga canoa conduciendo muchos indios adornados con mantos de algodón, y mas lujosamente compuestos que los demás vistos hasta entonces. El primero que salió de la canoa y subió á la carabela *Santa Maria* fué al punto reconocido por Sancho y sus compañeros; pues no era otro que Maniti, el cual bien recibido por el Almirante, anunció á este que los que con él venian eran embajadores del principal cacique de aquella comarca, encargados de suplicarle se dignase navegar una ó dos leguas mas al Oriente, donde aquel tenia su residencia.

Colon se mostró contento, y dió permiso para que llegasen los embajadores; los cuales reiteraron la peticion espresada por Maniti, esforzando su solicitud con algunos presentes que de parte del gran cacique traian; era notable entre estos un cinto preciosamente labrado, el cual tenia en lugar de bolsa una careta con las orejas y la lengua hechas de oro finísimo.

No era posible por el momento acceder á los deseos del cacique Guacanagari, porque los vientos se oponian á la navegacion; pero dispuso el Almirante que partiese inmediatamente un emisario bien acompañado de gente de guerra, portador de la oportuna contestacion y de algunos regalos. Este encargo se dió al escribano de la flota Rodrigo de Escobedo, el cual se embarcó en la mejor lancha de la *Santa Maria*, y partió antes que se volviesen los embajadores.

Habia entre estos un jóven de muy bella presencia y agradables modales, que Maniti presentó con particular complacencia á Colon y á sus compañeros. Llamábase Mattinao, y según pudo entenderse era próximo pariente de aquel.

Don Juan quedó prendado á primera vista de la gallardía y finura del jóven indio, y entró al punto con él en íntimas relaciones: la perspicacia de este suplía en gran manera la dificultad de comunicarse que experimentaba el noble castellano, y bastó una tarde para que ambos se comprendiesen mutuamente.

«Mattinao, antes de partir, inviló á Don Juan á seguirle al lugar de su residencia ; y nuestro jóven que nada ansiaba tanto como recibir impresiones variadas, pidió á Colon permiso para acompañar á su improvisado amigo.

«—Nada puedo negaros, don Juan, le respondió el Almirante: sin embargo, el interés que me inspirais, como fiel compañero y deudo, me obliga á ser cauto en ciertas concesiones. No debo consentir que os alejéis de mí, solo y entregado á la merced de gentes que no conocemos.

«—Deponed todo temor, mi respetable amigo, dijo don Juan: estas gentes, bien lo estais viendo, llevan el corazon en la mano ; y si fueran capaces de abrigar traidores intentos, basto yo solo para aterrar á mil de ellos. Pero repito que toda sospecha contra su lealtad es injusta, y no dudo que si me permitís acompañar á Mattinao, mis relaciones con él han de ser provechosas para nuestros fines.

«—En qué concepto? Proyectais alguna cosa?

«—Oh! exclamó el jóven con tono jovial. Bien sabeis, señor, que mi cabeza no sirve para trazar planes ni combinaciones: yo no obro nunca sino conforme á las circunstancias del momento. Pero he observado que ese mozo tiene una comprension fácil, es franco y vivo, y me parece que en pocos dias ha de entenderme lo bastante para darnos cuantas noticias apetezcamos de la rica Cibao y de todo lo demás que convenga. Dejadme ir con él: os lo ruego.

«—Haced vuestro gusto, don Juan, repuso Colon: pero llevad algunos hombres en vuestra compañía, y sed muy prudente. En todo caso, no os alejéis mucho de la costa, y tened presente que yo estaré en la residencia de Guacanagarí tan pronto como el tiempo lo permita.

«—Gracias, señor Almirante, por la merced que me haceis. En cuanto á llevar hombres en mi compañía, bastará que venga Sancho.

«—Bien, como querais, repuso Colon con tono de bondad: pero no olvideis, al menos, vuestro escudo y vuestra buena espada.

«El jóven se encogió de hombros por toda respuesta.

«Los embajadores, detenidos en la carabela por el afan de saciar su curiosidad, dispusieron su regreso al amanecer del dia siguiente:

don Juan y Sancho se embarcaron con ellos en la canoa, y el segundo tuvo la precaucion de llevar consigo abundancia de cascabeles y espejillos, su arcabuz y un paquete de cartuchos.

—Para qué traes esos enredos? le preguntó don Juan.

—Hombre prevenido nunca es sorprendido, contestó el escudero. De un momento á otro se cae una casa; y por buenos y santos que parezcan estos señores salvages, yo no entiendo su lengua, ni sé lo que pensarán mañana.

—Eso es prudencia, ó miedo, Sancho?

—Si tengo miedo, no es por mí, señor.

—Pues por quién?

—Sois curioso; — y perdonad. Sabed que tengo encargo de cierta persona de velar por la seguridad de la vuestra.

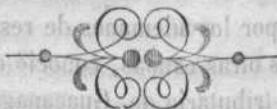
—Del Almirante?

—No, señor. El Almirante está allí detrás, y la persona que yo digo dista mas de mil leguas de aquí. Pero no hablaré de ella; pues sé por esperiencia que os enfadais si me atrevo á nombrarla. Sin embargo, ved allí por donde sale quien tiene su mismo nombre.

Y Sancho señalaba con la mano al Oriente, donde aparecia el sol, que en aquellos momentos alumbraria á España desde al zenit.

—Sol! murmuró don Juan lanzando un suspiro. —Ella!...

La canoa cortaba las ondas velozmente, impelida por los brazos vigorosos de los indios. Mattinao remaba como los demás: en pocas horas llegaron á la embocadura de un rio, cerca del cual estaba la mansion del Guacanagarí. El principal embajador y algunos de sus compañeros desembarcaron en aquel punto, y Mattinao con los demás siguió remando á lo largo de la costa.



CAPITULO VII.

FLOR DEL CIELO Y FLOR DE ORO.



ocas leguas mas allá entraba en el mar un pequeño promontorio formado de ásperas rocas, árido y sombrío. Al doblarlo, nuestros aventureros vieron aparecer una flotilla de canoas, que navegaban en direccion opuesta á la suya, con ligeras velas de algodón: iban en ellas muchos indios, determinados á visitar las carabelas; y al acercarse á ellos, Mattinao dejó el remo, y sacando de bajo su manto una delgada diadema de oro, se la puso en la cabeza.

Por esta insignia y por los ademanes de respeto que al punto hicieron los indios de las otras canoas, conoció don Juan que su jóven amigo era un cacique tributario de Guacanagari: desde aquel momento comenzó á tratarle con la consideracion debida á su dignidad, y Mattinao, sensible á esta deferencia, fué á sentarse al lado del noble español, diciéndole palabras afectuosas, y queriendo darle á

entender que acababan de entrar en los límites del territorio sometido á su dominio.

La canoa entró en un manso riachuelo poco ancho y profundo, que desembocaba á corta distancia del promontorio; y cuyas márgenes pobladas de bosquecillos deliciosos, formaban con sus árboles tropicales, muchos de ellos cargados de fruta, que podía alcanzarse con la mano, frescas bóvedas de verde follaje y un ambiente impregnado de aromas.

De trecho en trecho, las orillas despejadas permitían á la vista espaciarse por risueñas campiñas y sitios amenísimos, que convidaban á pasar una vida tranquila y libre de cuidados. A veces se descubrían á lo lejos las empinadas montañas, donde el riachuelo tenía su origen, y tendidos en el hermoso valle algunos pueblecitos de escaso vecindario.

Mattinao procuraba explicar á su huésped todo lo que veía, y lo-graba hacerse entender mas con la vivacidad de sus gestos que con sus palabras. Dejando luego de indicar los objetos visibles, el joven cacique habló de cosas y personas mas distantes, espresándose con extraordinario fuego; pero don Juan no pudo al pronto comprender lo que decía, si bien percibió los nombres muchas veces repetidos de Onaney, Anacaona y Caonabó.

Cuando pronunciaba Mattinao el nombre de Onaney, su voz era dulce y se exhalaba como un suspiro, y todos los otros haitianos que le acompañaban repetían la misma palabra con admiración y respeto. Don Juan sabía ya que los caciques practicaban la poligamia, sin embargo de que solo permitían una mujer á cada uno de sus súbditos, y pensó que Onaney seria el nombre de alguna esposa favorita de Mattinao; pero como este pronunciaba tristemente los de Anacaona y Caonabó, no podía descifrar el sentido de aquellas exclamaciones apasionadas. Sancho acudió en ayuda de su inteligencia, diciéndole:

—Quiere decir, señor, que Caonabó, el caribe de Cibao, intenta robarle su amada Onaney.

Mattinao, atento á las palabras de Sancho, repitió con signos afirmativos:

—Caribe... caribe Caonabó... Maguana Cibao.

—Ya lo veis, dijo Sancho: el enigma está claro, y ninguna duda nos quedaria ya, si pudiésemos saber qué es eso de Maguana.

Don Juan hizo al cacique una pregunta en este sentido, y aquel le respondió estendiendo el brazo hácia las mas lejanas montañas:

—Maguana, Cibao: Caonabó cacique guamiquina.

—Viva la Virgen! exclamó Sancho batiendo las palmas. Ya sabemos lo que mas nos importa. El señor Mattinao dice, que Caonabó es el cacique de Cibao ó Zipango, y que esta tierra de promision se encuentra pasada aquella montaña, que se llamará Maguana. Lo de *guamiquina* querrá decir, que el tal caribe tiene mal genio y que es amargo como la quina.

El sagaz escudero no iba del todo descaminado en su interpretacion; pero incurria en dos errores por falta de conocimiento de la lengua haitiana.

La palabra guamiquina significaba caudillo principal ó jefe supremo, y Mattinao habia querido espresar que Caonabó era el gran cacique de uno de los cinco distritos ó soberanías en que estaba dividida la isla: este distrito se llamaba *Maguana*, y en él se comprendian las montañas de Cibao, que efectivamente contenian ricos criaderos de oro.—Los otros cuatro distritos eran el de *Marien*, al Norte, perteneciente al dominio de Guacanagarí; el de *Jaragua*, al Occidente, país tan delicioso, que los isleños suponian existir en él la mansion de los bienaventurados; el de *Higüey*, al Oriente, poblado por una raza belicosa, y otro en el centro, colindante con el de Maguana, pero no montañoso como este, sino estendido en unas magnificas llanuras, que los españoles denominaron *Vega-Real*.

Cada uno de estos distritos era gobernado por un cacique guamiquina, ó jefe supremo, á quien obedecian otros muchos caciques inferiores en categoria y autoridad. Caonabó no era de origen haitiano: pertenecia á la raza feroz y sanguinaria de los caribes antropófagos, que mas tarde encontró Colon en otras islas, y se habia erigido soberano de Maguana por derecho de conquista. Para transmitir á su posteridad la soberanía de aquellos dominios, siendo esta hereditaria por la descendencia de las hembras, el jefe caribe habia tomado por mujer á la mas hermosa doncella de todo el país, Anacaona, ó *Flor de oro*, princesa de Jaragua; pero no habiendo te-

nido de ella mas que una hija, lo cual no halagaba sus instintos guerreros, y siendo además muy sensual; aunque tenia en su residencia selvática el harém mas escogido, buscaba entre las princesas indias una que por su belleza y talento pudiese rivalizar con Anacaona, y darle un sucesor digno de él.

En una de sus frecuentes correrías por la isla, habia visto á Onaney (*Flor del cielo*), hermana de Mattinao; y esta doncella, cuya hermosura justificaba su poético nombre, habia tenido la desgracia de agradarle.

Con mejor título que Anacaona, podia Onaney dar un sucesor á Caonabó; porque los hijos de aquella debian reinar en Jaragua, segun las leyes del país.

Anacaona fué arrastrada por fuerza y terror al tálamo del caribe, á quien nadie amaba y todos temian en la isla; pero las gracias y el talento extraordinario de esta mujer habian logrado avasallar al Sanson salvaje y hacerle esclavo de su voluntad: ella poseia el don de la poesia y de la elocuencia; fascinaba con la ternura de su corazon y el fuego de sus ojos negros; calmaba las pasiones violentas y los dolores físicos con la dulzura de sus cantares amorosos, y exalaba el entusiasmo de los guerreros con sus *areyts* ó romances heróicos.

En los dias de su pasión por la bella princesa de Jaragua, Caonabó la llamaba *Anacaona Turey*, es decir *Flor de oro bajada del cielo*. Por mucho tiempo conservó ella el dominio absoluto sobre aquel espíritu feroz, y fué la salvaguardia de su país natal: esposa favorita del cacique, fué á la vez reina y sacerdotisa de su pueblo: su *zemí*, ó dios tutelar, era el oráculo mas respetado; y cuando ella salia en procesion, coronada de frescas flores, conducida en andas, tocando el *maguey* ó pandero de conchas, y entonando sus *areyts* sagrados, que cantaban en coro veinte doncellas desnudas y otros tantos *bucios* ó sacerdotes, revestidos de mantos talaes, de todas partes acudian enfermos esperando sanar de sus dolencias; bajaban hácia el suelo los guerreros las puntas de sus flechas y lanzas templadas al fuego; y era fama que huian las tempestades, y la muerte permanecia encadenada en la profunda gruta de *Vagoniona*.

Pero apesar de tan superiores dotes, Anacaona llegó á sentir que se le escapaba su imperio sobre el corazon inquieto de Caonabó:

nunca temió la rivalidad de otra mujer; las demás esposas del caribe, aunque bellas, fueron siempre siervas de la favorita, y solo acobardó á esta la hermana de Mattinao.

Era natural la inquietud de Anacaona: entre cien mujeres, Onaney fué la única que opuso resistencia á los deseos del temible Caonabó. Solicitada por él, habia contestado la bella indiana, que destinada por su nacimiento á regir la tribu de Mattinao y á dar á este un sucesor digno de él, necesitaba desposarse con un príncipe independiente y ser primera esposa, pero no segunda.

Insistió en sus pretensiones el guamiquina de Maguana, declarando que la tribu de Mattinao ganaria en importancia, cuando tuviese por cacique un príncipe de su raza que la uniese al vasto señorío de las montañas: pero la jóven Onaney escusó de nuevo su repugnancia á tal enlace, y esta resistencia avivó mas los deseos de Caonabó, llevándole al estremo de indicar que por ella dependria de su rango de favorita á la ilustre Anacaona.

Por tercera vez se habia negado Onaney á ser la esposa del caribe; pero este podia usar del supremo recurso de los fuertes, la violencia; y todos los pacíficos habitantes del distrito de Marien temian una invasion agresiva del terrible jefe de las montañas.

En esta coyuntura llegaron los españoles á la isla, y la fama de su poderío superior á todo lo conocido, la de sus armas semejantes al rayo alcanzaron hasta la blanda mansion de Mattinao, á quien su pariente Maniti habia referido cuanto habia visto y cuanto le contaron los indios de San Salvador.

El jóven cacique fundó al punto grandes esperanzas en los *turkey* (*) recién llegados, para librarse y salvar á su tribu de la furia de Caonabó.

Tal era la relacion que habia hecho á don Juan mientras subian el riachuelo; y bien se comprende que nuestro caballero no debió de entender nada, ó entenderia muy poco de tan larga historia. Sin embargo, se mostró complaciente con su improvisado amigo, pensando en las ventajas para la espedicion, que esperaba sacar de su intimidad con aquel indio.

(*) Bajados del cielo. Así denominaban á los españoles.

No dejó de entender que el jóven cacique temia algun peligro de parte de Caonabó, cuyo nombre, acompañado siempre de exclamaciones de terror, no era esta la primera vez que sonaba en sus oídos; como tambien que mediaba alguna disension entre ambos por causa de Onaney, á quien seguia suponiendo esposa ó pretendida del primero; y sus demostraciones se encaminaron á probarle, que podia contar con el apoyo de su brazo.

Mattinao comprendió perfectamente este ofrecimiento, por lo acorde que estaba con sus deseos; y poseido de extraordinario gozo, dió al punto una orden á uno de los indios que le acompañaban, el cual se arrojó de la canoa al agua, llegó nadando á tierra y desapareció entre el ramage de la selva, corriendo con estremada rapidez.

D. Juan y Sancho se miraron uno á otro, no sabiendo qué pensar de aquel repentino suceso.

Mattinao quiso esplicárselo hablando con volubilidad, y repitiendo muchas veces el nombre de Onaney.

Los remeros vogaron con lentitud, como queriendo solo oponer alguna resistencia á la débil corriente del agua: sin duda se trataba de ganar tiempo.

Con efecto, la canoa estuvo parada mas de media hora en un mismo sitio, desde el cual gozaba la vista el espectáculo de un risueño paisaje.

Durante este tiempo, Mattinao suspendió varias veces su conversacion, quedándose atento á rumores lejanos, que los hombres civilizados eran incapaces de percibir.

Por último, brilló en su semblante una sonrisa de satisfaccion; y á una nueva orden suya, los otros indios volvieron á remar con vigoroso esfuerzo.

No habian avanzado gran trecho, cuando comenzó á oirse distintamente la cadencia de un cántico entonado por muchas acordes voces, cuya armonía salvage, la mas propia de aquellos lugares, crecia por grados, á medida que se acertaba la distancia. No era posible ver á los músicos, entre quienes sobresalian voces argentinas de mujeres; porque la canoa pasaba á la sazón por debajo de una espesa enramada, y multitud de plantas, enredadas en los árboles,

formaban con sus colgantes y floridos tallos una romántica cortina. Don Juan no había presenciado jamás una escena tan fantástica, y escuchaba absorto aquella música invisible, que parecía venir de otro mundo, envuelta en los embriagadores perfumes que traía la brisa.

De pronto se despejó la espesura de la floresta, y apareció, con el efecto de una decoracion de teatro, el hermoso país donde se asentaba la capital de los dominios de Mattinao: componíase esta de unas doscientas casas, construidas en la suave pendiente de una colina, cuya base, orlada de plantas y flores, seguía las ondulaciones del río: todo el valle tenía la gracia natural perfecta, que tanto seduce bajo el ardiente sol de los trópicos: el trabajo del hombre lo había despojado de su primitiva rudeza, sin privarle de su aspecto vigoroso y armónicamente desordenado.

Entonces vió don Juan de donde provenían los ocultos coros: toda la juventud del vecino pueblo bajaba á la ribera cantando y bailando al tosco son de tamboriles, hechos de cortezas de árboles, panderos y otros instrumentos á manera de trompas: la danza seguía las oscilaciones de la música, siendo unas veces cadenciosa y pausada, otras animadísima y violenta hasta rayar en furor: las doncellas iban completamente desnudas, y formaban con los manebos mil caprichosos enlaces, ya cogiéndose de las manos, ya soltándose y fingiendo escapar de una persecucion incesante: los encuentros se celebraron con gritos de sorpresa ó de alegría, según el sexo de los bailarines.

El canto era una especie de himno religioso, oportunamente acomodado á las circunstancias, y cuya traduccion imperfecta pudiera decir así:

« Celebrad, hijos de la noble Haití, el feliz momento en que fué
« engendrada la vida: el gran zemí, dios inmortal, invisible y omni-
« potente, que mora en el cielo, sacó de la caberna Larga el sol y
« la luna, y puso en ella la semilla de los hombres. Los primeros
« nacidos, que osaron ver la luz, se convirtieron en árboles y plan-
« tas; el gran zemí derramó desde el cielo un vaso lleno de aromas,
« y los árboles se cubrieron de flores; y de las flores nacieron las
« primeras mujeres, que ningun hombre podía coger, porque eran
« resbaladizas como los peces.

«Saltad y bailad, vírgenes de Haití; deslizaos ágiles y bulliciosas al son del sagrado magüey, como vuestras primeras madres entre los árboles floridos: no consintais que os alcance la mano áspera del hombre, hasta que el cansancio ponga vuestras mejillas coloradas y vuestro corazón hinchado como la fruta madura.»

«El gran zemí es rey del cielo; y del cielo viene la luz que alegra las almas; el aire, que refresca el dulce ambiente de las selvas, y la lluvia, que fecundiza los campos y engendra las cristalinas fuentes: del cielo baja todo bien á la noble Haití, la primera tierra criada por el Dios supremo.—Cantad, bailad y regocijaos, que también la alegría es don del cielo, y han bajado de él emisarios del «Omnipotente.»

«Feliz momento aquel en que fué engendrada la vida! Feliz la tierra privilegiada de Haití, que ve descender del cielo dones preciosos, como la luz de la luna que dora el río, y como la brisa que refresca el valle. Tejed alfombras de flores, vírgenes de Marien: saltad y bailad en presencia de los enviados del supremo zemí.»

Don Juan y Sancho escuchaban maravillados este cántico, sin entenderlo, aunque bien conocían que era entonado en honor suyo; y con no menor asombro contemplaban el sencillo aparato desplegado para recibirlos. Delante de aquella alegre comitiva venía una jóven, la mas hermosa que hasta entonces habían visto en los países descubiertos, la cual era conducida en hombros de cuatro vigorosos indios, sobre un palanquin alfombrado de flores y pieles; el color de su cutis era casi tan blanco como el de una morena andaluza, y su rostro graciosamente sonrosado: el mejor adorno y mas cumplido traje que cubría sus carnes era su cabellera, sedosa y ondulante, que á manera de un manto de azabache le tapaba los hombros y descendía por la espalda hasta reposar en el palanquin: los cabellos se consideraban en aquel país como el signo distintivo de la nobleza de sangre, y los de la bella indiana eran envidiables por su finura y abundancia.

No ha de creerse por esto que la jóven se presentaba en esta ocasión tan desprovista de vestidos y adornos como sus compañeras. Aunque el traje fuese una cosa accesoria y de puro ornato, las personas principales tenían pretensiones de cierto lujo: la hermosa

del palanquin traía ceñido un cinto de tela de agradables colores, que le bajaba hasta las rodillas, y una especie de chal, puesto á guisa de banda y anudado en la cadera, cuyas puntas llegaban hasta el suelo: ricas sandalias calzaban sus piés delicados y pequeños, y ajorcas de oro finísimo ceñían sus piernas y brazos: algunas flores recién cogidas y frescas como ella brillaban entrelazadas en sus cabellos, y completaba su ornato un collar de lindísimas conchas, del cual pendía una placa de oro toscamente labrada.

Otras mujeres venian detrás de ella, tambien adornadas con telas, conchas y ajorcas de oro: su andar era grave y no tomaban parte en las danzas. Seguía despues una muchedumbre de indios de ambos sexos, todos los habitantes del pueblo vecino.

Mattinao mandó atracar la canoa en la orilla y saltó en tierra el primero, para dar la mano á sus huéspedes. Al ver á estos, la muchedumbre indiana prorumpió en gritos, entre los cuales sobresalía la palabra *Turey*.

El jóven cacique se adelantó, llevando de la mano á don Juan, y le presentó á la hermosa del palanquin, á quien nombró llamándola Onaney.

Don Juan hizo á esta una galante cortesía, como hubiera podido saludar á la dama mas principal de Castilla: el rostro de la jóven espresaba en aquel momento admiracion, curiosidad y placer; sus mejillas se tiñeron de un vivo encarnado, y sus bellos ojos, negros y de una transparencia purísima, brillaban con ingenuidad, aunque no sin revelar cierto temor supersticioso.

Seguramente habia sido avisada, y sabia que los dos españoles llegaban como amigos; sin embargo, la idea que de ellos tenia le inspiraba aquel sentimiento en medio de su confianza. Pero recordando al punto la serenidad, contestó graciosamente al saludo de nuestro caballero, y le dirigió algunas palabras con un acento de voz sumamente melodioso.

Las otras mujeres que la acompañaban eran las esposas de Mattinao. Don Juan fué presentado á estas, como lo habia sido á Onaney; despues de lo cual, el cacique tomó la delantera, colocando á sus lados á los dos españoles, y toda la comitiva volvió hácia el pueblo cantando y bailando, como habia venido. Algunas jóvenes avanza-

ban de trecho en trecho, llevando en las manos cestos llenos de flores, y esparcian estas por el camino.

Así llegaron hasta el pueblo, cuyas casas, aunque sencillamente construidas, ofrecían cómodo y delicioso albergue en aquellos climas: no tenían puertas para resguardo de la propiedad, que sus dueños no conocían más que como un derecho natural de poseer en común, hasta donde alcanzaban sus limitadas necesidades. En lugar de aquellas había unas cortinas ingeniosamente labradas de yerbas marinas, las cuales servían para preservarse del calor y para dividir las habitaciones.

Don Juan fué introducido en una de las mejores casas, cuyo interior no estaba desprovisto de cierto lujo: notó á la entrada una pieza pequeña, muy adornada con mascarones de madera, cuyos ojos, lenguas y orejas eran de oro; y en una especie de nicho, un ídolo monstruoso de figura humana: era el *zemi* tutelar de la familia de Mattinao.

Esté, su hermana, su esposa favorita y dos buicios ó sacerdotes, vestidos con largos sayos de tela de algodón muy blanca, fueron las únicas personas admitidas en esta primera entrevista. Sancho quedó fuera, espuesto á la admiración del pueblo, cuyos habitantes se disputaban el honor de verle de cerca, y de tocar sus barbas.

Algún historiador mal intencionado ha querido suponer que nuestro escudero trató de cambiar por oro los pelos de aquella barba tan estimada de los sencillos haitianos; pero evidentemente hay exageración en esto, como en otras muchas cosas, que los tales autores refieren, siempre que disfamar les cuadra el comportamiento de los españoles en el Nuevo Mundo. Lo que Sancho hizo, y en esto no escedió á ningún individuo de la especie humana, que haya comerciado ó comercie, fué atribuir á sus cosas un valor equivalente á la estimación que de ellas hacían los compradores; ó hablando en lenguaje económico moderno, acomodarse á la ley de la oferta y la demanda.

No era culpa suya que los indios apreciaran el valor de un cascabel en una onza de oro; y si los había tan generosos que diesen dos onzas en cambio, él las tomaba con la misma buena volun-

tad, sin que la onza mas de peso cargase lo mas mínimo su conciencia.

Debe culpársele de haber practicado este comercio contraviniendo á las órdenes de Colon, que queria reservarlo para la corona y para sacar ilesos sus propios derechos; pero hay que hacerle, por otra parte, la justicia de reconocer, que él no ponía precio á sus bagatelas; sino que las regalaba, y tomaba, siendo oro, el que quisiesen darle.

Acaso no hubiera hecho otro tanto un inglés ó un yankee; pero esto es cuestion de temperamentos.

Entre tanto, Don Juan era objeto de las atenciones mas delicadas, y obtenía ventajas mas apreciables que el oro. Por el modo como empezó á tratarle Mattinao, luego que estuvo á solas en aquel pequeño consejo de familia, conoció nuestro caballero que el cacique tenía ideas mas elevadas que sus súbditos, y que sin dejar de reconocer en él una raza superior y las ventajas que da la civilización, distaba mucho de considerarle como venido del cielo: pero sin duda entraba en los planes de su política el propósito de sostener arraigada esta preocupacion en el ánimo del vulgo, por la fuerza moral que le daría en el caso probable de un encuentro con el caribe Caonabó.

No menos perspicaz que su hermano, la bella Onaney, despues de algunas esplicaciones entre ambos, se mostró mas amable y confiada con el jóven extranjero: durante un frugal banquete con que le obsequiaron, este recibió de manos de la jóven varias muestras de atencion, y pudo convencerse de que habia encontrado en ella la criatura mas sensible y mas inteligente de toda la isla. No habia transcurrido una hora desde que se hallaban juntos, y ya Onaney repetía el nombre de nuestro jóven y algunas palabras castellanas, dándoles su verdadera significacion. Don Juan sabia tambien muchas de la lengua indiaua; pues no en vano habia tratado con los naturales de aquel país por espacio de mas de dos meses: así es que al punto concibió grandes esperanzas de obtener por medio de Onaney completos resultados en la comunicacion de ambas razas.

Pero aquel primer dia, quizá por exigirlo las consideraciones de

la decencia, según las costumbres del país, don Juan se vió privado muy pronto de la compañía de las mujeres. Apenas concluyó el refresco de recepción, se retiraron aquellas, y nuestro aventurero quedó al cuidado de Matinao, quien se esmeró en pasearle por el pueblo y sus alrededores, mostrándole cuantos objetos creía dignos de llamar su atención.

CAPÍTULO VIII.

AVENTURAS DE DON JUAN.



—La verdad es, señor, que el Almirante y la Reina me dieron un premio especial por los descubrimientos que voy haciendo; pues á No me ocultes la verdad.

—Hac quiere decir, Sancho, si no me equivoco, que has estado á hacer de las tuyas. A cuántos de esos infelices has engañado? —

—Yo también lo estoy, señor, de haber conocido á los señores de esa gran pradera.

—Yo también lo estoy, señor, de haber matado á Matinao?

—Yo contaba de haber venido á visitar á tu hijo.

—Saber, Sancho, dijo el príncipe, que es la de sus impresiones.

de cargarse el sueño, se dieron matinao con natural, luego que les dejaron solos, y antes de las dos de la noche hospedar.

CAPITULO VIII.

AVENTURAS DE DON JUAN.



ASARON don Juan y Sancho la noche hospedados en la mejor casa del pueblo, y como era natural, luego que les dejaron solos, y antes de entregarse al sueño, se dieron mutua cuenta de sus impresiones.

—Sabes, Sancho, dijo el primero, que estoy contento de haber venido á visitar á la familia de Mattinao?

—Yo tambien lo estoy, señor, de haber conocido á los súbditos de ese gran príncipe medio en cueros. Son una gente amable, con quien yo viviria en continuos tratos y contratos de aquí al año quinientos.

—Eso quiere decir, Sancho, si no me equivoco, que has empezado á hacer de las tuyas. A cuántos de esos infelices has engañado? No me ocultes la verdad.

—La verdad es, señor, que el Almirante y la Reina me deben un premio especial por los descubrimientos que voy haciendo; pues á

no ser por mí, no sabríamos qué Zipango, ó Cibão, ó como se llame, está detrás de aquellas montañas que hoy hemos visto; pero esto es nada comparado con otra cosa que acabo de averiguar.

—Sepamos esa otra cosa.

—Es referente á lo que hace poco me decíais: he descubierto, que los indios creen que engañan á los españoles, cuando les dan una plancha de oro por un cascabel.

—De lo cual infiero que te has dejado engañar.

—Inferís bien, señor: pero solamente lo hago por instruirme en las costumbres del país: claro está que no hemos pasado el mar para volver á España sin saber lo que aquí sucede. Y esto se me debe recompensar; pues nos enseña que, sin escrúpulo de conciencia, pueden nuestros reyes hacer un buen negocio, mandando establecer en Segovia ó en otra parte unas cuantas fábricas de casca-
beles.

—Sin escrúpulo de conciencia, dices?

—Claro está, señor; puesto que los indios aprecian esas baratijas mas que su oro: en esto no hay trampa.

—Veo, Sancho, que has errado la vocacion, y que serias un buen mercader. Pero no abuses de tu inclinacion al comercio; y hablemos de otra cosa. ¿Qué te ha parecido la princesa Onaney?

—Buen bocado, señor: es una hembra digna de un rey salvaje.

—Habla con mas respeto de esas personas, Sancho. Mattinao y Onaney revelan una superioridad de raza, que ya sea efecto de su sangre, ya de un privilegio de la naturaleza, merece el acatamiento de hombres como tú.

—No ha sido mi ánimo ultrajar á la señora Onaney, pardiéz; ni creo que la mayor princesa del mundo se dé por ofendida de que la llamen buena moza.

—Es cierto; pero la tratas con demasiada ligereza.

—Si tal es vuestro parecer, señor, me arrepiento de lo dicho: pero no he querido espresar, sino que, siendo su Alteza una real moza, es digna del señor Mattinao, y tal para cual.

—Pues yo creo, Sancho, que si Onaney hubiera nacido en otro país, ó entre el fausto de una corte soberana, como las que conocemos en Europa, seria contada entre las princesas mas ilustres. Pero,

no obstante, su mérito natural puede adquirir gran pulimento, y me parece que esa bella criatura está destinada por Dios á transformar este pueblo salvaje en un pueblo culto y civilizado; pues tiene disposicion para todo, es jóven, y fácilmente comprenderá las verdades de nuestra santa religion y lo demás que se la enseñe. —

—Bueno es eso, respondió Sancho: pero si no me engaño, señor, uno piensa el bayo y otro el que lo ensilla. Quiero decir, que mientras vos pensais en civilizar á la señora Onaney, el señor Martinao echa otras cuentas respecto á nosotros los españoles: acordaos de su galimatías cuando hablaba de Anacaona y Caonabó. Yo no sé lo que se propone; pero ciertamente ha concebido algun plan, y es para algo de nosotros. —

—Yo he comprendido que teme algun ataque de Caonabó, y confia en que nosotros le defenderemos de ese terrible enemigo. Pero esto no impide, antes favorece mis intentos: venga cuando guste el caribe, le combatiremos, le venceremos, y todos los pueblos pacíficos de la isla nos bendecirán, por haberles librado de aquel tirano: inspiraremos respeto y amor á un mismo tiempo, y conquistaremos el mas bello título á la dominacion de este país. Así nuestra religion, nuestras leyes y costumbres se introducirán sin violencia en el corazon de estas pobres gentes. —

—Hablais como un libro, señor. Pardiez! Nunca creí que supiéseis tanto; y si en mi mano estuviese, os nombraria, con vuestro beneplácito, virey ó gobernador de Haiti, salvo que vos me hicierais á mí vuestro primer ministro. —

La noche estaba muy avanzada, y amo y criado pusieron término á su conversacion, entregándose con absoluta confianza á las dulzuras del sueño. —

Pero la novedad de su situacion les tuvo despiertos al rayar el alba del dia siguiente, que era el 24 de diciembre. —

Observando Sancho que su amo, aunque tendido en su hamaca, no dormia ya, le dijo: —

—Señor, he pensado esta noche, que estamos poco prevenidos para recibir al señor Caonabó, si por acaso le viniese á las mientes la idea de hacernos una visita; y soy de parecer, que deberiamos avisar al señor Almirante de lo que sospechamos, y pedirle diez ó

doce soldados, para echar una correría en busca de la dorada tierra de Cibao.

—No tengas miedo, Sancho, le contestó don Juan; he traído mi buena espada, y yo solo basto contra un ejército de caribes.

—Lo creo, señor; pero si á vuestra espada se agregase una docena de buenos arcabuces, me parece que seria mucho mejor. Además, mi principal idea es, que convendria descubrir esa tierra de Cibao, que me figuro ha de ser toda ella de oro macizo, y para esto no bastan dos hombres.

—Maldito de cocer! Siempre estás soñando en el oro.

—Así es el mundo, señor, y así es menester que sea: unos pensamos en riquezas, otros en gloria, otros en amor, y de unas cosas y otras se forma un todo provechoso. Pero advertid que la mayor parte de nuestros compañeros han pasado el mar en la confianza de encontrar aquí los doblones acuñados, rodando por el suelo, y que no será un pequeño honor para nosotros el poder decir que hemos encontrado la prometida Jauja.

—No dejo de conocer, Sancho, la importancia de semejante descubrimiento; y si tuviese recado de escribir, aprovecharia tu consejo, enviando una carta á don Cristóbal por medio de un indio.

—Escusado es eso, repuso el escudero: yo iré y volveré en veinticuatro horas, y estad seguro de que el señor Almirante os agradecerá el mensaje.

Así diciendo, Sancho se vestia, dispuesto á partir al momento. Viendo Don Juan su actividad, le dijo:

—No vayas tan de prisa. Primero es menester que me digas dónde está nuestro pequeño equipaje, con las baratijas que has traído; pues necesitaré hacer algunos presentes á Onaney y á las otras damas.

—Todo está aquí, señor, respondió Sancho. Los indios han cuidado de traerlo, sin que nos falte valida de un alfiler.

—Y eso que aprecian nuestras cosas tanto, que darian por la menor de ellas una parte de su vida! Estoy encantado del carácter de estas buenas gentes.

—Yo tambien, señor; no lo dudeis. Oh! Qué lástima que la señora Onaney sea casada!

- Quién te ha dicho eso?
- Nadie; pero presumo que será la esposa de Mattinao.
- Te equivocas: segun he podido entender, esa jóven es soltera. Pero tu exclamacion me hace pensar.....
- Pensad lo que gusteis, señor; pero, con tal que se hiciese cristiana, yo no tendria inconveniente en dar mi blanca mano á una doncella como esa.
- Estás loco, Sancho?
- Estoy cansado de ser soltero, señor; y recordad lo que me teneis prometido.
- Yo!
- Lo habeis olvidado?.....
- No: el gobierno de la isla de Chulipango y la mano de la princesa Chulipamplona.
- Cabal.
- Está bien: á su tiempo hablaremos de eso. La princesa Onaney es demasiado fina para tí.

Mattinao vino á interrumpir esta conversacion, medio seria, medio burlesca, de los dos aventureros. El jóven cacique se presentó solo en la estancia, mas compuesto y adornado que el dia anterior; y nombrando á su hermana, dió á entender á don Juan que deseaba conducirle á alguna parte. Nuestro caballero, por la suya, le expresó el deseo de que pusiese á disposicion de Sancho una canoa, para llevar un recado al Almirante; y habiéndole comprendido Mattinao, salió y volvió á los pocos minutos diciendo, que todo estaba dispuesto.

Entre tanto, don Juan, previendo que iba á ser presentado familiarmente á Onaney, se proveyó de un hermoso collar de cuentas verdes, imitando á esmeraldas, y de otros cuantos objetos, los mejores que pudo encontrar en el *guardajoyas* de Sancho; y cuando volvió el cacique, le manifestó que estaba pronto á seguirle.

Salieron todos de la casa: el escudero encontró fuera dos indios de buena presencia, que se apoderaron de él y le condujeron al rio, donde halló otros dos en una canoa. Su amo, precedido de Mattinao, siguió un camino opuesto, que conducia fuera de la poblacion, hácia la falda de la montaña. El sendero por donde iban estaba cu-

bierto con las anchas hojas de los árboles tropicales, que á uno y otro lado crecían: evidentemente habían sido plantados de intento, para formar aquel fresco pasadizo, donde con dificultad penetraban algunos rayos de sol.

Al estremo de aquella especie de galería rústica se encontraba un inmenso jardín, poblado por algunas deliciosas viviendas, agrupadas y medio escondidas entre el follaje: parecían nidos de tórtolas, y eran las habitaciones de las mujeres del cacique.

En lugar preferente, y situado de manera que desde él podia verse toda la plataforma florida, el pueblo y el valle, había un lindo pabellon, adornado artísticamente con las mejores galas de la naturaleza: comunicábanse con él las otras viviendas por medio de un vistoso laberinto de verdes galerías, y tenia varias dependencias para el uso de algunas personas: aquel era el palacio de la princesa Onaney.

Hácia él dirigió Mattinao desde luego sus pasos: dos ó tres mujeres, que sin duda esperaban la visita del jóven *turey*, salieron al encuentro del cacique, y á una palabra de este desaparecieron veloces, como ciervas, por una de las galerías. En seguida, Mattinao hizo seña á don Juan para que esperase, y penetró solo en aquel santuario de la bella indiana.

Momentos despues reapareció sonriéndose con orgullo; y tomando á su amigo de la mano, le condujo hasta un retrete formado, casi en su totalidad, de guirnaldas de flores y ramage, y defendido de la vista solamente por una cortina de mil colores.

Dentro estaba sola Onaney, sentada muellemente en una especie de trono tejido de plantas, y cuyo asiento, nada alzado del suelo, lo formaban varias pieles de utia. La bella jóven se había esmerado en el adorno de su persona, y al ver entrar á nuestro caballero, pronunció su nombre con una voz tan dulce y conmovida, que no pudo él menos de recompensarla con una mirada de reconocimiento.

—¡Juan! repitió ella, sonriéndose, y chispeando de alegría sus ojos francos y vivaces, como si sintiese un placer en pronunciar aquel nombre.

—¡Bella Onaney! dijo nuestro caballero saludándola con una cortesía.

La jóven imitó al punto el saludo, inclinando la cabeza con una gracia perfecta.

No era posible sostener una conversacion; pero la mimica podia suplir á las palabras. Don Juan sentia no poseer un objeto verdaderamente digno de ser ofrecido á la encantadora princesa; sin embargo, sacó el collar de cuentas verdes, y necesitando bajarse hasta ella, dobló una rodilla para presentárselo.

Un vivo carmin cubrió las mejillas de Onaney, la cual permaneció un momento indecisa, consultando la fisonomia de Mattinao: este le dijo una palabra, y entonces ella tomó el collar, se quitó el de conchas que llevaba y lo dió á don Juan.

Este cambio de objetos entre dos jóvenes de diferente sexo constituia en Haití la ceremonia mas esencial del matrimonio. La franca y sencilla Onaney, viendo que nuestro caballero se ponía su collar, correspondiendo á igual demostracion de aprecio por parte de ella, exclamó llena de gozo, repitiendo las palabras mas fáciles que habia podido retener del castellano:

—¡Juan sí, sí, sí!... Caonabó ¡no, no, no!

Pero al momento le dirigió Mattinao algunas otras, cuyo objeto debió de ser reconvenirle por su ligereza, y explicarle que don Juan no quedaba ligado, como ella habia creído, por cuanto no conocía las leyes y costumbres del pais. La bella jóven se puso triste, y permaneció algunos momentos pensativa. Pero muy luego volvió la serenidad á su semblante, y habiendo invitado á nuestro caballero para que tomase asiento á su lado, luego que aquel lo hizo, comenzó á examinar su traje y su espada con curiosidad infantil.

Aunque don Juan no pudo apreciar debidamente la significacion atribuida por Onaney al cambio de los collares, era demasiado expresiva la pantomima de esta, para que él desconociese el sentimiento que la inspiraba. Sin embargo, no quiso dar á su observacion demasiada importancia, por no incurrir á sus propios ojos en un exceso de fatuidad; ó bien creyó deber disimularse á si mismo una preferencia, que en cierto modo no halagaba á su orgullo: sin ser vano, don Juan podia admitir como un hecho natural, que Onaney

CRISTOBAL COLON.



La princesa de Haiti.

considerase amable su persona, y odiosa la de Caonabó; pero no llevaba sus deducciones al extremo de que la interesante jóven se hubiese apasionado locamente por él, y solo pensó que le aceptaba por su amigo y protector. Mucho menos temía por la independencia de su corazón; aunque, á decir verdad, grande hubiera sido el peligro, si compromisos anteriores y sentimientos hondamente arraigados en su alma no le alejaban moralmente de los atractivos de la bella indiana.

Esta, por el contrario, considerándose libre como las aves que cantaban en sus floridos bosques, se entregaba con toda la vehemencia de su alma virgen á la contemplacion del hermoso extranjero; le tomaba las manos, cuya blancura le hacia proferir gritos de admiracion; le desabrochaba la ropilla para mirar su nervudo cuello, mas blanco todavía; y dando alegres palmadas, se volvía hácia Mattinao, como invitándole á examinar tambien lo que segun sus ideas, era un pasmo de belleza.

Y todo esto lo hacia la encantadora muchacha con la cándida sencillez de un niño, á quien acaban de regalar una caja de preciosos juguetes; pero, no obstante su pura inocencia, una vaga inquietud, se pintaba de vez en cuando en sus rasgados ojos, y una cortedad, semejante á la que infunde el respeto, la retraia de proseguir en sus francas demostraciones de aprecio.

Eva en el Paraiso, antes de perder la inocencia, debió de contemplar así al primer hombre, viéndolo digno de su admiracion por la superioridad que le distinguia de los demás vivientes conocidos, y digno de su amor por considerarle perfecto: así tambien debió de sentir el deseo de agrádar á su hermoso compañero, y el temor de rendirse á la fuerza de una emocion naciente, ignorada y recondita.

Mattinao amaba á su hermana, como si fuese el idolo de la tribu, y tomaba parte en su inocente regocijo, sin concebir acaso la posibilidad de que don Juan, menos que otro hombre alguno, abusase de las ventajas de su posicion. Tal vez abrigaba la esperanza de que, con el tiempo y el trato, nuestro caballero podia llegar á ser miembro de su familia; y miraba con un orgullo complaciente las primeras muestras de intimidación de ambos jóvenes.

Durante algunas horas permanecieron juntos, procurando comunicarse, aunque con mucha dificultad sus ideas y sentimientos. Onaney ponía una atención particular en lo que hablaba don Juan, y repetía sus palabras, muchas veces sin entenderlas; pero otras le hacía detenerse en ellas, y al adivinar su significación, reía contenta, y lanzaba exclamaciones de júbilo. Mattinao repetía también las mismas palabras después que su hermana, sonriéndose y meneando la cabeza con una gravedad solemne.

Un incidente tuvo lugar en esta ocasión, que no debe pasar desapercibido. Examinando Onaney la ropilla de don Juan, descubrió un objeto brillante que pendía de su cuello y estaba oculto debajo de la misma: era la cadena con una cruz, que le dió doña Sol en el Generalife.

Al verla tiró de ella la jóven indiana, y preguntó con los ojos y con la voz, qué era aquello. Don Juan no disimuló el sentimiento que la cadena despertaba en su alma, y besando la cruz, exclamó:

—¡Ah! ¡Sol adorada!

—¡Ah! ¡Sol! exclamó también Onaney.

—¡Ah! ¡Sol! repitió Mattinao con tono grave.

Pero ambos hermanos creyeron que la cruz se llamaba Sol, y que era un objeto de veneración religiosa nada más. La idea del amor profano, envuelta en la demostración de don Juan, no llegó á penetrar en su inteligencia.

Nuestro jóven no quiso dejarlos completamente en su error: pero conociendo que sería inútil pretender explicarles lo que estaba fuera de los objetos visibles, se limitó á darles una idea más concreta de ellos: mostróles al efecto la cruz, y pronunció su nombre, volviendo á besarla con respeto, y luego señaló al cielo, para espresarles que era una cosa santa: sin embargo, las dos palabras *cruz* y *sol* produjeron alguna confusión en el ánimo de Onaney: entonces don Juan, indicando á ella misma, y al astro del día, cuyos rayos débilmente penetraban en aquel delicioso retrete, repitió:

—¡Sol!... Sol.

Esta explicación dejó muy satisfechos á los dos hermanos: pero solo sirvió para persuadirles que la cruz tenía relación con la di-

vinidad, y que la palabra sol significaba lo mismo que cosa divina, santa, bella y luminosa, pudiendo aplicarse á todo cuanto fuese digno de admiracion y de amor. Asi es que Onaney, en el curso de sus relaciones con nuestro caballero, repitió algunas veces, con una entonacion de voz sumamente melodiosa:

—¡Juan, sol!... ¡Mattinao, sol!

Pero sin duda atribuyó á la cruz la virtud de enlazar las almas con el vínculo del matrimonio, pues en varias ocasiones mostró tímidamente su deseo de recibir aquella joya de manos de don Juan.

Este pasó todo aquel día en el que podemos llamar harem de Mattinao, donde le fué servido, en compañía de este y de las mujeres, el mas espléndido banquete que pudiera darse en aquel país, cuyos habitantes era sóbrios en extremo. Abundaron, sin embargo, en él las utias y las aves, únicas viandas de que podian hacer uso; los peces mas esquisitos de mar y rio, y las frutas de todas clases. Pero con gran sentimiento de Mattinao y de su hermana, don Juan no quiso probar un plato, que se le presentó como el manjar mas delicioso, y al cual daban ellos el nombre de *guanaco*: era compuesto de la carne de unos reptiles, como lagartos, llamados *iguanas*, que naturalmente debieron producir al jóven aventurero una invencible repugnancia (1).

El resto del día se pasó en fiestas y ejercicios, con los cuales, al mismo tiempo que obsequiaba á su huésped, Mattinao demostraba su agilidad y destreza en la carrera, en los saltos y en el manejo del arco y del palo. En estos ejercicios, el cacique venció á todos los jóvenes que quisieron tomar parte; pero fué vencido por don Juan en algunos de ellos, y léjos de mostrarse resentido, aplaudió el mismo el triunfo de su adversario.

Pero este triunfo valia muy poco para nuestro caballero, acostumbrado á lidiar en los torneos y á vencer en la guerra á los armeros sarracenos.

Para dar á Mattinao y á su gente una idea mas grande de su valor

(1) Algunos años despues, el Adelantado, hermano de Colon, fué el primero que se aventuró á probar el guanaco, y lo encontró esquisito; desde entonces no tuvieron reparo los españoles en regalarse con él.

y destreza, embrazó el escudo, sacó la espada, y pidió por señas que le acometiesen á un tiempo doce ó mas indios armados de lanzas y palos.

Onaney, que presenciaba los juegos con las demás mujeres, no disimuló el placer que la causaba el marcial continente de don Juan; pero cuando vió que se aprestaban tantos indios á combatir contra él solo, dió repetidos gritos llamando á Mattinao, y pidiendo que no se llevase á cabo la desigual pelea. Nuestro jóven le dió las gracias por su interés, y procuró tranquilizarla con una sonrisa: y entónces ella, sin dejar de espresar inquietud, aguardó mas confiada el triunfo de su caballero.

Puestos en órden los indios, acometieron dando gritos al español, que les dejó acercarse inmóvil y sereno: aquella muchedumbre confiada en su número, no podia esperar que el extrángerero se le resistiese mucho tiempo, aunque fuesen muy superiores su agilidad y su fuerza. Pero al ver que las puntas de sus dardos jamas llegaban hasta el cuerpo de aquel hombre, y que el continuo molinete de la espada, presentaba sin cesar la flexible hoja de esta en todas partes, creció la algazara de los combatientes, y los espectadores prorumpieron en frenéticos aplausos de admiracion.

Don Juan no queria herir á ninguno de sus contrarios, y se limitaba estrictamente á la defensa; pero enardecidos ellos con la impunidad que encontraban, y con la resistencia opuesta á sus ataques, se arrojaban imprudentemente al peligro, logrando algunos asestar sus tiros al blanco, pero tropezaban en el escudo del caballero, no menos pronto que la espada á reparar los golpes.

Entonces nuestro jóven creyó necesario atender mas á su defensa, y empleando algunos reveses de filo, comenzó á tronchar lanzas, como si fuesen tallos de fresca yerba.

El asombro de combatientes y espectadores se espresó esta vez con algunos gritos aislados, á los cuales siguió el mas profundo silencio: solo resonaban los golpes repetidos de la espada, cuyo acerado filo tardó pocos minutos en desarmar á todos los indios: uno de estos, mas incauto que los otros, se acercó demasiado, y un tajo perdido le llevó de una rebanada parte del antebrazo desnudo.

La vista de la sangre aterró á los ya desarmados combatientes, y

bastó para ponerles en desordenada fuga. Escusado es decir que don Juan no abusó de su fácil victoria; pero los indios le aclamaron invencible, gritando:

—¡Turey!... ¡Turey!...

Mattinao le recibió en sus brazos, y Onaney hubiera hecho lo mismo, á no haberle advertido aquel, segun pudo entender don Juan, que ignoraba si era lícita semejante demostracion de aprecio entre hombres y mujeres de la raza española.

Peró, si Onaney se abstuvo de abrazar al valiente caballero, sus ojos chispeantes de emocion le dijeron elocuentemente cuan feliz era, y cuanto gozaba su alma en verle vencedor de los mas aguerridos de su tribu.

Llegada la noche, Mattinao dió á nuestro jóven la mayor prueba de amistad y confianza, hospedándole en el palacio de su hermana. La estancia donde le introdujeron era un pequeño retrete no muy distante del de la princesa, bien guarnecido con pieles y cortinas, donde habia algunas sillas al estilo del pais, y una lujosa hamaca de tela de algodón y pluma de diferentes colores. Para alumbrarse le dejaron dos gruesas antorchas de cera vírgen, colocadas en unos toscos candeleros de madera olorosa.

Luego que estuvo solo, don Juan se recostó medio desnudo en la hamaca, sin apagar las luces, y aunque no pudo conciliar el sueño, cerró los ojos y dejó divagar su fantasia de modo, que le pareció estar soñando. Sol de Guzman y Onaney, la hermosa castellana de blanco y sonrosado cútis, de cortesanos y elegantes modales, y la bella indiana de morena tez, ojos ardientes y alma pura, se movian en torno suyo, escoltadas de mil recuerdos, y muchas veces se trocaban y confundian una en otra sin perder sus respectivas formas.

Era aquella la noche tan celebrada en todo el orbe católico, por conmemorarse en ella el nacimiento del hijo de Dios: para todo jóven que se halla distante de su hogar y de las personas que ama, esta noche tiene indefinibles manantiales de dulce melancolia; y aunque don Juan habia corrido ya mucho mundo, no estaba exento del tributo de sensibilidad que pocos en su caso dejarán de pagar. Las tiernas emociones de otras noches como aquella se mezclaban en su alma con las imágenes placenteras de Sol y Onaney.

En medio de aquel entresueño, parecióle á nuestro jóven percibir delante de sus ojos un resplandor, que su imaginacion comparaba al del hogar paterno en Noche-buena. Pero este resplandor llegó á ofenderle la vista, y le obligó á mirar.

Vió entonces con sorpresa delante de sí una mujer lindísima, envuelta con particular gracia en un ancho manto de algodón de colores, y ataviada al estilo indiano, la cual tenia una de las antorchas en su mano y le contemplaba con admiracion.

No dió crédito don Juan á sus propios ojos: pensó que seguia soñando; pues no habia visto ninguna otra mujer del país á aquella parecida, y su agraciado semblante solo le recordaba el de doña Sol.

Incorporóse para despejar sus sentidos, y la bella vision retrocedió dos pasos sin dejar de mirarle.

—¡Sol! esclamó el jóven fascinado por la semejanza de aquella mujer con su amada.

—¿Sol? repitió ella en un tono interrogativo, que daba á su voz una dulzura inexplicable.

Don Juan se levantó y marchó hacia ella.

La mujer no se intimidó: antes sacando de bajo su manto un arma de cobre templado, semejante á un puñal, hizo un ademán de amenaza, llevando su mano armada á los labios como para imponer silencio.

El poco ruido que habian hecho los dos personajes, que de un modo tan extraño acababan de encontrarse, bastó para traer á la escena á Onaney, que sin duda no dormia.

La jóven princesa apareció de repente levantando una cortina, y al ver á la desconocida, no pudo reprimir un grito de sorpresa.

Pero en seguida se volvió hácia don Juan, como pidiéndole esplicaciones: su mirada espresaba celos.

Brilló entonces una sonrisa de satisfaccion y de suma inteligencia en el rostro de la desconocida, la cual se adelantó resuelta y majestuosamente hácia Onaney.

Mediaron entre ambas algunas palabras; enérgicas aunque brevísimas esplicaciones, y la extranjería pronunció un nombre, que al punto fué repetido por la hermana de Mattinao, y que dió á don Juan la clave de tan singular escena.

Aquel nombre era el de Anacaona.

CAPÍTULO IX.

Dos rivales amigas.



Ya habrá comprendido el lector que la bella desconocida no era otra que Anacaona, la princesa de Jaragua, la esposa favorita de Caonabó, el cacique de Maguana.

Su presencia en casa de Onaney era un suceso extraordinario; pues la residencia del jefe caribe distaba muchas leguas de allí, en lo interior de la isla.

Por otra parte, no era nada comun que las mujeres de la calidad de Anacaona emprendiesen largas y fatigosas correrías: nacidas para dar reyes (si este nombre puede aplicarse á los jefes soberanos de Haití) á unos pueblos indolentes y exentos de la ley dura del trabajo, eran criadas en el regalo, y no conocian ninguna de las penalidades consiguientes á la vida salvaje. Anacaona, menos que otra alguna princesa de Haití, no podia estar acostumbrada á sufrir la mas leve molestia ni fatiga.

Por lo tanto, su intempestiva visita debía de ser ocasionada por algun motivo poderoso.

El sigilo con que se habia introducido de noche en la casa de Onaney era una prueba mas en apoyo de esta presuncion.

No habia venido sola: cuatro indios de Jaragua, su patria, que se distinguian de los demás por la hermosa conformacion de sus cuerpos y el bajo color de su piel, casi blanca, la habian conducido en una silla de viaje sobre sus espaldas, relevándose de trecho en trecho unos á otros; y armados de flechas y mazas, estaban dispuestos á defenderla en la entrada del pabellon de Onaney.

Para llegar hasta allí, se habian apoderado de un súbdito de Matinao, que yacia maniatado en medio de ellos, y el cual cediendo á sus amenazas y á las persuasiones de Anacaona, les habia guiado á la mansion de su señora.

La princesa de Jaragua quiso entrar sola á conferenciar con su temible rival: no tenia noticia de los españoles, porque la llegada de estos á la isla tuvo efecto en tierras del distrito de Marien, y solamente por él habia cundido la noticia: en consecuencia, el encuentro de don Juan tendido en la hamaca la sorprendió sobremanaera; y por esto se detuvo á contemplar al jóven extranjero, acercándole al rostro una luz.

Pero luego que Onaney apareció en la estancia del caballero, la espresion del rostro de aquella jóven pareció dar un giro agradable á las ideas de Anacaona.

—Tiene celos de mi, por haberme encontrado en compañía de este desconocido, hubo de pensar: luego le ama. Esta circunstancia favorece mis intentos.

Y con efecto, la conversacion animada, que al punto comenzó entre las dos bellas haitianas, parecia versar sobre cuestiones de amor y celos.

Don Juan ardia de impaciencia, oyéndolas hablar sin poder entenderlas: parecia estar escuchando los trinos y gorgeos de dos hermosos pájaros, cuando exhalan sus apasionadas quejas, ora enérgicas y vehementes, ora dulces y tristes, en la penumbra de una selva.

Anacaona tenia mas edad que Onaney: contaria veintidos años.

La pasión comunicaba á su voz acentos mas armoniosos y simpáticos, y á su mímica movimientos mas espresivos. Por esto, y por la semejanza notable de sus facciones con las de doña Sol, nuestro jóven ponía en ella la mayor atención, esforzándose para descifrar el sentido de sus palabras.

Parecióle al principio que hablaban de él, y así era en efecto. Anacaona, sentada junto á su temible rival, comenzó por tranquilizarla, persuadiéndole de que solo la casualidad habia hecho que encontrase allí al bello extrangero dormido: preguntóle quién era aquel hombre, y oyó admirada las explicaciones de Onaney.

Sonó en los labios de esta el nombre de don Juan con tímida dulzura, y el de Caonabó con repugnancia y terror; y entonces Anacaona la abrazó por la cintura, pronunciando frases tan armoniosas, que era imposible desconocer en ellas el gozo de una rival que ve desvanecidos sus temores, y las dulces satisfacciones de una amiga que corresponde á la íntima confianza de otra.

El diálogo comenzó á tomar un giro diverso: Anacaona hizo una breve relacion en tono narrativo, que Onaney escuchaba mostrando el mas vivo interés, y dejando escapar de tiempo en tiempo algunas exclamaciones: eran estas mas frecuentes, á medida que el acento de Anacaona se hacia grave y solemne, en el curso de su relato; y por último la jóven llegó á tal grado de exaltacion, que se levantó despavorida, y corrió hácia don Juan, á quien se abrazó gritando:

—¡No, no! ¡Caonabó no!

Y pronunciando otras palabras en su idioma, cuyo desórden significaba, por una parte el terror de caer en manos de Caonabó, y por otra la confianza que le inspiraba el valor de don Juan.

¿Qué acontecia para ocasionar todas estas demostraciones inopinadas?

Vamos á dar la esplicacion, que acreditaron hechos posteriores.

Caonabó habia decidido alcanzar por fuerza lo que de agrado no querian concederle Onaney ni su hermano, y estaba ya en camino para sorprender á la jóven y llevársela cautiva. Sabedora de estos planes Anacaona, se habia apresurado á venir por sendas extravia-

das, para comunicarlos oportunamente á Onaney, conocer sus intenciones, y auxiliarles en caso necesario: el peligro era inminente; y era tal la vehemencia de los celos de Anacaona, que esta venia decidida, si su rival no se prestaba sumisa á todo cuanto ella exigiese, ó si las circunstancias no la favorecian, á entregar un cadáver á Caonabó, aunque este acto de violencia le costase la vida.

Tal era la relacion que acababa de hacer á Onaney la reina de Maguana.

Pero, cuando la vió levantarse amedrentada y acogerse al amparo de don Juan, ella tambien dejó su asiento, y dió hácia su rival algunos pasos con una gracia y majestad perfectas: las pasiones que la agitaban ponian en juego los expresivos rasgos de su rostro, revelando á la penetracion de nuestro jóven una organizacion superior. No de otro modo habria manifestado sus elevados sentimientos una reina civilizada: veíase allí el orgullo en toda su grandeza, empeñado en triunfar de la flaqueza de la mujer, y de los peligros que amenazaban rebajarlo; conociase que luchaba, no tanto por el amor de esposa, cuanto por defender su dignidad herida; y al mismo tiempo se observaba en ella la seguridad de que solo en los recursos de su propia energía confiaba para vencer á Caonabó.

Al acercarse á Onaney, sus palabras tenian el acento de la proteccion, y parecian persuadirla que huyese con ella.

Onaney mostró esta vez la dignidad conveniente; y tomando la espada de don Juan, y esgrimiéndola, como habia visto que él lo hacia, repitió varias veces con indignacion el nombre de Caonabó.

Anacaona movió la cabeza con desden, y se sonrió contestando seguramente, que nadie seria capáz de resistir al valor de Caonabó. Sin embargo, la réplica que Onaney dió á sus palabras, la dejó un momento suspensa y pensativa.

Pero acto continuo, con aquella viveza de accion que revelaba una inteligencia pronta, cogió ella misma la espada, la examinó y blandió, apoyando la punta en el suelo; y hubo de parecerle un arma demasiado flexible y débil, pues en seguida la echó á un lado con desprecio.

Don Juan se apresuró á recogerla, y sin hacer ningun alarde de fuerza, que pudiera parecer fanfarronada, repitió á Onaney su pro-

mesa de defenderla contra cualquier enemigo, por grande y poderoso que fuese, y la invitó por señas á descansar tranquila.

Pero Anacaona, por otra parte, no la dejaba reposar: contra el bárbaro poder de su marido no concebía defensa mas acertada que la fuga: su inquietud daba á conocer el recelo de que Caonabó llegase de un momento á otro, y la tímida Onaney se hallaba indecisa entre la confianza que le inspiraba el valor sobrehumano de don Juan, y el temor de que este pereciese inútilmente defendiéndola.

Por último cedió á las repetidas sugerencias de Anacaona, y se dispuso á seguirla; pero con gran placer vió que don Juan, vistiéndose á toda prisa y abrazando el escudo, estaba resuelto á marchar en su compañía.

Para nuestro caballero, aquella situacion extraña tenia un encanto inexplicable: sabia que estaba cercano un peligro, en el cual debía tomar parte activa como protector de un sér débil; pero marchaba casi á ciegas, y este misterio realzaba á los ojos de su fantasía el atractivo de la empresa: no se le ocultaba el interés de aquellas dos mujeres en los sucesos que iban á venir, y las seguia contento, á la una por el placer caballeresco de ser su defensor; á la otra por la simpatía que le inspiraba su semejanza con doña Sol.

Al salir de la casa, encontraron á la entrada los cuatro indios que habian acompañado á la bella Anacaona y al que les sirvió de guia. La esposa de Caonabó mandó soltarle, y marchó delante, guiando hácia un punto fragoso de la montaña: Onaney se apoyaba en el brazo de don Juan, á quien comunicaba un ligero temblor: detrás seguian los cuatro indios, espiondo con atencion los mas tenues rumores que turbaban el silencio de la noche.

Así llegaron á una altura, desde la cual, merced á la claridad de la luna, que asomaba entre dos montañas, se veía todo el valle hasta el mar, y se descubrió á un lado del áspero sendero una espesa selva. En aquel momento sonaron hácia el pueblo gritos de alarma, y el nombre de Caonabó, muchas veces repetido, se oyó distintamente.

Anacaona apresuró la marcha, y se internó en la selva.

Durante una hora, caminaron los fugitivos por entre las densas

frondas sin ver el cielo: á cualquiera menos animoso que don Juan le habria infundido pavor aquella incursion aventurada por un país desconocido, entre espesuras impenetrables, y guiado por gentes cuyas intenciones ignoraba, por mas que hubiese presenciado lo acaecido entre las dos princesas indianas. La docilidad con que Onaney seguia los pasos de su rival podia solamente tranquilizarle; pero, por otra parte, ¿quién le aseguraba que aquella inocente criatura no fuese engañada, ó que tal vez su confianza estribase únicamente en estar él á su lado?

Anacaona llegó hasta un lugar muy áspero, dominado por desnudas rocas, el cual á un lado tenia el intrincado bosque, y al otro un precipicio, cuya profundidad era imposible calcular á la débil luz de la luna. En aquel parage se detuvo, y habiendo conferenciado breves instantes con Onaney, habló á sus servidores, de los cuales dos se alejaron, quedando los otros dos como centinelas á corta distancia.

Onaney estaba rendida de cansancio: Anacaona tendió su manto en el suelo, sobre un lecho de yerba larga y menuda, y la invitó á reposar juntamente con ella. Hubiérase dicho que eran dos hermanas gemelas descansando en una misma cuna.

Don Juan las dejó entregarse á sus mútuas satisfacciones, y buscó un sitio acomodado para resistir cualquier ataque.

Así se pasó el resto de la noche: al amanecer uno de los indios que se habian alejado, volvió arrastrándose como una serpiente, y comunicó á su señora noticias, que alarmaron á las dos jóvenes. Onaney corrió al punto hácia don Juan: temblaba de piés á cabeza, y señalando al bosque, parecia decirle que allí estaba Caonabó. Anacaona se acercó á ella mostrando un valor inalterable, y le mandó callar.

En aquel momento sonaron feroces alaridos en la selva; don Juan obligó á las dos mujeres á guarecerse detrás de unas rocas, y desnudando la espada se aprestó á la defensa.

Una nube de flechas salió de entre los árboles, antes que nuestro caballero hubiese podido ver el bulto de ningun hombre; pero todas aquellas pasaron por alto.

Continuaba sin cesar la gritería, y á poco aparecieron unos veinte

hombres, adornados con penachos, y con los cuerpos pintarrajeados de diversos colores. Al ver estos á don Juan, que solo y sin otra defensa que el escudo parecía desafiarles, prorumpieron en voces de admiración y de amenaza, y se precipitaron hácia él disparando sus arcos.

Pero las flechas no tenían suficiente fuerza para atravesar el escudo, y bastaba la agilidad del bravo español para impedir que ninguna tocase á su cuerpo: casi todas caían al suelo, despues de chocar en el escudo, lo cual aumentaba el asombro de los guerreros indios; pero nada llamó tanto su atención como la destreza con que don Juan se las quitaba muy á menudo, desviándolas de su dirección con la espada: esto les arrancaba gritos, que podían interpretarse por aplausos de admiración.

Entre tanto, Anacaona se esforzaba en detener á Onaney, cuya timidez natural había desaparecido ante el peligro del joven español, y que á todo trance quería salvarle, aunque fuese á costa de su vida. Siendo la lucha por ella, pensaba con acierto que su presencia sola bastaría para suspender las hostilidades.

Al fin logró escaparse, y corrió precipitadamente á ponerse delante de don Juan, como queriendo cubrirle con su cuerpo: los indios bajaron sus arcos no atreviéndose á lanzar sus tiros contra el objeto ambicionado por Caonabó; pero obedeciendo á la voz de uno mas corpulento y feo que los demás, avanzaron por el repecho de la montaña, con ánimo de apoderarse de Onaney.

Nuestro aventurero la separó con fuerza, hasta colocarla y guarecerse él mismo detrás de unas rocas, que podían servirle de parapeto.

En aquel mismo instante volvieron á silbar las flechas sobre sus cabezas, y algunas se clavaron en el escudo de don Juan: un grupo de diez ó doce indios, armados de mazas y dardos y capitaneados por el jefe corpulento que parecía mandarlos, se acercó hasta el pié de las rocas, y con feroces gritos intentó asaltarlas. Pero nuestro caballero se adelantó á ocupar el único paso que había para entrar en aquel recinto, y á cuerpo descubierto comenzó á descargar tajos y reveses, que causaron algunas profundas heridas: el caudillo de los indios recibió tan tremenda cuchillada, en el acto de le-

vantar en alto su clava, que el brazo que la sostenia cayó al suelo separado de su cuerpo.

Todos los demás se acobardaron al ver este fulminante castigo. Los menos valientes huyeron espantados: algunos intentaron resistir; pero pronto cedieron, viendo que uno de ellos caia muerto con la cabeza dividida.

Replegados á la entrada del bosque, los salvages deliberaron por espacio de algunos minutos.

Anacaona aprovechó estos momentos de tregua para subir sola al parapeto de rocas y presentarse á los súbditos de su marido: Caonabó no estaba con ellos: la inesperada aparicion de la bella princesa produjo el efecto de un milagro en el ánimo de los indios, acostumbrados á respetarla como á una profetisa.

No debieron creer que era ella misma, sino una vision evocada por su poder sobrenatural.

Anacaona comprendió el sentimiento que acaba de inspirar, y procuró sacar todo el partido posible de su influencia moral, dirigiendo un enérgico discurso á los asombrados salvages.

Hé aquí la sustancia de este discurso segun se averiguó despues.

«¿Sabeis á dónde vais? ¿Sabeis contra quién esgrimís vuestras malditas armas?—Es contra mí, contra mí sola; y cada flecha que se dispara del arco viene á clavarse en mi corazon de esposa y reina.—¿Os manda Caonabó?—Caonabó está ciego y loco por la cólera de Dios: lo que él pretende ahora es una gran ofensa al cielo; y el cielo apresta ya sus rayos para esterminar al heroico pueblo de Maguana. ¡Infelices de aquellos que obedezcan á Caonabó en su locura! Hombres nacidos del sol derribarán sus cabezas, y fieras nunca vistas devorarán sus entrañas.—El castigo de vuestra culpa ha comenzado por la mano de Dios: no aguardéis, no provoquéis la hora del total esterminio.»

Dichas estas palabras, Anacaona desapareció detrás de las rocas, para dar mayor fuerza á su profético discurso. Los indios se dispersaron dando tristes alaridos.

La ocasion era oportuna para emprender nuevamente la fuga en busca de otro asilo mas oculto y seguro; y Anacaona determinó

aprovecharla, para lo cual llamó á sus cuatro servidores, que se habian escondido al principio de la refriega. Pero antes que pudiesen escapar sin peligro de ser vistos, sonaron voces á lo léjos, en medio de la selva, y aparecieron otros indios mezclados con los anteriores, disparando sus flechas.

En pocos momentos ascendió á unos cincuenta el número de los enemigos, y esta vez eran mandados por Caonabó en persona.

Distinguíase el jefe caribe de los demás, no tanto por su estatura bastante elevada, cuanto por lo fornido de sus robustos miembros y por la horrible fealdad de las pinturas que rasgueaban todo su cuerpo, dándole el aspecto de un verdadero demonio: llevaba pendiente de la nariz un pesado anillo de oro, que le desfiguraba horriblemente, y ceñía su cabellera desgreñada una diadema con un atrevido penacho á modo de garzota. Su traje consistía en un cinturón con faldilla solo por delante, y una especie de manto, cruzado sobre el hombro izquierdo y anudado en la cadera: pendíale del cinto un arma tosca de piedra, semejante á una hacha; y en la mano derecha sostenía una gruesa lanza de bambú.

La intrepidez con que marchó el primero hácia don Juan, y el ardor con que exhortaba á los suyos eran una muestra de su carácter impetuoso y feroz: esta vez el ataque ofrecía un verdadero peligro; pues Caonabó no era hombre que retrocediese ante ningún enemigo, y venía doblemente furioso, por haber errado el golpe en la mansion de Matinao, y por sospechar que Anacaona era la causa de su contratiempo.

Como un tigre sediento de sangre y venganza comenzó á subir la colina, seguido de unos veinte caribes, mientras los restantes buscaban posiciones ventajosas y asestaban desde léjos sus tiros arrojadizos.

Pero don Juan, firme en su puesto, y convencido de que su valor en aquella ocasion importaba mucho para mantener la fama de los españoles, comenzó á rechazar las flechas, como por vía de pasatiempo, mientras se disponía á dar una severa leccion al terrible Caonabó.

Este le arremetió con su lanza, que fué una vez rechazada por el escudo y otra por la espada del bravo caballero. Furioso Caona-

bó, embistió por tercera vez á don Juan; el cual, dejándole venir y desviándose con prontitud, evitó el golpe, y le tuvo á tiro para descargarle una cuchillada, que solo le alcanzó de punta; pero le abrió en el pecho una herida de un palmo de largo, aunque poco profunda.

El caribe dió un grito semejante al bramido del toro, y arrojando la lanza empuñó la terrible hacha, que con un solo golpe habria podido destrozar el cráneo del jóven castellano: este seguia, sin embargo, defendiéndose de otros indios no menos valientes; y siendo solo, su fin era seguro, por mas que su vida hubiese de costar muchas vidas: no desconocia el eminente riesgo en que se hallaba; y por lo mismo ponía su principal conato en herir de muerte á Caonabó; pues vencido el temible jefe, se amedrentarian los soldados.

En aquel trance supremo, Anacaona y Onaney, movidas por diversos sentimientos aparecieron estrechamente unidas á la vista del caribe, el cual lanzó un espantable grito de furor y de triunfo. Pero en seguida retrocedió con los cabellos erizados, y mandó hacer alto á todos los suyos.

Anacaona, abrazada con Onaney, acababa de avanzar hasta la orilla del precipicio, amenazando al caribe, que se arrojarian las dos en el abismo, si continuaba en su empeño.

Don Juan volvió la cabeza, y viendo á las dos jóvenes próximas á despeñarse, lanzó un grito de horror.

A este grito siguió otro de alegría.

Los peñascos repitieron al mismo tiempo el estampido de dos fuertes detonaciones.



CAPÍTULO X.

Naufragio.



o pasaremos adelante, sin referir primero de qué modo desempeñó Sancho su comision cerea del Almirante, y lo demás que aconteció aquella misma noche, vispera de Navidad, por ser de la mayor importancia y convenir así al curso natural de nuestra historia.

Embarcado Sancho en la caona, que á sus órdenes puso Mattinao, se recostó en ella como hacerlo pudiera un principe oriental, y se dejó llevar por la mansa corriente del rio y por el impulso de los cuatro remeros indios, que nunca en su vida se habian considerado tan honrados como en esta ocasion.

Aunque la mar estaba algo picada, el oleaje fué toda la mañana favorable al rumbo de la canoa; y aunque al medio día cambió el viento en direccion opuesta, pudo aquella abordar las carabelas á las cuatro de la tarde, cuando acababan de abandonar la bahía de Acul, para dirigirse á la residencia del gran cacique Guacanagari.

No sin algun sobresalto vió Colon llegar á Sancho solo; pues sabia que el fiel escudero era como la sombra de su amo: sin embargo, pronto se tranquilizó, al reparar en el aire de importancia que él mismo se daba, y en la sonrisa de satisfaccion que contraía sus labios.

—¿Qué me traes de nuevo, Sancho, le dijo, y cómo es que vienes sin mi secretario?

—Soy portador de instrucciones reservadas, contestó el escudero, mirando sobre el hombro á los oficiales que rodeaban el Almirante; y si vuestra señoría me concede una audiencia particular, no se arrepentirá de ello.

Colon se sonrió mirando con intencion á los otros, y echando á andar hácia su cámara, repuso:

—Vamos allá.

Y luego que entraron en la cámara, preguntó:

—¿Supongo que don Juan queda bien y en seguridad?

—Como el pez en el agua, respondió Sancho; mas obsequiado que un príncipe y mas mimado que una nodriza por Sus Altezas los señores Mattinao y Onaney, con toda su caterva.

—Celebro que así sea; y como de esas buenas noticias infero, que ninguna desgracia vienes á participarme, espero que me sacarás pronto de dudas.

—Yo, señor Almirante, nunca gusto de tomar á mi cargo embajadas tristes: la que traigo á vuestra Excelencia es de honra y provecho.

—Sepamos lo que es ello.

—En primer lugar, debo participaros que el señor Mattinao se ha portado con nosotros como un gran señor y un buen amigo; y como es justo dar á cada uno lo que sea suyo, debo decir tambien, que gracias á su oficiosidad y á mis buenas narices, hemos descubierto la celebrada tierra de Zipángo ó Cibao, donde segun parece hay montes de oro puro.

—¿Qué dices, Sancho? ¿Hablas con formalidad?

—Ya sabia yo que vuestra Excelencia se alegraria de mis noticias, dijo el escudero, sin contestar directamente á la pregunta: y un alegron vale lo menos un doblon.

—No te quejarás de mi generosidad, Sancho, repuso Colon. Tus buenos servicios serán recompensados.

—No lo digo por tanto, señor: soy aficionado á los refranes; y cuando no sé alguno que venga á pelo en la conversacion, lo saco de mi caletre. Pero volvamos al cuento.

—Sí, volvamos al cuento.

—Ayer nos contaba el señor Mattinao una larga historia, referente á la señorita Onaney, una guapa moza, si las hay, que vale un imperio: á esta tal pretende robarla, segun yo he traducido, el caribe Caonabó: ahora bien, acontece que este Caonabó es el cacique de la tierra de Cibao, que está mas allá de unas montañas, que se ven desde el reino de Mattinao: así nos lo ha dicho él mismo, y es hombre á quien se puede creer.

—¿De modo, Sancho, que será muy fácil llegar á esa tierra?

—Voy á eso: para mí nada es mas fácil, siempre y cuando llevemos diez ó doce hombres de pró y otros tantos arcabuces; porque habeis de saber, que Caonabó es un *guamiquina*; es decir, un señor áspero é intratable, á quien será preciso enseñar los dientes.

—No conviene hacer uso de la fuerza con estos naturales, Sancho. Mas puede el sombrero que la espada, decís en Castilla.

—Es cierto, señor; pero tambien dice otro refran, y si no lo dice, lo digo yo: «al malo, con el palo.» Ese guamiquina Caonabó es feroz como un tigre, y tengo entendido que á todos los otros indios maltrata; por lo cual le temen y aborrecen. Ahora bien: supongamos que intente venir al reino del señor Mattinao para forzar la voluntad de la señora Onaney: en este caso, ¿qué debemos hacer? El adagio lo dice: «con mal ó con bien, á los tuyos te den.» Mattinao es de los nuestros, y conviene defenderle.

—Pero bien, ¿eso es una hipótesis, ó un recelo fundado?

—Yo creo, señor, que se teme una próxima invasion de Caonabó; y si esto sucediese estando nosotros en casa de Mattinao, y no pudiésemos hacer nada en su ayuda, mal parado quedaria el honor castellano.

—¿En suma, don Juan me pide diez ó doce soldados?

—Los pido yo, señor, y viene á ser lo mismo: pero mi amo lo aprueba. Es una simple medida de precaucion.

—Está bien, Sancho: tendrás tus hombres; pero mientras se pueda, es menester evitar todo choque con las gentes del país: y haz presente á don Juan, que no conviene que se aleje mucho de las costas; pues somos pocos y debemos permanecer unidos.

Así quedó terminada la conferencia.

Colón escogió seis ó siete soldados para la expedición en busca de Cibao: Sancho nombró otros tres ó cuatro, entre ellos á Diego Mendez; y como á la sazón navegaban las carabelas con viento fresco de Poniente hácia la residencia de Guacanagari, ninguno se movió de la *Santa María*, pensando hacerlo á la madrugada siguiente, despues que aquella hubiese tomado puerto.

Sobrevino la noche, bonancible y serena. Colón tomó informes de los indios prácticos en aquellas aguas, para saber si ofrecían algun peligro, que exigiere precauciones extraordinarias; pero léjos de esto, las indicaciones de aquellos expresaban la mas absoluta confianza.

No distaban las naves muchas millas del punto de su destino, al filo de media noche: Colón, que casi nunca delegaba en nadie su propia vigilancia, creyó que bien podria entregarse al descanso por algunas horas. Dió sin embargo, las instrucciones mas prudentes, nombró él mismo el timonel, y se retiró á su cámara descuidado.

La tripulacion habia cenado bien aquella noche, como era regular; habia bebido racion doble y cantado muchos villancicos; y aunque fuese Nochebuena, y no *noche de dormir*, despues de las doce pocos hubo que no rindieran tributo al sueño.

El piloto se reconstó contra el palo de mesana, y el timonel delegó su cargo en un grumete y se tendió á la larga donde mejor pudo.

Habia transcurrido una hora sin que ocurriese la menor novedad, cuando súbitamente sufrió la *Santa María* una fuerte conmocion; y alzándose de proa, se hundió por la popa hasta los baos del castillo: inmediatamente despues volvió á su posicion natural; pero en seguida resonaron en sus costados ásperos rechinamientos y secos estallidos.

El inexperto grumete que llevaba el timón lanzó al punto gritos de espanto y de socorro: á sus voces, levantáronse aturdidos el pi-

loto y el timonel, y corrieron desalentados de unas á otras partes, sin comprender lo que pasaba. Colon fué el primero que, saliendo presuroso de la cámara, tuvo serenidad bastante para hacerse cargo del peligro.

—¡Santo Dios! exclamó. ¡La carabela se ha perdido! Un bote al agua inmediatamente, y un ancla fuera por la popa!—¡Cargad velas! ¡Fuera todo, fuera todo!

Imposible sería describir el desórden y la confusion de los marineros en aquellos primeros momentos de alarma: entorpecidos por el sueño, despertaban azorados preguntándose unos á otros lo que ninguno podia explicar y aumentando la gravedad del peligro con su propio sobresalto.

—¿Pero qué es esto?—¿Qué pasa? ¿qué sucede preguntaron los pilotos.

—¿No lo estais viendo? No sentís el crujir del vaso en la arena pedregosa? dijo Colon. Os habeis dormido, y la carabela ha encallado.—¡Pero, por Dios! Pronto, pronto un ancora á la popa, ó vamos á ser estrellados por la corriente. Aun podemos salvar el bupue, si andamos listos.

Uno de los pilotos echó el bote al agua, y muchos marineros le acompañaron; pero en vez de tomar el áncora como Colon les habia mandado, huyeron á fuerza de remos para refugiarse en la *Niña*, que distaba de allí media legua á barlovento.

Colon seguía entretanto dando disposiciones para impedir el empuje del viento unido al de las corrientes, y no pudo al pronto notar la falta de obediencia de los que habian bajado al bote. Andrés Leal se la hizo notar; pero ya era tarde, pues la carabela seguía atracando y comenzaba á ladearse: tenia abiertos algunos de los vacíos de las costillas.

—¡Nos anegamos, señor Almirante! gritó uno.

—¡Todavía no! vociferó Colon. A trabajar todo el mundo! ¡A ver! ¡Vosotros á las bombas!—¡Vosotros á picar los palos!—Lastre al agua!—No hay que desmayar.

Durante una hora de mortal ansiedad se hicieron esfuerzos inauditos para aligerar la nave y volverla á la mar; pero esta se iba retirando al mismo tiempo, y el naufragio era inevitable. La cara-

bela cayó de costado, y un nuevo estallido mas fuerte que los anteriores, y el hervor de las aguas, que penetraban dentro hasta invadir el entrepuente, anunciaron que estaba consumado el desastre.

Acontecia esto á la sazón que llegaba un tardío socorro. Vicente Yañez, el capitán de la *Niña*, no habia querido acoger en su buque á los fugitivos de la *Santa María*, y por el contrario, afeándoles su comportamiento, les obligó á volver al lugar de la catástrofe, y él mismo con toda la gente que pudo entrar en su bote acudió al auxilio de los náufragos.

—¡Aquí estamos, señor Almirante! gritó Vicente. ¿Qué es necesario hacer?

—Salvar las vidas, amigo mio, respondió Colon. Ayudadnos á trasbordar la gente á vuestro buque. No hay nada mas que hacer por ahora.

—Venid vos, señor, repuso el capitán de la *Niña*, Podeis caber en mi bote.

—No, replicó Colon: yo seré el último: puedo hacer aquí falta. Despachad.

Y á pesar de la gravedad del peligro y del profundo sentimiento que le causaba la pérdida irreparable de su carabela, no consintió en moverse de su puesto, ni mostró debilidad, hasta que vió salir en salvo el último hombre. Solo entonces, girando en torno una mirada de amargura, como si diese un adiós de despedida á su nave, exhaló un suspiro y se resignó á abandonarla.

En todo el trecho que mediaba desde el lugar del naufragio hasta la *Niña*, nuestro héroe no pronunció una palabra: todos los individuos de ambos equipages respetaban su dolor, y permanecian mudos y consternados. ¿Qué iba á ser de ellos si les faltase, como era posible, el único medio que ya les restaba para volver á su patria?

Pasado algun tiempo, despues que Colon hubo entrado en la *Niña*, desahogó su corazón oprimido en estos términos.

—¡Cúmplase la voluntad de Dios! Él sabe lo que mas nos conviene, y él nos salvará, si tal es su santo agrado.—A nadie culpo de nuestra desgracia, sino á mi vana confianza; pero esta noche he

aprendido, que puede hacer tanto daño la cobardía como la traición.

Poco despues, llamó á Sancho y le dijo:

—Puedes partir cuando quieras; no lloves mas que seis hombres, y di á don Juan lo que ha pasado: que se detenga lo menos posible, y volved cuanto antes; pues tendremos que regresar á España muy pronto. Sobre todo, evitad un encueniro con los indios: no debemos dejar enemigos á nuestras espaldas.

—¿Pero podremos echar una correría en busca de Cibao? preguntó Sancho.

—Si es cosa de un par de días, hacedlo: no podemos perder el tiempo.

Sancho llamó á sus compañeros y á los cuatro indios que le habían condeuido, y se dispuso á partir en la canoa. En aquel momento le llamó Colon y le dijo:

—Como habeis de pasar por delante del pueblo de Guacanagari, que segun creo, dista de aqui menos de una milla, haz que salte en tierra uno de esos indios y que dé aviso al gran cacique de la desgracia que nos ha sucedido: si no estás seguro de ellos, vé tú mismo.

—Descuidad, señor Almirante: se hará lo que mandais.

Serian las tres y media de la madrugada cuando Sancho partió de regreso á la mansion de Mattinao: en pocos minutos se halló la canoa en frente de la costa donde Guacanagari tenia la capital de sus dominios: fué fácil hacer comprender á los indios remeros el encargo dado por Colon, y uno de ellos, aprestándose voluntariamente, se arrojó al agua y marchó nadando hácia tierra: los otros continuaron remando, sin pensar en aguardar á su compañero, á quien reemplazó en su puesto uno de los soldados.

Al amanecer, y precisamente cuando comenzaba el ataque de los caribes contra don Juan, entraba la canoa en el rio. Sonaban voces á lo léjos: no era posible adivinar la causa; pero á medida que se disminuia la distancia, se iba conociendo que aquellos gritos provenian del pueblo de Mattinao.

Los indios que acompañaban á Sancho dieron muestras de comprender algo de lo que pasaba, y comenzaron á gritar:

—¡Caonabó!—¡Caonabó!

—¡Por vida de san guamiquina! exclamó Sancho levantándose. Verdad dicen estos vasallos. Ese ruido que allá arriba suena es que el maldito Caonabó ha entrado á sacomano el pueblo de nuestro aliado Mattinao. Compañeros encended las mechas y preparad los arcabuces; pues, diga lo que quiera el señor don Cristóbal, no habrá mas remedio que enseñarle los dientes al rey caribe.

—Te parece, amigo Sancho, dijo Diego Mendez, que será cuerdo contravenir las órdenes del Almirante?

—Lo que á mi me parece, respondió el escudero, es que esos malditos guamiquinas están pasando á degüello á mis buenos amigos, y acaso han puesto en grande apuro á mi señor; y en este caso no hay mas que hacer, sino arcabuzazo seco, y caiga el que caiga.

—Pues, si hemos de llegar á tiempo, repuso Mendez, bueno será que nosotros mismos tomemos esos remos ó paletas, pues tus indios están de miedo sin fuerzas, y la barca no anda.

—Es verdad, dijo Sancho.

Y él mismo cogió uno de los remos; Mendez y otro soldado se apoderaron de los dos restantes, y comenzaron á vogar con bríos.

Al poco trecho, vieron la llanura inundada de indios fugitivos, que habian abandonado el pueblo.

—¡Voto á Crispulo! exclamó Sancho. Esto parece una derrota completa. ¿Pero, y don Juan? Si le ha sucedido alguna desgracia, pueden contar los caribes con mi venganza.

—Con mal pié ha entrado esta Pascua de Navidad, dijo un soldado, llamado Callejas. Anoche el desastre de la almiranta, y esta mañana zambaleo con los indios.

—Venga lo que viniere, respondió Diego Mendez: lo de la carabela es lo que podemos sentir; que esto otro á tiros lo compondremos.

Los indios de la canoa comenzaron á gritar, dirigiendo la voz á unas mujeres, que estaban en la rivera. Sancho les habló tambien preguntándoles por don Juan; pero ellas no le entendieron hasta que sus conocidos ó parientes les hicieron la misma pregunta. La contestacion fué muy dudosa, y dió á entender que las tales mujeres ignoraban el paradero del jóven español.

Entonces Sancho les preguntó por Mattinao, y ellas señalaron hacia la montaña.

Nuestro escudero consideró lo mas acertado saltar en tierra para tomar lenguas, á fin de sorprender á los caribes, y no exponerse á caer en medio de ellos. Sin necesidad de explicaciones, los tres indios de la canoa comprendieron la intencion de los españoles, y ellos mismos comenzaron á pedir á sus compatriotas noticias de cuanto necesitaban saber.

El pueblo se encontró casi desierto: las mujeres, los viejos y los niños habian huido á la llanura y á los bosques: Mattinao con todos los hombres aptos para tomar las armas, despues de sostener una corta lucha contra Caonabó, habia marchado en su seguimiento, para rescatar ó defender á Onaney, cuyo paradero ignoraba.

Sancho le encontró junto á la espesa selva, que ya conocemos, deliberando con su gente lo que convendria hacer; pues por aquella parte sonaban los feroces alaridos de los caribes.

Era el momento en que Caonabó mandó atacar á D. Juan.

Al ver Mattinao el refuerzo que traía Sancho, mostró gran contento; y sin detenerse un segundo, guió por la ladera del bosque, para buscar una posicion ventajosa y coger á los caribes por la espalda. En pocos minutos, el cacique y los seis españoles treparon hasta una meseta bien guarecida por densos matorrales, desde donde su vista abarcaba toda la escena del combate.

Mattinao meneó la cabeza, como dudando que la distancia permitiese hacer algo desde aquel punto en favor de don Juan y de Onaney, á quien acababa de ver levantarse en compañía de Anacaona; pero Sancho y Diego Mendez se adelantaron con sus arcabuces ya preparados, y dirigiendo la puntería á uno de los grupos de flecheros, hicieron fuego.

El primer efecto de las dos detonaciones fué derribar á Mattinao y á sus mas inmediatos secuaces, que cayeron al suelo heridos de espanto.

Don Juan vió los fagonazos, y conociendo que era socorrido, por esto dió el grito de alegría, de que hicimos mencion en el anterior capítulo.

CAPITULO XI.

Separacion.



RES caribes fueron derribados por los dos primeros tiros de arcabuz que retumbaron en las montañas de Haití: el uno quedó muerto instantaneamente, y los otros mal heridos.

La muchedumbre salvaje debió pensar que se cumplia la amenaza profética de Anacaona y que el cielo enviaba sus rayos para castigar á Caonabó.

Los feroces gritos de guerra, que poco antes hacian estremecer el monte y la selva, setrocaron al punto en lastimeros ayes, y el denuedo de los combatientes se convirtió en terror pánico.

Todos querian huir, y al ejecutarlo, se atropellaban y herian unos á otros con su propias armas. Caonabó fué el único que conservó algun tiempo la calma propia de su natural fiereza; pero dos nuevas detonaciones, que el eco de las montañas repetia con pavoroso estrépido, y la caída instantánea de uno de sus mejores soldados, que cerca de él estaba, domaron al cabo su intrepidez.

Sin embargo, el jefe caribe no dió muestra ninguna de flaqueza: reconociendo su derrota, puesto que ninguno de los suyos le asistia, se retiró paso á paso como el leon ante fuerzas superiores á su poder; pero amenazando al cielo con su rostro airado y descompuesto, y blandiendo furioso su hacha de serpentina. En aquellos momentos, es seguro que él mismo no sabia darse cuenta de sus emociones, ni comprender podia qué clase de enemigos era la que le derrotaba.

Sancho hubiera querido completar su fácil triunfo, persiguiendo á los fugitivos; pero habria sido inútil intentarlo, pues en breves instantes no quedó rastro de ellos: desaparecieron como si se los hubiese tragado la tierra.

Don Juan se volvió hácia las dos jóvenes princesas, que se habian acurrucado en el suelo al sonar los primeros tiros, y estaban sobrecogidas de estupor: sin embargo, el rostro de Onaney expresaba un placer indefinible, mezclado de veneracion religiosa: quizá dudaba que su libertador fuese realmente un sér de naturaleza humana.

En cuanto á la inteligente Anacaona, debe creerse que su mayor asombro consistia en haber visto lo que ella reputaba imposible: á Caonabó vencido.

Así es, que la primera no disimuló al jóven español la gratitud ardiente que llenaba su corazon; al paso que la segunda, sin dejar de mostrarse agradecida, puso alguna reserva á la expresion de sus sentimientos. Sin embargo, don Juan, mirando en ella el retrato de su amada, vió en aquella reserva un nuevo punto de semejanza, por lo que tenia del severo recato de las damas de Castilla, y no pudo ocultar el placer que sentia contemplando á la reina de Maguana.

Mientras se entretenia en alimentar su corazon coa las ilusiones que creaba la presencia de aquella mujer, y en interpretar sentimientos que ambas se esforzaban por hacer patentes, llegaron al parage de su refugio Mattinao, Sancho y sus compañeros.

Onaney abrazó á su hermano con loca alegría, y le mostró á don Juan, como diciéndole, que verdaderamente era un semi-dios bajado del cielo. El cacique hizo ademán de postrarse á los piés de nuestro caballero para manifestarle su agradecimiento; pero él no lo

consintió y le dió los brazos. En seguida se volvió hacia Sancho, que miraba esta escena, indolentemente apoyado en su arcabuz, y le tendió la mano, diciéndole:

—Bravo Sancho, merecerias ser nombrado marqués ó conde del buen consejo; pero no teniendo yo autoridad para tanto, desde hoy te nombro mi amigo.

Sancho apretó la mano de su amo, sallándosele las lágrimas, y respondió en tono de chanza:

—Y yo, señor, si tuviese poder para ello, os nombraria príncipe de *Casquiligeri*. ¿Sabeis que os habiais metido en un avispero de mil diablos?

—Chanocéate cuanto quieras, Sancho; que hoy tienes facultad para todo.

—Perdonad; pero me habeis hecho pasar un susto de los buenos. Gracias á Dios, hemos llegado á tiempo de espantar á esa jauria de endemoniados. Mas, contadme, señor: ¿cómo es que habeis venido á parar á estos andurriales con la señora Onaney?

—Ya te lo contaré, cuando estemos despacio.

—Y esa otra princesa, ¿es alguna dama de honor de su Alteza?

—Nunca sospecharias quien es, Sancho: esa es la esposa favorita de Caonabó.

¿Qué me decís? Pardiez, ¡Qué lástima! ¡Una hembra tan guapa, mujer de un animal tan salvaje!... Eso parte el corazón. Reparad, señor, sin que sea ofender á nadie, cuánto se parece á...

—Calla, Sancho: esa mujer es la reina de Maguana ó de Cibao; pero hay reinas que no valen lo que una simple particular.

—Convengo en ello, y doy tres puntos á la boca, repuso Sancho. Lo que ahora me ocurre es otra cosa. ¿Cómo estais de relaciones con doña Caonaba? ¿Sois amigos ó enemigos?

—Anacaona se llama esa princesa, y creo que ha de quererme bien. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque ella podrá enseñarnos, mejor que nadie, el camino de su tierra. Tengo á Cibao clavado aquí.

Al decir esto, Sancho se tocaba con el dedo la frente.

—No piensas mal, le contestó su amo. Pero dejemos esto ahora, pues veo que Mattinao se dispone á volver á su casa.

Con efecto, el cacique, despues de haber hablado un breve rato con su hermana y Anacaona, habia conseguido que esta admitiese la hospitalidad en su morada, por lo menos durante el tiempo necesario para asegurarse de que Caonabó se habia retirado á sus dominios.

Mattinao y las dos jóvenes se encaminaron hácia el pueblo, precediéndoles muchos indios para explorar el terreno, y siguiéndoles don Juan y su pequeña partida de arcabuceros.

No encontraron á nadie en el camino: al dar vista á la poblacion notaron que se habia restablecido algun tanto la calma, y que los fugitivos volvian recelosos á sus hogares; pero cuando estos vieron aparecer al cacique y á su hermana, volaron á su encuentro, haciendo mil demostraciones de regocijo.

Pronto cundió la nueva de que la libertad de la princesa era debida á los españoles y en particular á Sancho, á quien ya todos conocian. La muchedumbre se apoderó de él, y en su entusiasmo, cuatro gallardos mozos le cogieron y le llevaron en hombros.

Aquel dia se pasó en fiestas y diversiones, con que Mattinao quiso honrar á don Juan y á la princesa de Jaragua. Esta parecia no gozar de aquellos placeres, y se mostraba impaciente. Despues de anocheecer, llamó aparte al cacique y tuvo con él una conferencia, en la cual se trató de Onaney, de los españoles y de ella misma.

Poco despues se notó que sus criados hacian preparativos de viaje.

Sancho que temió se le escapase Anacaona, corrió á buscar á su amo, y le dijo:

—Señor, la reina doña Ana Caonabó se nos va: me parece que no está bien dejarla ir sola.

—¿Quieres acompañarla? ¿No temes á los caribes de Cibao?

—No temo nada, llevando á vuestra señoría delante, y mi arcabuz al hombro.

—¡Gracias á Dios, que hablas como español racional!—¿Dónde está Anacaona?

—Con Mattinao se ha encerrado en casa de su *cuñada* Onaney.

—Preven á cuatro de tus compañeros, que se dispongan á seguirnos; y á los otros dos, que estén prontos á volver por la maña-

na á las carabelas, para dar aviso al señor Almirante de nuestra determinacion y de todo lo que ha pasado.

—Ahora me recordais, señor, dijo Sancho, que yo tambien traia ciertos encargos para vuestra señoría. En primer lugar, no hableis ya de carabelas.

—¿Que disparate dices?

—No es disparate: no tenemos ya mas carabela que la *Niña*. La *Santa Maria* encalló anoche, y no sé si podrá salvarse algo de ella.

—¡Qué desgracia, Dios mio!... Pero, ¿es posible eso, Sancho?

—Tan posible, como que yo mismo la he visto acostada: por esto el Almirante me mandó deciros, que volvais pronto á casa de Guacanagarí; porque piensa regresar á España cuanto antes.

—Eso último me consuela, Sancho. Pero entonces no tenemos tiempo de acompañar á Anacaona.

—Para todo habrá espacio, señor; y ya que vamos á volver á nuestra tierra, no conviene hacerlo sin tener noticias de Zipango.

Don Juan reflexionó algunos momentos, y al cabo se decidió por su primera determinacion: repitió á Sancho la orden que le habia dado, y salió en busca de Mattinao.

Anacaona debia emprender su marcha aquella misma noche, al salir la luna: don Juan dió á conocer su propósito de acompañarla; pero ella, que estaba presente y atenta á sus palabras, le atrajo hácia un ángulo de la estancia, y le habló de Onaney; sus ademanes y los acentos de su voz revelaban dulzura y bondad: parecia querer decir que ella no merecia las atenciones y cuidados que se le prodigaban, y que agradeceria mucho mas que se empleasen en obsequio y defensa de su amiga.

Don Juan aguardó el momento de la partida para acabar de interpretar por las acciones las palabras de Anacaona. Cuando esta le vió dispuesto á seguirla con cinco hombres mas, le cogió dulcemente de la mano, y mirándole con una expresion de gratitud que le llegó al alma, le hizo retroceder y le dijo:

—Anacaona, no... ¡Onaney... Onaney!

El sentido de estas palabras parecia claro y terminante. Anacaona deseaba que don Juan acompañase á su amiga, y no á ella.

Sin embargo, no mostró repugnancia de aceptar la compañía de Sancho y los otros cuatro soldados; y fué preciso acomodarse á su gusto.

El comportamiento de aquella mujer revelaba en todos sus actos una estremada delicadeza. Sin duda temia dar sentimiento á su linda rival, si aceptaba los servicios del jóven caballero, y este era el principal motivo porque los rehusaba; pero al mismo tiempo accedia á llevar consigo los otros españoles, para que no se achacase á desaire su negativa.

Don Juan la vió partir con una emocion inexplicable de pena: parecíale que se le escapaba una imágen de doña Sol, aparecida en sueños.

Él, Mattinao y Onaney, permanecieron largo rato en una altura, desde la cual pudieron contemplar, á la claridad de la luna, la comitiva de Anacaona, mientras esta se alejaba internándose en el corazon de las montañas.

Onaney no se acostó aquella noche, sin tener antes una entrevista con don Juan: sus explicaciones, aunque dadas en una mezcla extraña de palabras haitianas y españolas, fueron bastante claras. Dijo que no se consideraba segura, mientras Caonabó conservase alguna esperanza de apoderarse de ella: que necesitaba esconderse donde aquel salvaje no pudiese encontrarla; y que Mattinao, aconsejado por Anacaona, consentia en dejarla ir á refugiarse entre los *turey*. Emitida esta idea, la tierna jóven juntó sus manos en ademán de súplica, y espresó timidamente su deseo de seguir á don Juan, á donde él quisiese llevarla.

Nuestro caballero no tuvo alientos para negar esta peticion: se interesaba por Onaney como por una hermana, y procuró con sus palabras y gestos darle á entender, que nunca la abandonaria al furor de su enemigo. La jóven se retiró contenta con esta promesa.

En cuanto á don Juan, temia que Colon desaprobase su compromiso, porque tal vez fuese imposible cumplirlo, y pasó la noche bastante inquieto.

Luego que amaneció, dispuso marchar él mismo, para dar cuenta de todo al Almirante. Pero Mattinao no le dejó ir solo: mandó preparar su mejor canoa, tripulada por veinte indios; entre remeros y

soldados, y en el acto de partir don Juan, se presentó en ella con Onaney.

De allí á pocas horas, la canoa entraba en la bahía inmediata al pueblo de Guacanagarí, donde se hallaba anclada la *Niña*.

El espectáculo de este pequeño buque solo y casi abandonado oprimió el corazón de don Juan. Las tripulaciones, ayudadas por los indios del país, se ocupaban en una triste faena: estaban arrancando del escollo, á pedazos, los últimos restos de la *Santa María*, y trasladándolos á tierra.



CAPITULO XII.

Guacanagari.



ABITABA el gran cacique del distrito de Marien no léjos de la costa, en un frondoso valle, aunque no tan risueño como el de su tributario Mattinao, mas fértil y lozano: allí las arboledas tenian mas marcado el sello distintivo de la vegetacion bravia y lujuriosa de los países tropicales, y la naturaleza parecia ser mas indócil á la mano del hombre por un exceso de vida.

La poblacion capital se hallaba guarecida y como fortificada por espesos bosques, en los cuales habia grandes claras, destinadas al recreo y á los ejercicios corporales de los habitantes, y retiros impenetrables, para la defensa en caso de invasion de alguna horda enemiga. En cuanto al pueblo y sus moradores, no ofrecian ninguna particularidad que les distinguiese de los otros, salvo alguna mayor riqueza y perfeccion en las habitaciones y mas ornato en las personas.

El aviso de Colon, transmitido por encargo de Sancho, habia conmovido á Guacanagari y á toda su gente: apenas lo recibió el gran cacique, salió de su morada, convocó al pueblo, y llevando consigo todos los hombres aptos para trabajar y todas las canoas de que disponia, marchó inmediatamente al encuentro de los españoles.

Era un hombre de edad provecta, de estatura mas que mediana y semblante bondadoso. Cuando se presentó á Colon, dió muestras inequívocas de la nobleza y benignidad de sus sentimientos; pues condolido de la desgracia de la *Santa María*, no solo se ofreció á prestar cuantos auxilios dependieran de su mano, sino que derramó lágrimas de hondo pesar, como si á él mismo le acaeciese la mayor desventura, y quiso ocuparse personalmente en salvar los efectos del encallado buque.

No consintió Colon esta demostracion de amistad, y solo admitió con gratitud los servicios que el cacique podia prestarle, dirigiendo á su gente y haciendo que fuesen custodiados los objetos que se salvarasen.

Mezclados con los españoles trabajaron los indios hasta sacar del mar la última tabla de la *Santa María*. Colon tomó puerto, y bajó á tierra con todos los hombres que no podian caber en la *Niña*, los cuales fueron provisionalmente hospedados en las casas del pueblo. Guacanagari se hizo cargo del Almirante y le llevó á su propia morada, esmerándose en obsequiarle y consolarle como á un hermano, ó mejor dicho, como á un padre; pues su cariño era acompañado del mayor respeto.

Cuando llegó don Juan á la residencia del gran cacique, Mattinao participó á este lo que el jóven español habia hecho en defensa de Onaney, sin omitir ninguna circunstancia de lo acaecido con Caonabó. La derrota de este jefe tan temido y de sus fieros soldados por unos cuantos hombres llenó de asombro á Guacanagari, y aumentó el aprecio en que ya tenia á nuestros compatriotas.

Sin embargo, temeroso de atraer sobre sus dominios la venganza del caribe, previno á Mattinao que no comunicase á nadie mas lo que á él habia contado, á fin de que los festejos con que pensaba obse-

quiar á los españoles no se considerasen hechos en celebridad de su victoria.

Entre tanto Colon adoptaba una resolucion semejante, movido por diferentes consideraciones.

Don Juan se le presentó acompañando á la jóven Onaney, le dijo quien esta era y le participó la resolucion que habia tomado de ir á España para librarse de la persecucion de Caonabó, con todo lo demás que en otro capítulo queda referido.

—¿Es posible, dijo Colon, que esta jóven tenga valor para dejar su patria y venirse con nosotros? Dejadme cuestionarla, don Juan.

Y acercándose á Onaney, le preguntó acompañando con señas sus palabras:

—¿Quieres venir con nosotros á España? ¿Sabes que España está muy léjos, hija mia?

—Onaney España sí, contestó la jóven: España Juan: España no Caonabó.

—¿Qué significa eso? preguntó Colon á don Juan.

—Quiere decir, segun entiendo, respondió el caballero, que es gustosa en ir á España conmigo, porque allí no está Caonabó

—Así lo comprendo, repuso Colon. Pero esa preferencia que os da, ¿no encierra algun significado misterioso?

—Es natural que prefiera mi compañía, por cuanto he sido su campeón, y esto hace que yo le inspire confianza. Por lo demás, señor, yo me felicito de poder llevar á la Reina esa bella muestra de los habitantes de este pais.

—Bajo ese punto de vista, yo tambien me alegro de que Onaney quiera acompañaros: pero es realmente bella, y no creo necesario recordaros los deberes que os impone vuestra condicion de caballero: el menor abuso, en otro seria una falta; en vos una felonía.

—Os entiendo bien, señor Almirante, y podeis estar tranquilo: yo estimo á Onaney como á una hermana; pero esta estimacion no me hará olvidar mis deberes de caballero cristiano.

—En esa confianza, dijo Colon, si ella es gustosa y su hermano consentidor, no me opongo á que nos siga. Solo siento que antes de decidirse á tomar esta resolucion hayan mediado los desagradables sucesos que me habeis contado; porque el naufragio de la *Santa Ma-*

ría nos obligará á dejar en esta tierra una parte de la tripulacion, y yo hubiera deseado no dejar tambien enemigos en el país.

—No lo sintais, señor Almirante, respondió don Juan; porque esos enemigos quedan tan escarmentados, y á tan poca costa, que les bastará ver á un español desde una legua, para que huyan á refugiarse en sus bosques.

—No hay enemigo pequeño, don Juan: á veces, á donde no alcanza la fuerza llega el ardor: es necesario acallar todo rumor de lo que ha sucedido, evitando así que nuestra gente se envanezca y confie; y conviene aconsejar á Guacanagari y á Mattinao, que hagan correr la voz por el país de que Onaney ha sido defendida y llevada por otros hombres, y no por los que aquí quedarán. Esto no es mentira; y sin embargo, temo por nuestros primeros colonos, si el caribe es tan feroz como decís.

—Lò es mucho; pero no se le debe temer: al contrario, yo desearia entrar por sus tierras con buen golpe de gente, si tuviésemos la necesaria para hacerle sentir todo nuestro poderío.

—Muy naturales son esos deseos en un guerrero jóven, como vos: pero amigo, yo le pido á Dios á todas horas, que no sea menester manchar con sangre humana estas tierras descubiertas para su gloria, y me duele tanto la que ya se ha vertido, aunque no sea por culpa nuestra, que quisiera borrarla hasta de la memoria de los hombres.

—No seré yo quien mas se acuerde ya de eso; y si teneis empeño, todos lo olvidarán.

—Sí, don Juan, que lo olviden, y ojalá pudiese Caonabó tambien olvidarlo.

—Está dicho, señor Almirante. Pero al mismo tiempo, permitidme haceros una indicacion.

—Decid.

—Como quiera que no sabemos lo que puede sobrevenir durante el tiempo que permanezcan solos aquí los españoles que han de quedarse, me parece que convendria hacer un alarde notable de nuestro poder, á fin de que los indios conservasen una idea terrible de nosotros.

—¿Y no mas valdrá que tengan una idea de benignidad y amor?

—De todo es menester un poco, repuso don Juan; y bueno será

darles á conocer que hay en nosotros miel y hiel. Si nos consideran solamente como seres benéficos y no aprenden á temernos, el día que se acaben nuestros beneficios, ó que ellos se acostumbren á mirarlos con indiferencia, se nos subirán á las barbas.

—Razon teneis, don Juan; y por doloroso que sea confesarlo, tal es la índole del género humano. Haremos un alarde de nuestro poder, para que nos respeten, sin dejar de amarnos.

Pasaron algunos días, durante los cuales no cesaron los festejos de parte de Guacanagari: sus súbditos procuraban tambien, cada uno en particular, ganarse la amistad de los españoles, regalándoles cuanto tenían de algun valor; collares, telas de algodón, plumas raras y multitud de objetos de oro, que abundaba en aquella parte de la isla.

Entre tanto, Mattinao, por consejo del gran cacique, dejó á su hermana en poder de este, se despidió de Colon y de don Juan, y volvió á sus dominios.

Guacanagari, con las noticias que ya tenia del triunfo alcanzado contra Caonabó, deseaba conocer aquellas armas terribles, que tro-naban y herian como el rayo. En la mañana del 28 de diciembre invitó á Colon á presenciar una gran fiesta en la cual debian tomar parte, para obsequiarle, todos los habitantes del pueblo, hombres, mujeres y niños; y tocando con la mano el arcabuz de un soldado, manifestó su curiosidad de ver como funcionaba aquella portentosa máquina.

Colon, que así mismo apetecia dar á conocer á los isleños todo el poder de sus armas, accedió gustoso á esta demanda, y previno á don Juan, que hiciese bajar á tierra todos los soldados y un par de cañones, para ejecutar en presencia de Guacanagari un simulacro de guerra.

La fiesta se preparaba en una espaciosa plaza ó clara de uno de los frondosos bosques vecinos á la poblacion: el Almirante, seguido de media docena de hombres, fué conducido por el gran cacique fastuosamente adornado de brillantes plumas, brazaletes y collares de oro, y acompañado por los principales dignatarios de su corte y sus mas bellas mujeres. Al pié de un árbol magnifico habia un banco de ébano incrustado con plauchitas de oro, y delante de él una

alfombra de palma con dos montones en sus extremos, uno de frutas esquisitas, y otro de granos de oro. Guacanagarí ofreció aquel asiento á su huésped, y el se quedó en pié detrás; pero Colon no quiso consentir esta distincion, y obligó al cacique á sentarse á su lado: los personajes se colocaron á espaldas de su jefe, y las mujeres á sus piés, en el suelo.

El espacioso campo estaba desierto; pero apenas hizo una seña el cacique, comenzo á salir de entre los árboles la muchedumbre de indios, como una inundacion: cantaban unos y tocaban los toscos instrumentos de que hacian uso en semejantes fiestas, y otros se lanzaban al baile con frenético furor y violentas contorsiones: los hombres y las mujeres alternados seguian el compás irregular de la música, moviéndose á veces en tan rápidos giros, que parecia imitaban los torbellinos del viento; y cuando la cadencia era pausada, entraban los niños en el círculo, y ejecutaban una danza mas viva y bulliciosa.

Despues de haber ejecutado varios bailes, se retiraron las mujeres, y comenzaron los hombres sus ejercicios de fuerza y destreza. Estó duró hasta el medio dia, hora en que, por disposicion del cacique, entró en la plaza una comparsa de niñas, vislosamente adornadas, las cuales traian en la cabeza cestos de frutas y flores y toda clase de provisiones; las mas bellas y menos cargadas venian danzando en circulo, enlazadas unas á otras con largas guirnaldas.

Toda esta alegre comitiva fué pasando por delante de Colon; y colocándose en ala enfrente de él, cada niña volvia á pasar por turno, deteniéndose y doblando una rodilla con su azafate ó cesta en las manos para que aquel y Guacanagarí tomasen de los manjares que les presentaban. En seguida iban ofreciéndolos á los demás españoles, á los amigos y á las mujeres del cacique.

Terminado este banquete singular, el Almirante habló en secreto á uno de sus hombres, el cual se alejó inmediatamente hácia la playa; y media hora despues, mientras los indios se entregaban á sus locos regocijos, se vió aparecer en ordenada formacion, la gente de guerra de las carabelas, marchando al compás de atabales y clarines. Don Juan venía delante, armado de sus brillantes arreos militares, con la espada desnuda en una mano, y una bandera des-